EMPERADOR DE LA IRA

JAGGER COLE

EMPERADOR DE LA IRA

EMPERADOR DE LA IRA



JAGGER COLE

Traducción de Laura Feijóo



SOMBRAS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Emperor of Wrath*
Traducción: Laura Feijóo

1.ª edición: mayo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2024 *by* Jagger Cole
Publicado en virtud de un acuerdo con The Seymour Agency
All Rights Reserved
© de la traducción, 2026 *by* Laura Feijóo
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87899-93-6

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO



Emperador de la ira es una novela de romance oscuro para lectores a partir de 18 años. En la novela vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- Descripción gráfica de traumas
- Abuso sexual
- Uso libre
- Somnofilia

1
ANNIKA

No debería estar haciendo esto.

De hecho, no debería estar haciendo varias de las cosas que estoy haciendo ahora mismo.

La primera es evidente: suele ser mala idea asistir a fiestas privadas y exclusivas organizadas por mafiosos infames sin invitación, especialmente a las de mafiosos que también son conocidos por ser unos psicópatas desquiciados.

Aunque la segunda hasta podría ser peor. No es solo que me haya colado en la fiesta de cumpleaños de la mujer de Cillian Kildare, Una, en la nueva y enorme finca situada en la campiña de Connecticut, justo a las afueras de Nueva York, a la que asisten la flor y la nata del mundo de la mafia, sino que no estoy aquí por la lista de invitados ni el champán caro ni la tarta.

He venido a llevarme algo que no es mío.

Al menos todavía, pero, en el mundo en el que crecí, tomas lo que quieres y echas a correr cuando te persiguen quienes lo quieren recuperar.

Ha sido así desde que tenía dieciocho años y el mundo se derrumbó a mi alrededor.

—Céntrate, señorita.

Parpadeo ante la repentina invasión de mis pensamientos a través del transmisor del color de mi piel que llevo en la oreja, medio escondido tras un mechón de pelo rojo.

—Estoy centrada —le susurro a Freya mientras me alejo del jardín

plagado de mafiosos y saco una polvera del bolso de mano.

El micrófono está en el colgante de plata con una fina cadena que me rodea el cuello. Pero incluso aunque nuestro anfitrión de esta noche es famoso por ser un lunático, y bien podría hablar consigo mismo en alto de vez en cuando, yo no puedo permitir que me vean haciéndolo. Colarse con una invitación falsa es una cosa, pero hacerlo con la intención de robarle al mafioso irlandés psicópata que vive aquí es otra muy diferente.

No se infringe más de una ley a la vez, ¿no?

Me alboroto el pelo en el espejo de la polvera para que los mechones errantes oculten el movimiento de mis labios.

—¡Cucú! —dice Freya con una sonrisita en mi oído. Ve lo mismo que veo yo a través de la cámara incrustada en el puente de las gafas falsas que llevo, lo que significa que está observando cómo me arreglo en el espejo—. Sí, centradísima, pero en el buenorro con pinta de ser de los de «te voy a follar hasta que me llames papi» que estaba junto al billar en el bar.

Pongo los ojos en blanco.

—Necesitas ayuda. O echar un polvo.

—¿Tengo que escoger? No sé yo si descartaría alguna.

Resoplo antes de morderme el labio para calmarme.

—El tío del que hablas es Ares Drakos, jefe del clan mafioso griego Drakos. Y está casado.

—Oye, la que le comía el culo con los ojos eras tú.

—Terapia, Frey —siseo—. Echa un polvo. No me comía a nadie con los ojos. Solo vigilaba. Por si lo has olvidado, no deberíamos estar aquí.

—¿Por qué mierda hablas en plural? —sisea en respuesta—. La que se está colando en el cumpleaños de Una Kildare eres tú. Yo estoy a un kilómetro de distancia pensando en mis cosas.

—Si me pillan, espero que sepas que caerás conmigo.

Freya se ríe.

—Echaba esto de menos. Deberíamos hacerlo más a menudo.

Sonrío para mis adentros. Freya y yo somos dos gotas de agua. Ambas venimos de entornos jodidos y tuvimos que empezar de cero siendo muy jóvenes.

Además, las dos tenemos un don para hacernos con cosas que no nos pertenecen y así fue más o menos como conectamos hace más de diez años. Como se suele decir, las que roban unidas…

Bueno, se mantienen unidas.

A mí me gusta la parte práctica: allanamiento de morada, abrir cajas fuertes, esquivar a la seguridad. Así fue como sobreviví la primera vez que me quedé sola cuando mi antigua vida fue consumida por las llamas, literalmente. Con el tiempo, pasó de ser un método de supervivencia a una destreza rentable y muy buscada. Mientras tanto, Freya es una maga de los ordenadores y puede *hackear* casi cualquier cosa.

Como por ejemplo (que se me ocurre así al azar) la caja fuerte digital escondida en la librería del despacho de Cillian Kildare en esta misma casa.

—Ya, bueno, lo prometimos, Frey. —Suspiro y frunzo el ceño cuando vuelvo a echar un vistazo a la fiesta que tiene lugar en el jardín de la propiedad Kildare—. Una promesa que estamos rompiendo ahora mismo.

—Agh —se queja Freya en mi oreja—. ¿Por qué me siento tan horrible?

—Creo que la palabra que buscas es «culpable».

—Mm… —reflexiona—. No, no creo. No sé ni qué significa eso.

Esbozo una sonrisa que enseguida se vuelve amarga. La verdad es que no deberíamos estar haciendo esto en absoluto. Y no me refiero a lo de colarnos en fiestas privadas.

Freya y yo nos lo montamos por nuestra cuenta durante años.

Robábamos para sobrevivir y luego mejoramos nuestras habilidades para no limitarnos a eso. Entonces, un día, nuestra banda de dos se convirtió en un trío cuando Damian se cruzó en mi camino.

Damian, cuyo tío, Kir Nikolayev, que dirige la Nikolayev Bratva, fue el billete para salir de robar minucias y entrar en las grandes ligas para Freya y para mí. Damian tenía contactos. Tenía influencia en el mundo de la élite criminal. Y era tan amante de las emociones fuertes como Freya y yo.

Dicho esto, los motivos que nos llevaron al latrocinio eran diferentes: Freya y yo robábamos por dinero y porque disfrutábamos del desafío.

A Damian le gusta hacer daño a la gente cuando cree que se lo merecen.

Durante un tiempo, los tres íbamos derechitos a meternos con la persona equivocada o a querer abarcar demasiado. Entonces fue cuando apareció Kir y nos libró de pasar una temporada en la cárcel o de morir de forma horrible y nos dio la oportunidad de empezar de cero.

Atractivo, carismático y poderoso, Kir Nikolayev se convirtió básicamente en nuestro padre adoptivo o, como mínimo, en nuestro tío joven y guay. Es la primera persona que me vio como más que una ladrona arrogante con ganas de demostrar algo y el primero en ver a Freya como algo más que una peineta andante.

A pesar de que está claro que la Nikolayev Bratva es una organización criminal, también tiene una fuerte presencia en el mundo de los negocios legítimos. Y ese es el mundo en el que nos movemos Freya y yo últimamente. Kir vio la habilidad que tenía para engatusar, mentir y manipular para llegar a donde no debería y hacerme con cosas que no son mías y me empujó en una nueva dirección: la adquisición corporativa.

Eso es lo que hago para él ahora. Soy la zorra que entra en la sala

de juntas donde se lleva a cabo la negociación con la artillería pesada y lista para disparar y encuentra cualquier punto débil que pueda usar para hacer un trato. ¿Me sigo manchando las manos? Pues claro. Pero no voy por ahí abriendo cajas fuertes ni robando coches como solía hacer.

Bueno, casi nunca.

Y, últimamente, cada vez que vuelvo a las andadas noto cierta culpabilidad. No por el acto de robar en sí, sino por no cumplir con lo que le prometí al hombre que me dio una segunda oportunidad.

Vale, entonces, en resumen, A: estoy en una fiesta a la que no me han invitado, B: tengo toda la intención de robar en dicha fiesta y C: también estoy rompiendo la promesa que le hice al hombre que es prácticamente mi tío adoptivo.

Ah, y si nos ponemos quisquillosos, voy vestida de blanco después del Día del Trabajo.

—Voy a dejar de hablar —murmuro mientras guardo la polvera y regreso a la fiesta contoneando las caderas por el superajustadísimo vestido blanco de cóctel que llevo.

Este no es para nada mi estilo. Yo casi nunca me pongo vestidos y mucho menos un modelo tan ajustado y sexy como este. Yo soy más de vaqueros. O, cuando me visto para matar en una de las negociaciones de Kir, de falda de tubo con chaqueta a juego. E, incluso entonces, suelo decantarme por un traje pantalón.

Me encamino hacia la enorme casa con los dientes apretados y aguantándome las ganas de llevar la mano atrás y sacar la ropa interior que se me ha metido en el culo.

El vestido es necesario para integrarse. Por desgracia, también es lo bastante ajustado como para cortarme la circulación, lo que significa que llevar la ropa interior cómoda que tanto me gusta no era una opción. En cambio, tengo que lidiar con un puto tanga, prenda que jamás en la vida me pongo.

—¿Cómo llevas el tanga de hilo? —me susurra Freya al oído como si me hubiese leído la mente.

Ya estoy avanzando entre los invitados, así que no puedo contestarle con algo ingenioso y vulgar, pero me peino el pelo hacia atrás con un dedo levantado delante de las gafas.

El del medio.

Freya se ríe.

—Vale, vale. Dejo de distraerte, pero ¿podrías echarle una última ojeada al magnífico culo de Ares Drakos antes de…? Mierda.

Me quito rápido las gafas, las pliego y las guardo en el bolsito. No hace falta que me las ponga hasta que llegue a la caja fuerte y Freya necesite orientación visual para abrir la cerradura electrónica.

—Capulla —murmura—. ¿Y ahora qué hago?

—No sé —susurro entre dientes—. Aprovecha para pedir otras Doc Martens con tachuelas. O seguro que te queda poco delineador de ojos negro.

—Si alguna vez te preguntabas por qué soy tu única amiga… —Empieza a toser mucho.

—Vale, ¿ay? —gruño mientras doy la vuelta a la esquina del jardín y me alejo de la vista y los oídos de los invitados—. Tengo amigos.

—Nómbralos.

—¿Hola? Damian, Taylor…

—Tu hermana gemela no cuenta. No le queda otra que ser tu amiga.

—No estoy de acuerdo.

—Lo que tú digas. Te dejo a Damian, lo que hace uno más aparte de mí. Hablando de Damian, ¿llegó a escribirte antes de entrar ahí?

Frunzo el ceño de repente.

—No.

Damian siempre se pone en contacto conmigo antes de un trabajo. Sobre todo si lo ha planeado él. Hemos venido a robar una máscara

de tortura del siglo quince, un artefacto de lo más perverso de la Inquisición española hecho de hierro, púas metálicas y auténtica piel humana.

Quiero decir… Eso es retorcido de cojones hasta para Freya.

Pero, por muy retorcido que sea, hay ciertos coleccionistas que sienten la necesidad imperiosa de hacerse con ese objeto. Lo robaron del Museo Británico en los años noventa y lleva varias décadas saltando de colección privada en colección privada. Técnicamente, no le pertenece a Cillian, lo cual hace que me sienta un poco mejor por robárselo esta noche. Es un préstamo de un amigo suyo.

Porque cómo no iba a querer el sociópata de Cillian pedir prestada una máscara hecha de piel humana y guardarla en la caja fuerte de su casa.

De todas formas, lo peor de todo esto es que la puta máscara esa vale cerca de un millón de dólares para ciertos coleccionistas, aunque tampoco es que lo hagamos por el dinero.

Damian va sobrado de pasta, igual que su tío. Y Freya y yo…, bueno, tenemos más que suficiente. Últimamente, con lo que Kir nos paga por lo que hacemos para él, nos basta para vivir como putas reinas. O al menos como para que Freya tenga delineador de ojos y una edición de coleccionista exclusiva de las Doc Martens durante el resto de su vida.

Así que no, no lo hacemos por el dinero. Lo hacemos porque, en cuanto Damian se la venda al tío al tiene pensado vendérsela, le deberá un favor y, en nuestro mundo, los favores no tienen precio.

Vale… Por un favor y porque nos encanta hacer esto y ha pasado muchísimo tiempo desde que Freya, Damian y yo dimos un golpe a la vieja usanza. Por lo que, de nuevo, es raro que Damian no hablase conmigo antes de entrar aquí. De hecho, sigue sin contactar conmigo.

—¿Y a ti?

Freya exhala.

—Nada. No es propio de él.

—Seguro que está ocupado seduciendo a quien no debería o aterrorizando a niños pequeños.

Freya resopla.

—Qué mala eres.

—¿Y?

Suelta una risita.

—Seguramente llevas razón.

Entre su físico alto y trabajado, unos pómulos pronunciados y una mandíbula marcada, por no mencionar el impacto que provoca su pelo plateado casi blanco y el color violáceo de sus ojos debido a un trastorno genético, Damian puede dar bastante miedo.

O, en el caso de las mujeres, resultar atractivo hasta decir basta… mientras no seas ni Frey ni yo, que somos casi como hermanas, y supongo que siempre que te gusten los chicos con pinta fantasmagórica y espeluznante.

—Chica, deja de hablar contigo misma y entra ahí de una vez —murmura Freya por el transmisor.

Me trago la ocurrencia que le iba a soldar y me pongo recta antes de contonear otra vez las caderas con incomodidad para intentar deshacerme de la tira de encaje que me sube por el culo.

—¿Por qué coño te pones estas cosas? —murmuro.

Mi mejor amiga se ríe con disimulo.

—¿Por qué no te las pones tú? A mí me encantan.

Es una de las rarezas de Freya. Parece un clon de Rooney Mara en *Los hombres que no amaban a las mujeres:* pelo teñido, delineador de ojos negro y, en general, una estética punk tecnogótica. Pero el único capricho «de chica» que se da es que, bajo la cazadora de cuero y los vaqueros pitillo, a la señorita le encanta la lencería cara y

sexy al estilo Dita Von Teese. Tiene un montón de cosas de esas y siempre lleva alguna puesta.

Y nunca sale con nadie.

—Pues eres rara.

—Y tú eres la que no deja de hablar sola, golfa.

—Vale. —Suspiro—. Ya me callo. ¿Segunda planta, ala este, tercera puerta a la derecha?

—Sí. El código de la puerta es seis, seis, seis.

Pongo los ojos en blanco.

«Qué predecible, Cillian».

Me vuelvo a meter en el papel y doblo la esquina en el seto del jardín y agarro una copa de champán de una de las bandejas que pasan mientras le muestro una sonrisa cordial a otra pelirroja que me mira. Cuando frunce el ceño y veo que algo entre confusión y que me ha reconocido se apodera de su rostro, me giro de golpe y me escabullo entre la multitud.

Mierda. Esa era Neve Kildare, la sobrina de Cillian y la mujer de Ares Drakos.

Y también es amiga de mi hermana gemela.

Cuando todo se fue a la mierda cuando tenía dieciocho años y mi vida se fue al traste, perdí el contacto con Taylor. Hace poco que nos hemos vuelto a encontrar, lo que ha sido increíble, pero, hasta el momento, cuando estaba en medio de un atraco como este, nunca me he tenido que preocupar de que haya una copia idéntica a mí ahí fuera ni de que alguien podría confundirme con ella muy fácilmente, sobre todo ahora que he dejado que mi pelo recupere su tono rojo natural después de teñirlo durante años para pasar desapercibida.

Neve conoce a Taylor porque mi hermana es la socia gerente más destacada de Crown & Black, uno de los bufetes de abogados más prestigiosos de Nueva York, que representa tanto a los Kildare como a los Drakos.

Me mezclo entre la multitud, esperando que Neve no le dé más vueltas. A ver, hay mucha gente y solo me ha visto durante dos segundos.

No pasa nada.

No pasa absolutamente…

Mierda.

El corazón se me sube a la garganta y me alejo del salón principal y echo a correr entre las sombras por una ventana empotrada.

—Mierda —siseo al micro.

—¿Qué? —susurra Freya de vuelta.

—Kir está aquí.

Freya gruñe.

—Joder, ¿me estás vacilando?

Ojalá. En el pasado, Kir ha vivido siempre a caballo entre Moscú y Londres, pero, últimamente, cada vez hay más negocios de la Bratva que lo traen a Nueva York, como la creciente presencia de la Yakuza en la ciudad, que poco a poco se está comiendo el territorio ruso.

Y ese es un asunto del que tengo toda la intención de mantenerme alejada.

Kir me ha estado molestando más que este puto tanga para que organice varias reuniones con Sota Akiyama, jefe del Akiyama-kai, para presionarlo y llegar a algún tipo de acuerdo. En circunstancias normales, estaría totalmente dispuesta, incluso aunque se trate de un peligroso y acérrimo cerebro de la Yakuza como Sota.

Excepto que no me reuniría solo con Sota.

Sino con él también.

«Te recordaré».

«En tus sueños, querido».

«No, princesa, en los tuyos. Porque pienso perseguirte incluso cuando duermes».

Casi nunca cometo errores, pero él fue uno de ellos.

El puto Kenzo Mori.

El heredero del imperio Yakuza del Mori-kai. El mejor *waka gashira* de Sota Akiyama. El cruel y despiadado hijo de Hideo Mori y una noruega de la alta sociedad, lo que le da los impresionantes y aterradores rasgos físicos combinados de un samurái y un vikingo.

Es enorme, peligroso y poderoso. Y también es el hombre que lleva cinco años dándome caza sin descanso como un puto sabueso después de haberle robado.

Así que estoy segurísima de que pienso mantenerme alejada de lo que quiera que Kir quiera hacer con la Yakuza. Porque si entro en una habitación con Sota, hay un cien por cien de probabilidades de que sea Kenzo quien me esté esperando.

Pero ese es un problema para otro día. La cuestión más inmediata es Kir bebiendo champán en la fiesta en la que tengo que colarme para robar. Que es algo que le prometí que no volvería hacer.

—¿Qué cojones hace aquí? —siseo.

—Dame un segundo… —-Escucho a Freya teclear como loca en el portátil—. Vale, he entrado en su móvil…

Sí, a eso se dedica. Supongo que por eso tengo problemas de confianza.

—Tengo su agenda —dice antes de empezar a maldecir—. Aterrizó en Nueva York hace un par de horas. Tiene una invitación personal de Cillian. Creo que es posible que se conozcan de Londres.

—Maravilloso —gruño.

—Parece que te ha llamado una docena de veces desde que llegó…

Hago una mueca.

—Lo he estado ignorando. Quiere meterme presión para que entre en una sala con la Yakuza.

—Ya, pues eso es un no rotundo por culpa de ya sabes quién.

—No jodas.

—Bueno, pues tienes que sortearlo. Nos queda poco tiempo.

El amigo de Cillian, el que le prestó la asquerosa máscara de tortura, también ha asistido a la fiesta, pero se irá pronto para volar a Roma en su jet privado. Cuando se vaya, la máscara desaparecerá con él.

—No pasa nada. —Tomo aire—. Puedo hacerlo. Puedo…

—Jódeme más.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Freya traga saliva.

—Hay que abortar misión.

Pongo mala cara.

—¿Qué?

—Sal de ahí —me espeta Freya—. En serio, se acabó.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué pasa, Frey?

—Me he conectado a las cámaras de seguridad y estoy viendo a Kir.

—¿Y?

Frey duda.

—Está hablando con Kenzo Mori.

Se me tensa hasta el último músculo de mi cuerpo. Siento espasmos en todas las terminaciones nerviosas. Se me ponen los pelos de punta mientras un escalofrío me recorre la espalda.

—¡¿Aquí?! —digo con un chirrido.

—Lo estoy viendo —me responde Freya entre dientes—. Enorme. Da miedo. Pelo negro. Tatuajes de la Yakuza. Con pinta de ir a sacar una espada de samurái y un hacha vikinga y partir a alguien en dos. A alguien como…, no sé, ¿tú?

El corazón me martillea en el pecho y formo un puño con las manos, que de repente me empiezan a sudar.

—Joder —siseo. Saco el teléfono y hago una mueca al ver todos los mensajes y llamadas perdidas de Kir antes de entrar a la conversación con Damian y teclear furiosa.

Yo: Dónde estás????!!!

Yo: ALERTA ROJA. Kir está aquí con el putísimo KENZO.

Yo: LLÁMAME! O A FREY!!!

Nada. Ni siquiera aparecen los tres puntitos de que está escribiendo.

«Me cago en todo, Damian».

Exhalo profundamente e intento ralentizar el pulso mientras echo un vistazo rápido a la vuelta de la esquina. No los veo, pero da igual.

Freya tiene razón. Deberíamos largarnos de inmediato. Que Kir esté aquí ya es malo, pero con Kenzo Mori también presente estamos en DEFCON 1, ataque nuclear inminente.

Si el peligroso demonio que prometió perseguirme hasta en mis pesadillas me ve, esto va a terminar muy pero que muy mal.

Y aun así…

Algo se dispara en mis venas más allá de una respuesta de lucha o huida.

Emoción.

Por eso soy tan buena en lo que hago, igual que hay lunáticos que hacen salto BASE o que deciden nadar con tiburones, la mera posibilidad de estar a punto de que me pillen hace que la sangre bulla en mi interior y mis sentidos se centran.

No se me da bien robar a pesar del miedo a que me pillen, sino que soy una ladrona excelente gracias a ello. Para mí, el miedo es como un fármaco que mejora el rendimiento.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y se me acelera el

pulso de nuevo al notar una corriente eléctrica por mi espalda.

—¿Dónde están?

Freya se queda callada un segundo.

—¿Has olvidado lo que te acabo de decir o qué? El puto Kenzo está…

—El favor que puede conseguir Damian a cambio de esto es enorme, Freya. Para nosotros, para él. Para Kir.

—Lo entiendo, pero supongo que también estamos de acuerdo en que si el psicópata vikingo de la Yakuza que te quiere muerta y no parece entender el concepto de dejarlo pasar te pilla sería muy malo, ¿verdad?

—Puedo hacerlo, Frey —susurro en un hilo de voz—. Tú dime dónde están.

Suelta un largo suspiro.

—Joder, pero que no te pillen o no te lo perdonaré jamás. —Hace una pausa y suspira de nuevo—. Vale, los tengo. Están en la biblioteca del piso de abajo, fuera del salón de baile principal. Si atraviesas el recibidor y entras en el segundo comedor, puedes subir por la escalera trasera.

—Perfecto, gracias —digo tensa. Echo un vistazo a la vuelta de la esquina mientras siento el subidón de adrenalina explotar en mi interior como si fuera napalm. Me pongo recta, esbozo una sonrisa y vuelvo a cruzar el salón hasta llegar al vestíbulo principal. Me abro paso a través de los invitados y el personal antes de colarme en el comedor segundario y escaparme por la otra puerta.

—Estoy en las escaleras —siseos mientras las subo tan rápido como me permiten los tacones.

—Ponte las gafas.

Asiento sin decir nada mientras llego al pasillo, saco las gafas del bolso y me las vuelvo a poner. Camino sin hacer ruido por el pasillo, encuentro la puerta e introduzco el código seis, seis, seis para entrar.

La puerta se abre con un ligero y satisfactorio clic.

No enciendo ninguna luz y me dirijo a la librería que hay tras el escritorio de Cillian. La pared del fondo está cubierta por una siniestra y para nada espeluznante colección de cuchillos, pero la ignoro mientras busco el estante tras el que sé que se oculta la caja fuerte.

Como era de esperar, cuando saco la copia encuadernada en cuero de *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, el estante se abre sin hacer ruido y deja a la vista la cerradura de última generación que hay detrás.

El proceso se llevará a cabo en dos pasos. La primera tiene que ver con el dispositivo que llevo en el bolso para que Freya pueda descifrar el código desde lejos. Después solo hay que forzar la típica cerradura de caja fuerte con una combinación de tres dígitos.

Saco el dispositivo de *hackeo* y lo pego al teclado de la caja fuerte con los imanes.

—Te toca —susurro.

—Espera —dice Freya completamente concentrada—. Sácalo un segundo y déjame ver el teclado, quiero ver si tengo el modelo correcto.

Hago lo que me pide.

—Vale, era lo que suponía. Es una versión nueva del Cyro 7000.

Frunzo el ceño.

—Pero ¿puedes abrirla?

—Pues claro, pero necesito que reconectes dos cables en el dispositivo.

Freya me guía para que desconecte un cable verde de un puerto rojo y lo conecte al amarillo y luego pase el cable amarillo al puerto rojo. Tengo la sensación de estar desactivando una bomba.

—Vuelve a poner el dispositivo sobre el teclado.

Observo mientras los números en la pantalla digital del aparato

cambian y se desdibujan. De repente, escucho un clic electrónico.

—¿Todo bien?

—De lujo, querida —dice con una sonrisa que se le nota en la voz —. Te toca. Como dice RuPaul: «No la cagues».

Pongo los ojos en blanco.

—Zorra.

Me quito el pinganillo y me pongo los otros auriculares para poder escuchar los clics con las dos orejas. Aprendí esta técnica tradicional para forzar cerraduras por mi cuenta mucho antes de conocer a Freya y, catorce años después, soy la puta ama… Modestia aparte.

Sujeto la parte de los auriculares que es como un estetoscopio contra la parte delantera de la caja fuerte y el mundo se queda mudo a mi alrededor. Me encanta este momento en el que solo estamos la cerradura que intento abrir y yo. Dejo que mi pulso se ralentice y respiro profundamente mientras agudizo el oído para escuchar el más mínimo clic al girar la ruedecita.

El primer número encaja con un sonido metálico. Lo mismo con el segundo. Sonrío para mis adentros mientras vuelvo a girar la rueda.

El número tres también encaja.

Estoy dentro, joder.

Me saco los cascos y se me acelera el pulso cuando giro la manivela y abro la pesada puerta de la caja fuerte para reclamar mi premio.

Y, entonces, se me cae el alma a los pies al ver que está completamente vacía.

Qué cojones.

La información de Damian nunca es errónea. Ni una vez en todos los años que he trabajado con él; es muy meticuloso.

Noto que el corazón me va a mil mientras agarro el pinganillo. Incluso antes de metérmelo en la oreja, oigo el sonido frenético y amortiguado de la voz de Freya.

—… DIRECTO A POR TI!

Me grita su voz en el oído.

—Frey —siseo—. Tenemos un proble…

—¡CORRE! —Un escalofrío me recorre la espalda—. KENZO ESTÁ…

Me quedo sin aliento y me tenso de pies a cabeza cuando unas manos fuertes y despiadadas me agarran con brusquedad por detrás, para después darme la vuelta y aplastarme con fuerza contra la estantería que tengo detrás.

Me pongo blanca como el papel y se me abre la boca en un grito silencioso y escalofriante mientras el suelo se derrumba bajo mis pies.

… Porque el putísimo Kenzo Mori me mira a los ojos con maldad y una cara de pura ira.

—Hola, princesa —bufa con frialdad. La furia y el enfado oscurecen su atractivo rostro de hielo. Sus pómulos marcados y su mandíbula letal y cincelada brillan en la oscuridad mientras la negrura penetrante de sus ojos me aniquila.

Es posible que sea incapaz de moverme. Ni siquiera de parpadear ni decir una puta palabra en cuanto su enorme mano me rodea la garganta. Desliza la mano sin dejar de tocarme hasta que me sujeta por la nuca y me obliga a levantar la vista hacia su oscura mirada.

—Ven, princesa —escupe—. No queremos hacerlos esperar, ¿verdad?

Sigo sin poder decir una palabra y él me saca el pinganillo de la oreja y lo aplasta con la mano. Veo los trocitos caer al suelo como si fueran motas de polvo antes de quitarme las gafas de un tirón y mirar hacia ellas con malicia.

—Más te vale correr y esconderte, Freya.

Deja caer las gafas y las machaca bajo la suela del zapato. Sigo congelada y siento que medio me caigo, medio arrastro los pies cuando se gira de repente y empieza a llevarme tras él agarrada por

la nuca y salimos del estudio.

—Yo… Yo…

No consigo pronunciar palabra. Trastabillo detrás de él por el pasillo y casi me caigo por las escaleras y araño el pasamanos para intentar sujetarme mientras él mantiene su agarre férreo alrededor de mi cuello.

—¿A dónde…? ¿A dónde…? —consigo soltar por fin cuando tira de mí a través del segundo comedor—. ¿A dónde me…?

—Como dije, princesa —gruñe en un tono oscuro y rasgado y con un acento británico tosco pero refinado que le proporciona un tono cortante—, no nos interesa hacerlos esperar.

Atraviesa el vestíbulo, ya vacío, hecho una furia hacia una puerta doble que estoy bastante segura de que lleva de vuelta al salón de baile.

—¿Hacer esperar…?

Abre la puerta de una patada y, de repente, deja de agarrarme de forma amenazante por el cuello para sujetarme la mano y entrar al salón de baile tirando de mí.

Hasta el último invitado está aquí. Mirándonos. Como si estuvieran esperando por nosotros.

Algo va muy pero que muy mal.

Me quedo pálida y recorro la habitación con la mirada. Todo el mundo me sonríe…, están radiantes y alegres, como si estuvieran listos para estallar en vítores.

Bueno, todos menos Kir, claro. Cuando poso los ojos en los suyos, lo único que veo es una mirada fría y peligrosa. No está cabreado. Más bien… tiene miedo.

Y ese hombre no teme a nada.

Quiero correr hacia él y decirle que siento mucho haber sido tan tonta antes de preguntarle qué cojones está pasando, pero, antes de que pueda mover ni un músculo, la enorme mano de Kenzo aprieta

la mía con tanta fuerza que casi me hace daño; parece que quisiera aplastármela. Me giro hacia él esperando ver malicia. Furia. Odio. Joder, o incluso un arma cargada.

En cambio, tiene una puta sonrisa dibujada en la cara.

Está claro que algo va mal.

Un camarero nos trae dos copas de champán. Kenzo sonríe de oreja a oreja y toma la suya. Yo casi tiro mi copa cuando el camarero me mete el vaso en la mano con torpeza.

—En primer lugar —comienza a decir Kenzo con una voz profunda y resonante, pero a la vez dulce y aterciopelada. Igual que si fuera un político saludando a sus simpatizantes o un médico anunciando que la cirugía a vida o muerte ha sido un éxito. No queda ni rastro de la maldad ni la oscuridad que sé que acecha tras esa sonrisa—, quiero darles las gracias a nuestros anfitriones por haber sido tan amables de permitirme robarle el protagonismo a la preciosa cumpleañera durante un segundo.

Sonríe mientras asiente y alza la copa hacia Cillian y Una, que están en el centro de la multitud agarrados del brazo y al lado de Kir.

—Feliz cumpleaños, Sra. Kildare.

Una sonríe y baja ligeramente la barbilla hacia Kenzo.

Qué está pasando.

Qué cojones está…

—Y, ahora, sin más dilación… —Kenzo sonríe como un dragón cuando se gira para fijar su mirada en mí y aniquilarme con los ojos —. Es un gran placer para mí presentarles a Annika Brancovich…

Sus ojos se convierten en dagas y juro que siento cómo me atraviesan.

—Mi prometida.

El suelo se hunde bajo mis pies cuando me quedo sin respiración y lo empiezo a ver todo negro.

QUÉ.

COJONES.

2
KENZO

HACE MEDIA HORA

El verano que cumplí trece años, una plaga de conejos asoló nuestro huerto. Los cabroncetes peludos lo destruyeron todo: se comieron todas las zanahorias, las lechugas, los rábanos… incluso las flores que tanto le gustaban a mi madre.

Durante una temporada, Tak, Mal y yo (y, en muchas ocasiones, también Hana) nos uníamos al Sr. Coughlin, el jardinero, en el tejado del cobertizo con una calibre 22 cada uno y los eliminábamos en cuanto asomaban la cabeza.

No odio a los conejos. Son monos. Dan ganas de abrazarlos. Cantan y bailan en todas las putas pelis de Disney que hay. Pero un ladrón es un ladrón y esos mierdecillas nos estaban robando no solo las verduras y las flores, sino también la felicidad que eso le daba a mi madre. Así que nos pasábamos el día disparándoles a los malditos conejitos, hasta que se ponía el sol.

Pero seguían volviendo. Siempre volvían.

Entonces, un día, el Sr. Coughlin trajo a un antiguo compañero suyo del ejército, un hombre canoso y moreno del que solo sabíamos que se llamaba Rafe.

Rafe no había venido a jugar.

Vino a cometer un puto genocidio de conejos.

Aprendí más de ocuparse de los negocios de Rafe en la única semana que pasó en nuestra propiedad que en los trece años

anteriores. Primero, colocó trampas a la salida de todas las madrigueras: unas jaulas enormes con una puerta que solo se abría en un sentido. Los provocó y les dejó cebos dentro de las madrigueras. Pero lo que de verdad les jodió a los conejos fue que Rafe tenía serpientes como mascota.

Unas serpientes enormes y aterradoras.

Serpientes que había entrenado para reptar al interior de las madrigueras para comer o perseguir a cualquier peludito que encontrasen. Una por una, las madrigueras recibieron la visita de una serpiente hambrienta, así que los conejos salían espantados directos a una de las trampas de Rafe.

Luego los ahogó a todos a la vez en el estanque.

Así es como se caza a un ladrón. Los provocas. Si es necesario, los asustas. Luego los atrapas y los puto ahogas.

Y precisamente por eso he venido esta noche a la finca de los Kildare, para activar la trampa que he preparado.

El primer paso fue ponerme en contacto con Cillian, con quien hice algún que otro negocio en Inglaterra un par de años atrás, antes de que se mudase a Nueva York, para desearle un feliz cumpleaños a su mujer por adelantado. Cillian, en respuesta, comentó que le iba a organizar una fiesta a Una y me preguntó si me apetecería pasarme por allí si estaba en la ciudad.

Joder, pues claro que sí. Muy amable por tu parte, Cillian.

Ya sabía lo de la celebración, pero necesitas que te inviten para entrar en este tipo de fiestas. Y yo no iba a perderme esta ni de puta coña.

El siguiente paso fue poner el cebo. Ansel Albrecht es un cabroncete astuto con lazos con la mafia alemana que normalmente me cae como el puto culo, pero cometió el error de quedarse en deuda conmigo y esta era la ocasión perfecta para cobrármela.

Así que le pedí a Ansel que contactase con Damian Nikolayev, el

amiguito peliblanco de mi conejita particular, y que le colase alguna trola sobre un artefacto de la Inquisición española y del enorme favor que le debería si se lo consiguiese. Y, mira tú por dónde, resulta que la máscara estaba de forma temporal justo a las afueras de la ciudad, en la finca de Cillian Kildare en Connecticut.

Increíble.

Era todo mentira, por supuesto. La máscara le pertenece a un coleccionista austríaco que es la hostia de turbio y la tiene colgada en la pared de su aún más turbia mazmorra del sexo. Pero Damian es un puñetero avaricioso y mordió el anzuelo.

Me permito una ligera sonrisa mientras agarro una copa de champán de la bandeja de un camarero. Inspecciono la fiesta del jardín y aprecio el excelente gusto de Cillian para los espumosos mientras me imagino que esta fiesta es en mi honor, no en el de Una Kildare.

No para celebrar un cumpleaños, sino para felicitarme por haber dado caza a mi presa. Por haberla agarrado por fin del puto cuello, para luego mirarla a los ojos y ser consciente, mientras inhalo su miedo y derrota, de que he ganado.

Nadie me roba.

Jamás.

Si esto hubiera sido una cuestión de dinero, quizá ya me habría cansado de perseguirla y me hubiera limitado a contratar a un profesional para que me trajese la cabeza de la ladrona en una puta bolsa de arpillera.

Pero no después de lo que me robó Annika. Y mucho menos después de cómo lo robó.

Bebo otro sorbo de champán e inspiro hondo para llenar los pulmones del aire limpio del campo de Connecticut.

Últimamente paso demasiado tiempo en Nueva York.

No es que no me guste Nueva York. Es divertida, salvaje y sé

cómo doblegarla a mi voluntad. Ni siquiera me importan los juegos tan lentos que hemos estado jugando con las familias de la Bratva rusa para intentar meternos en su territorio con mucha delicadeza mientras Sota se expande hacia Nueva York.

También tiene otras ventajas, como conocer poco a poco a mi hermanastra, Fumi, por no mencionar a mi padre biológico, ese que pasé casi toda la vida pensando que estaba muerto.

Hace treinta y cinco años, mi madre, Astrid, una joven aristócrata noruega, se fue a estudiar a Kioto, Japón. Allí se enamoró y tuvo una tórrida aventura con un hombre llamado Hideo Mori.

Pero Hideo no era solo su romance salvaje de universidad; era el jefe de la aterradora y poderosa familia Mori-Kai de la Yazuka. Mi madre lo quería, pero también le tenía miedo, o al menos a la vida que llevaba. Así que, cuando se quedó embarazada de mí sin haberlo buscado, cortó con Hideo, se fue de Japón y volvió a Noruega para tenerme.

Nunca le dijo a mi padre que estaba embarazada.

Pero la ausencia, como se suele decir, es al amor lo que el fuego al viento. Por lo que, un par de años después de haberme tenido, mi madre volvió a Japón. Encontró a Hideo, supongo que con la idea de ver si podría alejarlo de la vida de la Yakuza y luego decirle que tenía un hijo.

Su plan no funcionó y, un par de semanas después, volvió a casa segura de que Hideo jamás abandonaría la Yakuza.

También volvió embarazada, otra vez.

De mellizos.

Un año más tarde, justo tras el nacimiento de mi hermano Takeshi y mi hermana Hana, Hideo por fin encontró lo que nunca vio en mi madre: una forma de salir de la Yakuza. Se casó con una mujer llamada Bella, engendró a Fumi y decidió dejar el mundo criminal atrás. Se cambió de nombre, se mudó a Estados Unidos y, hasta

hace poco, creía que había muerto en Japón hacía mucho.

Quería mucho a mi madre y entiendo por qué me apartó de Kioto y de un padre que vivía solo para la Yakuza.

Pero nadie puede cambiar su ADN. Llevo la Yakuza en la sangre y, cuando cumplí dieciocho años, en contra de los deseos de Astrid, viajé a Japón para explorar esa parte de mi legado.

Ahí fue cuando conocí a Sota.

Cuando se enteró de que un niño medio japonés criado en Inglaterra estaba husmeando en Kioto en busca de información sobre un hombre llamado Hideo, vino a buscarme. Nunca olvidaré el día que tiró abajo la puerta de mi habitación de hotel, me subió la manga de la camisa, vio la marca de nacimiento en forma de media luna que tenía y me abrazó de inmediato como si fuera su hijo perdido.

Sota y mi padre eran mejores amigos. Al igual que yo, Sota pensaba que Hideo había muerto intentando huir de la Yakuza años atrás, así que me acogió y, tras meterme un solo día en el mundo de la Yakuza, ya estaba más que enganchado.

Un par de meses después, Mal, mi hermano adoptivo, se mudó para reunirse conmigo en Japón. Dos años después de que nuestra madre muriese, también vinieron Takeshi y Hana.

El resto es historia.

Como he dicho, no se puede cambiar lo que llevas en la sangre. Yo nací para esto. Solo tardé dieciocho años en descubrirlo.

A través de Sota, comprendí el poder absoluto del imperio Mori-kai y de la influencia que tiene todavía el nombre. Me uní a las filas del Akiyama-kai y llegué a ser uno de los capitanes de mayor confianza de Sota.

Incluso me dijo que el objetivo final era ver renacer el Mori-kai bajo mi mando, un imperio al que el suyo propio le juró lealtad.

Me cambia el humor cuando pienso que ese día quizá llegue antes

de lo esperado. Sota tiene cáncer de pulmón en estadio cuatro.

La pequeñísima parte buena es que ha estado en Nueva York durante casi todo su tratamiento, pero sigue siendo brutal ver cómo una puta enfermedad como el cáncer ha doblegado a uno de los hombres más fuertes que he conocido jamás.

Me he desviado del tema. Esta noche es para celebrar, no para lamentarse.

Porque, esta noche, por fin voy a atrapar a la ladronzuela que me drogó y me robó. Esta noche, la haré caer en la trampa y, cuando le rodee el cuello con las manos, la estrangularé con todas mis putas fuerzas.

En ese preciso instante, veo un destello rojo por el rabillo del ojo. Me giro y la sonrisa malvada y peligrosa se agranda en mi cara mientras agarro la copa de champán con más fuerza.

Como cada vez que veo a Annika Brancovich, en mis venas explota un turbulento y embriagador cóctel de odio y deseo.

Aquella noche, me pilló desprevenido por un motivo. Las drogas que me echó en la bebida ayudaron, claro, pero después de cinco años reflexionando sobre lo que pasó, sé que es porque consiguió que bajase la guardia.

Porque, por mucho que odie a Annika con toda mi puta alma…, por mucho que quiera hacerle unos zapatos de cemento y ahogarla como a una madriguera llena de conejos ladrones…, no puedo negar el hecho de que, cada vez que la miro, mi polla tiene otras ideas.

Ideas que implican destrozarla. Aplastarla contra el suelo sucio y enterrarme centímetro a centímetro en todos sus agujeros. Hacerla gritar mientras su ansioso coño me exprime la polla. O verla gemir y babear mientras le follo la boca.

Las fantasías que tengo con esa mujer, por si no había quedado claro, no tienen nada que ver con hacerle el amor. Ni siquiera con acostarme con ella.

Lo que quiero es dominarla en toda la extensión de la palabra. Fantaseo con ponerla de rodillas gimiendo, suplicando y sometiéndose a mí, con mi corrida brillándole en la piel.

Tenso la mandíbula.

Hostia puta.

Odio que sea ahí a donde va mi mente con esa mujer. No es que la vea muy a menudo, al fin y al cabo se ha pasado los últimos cinco años huyendo de mí. Pero, cuando nuestros caminos se cruzan, aunque sea solo un instante o desde la distancia, como ahora, siempre me pasa lo mismo.

No se puede negar que Annika es atractiva: mitad estadounidense, mitad serbia, con pechos firmes y grandes y un culo que da ganas de morderlo. También es alta para ser una mujer.

Eso me gusta.

Yo mido cerca de dos metros, por lo que soy alto en Occidente y un puto gigante en Japón. Las mujeres pequeñas nunca me han atraído. Me parecen muy…

Frágiles.

Annika, sin embargo, anda cerca del metro ochenta. Y a pesar de que está bastante delgada, seguramente tras años de huir e ingeniárselas para sobrevivir… no parece tan frágil.

Como si pudiera hacer lo que quisiera con ella.

Inmovilizarla.

Follármela duro.

No le quito los ojos de encima cuando agarra una copa de champán de una de las bandejas que pasan delante de ella y luego le asiente de forma curiosa a Neve Kildare, por alguna extraña razón.

Ah, intenta encajar.

«Métete en el papel todo lo que quieras, puta conejita», pienso de forma ominosa.

«Pronto serás mía».

Parte de mí quiere entrar ya en acción. A tomar por culo el plan de cazarla en medio del robo de un objeto que ni siquiera está en el país. Podría hacerlo ahora mismo. Interprete el papel o no, Cillian y yo tenemos negocios desde hace tiempo. Seguro que no me guardaría rencor por hacer lo necesario para castigar a alguien que me ha ofendido tanto como Annika.

Pero justo cuando empiezo a imaginarme lo que pasará después de rodearle la preciosa garganta a Anikka con las manos, noto una presencia a mi espalda.

Me doy la vuelta frunciendo el ceño y me quedo de piedra.

—Sota-san —susurro haciendo una reverencia antes de que mi mirada se pose en la de mi mentor. Hace un gesto con la mano para que se vayan sus dos guardaespaldas y lo observo con incredulidad.

—¿Qué narices haces aquí?

Como dije, para mí Sota es tanto un padre como mi mentor. Mi familia. Cuando estamos con nuestros hombres y en público, sí, siempre le daré el honor y el respeto que se merece y se espera en el mundo ultraconservador y lleno de reglas de la Yakuza, pero ¿en privado? Hablamos de forma más informal.

Sota sonríe con ironía.

—Podría preguntarte lo mismo…

De repente, empieza a toser con violencia. Hago una mueca y me acerco a él, pero me hace señas para que me detenga mientras echa otro pulmón por la boca antes de limpiarse la boca con un pañuelo de seda y volver a guardárselo en el esmoquin.

—Vamos a dar un paseo, amigo mío —murmura. Por primera vez, me fijo en las líneas cada vez más oscuras de su rostro y una preocupación inusual en la mirada.

Frunzo el ceño y asiento mientras lo tomo del brazo. Empezamos a caminar por el cuidado jardín, más allá de la fiesta y hacia un lateral

de la finca de Cillian.

—Siempre te he dicho que un líder hace lo que sea necesario, Kenzo. Ser rey no significa que puedas servirte a ti mismo. Sirves a los que estás encargado de liderar. Ser un rey no consiste en aferrarse al poder, sino en ganárselo día a día y demostrarles a tus súbditos por qué te lo mereces.

Asiento con la cabeza.

—Lo sé.

Como decía… algún día ese seré yo. Sota no tiene hijos e, incluso cuando creyó que Hideo estaba muerto, se mantuvo fiel al juramento que le hizo al Mori-kai décadas antes. El Akiyama-kai es un imperio en sí mismo, pero su lealtad, aún hoy, está con el Mori-kai.

Su lealtad está conmigo y Sota lleva años enseñándome y moldeándome en el rey que tendré que ser.

Me giro hacia él y sonrío con amabilidad.

—Deberías estar descansando en la ciudad. Estoy bastante seguro de que no tendrías que estar en pie en medio de un ciclo de tratamiento.

—Esto es importante, Kenzo.

—Bueno, también podrías haber llamado…

—La reunión cara a cara está más que justificada.

Las líneas de expresión de su rostro. La tristeza turbada de sus ojos. El miedo…

—Aoki está muerto, Kenzo.

Algo se me retuerce en el pecho.

Aoki Juro es el jefe del Juro-kai, uno de los clanes subordinados del Akiyama-kai. Aoki y yo nos conocimos hace quince años, cuando yo acababa de entrar en el mundo de la Yakuza y él, con diecinueve años, era el recién coronado rey del imperio de su difunto padre.

Hemos sido amigos casi desde entonces.

Me quedo mirando a Sota ahora que entiendo la tristeza de su mirada. No soy el único «descarriado» al que ha guiado Sota. Es un coleccionista de almas perdidas. Y cuando Aoki perdió a su padre, igual que yo, fue Sota quien lo entrenó para dar un paso al frente y convertirse en rey.

—¡¿Qué?! —siseo.

—Hubo un altercado en Nueva York hace dos horas. Aoki y varios de sus hombres se cruzaron en el camino de los hombres de Kir Nikolayev. Sacaron las armas. Aoki murió allí mismo…

—¡Joder! —gruño con saña—. ¿Quién…?

Sota me interrumpe con una voz fría y quebradiza.

—Y Damian Nikolayev, el sobrino y heredero de Kir, está en cuidados intensivos.

Me quedo de piedra.

«Mierda».

Nunca había visto a Sota tan preocupado.

—Da igual si el sobrino vive o muere, Kenzo… La cosa es grave —dice en voz baja—, muy grave. Al nivel del asesinato del archiduque Fernando que dio comienzo a la Primera Guerra Mundial.

Rechino los dientes y aparto la mirada para clavarla en la ventana que tengo al lado con vistas hacia la casa. Mis ojos se posan en una familiar cabeza con el pelo rojo y entrecierro los ojos mientras observo a mi presa contonearse en la fiesta.

—Se ha llegado a un acuerdo —dice Sota captando de nuevo mi atención— para evitar la guerra con la Bratva.

—¿Y por qué cojones queremos evitarla? —le espeto.

Sota me lanza una mirada severa.

—La guerra casi nunca es la respuesta, Kenzo. Y todas estas sandeces entre las dos familias… son insostenibles. No podemos seguir así. Aoki era uno de nuestros mejores hombres. Damian es el puto heredero de Kir. Si esto desencadena en una guerra, será una

masacre, y no habrá reglas.

Me bebo lo que me queda de champán de un trago mientras Sota sacude la cabeza con tristeza.

—No podemos permitirnos una guerra, Kenzo. —Lo miro furioso—. No me mires así —gruñe. No es porque sea demasiado débil ni viejo.

Sonrío con ironía.

—Eso es lo último en lo que estaba pensando.

—Bien —sonríe—, porque aún soy capaz de ganarte.

Mi propia sonrisa se vuelve sombría mientras arrugo la frente.

—Y bien…, ¿a qué acuerdo habéis llegado?

Sota tensa la mandíbula.

—Implica que cambies tu plan de esta noche. Sé por qué estás aquí, Kenzo. Sé lo que tienes preparado.

Aprieto los labios.

—La verdad es que no sé de qué…

—No estoy de humor para juegos, Kenzo. —Suspira—. Eres el hijo que nunca tuve. Con todo el respeto a Hideo, eres mi heredero. Te apoderarás de los dos imperios y los harás tuyos, pero eso no ocurrirá si hay una guerra.

—Sota…

—Kir no tiene hijos, por eso su sobrino Damian es su heredero. Tampoco tiene hijas, pero, igual que yo, Kir acogió a…

Cuando por fin caigo en lo que intenta decir se me agarrota todo el cuerpo. Mi mirada se vuelve gélida y se clava en él.

—No.

Sota asiente.

—Sí —dice con calma—. Te pido que hagas lo que…

—Que no, hostia.

—Mientras aún respire, Kenzo —gruñe con saña—, obedecerás mis deseos.

Aprieto los dientes e inclino la cabeza con rigidez.

—Por supuesto, Sota-san —gruño.

Suelta un suspiro largo y entrecortado.

—Lo siento, Kenzo, de verdad que sí.

Me doy la vuelta despacio para mirar por la ventana y veo a Annika atravesar la fiesta, el vestido blanco que lleva le marca todas las curvas y acentúa las piernas de modelo que tiene.

Observo cómo le ondea el pelo cuando se gira para sonreír a otro invitado. Cómo bate las pestañas y cierra esos ojos de mentirosa durante un segundo. Cómo curva su boca venenosa.

—Esta es la única forma de evitar la guerra —rezonga Sota en voz baja—-. Annika Brancovich y tú os vais a casar. No hay más que hablar.

Los labios se me curvan de forma peligrosa.

Pero luego pienso en Rafe.

Un ataque directo no funcionó. Los cebos ayudaron a sacar a los conejos de la madriguera, pero hizo falta algo más.

Hubo que enviar una serpiente para poner fin de verdad a todo.

Clavo los ojos en Annika a través de la ventana mientras bebe champán alegremente.

«Hola, conejita. Soy la puta serpiente. Y pienso devorarte enterita».



Diez minutos después, la estoy arrastrando fuera del estudio tirando de ella escaleras abajo para colocarla frente a una multitud de espectadores que aplauden y anunciar al mundo que estamos comprometidos.

La tengo.

La he atrapado.

Entonces, ¿por qué coño siento que he sido yo el que ha caído en

la trampa?

3

ANNIKA

En cuanto entro en la habitación del hospital, Freya se lanza a mis brazos.

—Joder —solloza contra mi pecho.

¿Qué otra cosa se puede decir?

Miro por encima de su hombro hacia Damian, que yace inmóvil en una cama del hospital. Odio el grotesco tubo de plástico que le sale de la boca. Odio las máquinas que respiran y mueven la sangre por él. Odio los cables y los pitiditos rítmicos y el olor a lejía, antiséptico y muerte del hospital.

Lo odio todo. Pero sobre todo odio no saber si estoy a punto de perder a alguien de mi familia.

Tenía dieciocho años cuando lo perdí todo. Al ser hija de un capo de la mafia serbio y su mujer estadounidense, ya me habían prometido con otro señor del crimen que odiaba tanto el matrimonio forzoso y a mí como yo lo odiaba a él por el mismo motivo.

Justo después de la boda, estalló una guerra entre mafias y toda su familia fue aniquilada en un ataque en su residencia. Yo conseguí escapar y uno de los hombres de mi padre, Ruslan, me llevó de vuelta a casa.

Pero ya era demasiado tarde.

La primera batalla se había librado allí y se llevó por delante a toda mi familia y quemó mi hogar hasta los cimientos. Ruslan logró llevarme hasta Grecia antes de morir por las heridas que sufrió durante el ataque a nuestra familia. Aquel fue el día en que perdí

todo lo que había conocido.

Siempre había vivido como una princesa mimada de la mafia, nunca me faltó de nada. Pero cuando tienes que decidir entre robar o morir de hambre porque ya no dispones de esa riqueza, el mundo blanco y negro que conocías se vuelve mucho más gris.

Robaba porque tenía que hacerlo. Robaba porque no tenía nada que comer. Conocí a otra gente como yo: niños y adolescentes que vivían en la calle, en Atenas. Había otras chicas como yo que encontraron… otra forma de ganarse el pan y evitar morir en una cuneta.

Yo casi lo hice una vez. Me moría de hambre. Dormía en un callejón y tenía un corte infectado que tenía una pinta más asquerosa con cada día que pasaba.

Solo era sexo, razoné. Insertar pestaña A en ranura B. Repetir. Cobrar. No era para tanto, ¿no?

Error.

Me limpié lo mejor que pude y eché a andar hacia la plaza de la zona sórdida de la ciudad, donde estaban las otras chicas buscando trabajo. Le dije que sí al primer hombre que se me acercó con una mirada malvada y lasciva en la cara y le pedí la misma cantidad que le había escuchado a una chica dar a su cliente hacía diez minutos.

Me llevó a su coche. Antes de que pasase nada, abrió la puerta de atrás, me pegó un puñetazo en toda la cara y me tiró dentro.

Hay ciertos momentos que definen cómo será el resto de tu vida. Y ese fue el mío.

Podría haberlo dejado pasar. Ya tenía el dinero, ya que vi que todas las otras chicas cobraban por adelantado. Cuando se acomodó en el asiento trasero y se subió encima de mí, podría haber… desconectado.

Pero, a pesar de haber llegado a este mundo en la piel de una princesa, llevo el fuego y la furia en las venas.

Así que luché.

Le di cabezazos en la cara una y otra vez mientras él me manoseaba, hasta que oí el crujido de un hueso al romperse y sus gritos de dolor. Hasta que sentí la sangre caliente gotear. Cuando se quitó de encima, le empecé a pegar patadas en los huevos con todas mis fuerzas hasta que terminó vomitando y suplicando clemencia.

Después eché a correr y nunca miré atrás.

Y ese fue el día que decidí que tomaría todo lo que necesitase de este mundo y no le daría nada a cambio.

Me pasé los siguientes años completamente sola. Ignoré al mundo y a todos los que me rodeaban, me apoderé de lo que necesitaba y sobreviví.

Pero, entonces, un día en Milán vi algo que no pude ignorar. Dos adolescentes estaban sacando a rastras a una chica que gritaba y arañaba de un refugio improvisado con lonas que había montado entre los escombros de un edificio en ruinas. Estaba claro que iban a intentar arrancarle la ropa, seguramente para violarla o hacerle algo horrible. Pero esa no era la única razón por la que gritaba.

Tardé un segundo en darme cuenta de que le tenía miedo a la luz del sol.

En cualquier caso, algo en mí se rompió y las anteojeras que llevé puestas durante los últimos tres o cuatro años se cayeron. Agarré lo primero que pillé, una barra de metal oxidado, y golpeé a los chicos sin parar hasta que huyeron gritando y ensangrentados.

Así fue cómo conocí a Freya.

Al igual que yo, había nacido en una vida y luego se vio inmersa en otra muy diferente, una de vivir en callejones y luchar para sobrevivir. Para ella era incluso más difícil debido a su condición.

Freya tiene un singular tipo de fotosensibilidad extrema llamado xerodermia pigmentosa. Su estilo gótico no es solo algo estético. Es

pálida como un fantasma porque, literalmente, no puede darle la luz del sol sin sufrir unas horribles quemaduras en la piel expuesta.

Tras aquel primer día, nos hicimos mejores amigas. Como yo, Freya había aprendido a apoderarse de lo que necesitaba, aunque ella no era de las que entraba en una tienda y se metía comida en la sudadera. Su *modus operandi* era colar un *skimmer* de tarjetas en la caja registradora y luego usar el ordenador de una biblioteca para convertir el dinero que había desviado en bitcoins.

Nos unimos y empezamos a asumir trabajos más grandes y a robar más de lo que necesitamos. Al final, conocimos a cierto tipo de gente y empezamos a establecer conexiones y a forjarnos un nombre.

Luego llegaron los años oscuros.

Los años… con él.

No me gusta hablar de esa época, ni siquiera pensar en aquel momento de mi vida.

Esbozo una sonrisa débil mientras Frey se aleja y me deja caminar hacia la cama de Damian. Me siento en la silla que hay al lado y me muerdo el labio, siento que se me corta la respiración cuando extiendo el brazo y coloco la mano sobre la suya, pálida e inmóvil y de la que sale una vía intravenosa.

—¿Recuerdas qué fue lo primero que nos dijo?

Sonrío a pesar de la horrible sensación que se ha instalado en mi pecho y me giro para poner los ojos en blanco hacia Freya.

—Dices lo de: «Avisadme cuando estéis listas para dejar de perder el tiempo y empezar a jugar en primera división» —gruño haciendo la mejor imitación de la voz grave de barítono de Damian.

Y así fue como el dúo de Annika y Freya se convirtió en un grupo de tres, después de los años con El-que-no-debe-ser-nombrado. Las dos nos habíamos disfrazado de empleadas del *catering* de una cena de élite en Londres a la que asistían la flor y la nata de

personalidades importantes, líderes de estado y varios capos del mundo criminal.

Nos hicimos de oro como si fuéramos unas putas bandidas. Levanté como una docena de relojes de seis cifras, un montón de joyas e incluso un cuadro de la pared del propio recinto. Freya sonrió todo el rato, sirviendo coñac y vino mientras clonaba las tarjetas de crédito sin límite de todos los bolsillos de la sala.

Un par de horas después, estábamos disfrutando de unas bebidas de celebración en un bar calle abajo cuando Damian hizo su entrada triunfal.

Lo que no supimos hasta después fue que aquel bar era suyo. En plan de que era el dueño del local. Así fue como pudo vaciarlo de forma discreta, echando a personal y clientes antes de dejarse ver, aunque nosotras ni nos enteramos porque ya llevábamos cuatro copas encima.

«Avisadme cuando estéis listas para dejar de perder el tiempo y empezar a jugar en primera división».

Jamás olvidaré aquella primera vez que vi a Damian, cuando me di la vuelta y la sorpresa fue más fuerte que la borrachera al ver al joven de belleza aterradora, complexión robusta y de metro noventa y dos, con el pelo blanco, los ojos violetas y una sonrisa diabólica y malévola.

Damian era uno de los invitados de la fiesta que acabábamos de saquear. Hasta le habíamos robado el Rolex, pero no estaba enfadado.

Estaba intrigado.

Como dije, Freya y yo mangábamos tanto por la emoción como por el dinero.

A Damian le gusta herir a la gente que considera sus enemigos. Y, cuando no quiere darle un puñetazo en toda la cara, hacerles daño en la cartera siempre le parece buena alternativa. Supongo que

creyó que podríamos ayudarlo en ese frente.

Hago una mueca mientras observo su cuerpo inmóvil sobre la cama. Es muy fuerte y un adicto al gimnasio de manual. Verlo así resulta… desgarrador.

—Anni.

Alzo la vista y veo a Freya mirándome con una expresión inquietante. Antes nos enviamos un par de mensajes y sabe lo que ha pasado con Kenzo, pero todavía no hemos podido hablar del tema.

No sé si estoy preparada para eso, y mucho menos aquí, con todo lo que está pasando con Damian.

—Aún no —susurro con voz ronca.

Ella asiente.

Luego arruga la cara y vuelve a posar los ojos en Damian.

—Es que no entiendo cómo ha podido pasar algo a…

—Balas.

Nos damos la vuelta a toda velocidad al oír la voz de Kir cuando entra en la habitación, con ese acento que es una mezcla del refinado inglés de Oxford y las asquerosas prisiones rusas. No hablamos mucho en el camino de vuelta a la ciudad desde la finca de Cillian y, aunque lo hubiéramos hecho, la verdad es que siento que todo es un borrón desde que abrí aquella maldita caja fuerte.

Un borrón en el que Kenzo me da un susto de muerte, me arrastra escaleras abajo y le dice a toda la fiesta que soy su prometida.

Ya.

El tema rompió el silencio del viaje en coche de vuelta a Nueva York y Kir se limitó a negar con la cabeza.

—Ahora no, Anni —murmuró mirando por la ventana aturdido—. Aún no.

Se me retuerce el corazón. Damian es como un hermano para Frey y para mí, pero para él es casi un hijo… Lo ha sido desde la muerte

de la hermana de Kir y su marido cuando Damian tenía siete años.

—Esto es lo que hacen las balas —dice en voz baja. A Freya se le encoge el pecho cuando echa a correr y se lanza a los brazos de Kir para abrazarlo con fuerza mientras él le da palmaditas en la espalda.

—¿Qué ha dicho el cirujano?

Él exhala.

—Es moderadamente optimista. Le han extraído los fragmentos de bala que tenía cerca del pulmón, así que ahí no hay problema. El tirador no le dio en la arteria por cuestión de milímetros.

—Joder, menos mal —grazno.

—Pero todavía no está fuera de peligro. Lo van a mantener en un coma inducido mientras averiguan cuál es la mejor forma de sacar los fragmentos que tiene cerca del corazón. —Le brillan los ojos—. Estoy trayendo a los mejores especialistas del mundo, desde Dubái.

Me pongo de pie, camino hacia ellos y los abrazo retorciendo el cuello para mirar a Damian. Esta es la variopinta familia que he formado después de haber perdido a la mía. Por supuesto, ahora que me he reencontrado con Taylor, ella es la otra mitad. Pero incluso después de reconectar, y a pesar de que está casada con nada más y nada menos que Drazen Krylov, siento la necesidad de alejarla de esta faceta de mi vida.

Drazen no es solo un matón callejero; podría decirse que es uno de los jefes de la Bratva más poderosos del mundo, cuando no el que más. Está en otro nivel, lo que significa que está protegida de una forma que ni siquiera puedo llegar a imaginar.

Pero, aun así, mi vida es… un desastre, complicada y peligrosa. Y no pienso llevar todo eso hasta su puerta.

Ha encontrado el equilibrio perfecto. Y yo no haría más que perturbarlo y provocar el caos.

Un caos como Kenzo Mori.

«Te recordaré».

«En tus sueños, querido».

«No, princesa, en los tuyos. Porque pienso perseguirte incluso cuando duermes».

Me avergonzaría del tono arrogante con el que le hablé si no lo hubiera dicho tan puto en serio.

«En tus sueños, querido».

Es que literalmente se lo dije al heredero de un imperio de la Yakuza al que acababa de drogar para robarle mientras todavía notaba el sabor de sus labios impuros sobre los míos. ¿Quién coño me creía que era? ¿Anne Hathaway interpretando a Catwoman?

Y ahora todo se ha vuelto en mi contra.

De la peor manera posible.

Hace cinco años, Kenzo era un objetivo fácil. Una joven estrella del mundo de la Yakuza, presumiendo de coches y dinero por todo Kioto, casi pidiendo a gritos que le robasen.

Pero al hombre al que le robé aquella noche apenas se le podría llamar hombre. Sí, estaba buenísimo gracias a esos ojos oscuros y melancólicos, un cuerpo musculoso y definido y un montón de tatuajes de la Yakuza, pero ni siquiera llegaba a los treinta. Aún no había dejado de ser un *playboy* veinteañero y despreocupado de la mafia. Seguía siendo un niño.

El Kenzo que me agarró esta noche, el que me rodeó la garganta con la mano y el que me atravesó el alma con la mirada, es una bestia completamente diferente.

Más grande. Más fuerte. Más oscuro. Más siniestro y mucho más peligroso. Como un señor de la ira mirándome con saña.

Me alejo de Kir y Freya y observo a Damian mientras Frey se acerca para sentarse en la silla que está junto a su cama.

—Aoki disparó primero, si es que eso importa —dice Kir con amargura.

El tiroteo ocurrió en una discoteca que ni siquiera había abierto

todavía. Aún no está claro cómo ocurrió todo, pero Damian y alguno de los hombres de Kir estaban sentados hablando de negocios cuando Aoki y cuatro de sus hombres irrumpieron en el lugar.

—Se dijeron gilipolleces y Aoki sacó el arma —gruñe Kir—. Damian solo se estaba defendiendo a él y a sus hombres.

Se comenta que, además de Aoki Jura, murieron tres hombres del Jura-kai y dos de los de Kir.

Me giro hacia Kir y, en cuanto empiezo a abrir la boca, él niega con la cabeza.

—No hay otra manera, Anni —farfulla—. No me hace ni puta gracia y sé que tú odias la idea, pero hemos agotado las demás opciones —dice en un tono frío mientras aparta su mano de la mía para frotarse con ambas la cara marcada por el cansancio. Su mirada se fija en su sobrino y tensa la mandíbula cuando me mira—. No hay discusión posible.

—Kir…

Alza una mano para silenciar a Freya cuando intenta salir en mi defensa.

—Lo siento mucho, pero está hecho y decidido. Va a ocurrir.

Mira a Damian y luego a Freya. Después, desliza su mirada hasta encontrarse con la mía.

—Te vas a casar con Kenzo Mori, Annika. No hay más que hablar.

4
ANNIKA

Necesito salir al puto exterior y alejarme de esto ahora mismo.

Es un cúmulo de cosas: ver a Damian tan indefenso. A Freya hundida. Kir insistiendo en que me case con el monstruo que lleva persiguiéndome cinco putos años y yo sin poder hacer nada al respecto.

Salgo hecha una furia por la puerta principal del hospital, con ganas de gritar hasta que me sangre la garganta. En cambio, lo que hago es meter la mano en el bolso y sacar el cigarrillo electrónico que guardo para emergencias.

Sí, es un hábito de mierda. Un mecanismo de defensa patético. Aunque los hay peores, está claro.

Hace casi diez años que no me fumo un cigarro de verdad. De hecho, casi nunca uso este cacharro estúpido, pero, cuando me siento como ahora, es una de las pocas cosas capaces de sacarme del pozo.

Aspiro la nicotina y exhalo el vapor. Me calma un poco los nervios, pero la rabia y el enfado puro siguen ahí, palpitándome bajo la piel e intentando abrirse paso a arañazos.

Odio esto.

He conseguido escapar de todos los monstruos. De todas las dificultades. De la oscuridad que intentó engullirme varias veces. Y ahora soy el regalo de uno de ellos.

Del peor.

Un estúpido collar de mierda.

Eso fue lo que le robé a Kenzo aquella noche en Kioto hace cinco años. Un putísimo y estúpido collar que ni siquiera era muy caro.

Vale, también me quedé con el reloj, pero eso valía cinco de los grandes. Si añadimos el dinero que llevaba en la cartera me llevé unos seis mil como máximo. Mangué el collar también porque parecía caro, pero, al final, solo conseguí sacar cuatro mil dólares por él de un tasador de renombre.

Diez mil dólares es mucho dinero para un montón de gente, pero no para un *waka gashira* de la Yakuza como Kenzo. Sin duda, no es una cantidad que justifique que alguien te persiga durante años.

Así que no es por el dinero en absoluto.

No soy la persona más sentimental del mundo, sobre todo porque tuve que dejar todo eso atrás a lo largo del camino como si fuera un peso muerto que solo servía para ralentizarme. Pero hay gente que sí lo es y eso hace que sean peligrosos.

Con Kenzo, es evidente que no se trata del collar, sino del valor sentimental que él le atribuye. Por eso me dio caza y por eso tengo tanto miedo de que me vayan a entregar a él.

Le doy otra calada al cigarrillo electrónico y exhalo el vapor mientras rechino los dientes. Podría contarle todo esto a Kir. Sin duda estaría encantado de que hubiera drogado y atracado a un teniente de la Yakuza, sobre todo después de habernos acogido a Freya y a mí de manera oficial y de haber aceptado dejar de llevar a cabo hurtos menores. Aun así, podría decir lo que pasa y por qué me da tanto miedo lo que pueda hacerme Kenzo.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué lograría con eso?

En el mejor de los casos, Kir habla con Kenzo y lo amenaza para que no me haga daño. Kenzo promete ser un buen chico y, en cuanto nos casemos, me despelleja viva y me entierra en una tumba poco profunda.

Frunzo el ceño. O… no.

Estoy bastante segura de que eso pondría fin a la tregua que se supone que dará comienzo con nuestro matrimonio. Así que a lo mejor no me mata.

A lo mejor solo me encierra en el sótano y me mantiene con la vida justa como para seguir torturándome durante años.

Doy otra calada mientras pienso.

Al final, sé que no le voy a decir una mierda a Kir. Porque uno de los motivos por los que lo respecto es que soluciona los problemas. Hace lo que tiene que hacer sin quejarse ni lamentarse. La verdad es que creo que en parte le caigo bien porque sabe que yo soy igual.

Así que no, no voy a comportarme como un bebé e ir a llorarle a Kir que puede que mi nuevo marido se porte mal conmigo porque le robé hace cinco años.

Lo que me deja de nuevo en la casilla de salida.

Maldita sea.

Me giro y de repente veo una moto deportiva de color negro y gris humo aparcada cerca de la acera con una máscara *hannya* rojo sangre pintada en el tanque de gasolina y el *kanji* del Mori-kai escrito debajo.

Esbozo una sonrisa fría, meto la mano en el bolso y saco mi navaja.

No tengo ni idea de qué hace Kenzo aquí, pero da igual. Ese cabrón cree que me ha atrapado, pero está a punto de descubrir que tengo garras. Y lamentará el día en el que se le ocurrió pensar que era buena idea meterse en una jaula conmigo.

El aire sale de las ruedas emitiendo un ruido sibilante en una ráfaga furiosa mientras las pincho con una sonrisa de satisfacción en la cara.

«Jódete, cabronazo».

Esto es solo un adelanto de lo que te espera. Guardo la navaja y le doy otra calada al cigarrillo electrónico.

—Es un vicio repugnante.

Kenzo.

Me doy la vuelta. Lo miro fijamente a los ojos mientras doy otra calada, larga y consciente, para después echarle el vapor en la cara.

—Vale —digo impasible.

Kenzo curva ligeramente las comisuras de los labios.

—Lo vas a dejar en cuanto…

—No termines la frase.

Kenzo se ha quitado el esmoquin negro que llevaba puesto antes. Ahora lleva unos pantalones negros con una camisa de vestir ajustada del mismo color, con el cuello abierto y las mangas subidas, dejando a la vista unos antebrazos venosos y llenos de tatuajes. Cruza los brazos sobre su amplio pecho mientras se inclina contra la valla de piedra que separa el aparcamiento del hospital de la acera.

—No va a ser menos cierto por no decirlo. Y para que quede claro: cuando seas mi mujer… —Enfatiza las dos últimas palabras con ese acento tan atractivo que me resulta exasperante. El tono y esas palabras en concreto… no es una buena mezcla.

Kenzo señala el cigarrillo electrónico.

—Cuando seas mi mujer, eso se acabó.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Has venido solo a puto regodearte?

Frunce el ceño.

—¿Sobre qué?

—Haberme atrapado.

Suelto un grito ahogado cuando se separa del poste y viene directo hacia mí para agarrarme por la garganta y mirarme fijamente a la cara de asombro que estoy poniendo. De su enorme cuerpo emana un calor que me hace cosquillas en la piel. Su aroma fresco, amaderado y ligeramente picante invade mis sentidos y me estremezco.

—Créeme, princesa…

—No me llames así.

Curva los labios.

—Pero eso es lo que eres, ¿no? —Entrecierra los ojos—. Una princesa.

Aprieto los dientes. Sé por qué me ha puesto ese mote tan desagradable. Porque una vez, en una vida que quedó reducida a cenizas, eso es lo que era: una princesita de la mafia mimada y remilgada.

Pero perdí esa versión de mí misma hace años.

Cuando no digo nada, Kenzo tensa la mandíbula y me aprieta la garganta.

—Te llamaré lo que yo quiera, joder —gruñe—. Y no quería atraparte, quería vengarme de ti.

Reprimo un escalofrío.

—Bueno, pues lo has conseguido.

Algo siniestro le brilla en los ojos.

—No, todavía no.

El escalofrío se libera y me recorre la espalda.

—Ni de lejos, Annika.

Alzo la barbilla hacia él.

—Increíble —le escupo—. El chico malo y rudo de la Yakuza está enfadado por un estúpido collar.

Suelto un jadeo brusco y lloriqueo mientras Kenzo me empuja contra la valla de piedra que tengo detrás. Me golpea en el culo y en la parte baja de la espalda, pero él sigue empujándome hasta que termino medio doblada hacia atrás sobre el muro, con Kenzo cerniéndose sobre mí.

—Ese collar —sisea de forma agresiva— era de mi madre.

Hago una mueca de dolor y me quedo pálida.

Puto sentimentalismo.

—No sé por cuánto lo empeñaste, pero te prometo que no conseguiste ni una centésima parte de lo que valía para mí.

Me muerdo el labio medio segundo antes de hablar.

—¿Y por eso has montado todo este lío?

—Creía haber dejado claro hace unos segundos que yo no quiero esto, lo he dicho muy enfáticamente —dice con un gruñido—. Preferiría casarme con cualquiera antes que contigo.

Le lanzo una mirada despectiva.

—Vaya, gracias. Lo mismo te digo, gilipollas. Mira, si tú también estás en contra, ¿por qué no trabajamos juntos para salir de…?

—Eso no va a pasar y lo sabes —dice con frialdad.

Nos fulminamos con la mirada un par de segundos antes de llevarme el vapeador a los labios, darle otra calada y echarle el vapor en la cara de nuevo.

Kenzo no pestañea. Ni se inmuta.

—No has contestado a mi pregunta, capullo. Si no has venido a regodearte…

—Aoki Jura era mi amigo —murmura despacio—. As es el único superviviente del grupo que entró en la discoteca antes. —Señala con el pulgar por encima del hombro hacia el hospital—. Está en estado crítico. Por eso estoy aquí.

—Me cuesta creerlo.

Arruga la frente.

—¿El qué? ¿Que me importe un amigo que yace herido en una cama de hospital?

—Me refería a que tuvieras corazón o conciencia, pero, sí, eso también me sirve.

Sonríe con frialdad y acorta el último centímetro de distancia que quedaba entre nosotros. Me inmoviliza contra la piedra que se me clava en las lumbares con su enorme y musculoso cuerpo mientras me mira fijamente.

—Nos vamos a casar, princesa. Supéralo. Y, cuando seas mi mujer…

Desliza la mirada despacio desde mis ojos a mis labios. Y luego sigue bajando. Me estremezco al sentir la furia de su mirada mientras me recorre el cuello, donde sus dedos aún lo rodean, y luego sigue bajando hasta el pronunciado escote del estúpido vestido que llevo.

Sin sujetador.

Hace… un poco de frío aquí fuera.

Curva los labios con malicia.

—Espero todo lo que eso conlleva.

Algo ardiente se enciende en mi interior antes de alzar la barbilla.

—Vete al infierno…

—Modales.

—Que te follen.

—Obediencia.

Intento apartarlo, pero es como empujar una pared de ladrillos.

—Atragántate con una polla…

Levanta la otra mano y me sujeta la barbilla mientras mantiene el firme agarre sobre mi garganta con la otra.

—Y hacer mía hasta la última parte de ti.

El puto fuego vuelve con ganas de vengarse, siento la electricidad recorrer la parte baja de mi abdomen, haciendo que apriete los muslos.

—De hecho —susurra Kenzo—, podríamos empezar por donde lo dejamos la última vez.

—Inténtalo y verás como suplicas clemencia.

El hijo de puta se ríe.

—La cuestión es, Annika, que tu actitud temeraria no me da miedo. Porque ahora me perteneces.

Me río en su cara.

—¿Crees que gracias a este acuerdo…?

—El acuerdo tiene muy poco que ver. Lo de esta noche era una trampa, lo sabes, ¿no?

Se acerca más.

—Te puse una trampa. Para atraparte. Y lo hice.

—Que te fo…

—Eso ya lo hemos hablado —dice con ironía—. Al fin y al cabo, la cosa va a ir así: me perteneces. Por completo.

Retiro la mano de en medio de nuestros cuerpos a toda velocidad y la meto en el bolso. Saco la navaja, la abro y la apunto hacia su garganta.

Kenzo sigue sin reaccionar. Ni pestañea. Ni siquiera se mueve.

—Tócame y te arranco la cabeza —siseo.

Él sonríe.

El cabrón sonríe.

—Qué adorable, ¿crees que jugar con cuchillos no me pone cachondo, Srta. Brancovich? ¿O debería acostumbrarme a decir Srta. Mori?

Me suelta la barbilla y me agarra la muñeca mientras coloca la hoja contra su propio cuello.

—¿Con qué otras depravaciones me vas a tentar?

—No vas a…

—¿Qué? ¿Tocarte? Eso es solo el aperitivo. Cuando quiera tocarte, lo haré —dice con una voz casi gutural—. Cuando te quiera de rodillas rodeándome la polla con los labios, haré que te arrodilles. Y cuando quiera follarte, como quiera y donde quiera, por supuesto que lo haré. Así es como me las vas a pagar.

Un escalofrío me recorre el abdomen.

—¿H-hasta cuándo? —digo casi ahogada.

Kenzo sonríe.

—¿Cómo dices?

—¿Hasta cuándo? —escupo.

Se ríe entre dientes.

—Bueno, antes habría sido hasta que considerase tu deuda saldada, pero, ahora, eres mía… sin más. —Tiemblo cuando vuelve a ponerme la mano bajo la barbilla y me destripa con los ojos—. Así que es para siempre.

En un instante, me quita las manos de encima. Me sigue aprisionando con su cuerpo durante un segundo más mientras su mirada me atraviesa el alma antes de dar un paso atrás despacio, llevándose su calor y ese aroma fresco, amaderado y picante con él cuando se encamina hacia la moto. Me permito esbozar una sonrisilla engreída.

—A lo mejor tienes que llamar a un taxi —grito cuando ya está de espaldas con una chispa de felicidad en la voz—. Puede que tu moto no vaya muy bien.

Se detiene y me mira con el ceño fruncido, perplejo. Yo sonrío y hago girar la navaja en la mano.

—Ups. —Me río de forma molesta.

Kenzo alza una ceja y se da la vuelta para observar las ruedas pinchadas de la moto.

—Ah, no es mía.

Se me borra la sonrisa de la cara de un plumazo.

«Mierda».

—¡¿Qué cojones le ha pasado a mi puta moto?!

Me estremezco al oír esa voz áspera, salvaje y furiosa a mi espalda. Nunca nos hemos conocido, pero sé quién es en cuanto me giro para mirar al tío malvado que parece una versión aún más armada de Kenzo.

Takeshi, su hermano pequeño.

Lo sé todo sobre Kenzo y sus hermanos.

Conoce a tu enemigo, como se suele decir.

—En serio… ¡¿Qué cojones?! —ruge Takeshi.

Repito, nunca nos hemos conocido, pero sé la fama que tiene. Está reflejada en el apodo que usa en las peleas clandestinas en las que participa: Máquina de Guerra.

Joder.

Kenzo sonríe con aire burlón mientras alza una ceja y me mira.

—Qué diplomática eres, princesa.

—¡¿Has sido tú?! —Takeshi grita como una bestia salvaje mientras se gira hacia mí con una furia que me aterra.

Me quedo blanca y empiezo a retroceder a medida que él avanza hacia mí.

—Yo… Joder, lo siento…

—¡¿Lo sientes?! —ruge—. ¿Qué clase de zorra psicópata…?

—Ya basta —gruñe Kenzo cuando Takeshi da otro paso hacia mí con cara de querer hacerme mucho daño.

—Te… Te la pagaré.

—Joder, y tanto que sí.

En ese momento, pasan dos cosas: Takeshi carga contra mí como un puto rinoceronte que toma anfetas. Pero Kenzo también se mueve.

Y él es más rápido.

Se mete entre su hermano y yo, me da la espalda mientras le planta las manos en el pecho a Takeshi.

—He dicho que ya basta —le espeta con frialdad.

Eso ha sido… inesperado.

Joder, supuse que le encantaría ver al animal que tiene por hermano destrozarme. O como mínimo que dejaría que me encogiese del miedo un rato más. Si hubiera tenido que apostar a ver si Kenzo se metería en medio para detener a su hermano, habría perdido mucho dinero.

Takeshi me fulmina con la mirada, pero después estira el cuello y

da un paso atrás. Kenzo se da la vuelta para lanzarme una mirada sombría.

—Le pagarás por lo de la moto.

—Sí… Claro…

—Hemos terminado, princesa.

Se gira hacia mí y se acerca. Me quedo sin respiración cuando se inclina y sus labios me vuelven a rozar el lóbulo de la oreja.

—Por ahora.

5
KENZO

Durante un segundo, cuando la puerta se abre, me saluda un hombre de mi altura colocado de tal forma que parece que está sujetando una pistola detrás de la puerta, pero enseguida se le iluminan los ojos al reconocerme. Tate sonríe mientras da un paso hacia atrás y abre un poco más la puerta.

—Sr. Mori. —Hace una reverencia un poco rígida y yo consigo no reírme.

Tate, el enfermero interno de mi padre, a veces es un poco tontín. Sí, es un tontín de metro noventa y cinco que probablemente levante trescientos kilos en *press* de banca, pero un tontín al fin y al cabo. Es siempre muy formal, lo cual tiene sentido teniendo en cuenta que fue militar, de los boinas verdes, para ser exactos, pero esa forma que tiene siempre de mirarme como si fuera un hombre de negocios japonés ultraconservador casi me resulta cómica.

—Puedes llamarme Kenzo, Tate, de verdad. —Sonrío mientras entro en el amplio apartamento de mi padre y curvo los labios en un gesto de satisfacción cuando lo pillo escondiendo la pistola que sí sujetaba contra la puerta bajo la holgada chaqueta que lleva.

Pasé los primeros años de mi vida sin saber nada de mi padre más allá de su nombre de pila. Ninguno de nosotros presionó a nuestra madre porque estaba claro que aún le dolía hablar del tema.

Más tarde, cuando fui a Japón para averiguar más acerca de mi pasado y mi vínculo con el apellido Mori (que mis hermanos y yo adoptamos más tarde), creí que Hideo había muerto intentando huir

con su familia del mundo de la Yakuza.

No fue hasta hace poco cuando descubrí la verdad. Hideo sí fue atacado intentando huir y, tristemente, mataron a su esposa, Bella. Pero él y su hija pequeña, mi hermanastra Fumi, lograron escapar. Hideo se hizo con nuevas vidas e identidades y emigró a Estados Unidos como Hideo Yamaguchi, dejando atrás el apellido Mori y todo lo que conllevaba.

Hideo y mi hermana tuvieron que empezar de cero sin nada. La fortuna que había construido con el imperio Mori había desaparecido. Pero resulta que mi media hermana es un genio.

Bueno, es una Mori, al fin y al cabo.

Fumi se mató a trabajar, fue a la universidad, a la Facultad de Derecho, y después la contrataron en Crown & Black, uno de los bufetes más prestigiosos de Nueva York.

Casualmente, resulta que es el bufete en el que la hermana gemela de Annika, Taylor, es una de las socias gerentes: ella es la corona de Crown & Black.

A Fumi ya le iba de maravilla, pero hace un año o así se enamoró de Gabriel Black, que, por aquel entonces, era su jefe. Se casaron y ahora el tío es el gobernador de Nueva York.

Por esa razón, ahora Hideo vive en un apartamento impresionante y precioso cerca de Central Park con un enfermero barra guardaespaldas interno.

—¿Cómo va todo, Tate? —Asiento hacia el hombre mientras me acompaña por el enorme apartamento hasta la sala de estar delantera.

—Todo bien, Sr.… —Se aclara la garganta y me lanza una mirada —. Kenzo.

—¿Y mi padre?

Hideo y yo tenemos una relación complicada. No es fría, pero digamos que todavía estamos aprendiendo qué significamos el uno

para el otro.

Podría culparlo por no saber de mi existencia, pero no lo hago, igual que no culpo a mi madre de mantenernos alejados de él. Estaba aterrada del estilo de vida de la Yakuza, y con razón. Para ser justos, él nunca supo nada de nosotros.

Aun así, sé que mi padre se avergüenza y se arrepiente de no haber estado en mi vida y en la de mis hermanos. Se derramaron lágrimas por los treinta y cuatro años que se perdió, pero también hubo sonrisas por el tiempo que pasamos ahora juntos. Puede que no apruebe lo muy implicado que estoy en el día a día y la organización por la que tanto sacrificó para escapar, pero respeta el hecho de que tome mis propias decisiones.

Él y Sota también se han reencontrado y sé que eso los ha hecho felices a los dos.

—Tu padre está genial, Kenzo —dice Tate con una sonrisa.

Hideo, al igual que Sota, estuvo luchando contra el cáncer de pulmón gracias a llevar la típica vida de gánster japonés de la vieja escuela que fuma Lucky Strikes sin parar. Se está recuperando, pero, en parte, los problemas de salud persistentes que le quedaron son la razón de que Tate lo cuide a todas horas durante el día y de que tenga un apartamento justo encima del de mi padre.

Hideo también ha terminado por convertir a Tate en un monstruo del shogi la versión japonesa del ajedrez.

Se oyen voces procedentes del salón a medida que sigo a Tate por el pasillo. Antes de que pueda preguntar, se gira hacia mí y me dice:

—Ah, tu hermana llegó hace una hora. Llevan riéndose desde entonces.

Sonrío.

Encontrar a una nueva familia puede ser algo interesante. Depende de la persona. En mi caso, he disfrutado de llegar a conocer a mi padre y a mi hermanastra, pero sé que Takeshi y Hana

no se sienten exactamente igual. Ninguno culpa a nuestros padres, pero a ellos les resulta difícil avanzar más allá de reuniones de presentación y cortesías con Hideo y Fumi.

Es lo que hay. A lo mejor a mí me costó menos aceptar a mi hermanastra y mi padre en mi vida porque durante un par de años estuvimos mi madre y yo solos. Cuando Tak y Hana nacieron ya nos tenían a nosotros, además del vínculo de ser mellizos, claro.

Quién sabe.

—¡Eh! —dice con una sonrisa radiante mientras se levanta del sofá a toda prisa y viene corriendo a darme un abrazo.

Lo ha pasado mal: la Yakuza la persiguió, perdió a su madre, tuvo que adoptar un nuevo apellido e identidad y cruzar el mundo para empezar de nuevo.

Y, aun así…, nada de eso terminó con ella. Nada le quitó la sonrisa de la cara. Y eso me encanta.

—Señora primera dama. —Hago una reverencia casi tan cómicamente profunda como las de Tate—. No sabía que iba a estar en presencia de la aristocracia política estadounidense.

—Ay, venga ya, que te jodan —resopla mientras pone los ojos en blanco.

Me río y le doy otro abrazo antes de acercarme a mi padre.

—Hola, papá. —Sonrío mientras nos abrazamos.

Los primeros meses después de haber conectado, lo llamaba Hideo. Ahora se me hace raro llamarlo nada que no sea papá.

—Parecía que os estabais volviendo locos aquí atrás.

Fumi se ríe.

—Sí, de remate. En un segundo empezamos con las bombas de sake.

Hideo se ríe entre dientes con un ligero jadeo.

—A menos que quieras llevarme a la cama y arroparme, creo que no.

Parece que Fumi ha traído comida del restaurante vietnamita favorito de mi padre, pero niego con la cabeza cuando me ofrecen un poco de *chả giò.*

—No, gracias.

—Como quieras. —Fumi se encoge de hombros y le da un buen bocado al rollito de primavera frito—. ¿Qué tal está tu otro padre?

Hideo se ríe con un ligero jadeo de nuevo y yo sacudo la cabeza.

—Sota está bien, gracias.

—¿Y su tratamiento?

Esbozo una sonrisa cálida.

—Tienen muchas esperanzas puestas en el nuevo ciclo de quimio.

—Bien, me alegro. —Fumi asiente.

Hideo se ríe entre dientes.

—Si yo puedo lidiar con ese maldito veneno, entonces Sota lo hará bailando un vals. Siempre fue al que mejor se le daba levantarse tras haber encajado un golpe. —Me da una palmadita en el brazo—. El cabrón es duro como el acero.

Entiende que su mejor amigo de su ciudad natal ejerció de padre adoptivo en su ausencia. Y creo que eso lo hace feliz.

Pero la conversación con él acerca de Sota y mi vida en la Yakuza termina ahí. Teniendo en cuenta lo que le costó, prefiere no hablar de ese mundo en absoluto, y Fumi es igual.

Así que, en cierto modo, últimamente tengo dos vidas: la de la Yakuza, de la que hablo con Mal, Tak, Hana y Sota. Y luego la otra, la que comparto con Hideo y Fumi.

A veces me gusta tener una doble vida, pero también es agotador.

—¿Qué tal está Gabriel?

—Bueno, ya sabes… —Fumi suspira—. Tiene un montón de tiempo libre para estar conmigo. Ni una preocupación. Casi no trabaja.

Esbozo una sonrisa socarrona.

—Así de mal pinta, ¿eh?

—Por Dios, es que no se acaba nunca. Y yo que pensaba que los socios de un bufete echaban muchas horas en el trabajo.

Algunos podrían pensar que, para un hombre como yo, es una ventaja que el maldito gobernador de Nueva York sea mi cuñado. Y mentiría si dijera que no se me ha pasado por la retorcida mente que tengo.

Pero nunca va a pasar nada raro y forzarlo no entra en mis planes. Quiero decir, estaría bien tener una «relación especial» con un gobernador de los EE. UU., pero también he conocido a Gabriel y sé que esa mierda no va a pasar.

Sin duda, ese hombre tiene un lado oscuro. No del tipo que lo llevaría a hacerle daño a mi hermana, sino del que mataría por ella. Y también está claro que esa oscuridad no abarca también la corrupción.

—Ah, por cierto —murmura Fumi con la boca llena de *Bún bò Nam Bộ*—. No sé si te lo habrá dicho, pero el otro día estuve tomando algo con Hana.

—No me dijo nada, pero me parece fantástico. —Esbozo una sonrisilla.

—Es una tía guay, me cae muy bien. —Fumi se encoge de hombros—. Tiene estilazo. ¿Y tú tienes alguna novedad? —pregunta Fumi mientras le da otro sorbo a su sopa de fideos con ternera.

—Eh… —Exhalo con fuerza—. No.

Solo me voy a casar con una zorra mentirosa y traicionera para evitar una guerra con la Bratva.

—Ya —dice Fumi impasible y con una mirada irónica.

Joder, haría bien en recordar que esta mujer es una de las mejores abogadas de la ciudad. Huele las mentiras a kilómetros de distancia.

—Luego te cuento.

—Más te vale.

Nos quedamos charlando unos veinte minutos más antes de que

Fumi diga que tiene que irse para poder pasar media hora con su marido antes de que lo arrastren a otra cosa más de gobernadores.

La acompaño hasta el coche que la espera, le doy un abrazo y luego vuelvo arriba con mi padre. Cuando nos quedamos solos, me mira con frialdad, con los ojos de un hombre que se ha pasado la vida leyendo entre líneas.

—¿Quieres hablar de lo que venías a contarme en realidad antes de darte cuenta de que Fumi estaba aquí?

Me río entre dientes.

—Puedes sacar al hombre de la Yakuza, pero…

Hideo sonríe con ironía.

—Mis días de tomar bombas de sake se han acabado, pero si sirves dos vasos del whisky que está al lado de la ventana, te acompaño.

Nos sirvo dos chorritos de whisky Yamazaki de dieciocho años y vuelvo con mi padre para sentarme enfrente de él y chocar el vaso con el suyo.

—*Kanpai* —murmura y después da un trago—. ¿Qué te preocupa, Kenzo?

Me aclaro la garganta.

—Quería preguntarte por el matrimonio.

Él se ríe y luego se queda rígido.

—¿Lo dices en serio?

Asiento.

—¿Has conocido a alguien?

Exhalo.

—En cierto modo.

Cuando Annika se cuela en mis pensamientos se me vienen varias cosas a la mente. Cosas como venganza y represalias. Cosas como un castigo.

Cosas como follármela duro y sin piedad. Poseerla. Dominarla y

someterla. Hacerla mía de todas las formas que un hombre puede hacer suya a una mujer.

Ni una sola vez, ni una, me imaginé casándome con esa puta mujer.

Siendo sinceros, no es un pensamiento o un deseo que haya tenido sobre nadie más. La oscuridad que hay en mi interior no permite que tenga algo tan normal corriendo por mis venas negras.

—No lo sabía.

—Yo tampoco —gruño con amargura mientras le doy un sorbo a mi bebida.

Mi padre asiente de forma sagaz.

—Ah, es uno de esos.

Sí, sabe de qué le estoy hablando.

—Sí —resoplo de vuelta antes de continuar—, pero mi pregunta no tiene nada que ver con los matrimonios contractuales de la mafia, sino con el matrimonio en sí. —Pienso en cómo abordar el tema con delicadeza—. Cuando conociste a Bella…

—Lo supe.

Lo dice sin dudar ni un segundo. Y luego, al instante, frunce el ceño.

—No pretendo faltarle al respeto a tu madre. Me preocupaba por Astrid, me importaba.

Sonrío en silencio.

—Lo sé.

—Si me hubiera hablado de ti la segunda vez que vino a Japón… —Sacude la cabeza—. Creo que las cosas hubieran sido diferentes, pero sabía que nunca había sido mía por completo. Sabía que me ocultaba una parte de ella y creo que, en respuesta, yo hice lo mismo.

—No estaba hecha para ti —susurro—. Bella sí.

Mi padre frunce el ceño, está claro que no sabe cómo responder

sin ofenderme.

—Nunca vas a herir mis sentimientos por hablar de esto, lo sabes, ¿no? —digo en voz baja—. Por si sirve de algo, no creo que tú estuvieras hecho para ella tampoco. De lo contrario, habría conseguido que funcionara. Se habría quedado y te habría hablado de nosotros.

Hideo aparta la mirada mientras asiente y bebe otro trago de whisky.

—Entonces, con Bella…

—Como te dije: lo supe. —Sonríe para sus adentros antes de girarse hacia mí y permitir que su sonrisa se ensanche—. Al instante. No hubo dudas. Era ella.

—Pero ¿y si no lo hubieras sabido? —insisto—. ¿Y si no fuera algo evidente al momento?

Hideo me mira con curiosidad, como si intentase ver más allá de mis muros.

—No me estás preguntando por el amor verdadero, sino por la convivencia.

Esbozo una sonrisa sarcástica.

—Puede.

—¿Y lo ha dispuesto la Yakuza?

—Para evitar una guerra, sí —gruño.

—Entiendo. —Él asiente—. Bueno, te diré una cosa, al final todo se reduce a la convivencia, aunque sea con el amor de tu vida. Créeme, incluso Bella y yo tuvimos nuestros momentos.

—Y si en vez de ser un «amor verdadero» es más bien el enemigo… —No termino la frase.

Hideo sonríe con aire burlón.

—Pues haz que no lo sea.

—No sé si eso es posible. No es la persona que hubiera elegido para mí ni en un millón de años. Es temeraria. Emocional e irascible.

Tempestuosa. Borde. Le importan una mierda las tradiciones, desprecia cualquier tipo de norma. Le hace la puñeta a….

—Te he entendido, Kenzo. —Mi padre se ríe en silencio—. Pero te lo vuelvo a repetir: si vives con el enemigo, acabaréis los dos envenenados. Y, por lo que parece, es algo que tienes que hacer.

—Sí —susurro.

Mi padre suspira.

—Kenzo, no apruebo la vida que has elegido, ya lo sabes. Pero te respeto por afrontar tus decisiones y hacer lo que debes. —Sonríe con ironía—. Está claro que Sota te ha enseñado bien.

—Pero creo que no soy el hombre que querías que fuera.

—Lo que yo quiero es solo una sugerencia. Es tu vida, hijo mío. Y esto va a ser tu vida para siempre. Conviértela en alguien con quien puedas vivir. Ese es mi consejo.

Alzo el vaso.

—Gracias.

Él alza el suyo.

—Enhorabuena por tu compromiso, hijo. *Kanpai*.

—*Kanpai*.

6
ANNIKA

—El tema es este, gilipollas —gruño en voz baja—. Te prohíbo que te rindas. Te prohíbo que te largues y que Frey y yo tengamos que arreglar esta mierda, ¿me has entendido?

Damian no contesta, para sorpresa de nadie, ya que sigue en coma inducido. Pero estoy segurísima de que aún puede oírme y de que ha captado el mensaje alto y claro.

Ha pasado una semana del tiroteo y al parecer está mucho mejor. Sigue sedado, pero eso es para que su cuerpo pueda centrarse en curarse. El especialista de Dubái que Kir hizo volar hasta aquí dice que él y su equipo lo van a operar otra vez para quitar varios fragmentos más de bala que todavía siguen peligrosamente cerca del corazón de Damian. Después de eso, dicen que se va a poner bien.

Más le puto vale.

—En fin, menudo dramón te estás perdiendo mientras te echas una siesta como un vago de mierda —susurro mientras le aprieto la mano—. Es que, a ver, me voy a casar y estás perdiendo un montón de oportunidades de hacer bromas de categoría a mi costa. Deja que te lo repita: me voy a casar.

Casi espero que Damian se despierte al oír eso.

No lo hace.

—Se supone que tengo que ir a comprar un traje de novia, pero estoy pensando muy en serio aparecer en esa puta estupidez en un saco de arpillera. O a lo mejor con un disfraz de Halloween, para

hacerme la graciosa. ¿Tú qué opinas?

Las máquinas que rodean a Damian zumban y pitan a tiempo.

—Apriétame la mano una vez para que vaya de payaso que da miedo y dos para enfermera guarrilla.

Lo fulmino con la mirada.

—Venga, hombre, no me jodas, tienes que escoger uno.

Con un suspiro, sonrío, me inclino hacia él y lo abrazo.

—-Te quiero, imbécil. En serio, recupérate. —Me muerdo el labio cuando le vuelvo a apretar la mano—. No sé si podré hacer esto sin ti.

Le doy un beso en la frente antes de secarme la mínima humedad que se me acumula en los ojos. No, joder. Y una mierda. Yo no lloro, nunca. Y ni de coña pienso darle a Damian ni la satisfacción ni la munición de llorar por él.

Me doy la vuelta, cruzo la habitación, abro la puerta de un golpe y salgo decidida…

¡Mierda!

Justo para chocarme con alguien.

Me tambaleo un poco hacia atrás con una disculpa en los labios antes de que Hana Mori y yo elevemos las cejas sorprendidas al mirarnos en silencio.

—Eh…, hola —digo incómoda.

La tensión en su frente desaparece cuando ella también me reconoce.

—Eh.

Como ya dije antes, conozco a toda la familia de Kenzo y a su círculo más cercano porque eso es lo que hace una persona inteligente cuando le están dando caza.

Kenzo tiene tres hermanos. Bueno, supongo que cuatro si cuentas a Fumi Yamaguchi, a la que últimamente se la conoce como la primera dama de Nueva York. Sin embargo, por la parte de la

Yakuza, hay otros tres hermanos Mori. Más o menos. En realidad, Mal Ulstad es primo de Kenzo por parte de madre, pero lleva viviendo como si fueran hermanos desde que tenía unos doce años.

Después, están los mellizos: Takeshi y Hana. Y precisamente Hana es quien está delante de mí ahora mismo.

Igual que sus hermanos, Hana tiene una preciosa mezcla de rasgos noreuropeos y japoneses. Es más alta que la media con un pelo peculiarmente liso y una decoloración perfecta a rubio, unos bonitos ojos oscuros y unos labios suaves. Casi podría encajar en el rollito punk tecnogótico de Freya, solo que Hana tiene un toque más…, no sé, ¿a la moda? ¿profesional?

Sin ánimo de ofender a Frey.

Va vestida de negro de los pies a la cabeza, superfina y elegante, como si fuera la directora financiera de una corporación de minería lunar en una película de ciencia ficción. No se le ve ni una sola arruga. Literalmente, no tiene ni un pelo rubio decolorado fuera de sitio. Y su maquillaje ligerísimamente gótico es…, uf…, una obra de arte.

—Y, bueno…

—Futura cuñada, ¿no? —dice con ironía mientras enarca una ceja.

—Supongo —contesto incómoda—. Y, bueno…, ¿a quién has venido a ver?

Madre mía, tus deberes eran ser menos torpe en sociedad, Annika.

Ella señala con la barbilla hacia el final del pasillo.

—Okada. Es uno de los hombres de Aoki.

Hago una mueca.

El único del grupo de Aoki que sobrevivió al tiroteo en la discoteca contra Damian y sus hombres.

Supongo que debería odiar a Hana por «estar en el otro lado», pero en una situación tan estúpida y sin sentido no hay ganadores.

Todo el mundo pierde.

—¿Qué tal está? —pregunto esperanzada.

Curva un poco los labios para ofrecerme una leve sonrisa.

—Está mejor, gracias. Mañana le dan el alta.

—Me alegro —digo en voz baja.

Ella frunce el ceño y hace un gesto con la cabeza a Damian, que está tumbado en la cama detrás de mí.

—Siento lo de tu hermano.

—Ah, en realidad no es… —Sacudo la cabeza—. No sé por qué he dicho eso. Básicamente es mi hermano. Gracias.

Hana sonríe con ironía.

—La familia adoptiva también cuenta como familia. Yo también tengo un hermano que en realidad no es mi hermano.

Bajo la vista hacia mis zapatos y luego la vuelvo a mirar.

—Siento lo de Aoki.

Ella se encoge de hombros.

—Solo lo vi una o dos veces. La verdad es que todo apuntaba a que era un gilipollas, pero gracias. —Vuelve a fijarse en Damian y se muerde el labio inferior—. ¿Se va a poner bien?

Asiento.

—Sí, mañana lo vuelven a operar. Después, creen que le pueden retirar el soporte vital y despertarlo poco a poco del coma.

Hana me dedica una sonrisa sincera.

—Me alegro. —Nos miramos con un poco menos de incomodidad y frialdad—. Oye, por si te sirve de consuelo, siento que tengas que casarte con mi hermano.

Resoplo.

—Ah, veo que ya sabes cómo es.

Hana me lanza una mirada.

—Para que quede claro: quiero mucho a mi hermano.

Mierda.

Pero Hana me dedica otra leve sonrisa.

—Me refería a que siento que tengas que casarte con alguien que no quieres. —Se fija en el monísimo reloj plateado con pinta de ser carísimo que lleva en la muñeca—. Oye, no sé si te resultará extraño y tienes todo el derecho a decir que no, pero justo iba a ir a buscar un vestido para la fiesta… —Enarca una ceja—. ¿Quieres venir conmigo?

¿Cómo ha dicho?

El otro día Freya tenía razón: no tengo muchos amigos porque la verdad es que el rollo de la amistad se me da fatal. Freya y Damian son mis únicos amigos y, por decirlo de algún modo, he dejado de intentar expandir mi círculo social.

Pero esto me parece muy agradable y, para mi vergüenza, por dentro estoy dando saltitos de la emoción porque la hermana de Kenzo parece una tía la hostia de guay.

—Ah, sí. —Me encojo de hombros de la forma más casual que puedo—. Supongo que podría ir.

—¡Genial! —Hana esboza una amplia sonrisa mientras las dos nos encaminamos por el pasillo hacia el vestíbulo principal.

Arrugo la frente.

—¿Y para qué fiesta es?

Hana frena en seco, lo que hace que yo me tropiece al parar, y se gira para mirarme con una ceja levantada.

—Dime que estás de broma. Pues para la fiesta de compromiso.

Suelto una carcajada fuerte y aguda y luego me detengo.

—Espera… lo dices en serio.

—Eh…, ¿sí?

Resoplo y niego con la cabeza.

—Ya, no va a pasar.

Hana hace una mueca.

—Bueno, no es que sea precisamente negociable, créeme. No es cosa de Kenzo, ha sido Sota. Y confía en mí cuando te digo que

cuando ese hombre dice que se va a hacer algo, y sobre todo cuando ese algo es una fiesta, la pregunta no es si se va a hacer o no, sino dónde, cuándo y con qué locura de presupuesto se cuenta. —Me dedica una sonrisa—. Lo siento, pero tienes que hacerme caso.

Lloriqueo mientras me desplomo contra la pared.

—Mierda.

—Ya, bueno… —Se encoge de hombros—. No creo que vaya a ser para tanto. Quiero decir, puede que no quieras casarte con Kenzo…

—No te ofendas, pero claro que no quiero.

Ella se encoge de hombros.

—No me ofendo. Y a lo mejor él tampoco quiere casarse contigo…

—Estoy segura al cien por cien de que no quiere.

Hana sonríe con aire burlón.

—Bueno, dejando los sentimientos de la novia y el novio a un lado, la cantidad de gente obscena que va a invitar Sota se va a pasar la noche diciéndote lo guapa que estás, la suerte que tienes y colmándote de alcohol y regalos.

Alzo una ceja.

—Ya, seguro.

—Así que ¿por qué no aprovechas para sacarle todo el partido que puedas?

Me engancha el brazo con el suyo.

—Venga, vamos a buscarte un vestido.



Vale, no es solo que no sea el tipo de chica a la que se le da bien hacer amigos, sino que tampoco soy mucho de ir de compras. Ni de estar a la moda.

Aun así, a pesar de todo eso, termino pasándomelo genial con Hana.

Mi futura cuñada es una gran aficionada a la moda y conoce todas las *boutiques* de lujo de Manhattan. En todas las tiendas la reciben con los brazos abiertos y una copa de champán y nos tratan como si fuésemos de la maldita realeza. Varias horas y unas siete *boutiques* después, ya entrada la noche, encuentro el vestido perfecto para mi fiesta de compromiso, y la verdad es que me encanta.

Bueno, vale, me gusta bastante. Pero ¿tratándose de un vestido para mí? Eso es un exitazo.

Después de pagar el vestido en la última tienda, Hana me da un abrazo e intercambiamos los números de teléfono antes de decirme que se va a quedar un poco más, ya que ella y la dueña de esa *boutique* en concreto son viejas amigas.

Le doy otro abrazo, agarro mi botín y saco el teléfono mientras salgo por la puerta.

Ostras. Nueve llamadas perdidas de Freya.

Estoy a punto de devolverle la llamada cuando, de repente, un Audi que me resulta muy familiar frena con un chillido de ruedas justo delante de mí. Bajan las ventanas tintadas y Freya me lanza una sonrisa burlona desde el asiento de atrás.

—¿Te diviertes con tu nueva amiguita?

Hace un gesto con la cabeza y yo me giro y veo a Hana por la ventana charlando con su amiga y bebiendo champán.

—¿Estás celosa, Frey?

—¿De ella? —Freya resopla—. Eh, claro. Esa zorra siempre va impecable. Así sería yo si tuviera clase. Yo soy la versión que te llega de AliExpress.

Suelto una carcajada y saludo a Hana dentro de la tienda.

—Me crucé con ella antes cuando fui a ver a Damian. La verdad es que es una tía guay de cojones.

—En serio. Me parece la tía más guay que he visto nunca. —Me sonríe—. Fui a ver a Damian ayer por la noche.

—¿A las enfermeras del turno de noche ya les parece bien que vayas fuera del horario de visitas o te volviste a colar?

Ella sonríe con un gesto burlón.

—-Delores y yo ahora nos llevamos bien. Me dijo que le recordaba a su nieta. —Frunce el ceño—. ¿Qué tal estaba hoy?

—Bien. —Sonrío mientras me inclino y apoyo los brazos sobre la ventanilla—. Los médicos me dijeron que confían en poder despertarlo del coma después de la próxima operación.

No hace falta ni decir que las dos estamos intentando animarnos.

—Espera, ¿entonces qué andas haciendo? No me contestabas al teléfono.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Frey… ¿Me has rastreado hasta aquí?

Ella se encoge de hombros.

—Como te dije: ¡no respondías a mis llamadas!

—Vale, tenemos que volver a hablar sobre los límites.

Ella bufa.

—Creo que eso lo superamos hace tiempo, ¿no?

—¿Y qué coño es tan importante?

De repente, la sonrisa desaparece de la cara de Freya.

—Creo que deberías entrar.

Me meto en el coche y subo las ventanillas cuando Freya se gira hacia mí.

—Ulkan no lo deja estar.

Noto como si un témpano me hubiera atravesado el corazón. Intento apartar la sensación de mi mente.

—¿A-a qué te refieres?

—He estado husmeando en la *dark web* y hablando con gente que conozco. —Se queda más pálida que de costumbre—. Dicen que está tanteando el terreno en serio. Está muy cabreado por lo que pasó.

Me cago en la puta.

Como dije, casi nunca cometo errores, pero, además de Kenzo, Ulkan Gacaferi fue uno de ellos.

Fue hace un par de meses, justo cuando me estaba reencontrando con mi hermana tras tantos años separadas. Sé que no deberíamos haberlo hecho, sobre todo para un psicópata como Ulkan, pero Frey y yo aceptamos un trabajo.

La retrospectiva es una mierda. Cuando echo la vista atrás a ese trabajo en concreto, veo que tenía todas las señales de alerta de las que suelo huir. Pero estaba tan centrada en lo de Taylor y era una cantidad de dinero tan estúpidamente buena que dije que sí sin pensarlo.

Ulkan Gacaferi, un infame jefe del crimen albanés y psicópata, nos contrató para robar un coche, un Lamborghini amarillo neón nuevecito, del aparcamiento de un edificio de apartamentos ultraexclusivo en Midtown.

Estaba dispuesto a pagar un montón: trescientos cincuenta mil por el coche más otros cien mil por nuestro tiempo.

Quiero decir que es la forma más rápida y estúpida de ganar casi medio millón de dólares que se me ocurre. Y Freya y yo robamos cientos de coches deportivos de lujo de compradores en Dubái y China en nuestros tiempos.

Así que dijimos que sí. Nos preocupaba un poco el tema del dinero, pero el tío nos pagó la mitad por adelantado y nos contó una historia de que era una broma para un rival suyo con el que se llevaba bien. Que solían gastarse bromas como esa todo el tiempo y al final todo el mundo terminaba partiéndose de risa.

Así que lo robamos. Tardamos un total de diecinueve segundos y estábamos de camino al punto de entrega cuando se me ocurrió mirar en el maletero.

Ahí fue cuando el disco se rayó y se paró la música.

Dentro del maletero había lo que parecía ser unos setenta kilos de cocaína, más o menos dos millones en efectivo y un par de ametralladoras con pinta de ser muy ilegales.

Por increíble que suene, esa no fue la peor parte.

Lo peor fue que todo le pertenecía a él.

Mi diablo. Mi demonio. El hombre que casi terminó con mi vida y apagó una parte de mi vida en el proceso.

El hombre del que por fin había conseguido huir y al que ahora le habíamos robado una fortuna.

Valon Leka.

Entonces Freya y yo tomamos una decisión en el último momento. Nos deshicimos del coche en el túnel Lincoln, borramos nuestras huellas y salimos a toda hostia de allí.

Por supuesto, la gente de Ulkan se puso en contacto para exigir saber dónde estaba el coche. Les respondimos usando el servicio de mensajería anónima de Freya y les dijimos que nos habían encargado el trabajo de mala fe y que no nos interesaba robarle a Valon. Ulkan quiso recuperar el depósito, pero estaba claro que quería que fuera acompañado de nuestras cabezas en una bolsa.

Por lo que eliminamos las cuentas falsas a través de las que solíamos hablar con él y dejamos el tema atrás.

O eso pensaba.

—Mierda —murmuro—. ¿Estamos muy expuestas?

Freya hace un mohín.

—A ver, las probabilidades son bajas, pero estaría mucho mejor si fueran cero.

Frunzo el ceño y considero nuestras opciones.

—Está el Bróker, pero…, obviamente no.

El Bróker es un tipo de la *dark web* que se especializa en preparar trabajos como este. Fue él quien contactó con nosotras con la oferta de Ulkan, pero es incorruptible. Cien por cien incorruptible.

—También está el guardia. —A Freya se le nota la preocupación en la cara.

Niego con la cabeza.

—No, no me vio.

Fue lo único que no pudimos planificar: uno de los guardias de seguridad del aparcamiento se quedó demasiado tiempo en una de las plantas para fumarse un cigarro y rompió el ciclo de rotación. Eso provocó que me viera agachada al lado del coche mientras abría la puerta.

Cuando gritó usé la carta de la barbie que busca pistas de que su novio la está engañando y, cuando se acercó, saqué el gas de emergencia, le rocié la cara y cayó redondo.

No fue mi mejor momento.

—Anni…

—Ya lo hemos hablado, Freya. Si rocías a alguien, pierde la memoria de los treinta segundos previos a que el gas entre en su sistema.

—Pero no sabes cuánto tiempo llevaba observándote antes de que gritara y se acercara lo bastante como para gasearlo.

Niego con la cabeza.

—No, es imposible.

—Puede que se acuerde de tu cara, Annika. Solo digo que deberíamos haber…

—No soy una asesina, Frey. —Me giro y veo que se está mirando las manos con vergüenza—. Y tú tampoco, por cierto.

Ella exhala.

—Lo sé, pero ese es nuestro punto débil. Ahí lo dejo.

—No nos va a localizar jamás.

—Más vale que no —susurra. Freya se aclara la garganta y señala la bolsa que llevo en la mano para cambiar de tema—. Eso se parece sospechosamente a un vestido.

—Prepárate.

Ella sonríe.

—¿En serio? ¿Para qué?

—Mi fiesta de compromiso.

Freya bufa de forma ruidosa. Yo me limito a sacudir la cabeza.

—Ríete todo lo que quieras, pero tú también vas a venir.

—Ni de coña.

—Ah, venga ya. Ya sabes cómo se pone Kir con los eventos tradicionales y elegantes y para mí significaría muchísimo que vinieras, ya que Damian está…

—Eres imbécil —rezonga.

—Pero me quieres igual. Así que…, sí…, en fin. —Me río—. Si buscas un vestido, sin duda te recomiendo esta *boutique.* —Me doy la vuelta para señalar con la cabeza la tienda de la que acabo de salir —. Pero… —Pongo los ojos en blanco—. Da igual.

Freya frunce el ceño.

—No, ¿qué?

—Iba a decir que ni te acercases al verde porque ese es el color que voy a llevar yo.

—¿Y luego has recordado con quién hablas? —dice entre risitas—. Todo al negro, zorra. A lo mejor me hago un par de *piercings* más en la ceja, ya que es tu día especiaaaal —canturrea de forma sarcástica.

—¿Quién es la imbécil ahora?

7
KENZO

—Te voy a parar antes de que empieces —susurro mientras miro a Mal con frialdad por encima del borde de mi Old Fashioned.

—No sé de qué estás hablando —dice con suavidad y un raro indicio de sonrisa en la cara mientras levanta una ceja y se lleva el vaso a los labios.

—Los millones y millones de chistes. ¿Podemos pasar de esa parte?

A nuestro alrededor, la fiesta de compromiso está en pleno apogeo. Los cabezas de las familias vasallas del Akiyama-kai. Amigos de Sota. Kir y su contingente de la Nikolayev Bratva y los jefes de sus familias vasallas.

El evento se está celebrando en la casa que compró Sota en el West Village cuando quedó claro que iba a pasar más tiempo en Nueva York debido a sus tratamientos. Por un lado, Sota es uno de los capos más curtidos, letales y despiadados que ha tenido jamás la Yakuza.

Por otro, en realidad el tío es como un gato doméstico.

Sí, podría quedarse en los mejores hoteles cada vez que viniese a Nueva York, pero Sota no quiere jabones con envoltorios individuales ni servicio de habitaciones. Quiere un colchón con el que esté familiarizado. Quiere una cocina en la que hacerse su propio té y un jardín que admirar mientras se lo bebe.

Hana jugó un papel muy importante a la hora de rediseñar el viejo edificio de piedra rojiza del West Village y convertirlo en un palacio

digno de un *shogun* oscuro. Es moderno, con un estilo japonés claramente contemporáneo, pero también tiene muchos guiños a la cultura más antigua por la que sé que Sota se siente atraído.

Esta noche, es la zona cero de mi fiesta de «compromiso» con Annika.

O lo que sea.

A mi lado, mi hermano le da un buen trago a su bebida mientras echa un ojo por la habitación. Es gracioso: Mal y yo somos parientes por parte de madre, aunque técnicamente es mi primo, no mi hermano; sin embargo, cuando su madre (mi tía) falleció, mi madre lo acogió y se vino a vivir con nosotros a la finca que teníamos en Inglaterra. Mal tenía doce años por aquel entonces y ha estado conmigo prácticamente desde entonces.

No sé qué más podría necesitas para considerar a alguien mi hermano.

Lo divertido, por supuesto, es ver cómo la gente intenta hacerse a la idea de que lo llame «hermano» cuando nos ven. Por supuesto, como nuestras madres eran hermanas, compartimos la mitad del árbol genealógico, pero mientras que él es un vikingo de pura raza porque su padre también era noruego, yo también cuento con la ascendencia japonesa de Hideo.

Es precisamente mi mestizaje lo que me hace aferrarme a esos a los que llamo familia y por qué construí una coraza para protegerme del mundo tras una vida de «no encajar».

En los círculos de familias adineradas y pedantes de los que provenía mi madre era lo bastante asiático como para destacar y muchos de esos cabrones nunca me dejaron olvidarlo. Luego, cuando empecé a relacionarme con Sota y la Yakuza, no era lo bastante asiático para muchos de sus amigos.

A Sota le importaba una puta mierda. Y no le pasaba ni una a cualquiera que me llamase *gaijin.*

—No es extranjero —espetaba—. Solo se ha tomado su tiempo para volver a casa.

Mal se bebe lo que le queda de cóctel de golpe. Cuando ya se lo ha tragado, tensa la mandíbula y frunce el ceño.

—¿Quién cojones es esa? —susurra.

Me doy la vuelta para seguir su mirada penetrante a través de la sala. Freya Holm acaba de entrar.

Pongo una mueca y rechino los dientes.

—La amiga de Annika —digo entre dientes.

Frunzo el ceño al ver su atuendo. Sí, es una ocasión formal y se presupone que hay que vestir de etiqueta y el negro sería un color aceptable, por supuesto…

Pero Freya no lleva un vestidito negro cualquiera. Se parece más a algo que se pondría la maldita Morticia Addams para ir a un funeral. Terciopelo negro hasta el suelo, mangas largas acampanadas y un pronunciadísimo escote medio cubierto con una puta rejilla.

Y lo ha combinado con unas botas militares color negro brillante y lleva una puñetera gargantilla con pinchos en el cuello.

Además de todo eso, ha realzado su habitual aspecto fantasmagórico con un maquillaje con tonos blancos, morados y negros y lleva un recogido que haría sentir orgullosa a Helena Bonham Carter.

Esto es solo la fiesta de compromiso, ¿qué cojones se va a poner para la boda? ¿Una máscara de *Scream* y un sudario funerario?

Vuelvo a centrar la atención en Mal, que bebe del vaso vacío para meterse en la boca el hielo que quedaba y masticarlo con fuerza.

—¿Cómo se llama? —sisea.

—Freya… Oye, ¿de qué va esto? —gruño mirándolo fijamente.

—Nada.

—Mal…

Sacude la cabeza y parpadea mientras Freya se abre paso entre la

multitud como una aparición y se desvanece. Mal se aclara la garganta y se le relajan los hombros de forma evidente.

—Nada —gruñe con más convicción—, pensé que era otra persona.

Se da la vuelta y baja la vista hacia mi vaso vacío.

—Vamos a buscarte algo para beber.

Bueno, supongo que esa conversación termina aquí.

Por ahora.

Nos dirigimos hacia el bar que recorre todo el lateral del enorme salón de Sota.

—Bueno… —Mal sonríe con aire burlón ahora que vuelve a ser el mismo de siempre—. ¿Y dónde está tu sonrojada futura esposa?

—Planeando mi muerte, seguramente.

Vuelve a sonreír.

—Tengo que preguntar. Tienes que… —su sonrisa se ensancha— ¿consumarlo? —Alza un hombro—. O sea, no te lo tomes a mal, pero, sea un matrimonio concertado o no y te guste o no, la verdad es que está muy buena…

—Gracias, Mal.

—Es que ese puto culo encima de…

—Ya lo pillo —siseo.

—¿Y esos labios rodeando…?

—Cierra la puta boca —le espeto.

Mal parece divertirse.

—Lo que me preocupa de verdad —comenta como si nada— es que te corte la polla, no que se la vayas a meter.

—Eso no va a pasar.

—¿Sabes que ahora hacen blindajes corporales muy ligeros? Sería como llevar unos calzoncillos extra gruesos.

—No, me refiero a… —Suspiro—. No me la voy a follar.

—¿Por qué, exactamente?

—Tenemos… —Le lanzo una mirada fría—. Tenemos un pasado —gruño al fin.

—¿En serio? —dice Mal riéndose entre dientes—. Qué lascivo.

—No es lo que estás pensando —farfullo—. ¿Recuerdas una noche hace unos años cuando me robaron en el club Clover en Kioto? ¿El día que perdí el collar de mamá?

Él frunce el ceño.

—Espera, esa noche… —Abre los ojos de par en par—. ¡No jodas! —dice casi jadeando mientras contiene una carcajada—. ¡¿Era ella?! ¡Te vas a casar con una puta bestia! Quiero decir… hostia puta —dice con una risita y negando con la cabeza.

—Soy consciente —gruño en respuesta.

En ese instante, veo por el rabillo del ojo que la multitud se abre un poco. Me doy la vuelta y me quedo sin respiración cuando veo a Annika.

Mierda.

Annika no entra en la habitación, más bien se desliza. No es la primera vez que la veo con un vestido, es la tercera. Una de esas veces fue el otro día en la fiesta de Cillian y la otra, en Kioto, pero eso fue hace cinco años y estaba oscuro.

Y me habían drogado. Ella me había drogado.

Por lo que he investigado sobre ella, sé perfectamente que no es una chica que se ponga vestidos muy a menudo. Sin embargo, cuando entra y toda la sala contiene la respiración de forma colectiva y se gira para mirarla una fracción de segundo más de lo que supongo que pretendían, es suficiente para que me pregunte por qué cojones no se los pone más a menudo.

Dejando a un lado mi creciente aversión y enfado hacia Annika, la mujer es un puto sueño hecho realidad.

Flota por la habitación envuelta en satén verde: un vestido largo con un solo tirante que le cruza el pecho en diagonal y deja entrever

el escote. El satén cortado al bies se adapta a todas las malditas curvas de su cuerpo alto y esbelto, se ciñe un poco en la cintura antes de ensancharse sobre sus caderas y la curva de su culo. Tiene una abertura que llega excesivamente arriba en el muslo y permite atisbar unas piernas largas y los tacones de tiras de color perla y dorado que lleva.

Esa elegancia que tan poco le pega se queda corta en el peinado: lleva el pelo atado en una cola de caballo sencilla con un par de mechones sueltos que le enmarcan el rostro. Es como si alguien se hubiera encargado de vestirla, pero Annika se hubiera ocupado ella solita de todos los demás preparativos para la noche.

Aun así. Joder, está impresionante.

Siento el cuerpo cada vez más caliente y soy plenamente consciente de que la polla se me está poniendo gorda y dura en los pantalones del traje mientras la observo.

Como si hubiera notado que la estoy mirando, Annika se gira hacia mí. Nuestros ojos se encuentran y yo inclino la cabeza para saludarla con un suave asentimiento…

Y entonces Annika levanta la mano y me hace una peineta antes de echar a andar en otra dirección.

—Madre mía, esta boda va a ser increíble —se ríe Mal a mi lado—. No estoy de broma cuando digo que alguien va a tener que cachearla en busca de armas antes de que el cuarteto de cuerda empiece a tocar *Canon en Re menor* de Pachelbel.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Me haces un favor?

—¿Sí?

—Vete a molestar a otro.

Mal se ríe entre dientes.

—Iré a buscar a Tak. Hace mucho que no lo veo y, en un evento como este, eso suele significar que se está metiendo en problemas.

No se equivoca. Hace una buena hora y media que yo tampoco veo a nuestro hermano pequeño, lo que, según su historial, significa que está: A, participando en un concurso de beber con el personal; B, peleándose con alguien en algún sitio o C, metido hasta el fondo en la mujer de alguien.

—Sí, eso es… —Frunzo el ceño—. Probablemente sea buena idea.

—Buena suerte con… —-Mal se gira para señalar con la barbilla a Annika mientras ella desaparece entre la multitud—. Bueno…, con todo. —Bufa mientras sacude la cabeza antes de alejarse para buscar a nuestro hermano.

Le estoy dando un sorbo muy necesario a mi bebida cuando veo a Hana acercarse a mí. Gracias a Dios. Me estaba armando de valor para charlar de trivialidades con un montón de los amigos mayores de Sota con ganas de darme la enhorabuena o de ganarse mi favor para el día que me haga cargo de todo el imperio.

Mi hermana va tan elegante y magníficamente arreglada como siempre, con un vestido plateado que brilla, se le ata al cuello y forma un ángulo pronunciado desde la cadera hasta el tobillo opuesto. El color plateado tiene un ligerísimo toque lavanda, que resalta de forma dramática el pelo teñido de rubio, que lo lleva recogido en un peinado muy elaborado.

Juro que, en otra realidad, Hana es la directora que no se anda con tonterías de una gran e innovadora empresa tecnológica en el siglo XXIII.

—Espero que nadie te haya dicho lo guapa que estás esta noche.

Me lanza una mirada de enfado.

—¿Perdona?

—Odiaría tener que partirle la cara a alguien en mi fiesta de compromiso.

Hana pone los ojos en blanco.

—Tienes que mejorar esos cumplidos antes de casarte. Es… muy

poco atractivo.

Esbozo una sonrisa mientras me encojo de hombros.

—Para tu información, a lo mejor alguien sí me ha dicho lo guapísima que estoy.

—¿Quién? —Frunzo el ceño.

—Ya, espera que te lo digo ahora mismo para que Mal, Tak y tú os podáis poner en modo hermano loco y excesivamente protector y matar a alguien. No va a pasar. —Me lanza una mirada—. ¿Te has fijado en quién más está increíble esta noche?

Tenso la mandíbula.

—Creo que tienes que darme más detalles de a quién te refieres.

—Ay, yo creo que no. —Esboza una sonrisilla—. La verdad es que va muy bien arreglada.

—El… El vestido no está mal.

Hana resopla.

—Caray, gracias. Se lo escogí yo.

Arrugo la frente.

—¿Habéis ido de compras las dos?

—Sí, ¿y?

—Hana… —refunfuño y sacudo la cabeza—. No es tu amiga.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo.

Hana suelta una carcajada.

—Bueno, en ese caso, su alteza —dice con una risita—, ¿has tenido en cuenta la posibilidad de que ella tenga tanto interés en casarse contigo como tú? ¿O incluso menos?

—Lo he tenido en cuenta. He archivado el tema. Me importa una mierda. Es un tratado de paz, Hana. Es un mal necesario.

Antes de que pueda decir nada más, veo que se dirige hacia mí otro de los ancianos de la Yakuza con los que esperaba evitar hablar. Y lo que es peor, se trata de Matsui Aki.

Matsui y el Aki-kai son una de las familias pequeñas de la Yakuza que le juró lealtad al Mori-kai de mi padre hace mucho tiempo. En la ausencia del Mori-kai durante las últimas décadas, Matsui le juró lealtad a Sota. Pero como he empezado a reconstruir mi imperio, Sota ha insistido en que las familias como la de Matsui honren su promesa original al Mori-kai. Ergo, ahora Matsui me informa a mí directamente como su *oyabun.*

Y eso sería genial de no ser por el hecho de que Matsui es un cabrón astuto y egoísta que en realidad solo es leal a sí mismo y a su cuenta corriente. Peor aún, últimamente solo le falta arrojarme a su hija Nishi a la cara.

—Ah, joder, casi lo olvido… Tengo que largarme.

Hana empieza a alejarse, pero la agarro por el brazo.

—¿Por qué? —gruño.

—Por… una cosa. —-Me mira consternada antes de lanzar una mirada hacia Matsue mientras se nos acerca—. Vale, ese tío me pone los pelos de punta. ¿Puedo irme ya, por favor?

Suspiro.

—Claro. Ayuda a Mal a asegurarse de que Takeshi no está con sus movidas de siempre.

—Buena suerte —murmura antes de irse, justo cuando Matsui me alcanza.

—¡Aah! —dice con una amplia sonrisa—. ¡Enhorabuena para el príncipe!

El hecho de que la sonrisa no se refleje en absoluto en sus ojos me dice que probablemente sea una de las personas de la sala a la que menos gracia le hace mi compromiso, solo por detrás de Annika y yo. Después de todo, eso significa que no le voy a dar coba con sus nada sutiles intentos de que me case con su hija.

Nishi, que está justo al lado de él con un, tengo que decirlo, impresionante vestido rojo que deja poco a la imaginación, me

sonríe mientras se pega más a mí.

—Enhorabuena, Kenzo —ronronea. Saca la lengua de una forma un tanto provocativa para humedecerse los labios y nuestros ojos se encuentran—. Es una chica con suerte.

—*Arigato,* Matsui-san —digo haciéndole una reverencia formal antes de girarme y bajar la cabeza de forma más breve hacia Nishi —. Y gracias. —Vuelvo a centrarme en su padre—. Matsui, tengo que hablar contigo para resolver los… retrasos con las nuevas directrices que he establecido para nuestra organización.

Ya que he estado reconstruyendo el Mori-kai poco a poco y estableciendo una presencia más fuerte en Kioto, he promulgado un decreto para todos los cabeza de familia que responden ante mí. Voy a hacer un par de cambios y uno de los más grandes es que nuestra organización ya no tendrá negocios relacionados con la prostitución de aquí en adelante.

Sota tampoco tiene ni paciencia ni estómago para esa empresa y también la prohibió por completo en su organización hace décadas. No obstante, hay varias familias que se saltaron la orden. La Aki-kai fue una de ellas.

La organización de Matsui fue una de las que se lo montaron por su cuenta como minimperios cuando mi padre se fue y el imperio Mori-kai se derrumbó. Cuando las otras familias empezaron a invadir su pequeño imperio, Matsui se vio obligado a unirse con Sota y a jurarle lealtad. En un caso como ese fue difícil conseguir que estuviera de acuerdo con la forma de hacer negocios de Sota. Y por eso Matsui ha seguido dirigiendo burdeles y prostituyendo chicas.

Eso se acabó ahora mismo, no pienso aceptarlo. El problema es que Matsui gana un montón de dinero con sus chicas, así que ha estado retrasando deliberadamente darme su respuesta al decreto.

—Ah, ¡sí! Por supuesto, por supuesto. —Matsui me sonríe como si fuéramos viejos amigos.

—Ahora, Matsui.

—-Pronto, sí.

Tenso la mandíbula.

—Creo que no me has escuchado bien: necesito que me jures ahora mismo que vas a dejar de…

—¿Sabes? Mi pobre Nishi se puso muy triste cuando se enteró de que estabas comprometido.

Joder, maldita sea. Siempre la misma mierda con este cabrón.

—Matsui…

—Tengo que ir a visitar a Sota. —Me sonríe y se aleja—-. ¿Por qué no te quedas hablando con Nishi?

Nishi me sonríe de forma seductora mientras su padre se mezcla en la multitud. Ella se acerca con sigilo, vuelve a humedecerse los labios y pestañea mientras me pasa una uña escarlata por el brazo.

—Me puse muy triste, Kenzo.

—Nishi, sin ánimo de ofender, creo que lo nuestro no habría funcionado, pero estoy seguro de que ahí fuera hay algún joven que daría lo que fuera por tenerte a su lado.

Frunzo el ceño cuando me ignora y se me acerca aún más y me recorre el pecho con el dedo. Después, echo un ojo por encima de su hombro y me doy cuenta de que nos están observando.

Y es Annika.

Bueno, «observar» no es la palabra adecuada, más bien nos está fulminando con la mirada. Frunce el ceño con fuerza, en sus ojos azules hay un brillo malvado y salvaje y aprieta los labios mientras mira de forma peligrosa cómo Nishi se acerca más a mí.

Interesante.

De vez en cuando le sale una vena celosa tan verde como el vestido que lleva. Aunque me odie a mí y a la situación, parece que a Annika no le gusta que la jodan.

Puede que en secreto desee que me caiga un piano encima y me

aplaste, pero no le gusta que la menosprecien. Y eso incluye a Nishi intentando respirarme en el cuello y trazando mi puto pezón con el dedo a través del traje en mi propia cena de compromiso.

—¿Sabes, Kenzo? —me susurra Nishi en la oreja—. Puede que te vayas a casar, pero pertenecemos al mismo mundo. Ambos entendemos lo que es este matrimonio.

—No necesito que me lo expliques, Nishi —gruño al tiempo que le pongo las manos en los brazos para apartarla de mí con delicadeza.

No se mueve ni un milímetro.

—Yo puedo ofrecerte un… tipo de acuerdo diferente, ¿sabes?

—Quítame las manos de encima, Nishi —murmuro.

—Mi padre solo quiere que sea feliz, Kenzo. Si yo estoy contenta, él también. Y, si está contento, hará todo lo que le pidas. Así que quizá tengas que casarte con esa *gaijin* fría como el hielo con pinta de querer que te caigas por las escaleras…

Lo ha clavado tanto que da miedo.

—Pero yo podría calentarte la cama. —La voz de Nishi se convierte en un susurro cuando se inclina aún más hacia mí— Podrías follarme como quisieras. Hacerme lo que…

Suelta un grito ahogado cuando la aparto de un empujón.

—Te voy a dar un consejo, Nishi —digo entre dientes—: respétate un poco más a ti misma. Y, mientras buscas tu autoestima, aléjate de mí, joder. ¿Te ha quedado claro?

Se pone colorada y aprieta los labios. Asiente con rapidez y su sensualidad se desvanece cuando se da la vuelta para volver a mezclarse enseguida entre la multitud.

Joder, necesito un trago.

Me doy la vuelta para ir hacia la barra y de repente veo que casi me choco contra un tsunami verde y pelirrojo. Freno en seco y levanto una ceja mientras Annika me mira con un semblante frío.

—¿Te lo estás pasando bien? —dice entre dientes.

Sonrío con aire burlón.

—¿Me estás espiando, princesa?

—No hace falta ser James Bond para ver que solo te ha faltado follarte a esa tía en medio de tu fiesta de compromiso… De tu compromiso conmigo, he de añadir.

Suelto una risa contenida.

—¿Celosa?

—Molesta —replica ella—. Me gustaría que dejases de actuar como si fueras al único al que le jode este acuerdo.

—Estoy seguro de que el principal problema es que nadie me va a joder con este acuerdo. —Enarco una ceja—. A menos que…

Annika se pone muy roja.

—A menos que te folle un pez. Acostúmbrate.

—Entonces, tú no quieres follarme…

—Ni en un puto millón de años —dice en tono dulce.

—Pero la idea de que Nishi me folle…

—Significa que me estás faltando al respeto en medio de la fiesta —me suelta—. No tenemos por qué caernos bien, pero un poco de respeto básico sería de gran ayuda.

—Qué forma más rara de decir: «Kenzo, me pone celosa que hables con esa chica».

—Madre mía, eres un puñetero crío. —Me fulmina con la mirada—. No estoy celosa.

Me encojo de hombros.

—Si tú lo dices…

Annika pone los ojos en blanco y se da la vuelta para irse.

—Por si te consuela, princesa —gruño para que se detenga—, su oferta era de carácter comercial. Su padre responde ante mí, pero me ha estado dando largas para aceptar los nuevos términos de nuestra organización.

—¿Y cuál era su puta oferta? —escupe Annika—. ¿Dejas que te

coma la polla y su padre firma tus decretos reales?

—Bueno… —levanto un hombro sonriendo—, sí, básicamente.

—Eres un puto cerdo.

Suspiro.

—No acepté la oferta.

—¡Qué noble por tu parte! —dice con un entusiasmo dramático—. ¿Quieres una medalla?

—Me conformo con tu boca.

Se le salen los ojos de las cuencas, pero se traga los nervios tan rápido como han aparecido y vuelve a poner una expresión calmada y de que todo le importa una mierda.

—Verás, Kenzo —dice con una sonrisa artificial mientras se acerca y se inclina hacia mí—, el caso es que no me altero con tanta facilidad. No soy una de tus fanáticas aduladoras de la Yakuza. No soy una cabaretera que vaya a hacerte la pelota ni a rellenarte la copa por un dólar, ¿vale? —Aprieta los labios hasta formar una fina línea—. Estoy atrapada contigo, pero tú también lo estás conmigo. —Se pega todavía más a mí—. Puedo ser tu puta peor pesadilla.

Annika vuelve a ser todo sonrisas cuando se aleja dándome unas palmaditas en el pecho de forma condescendiente antes de dejar caer la mano.

—¿Vale?

Curvo los labios.

—Escucha, princesa. Nosotros…

—¡Kenzo!

Hijo de puta.

Justo cuando me estoy planteando muy en serio llevarme a Annika a rastras a algún lugar en el que pueda darle unos azotes en el culo desnudo para recordarle cuál es su lugar, Matsui vuelve a invadir mi espacio personal.

—Kenzo, ¿qué le has dicho a mi Nishi? —gruñe con una furia

ridícula y exagerada en la cara.

—Matsui, te sugiero que te largues —refunfuño—. Ya hablaremos de esto en otro…

—¡No permitiré que se le falte el respeto a mi hija! —espeta Matsui en respuesta—. ¿Qué cojones ha pasado…?

—Lo que ha pasado —dice Annika con voz sibilante e interrumpiéndonos de repente— es que tu hija…

—Disculpa —le espeta él—, Kenzo y yo estábamos…

—Matsui —murmuro despacio entre dientes—, deja que te presente a mi prometida, Annika.

Se queda pálido, abre los ojos de par en par y dirige la mirada hacia Annika como un rayo. Qué visión tan gloriosa.

—Ah…, sí —tartamudea—. Sí, no pretendía ofenderla, Sra. Brancovich, para nada.

—Para nada —repite ella en tono aburrido—. Sr. Aki, déjeme decirle lo que sí es una falta de respeto. Su hija se ha acercado a mi prometido en nuestra fiesta de compromiso y se ha ofrecido a ser su puta…

—¡¿Cómo dice?! —exclama Matsui indignado—. ¿Cómo te…?

—No vuelva a interrumpirme —dice Annika con frialdad.

Alzo una ceja.

Vaya, qué interesante. E inesperado.

—Me parece de lo más irrespetuoso que su hija se haya acercado a mi futuro marido para ofrecerle favores sexuales a cambio de que usted acepte las propuestas de negocio. Me lo parece a mí, por supuesto, pero también a mi prometido. Y sin duda también a Sota-san… ¿No cree?

Matsui frunce el ceño y casi se oyen los engranajes girando en su cabeza mientras piensa qué responder. Antes de contestar, Annika le sonríe de repente con una extraña expresión en la cara.

—Sr. Aki, ¿le gusta París?

Él frunce más el ceño y me mira antes de volver a fijarse en Annika.

—¿Disculpe?

—París, Sr. Aki. La ciudad. ¿Le gusta visitarla?

Él se aclara la garganta y mira nervioso a su alrededor.

—Yo.., eh…, me temo que nunca he estado.

—Venga, ¡no sea así! —Esboza una amplia sonrisa y centra la mirada en él—. ¡Eso no es cierto! —Suelta una carcajada.

Matsui tose incómodo.

—Srta. Brancovich, le aseguro que nunca…

—¿No le gusta la ciudad? ¿La *Rue Véron*, en concreto?

Matsui se queda blanco como el papel igual de rápido que si alguien hubiera quitado el tapón de la bañera. Abre los ojos de par en par y se queda boquiabierto mientras el terror se apodera de su rostro.

Y Annika no deja de sonreír.

—Bueno…, quizá me equivoque —dice encogiéndose de hombros con indiferencia. Mira a Matsui a los ojos y da unos pasos hacia él—. De cualquier modo, creo que debería aceptar los nuevos términos comerciales de mi prometido ahora mismo, ¿no le parece?

Matsui no dice nada, sigue con la boca abierta. Se gira hacia mí completamente pálido y, cuando por fin consigue recomponerse, traga saliva.

—Sí…, sí. Creo… —Traga saliva de nuevo mientras me mira—. Creo que es una sabia decisión para todos.

—No podría estar más de acuerdo —dice Annika con entusiasmo.

Matsui se gira hacia mí, se aclara la garganta incómodo e inclina la cabeza con rigidez sin mirarme a los ojos.

—Acepto todos los términos establecidos por usted, Kenzo-san. Dejaré de prostituir a mis chicas de inmediato.

—Gracias, Matsui —gruño—. Espero que sigamos manteniendo

una fructífera relación comercial.

—Por supuesto, Kenzo-san —farfulla haciendo otra reverencia antes de mirar a Annika con miedo en los ojos y escabullirse entre la multitud.

Me vuelvo para lanzarle una mirada a Annika.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—¡Gracias, Annika! —canturrea—. Eres muy buena en lo tuyo, Annika. ¡Creo que no podría haberlo hecho sin ti, Annika!

La fulmino con la mirada.

—¿Has acabado?

Ella sonríe, me da una palmadita en el pecho y se da la vuelta para marcharse.

—Quédate conmigo, Kenzo —me suelta por encima del hombro—. Y a lo mejor aprendes algo.

8
ANNIKA

Chúpate esa, Kenzo.

Hay una escena muy famosa en *The Watchmen* en la que uno de los personajes, un antihéroe llamado Rorschach, termina en prisión. Al principio, los demás reclusos creen que es una presa fácil porque es solitario y más bien pequeño. Sin embargo, le da una paliza de muerte a un prisionero que es enorme.

Después, Rorschach se vuelve hacia los otros reclusos y les dice que no está encerrado con ellos, sino que ellos están encerrados con él.

Eso es lo que pienso yo de mi boda con Kenzo. Quizá estemos obligados a estar juntos, pero no seré yo quien esté atrapada con él, sino él conmigo.

Y, créeme, se va a arrepentir de haber dejado que el asunto llegase tan lejos.

Bebo un poco de champán mientras me regodeo por el doble revés que le he dado: primero lo desdeño y luego lo ayudo con un tema empresarial que no fue capaz de cerrar él mismo.

Sabía que conocía a Matsui cuando lo vi, pero tardé un segundo en ubicar de dónde y por qué me sonaba su cara. Hace un año, más o menos, estaba buscando trapos sucios del director de una compañía porque Kir… iba a por ella de forma muy agresiva. Es parte de mi trabajo: si las negociaciones se estancan o fracasan, encuentro formas «creativas» de motivar a alguien para que venda o acepte los términos.

Es decir, chantaje.

Seguí a este director en concreto hasta París y luego hasta una preciosa casa antigua en *Rue Véron*, en el distrito *Pigalle*, cerca de *Montmartre*.

El director estaba casado con una mujer y tenían una relación muy monógama. Y, aun así, la casa que estaba visitando era una especie de elegante burdel de lujo que se especializaba en ofrecer hombres muy jóvenes y muy guapos.

No hace falta decir que, tras ver que fue allí cuatro veces en cinco días, conseguí justo lo que necesitaba para la negociación. Pero, además, también tengo una memoria bastante fotográfica.

Y a lo largo de los cinco días que estuve de vigilancia, otros hombres con pinta de ser muy importantes visitaron esa casa.

Uno de ellos era Matsui Aki.

Sí, acabo de conseguirle una victoria a Kenzo, pero ha sido a costa de perder contra mí. Y eso es lo que importa.

Estoy apoyada sobre la barra del bar, sintiéndome bastante satisfecha conmigo misma, cuando, de repente, el suelo se derrumba bajo mis pies.

Dos palabras pronunciadas con esa voz horrible y escalofriante bastan para adormecerme la piel y matarme por dentro. Para empujarme de nuevo hacia ese profundo y oscuro agujero en el que me mantuvo durante tantos años.

—Hola, muñeca.

El mundo se vuelve un lugar frío. La insensibilidad y un deseo irrefrenable de bloquearlo todo y echar a correr gritando bañan todas las células de mi ser. Pero no puedo huir. No puedo gritar. No puedo respirar.

No puedo escapar.

Me giro despacio. Se me encoge el corazón de forma violenta y un escalofrío me recorre la espalda cuando mis ojos se encuentran con

los de Valon.

Al instante, vuelvo a sumergirme de nuevo en la oscuridad.

Tenía veintidós años la primera vez que Valon Leka se cruzó en mi camino. Acababa de conocer a Freya y todavía no le habíamos pillado el truco a lo de hacer dinero, ni siquiera se nos daba demasiado bien sobrevivir. Vivíamos de trabajo en trabajo, la mayoría de las veces robábamos para sobrevivir y tener un lugar en el que dormir.

Entonces fue cuando conocimos a Valon, el jefe de la Hermandad, un sindicato del crimen albanés con tendencias sectarias. Valon nos contrató para un trabajo, el más gordo hasta el momento. Cuando lo completamos nos colmó de elogios, sobre todo a mí, e incluso dejó que nos quedásemos con la mitad de lo que habíamos robado en vez del diez por ciento acordado.

Hicimos otro trabajo y ocurrió lo mismo. Al tercero, no permitió quedarnos con casi todo el botín y nos colmó de aún más elogios. Luego llegaron los regalos y los favores. La ropa, las cenas elegantes y los coches divertidos.

En retrospectiva, ahora sé que eso se llamaba *grooming*. Tenía veintidós años, sin familia ni un lugar al que llamar hogar y llevaba años huyendo.

Por otra parte, Valon tenía cuarenta y cinco. Era encantador, atractivo, poderoso y prometió cuidar de mí. Cuando has tenido que cuidar de ti misma durante años y años es difícil no cederle las riendas a otra persona.

Así que no dije que no. Ni a los regalos ni a los favores ni a Valon llevándome a cenar o al *ballet* o a clubes de lujo, solo a mí. No dije que no a que después me llevase a su casa y luego a su cama.

En realidad, no dije que no a nada. Hizo lo que quiso, sin importarle lo que yo pensara sobre el tema.

Y yo dejé que ocurriera, incluso cuando lo odiaba hasta el punto

de aguantarme las lágrimas, porque pensaba que eso era lo mejor a lo que podía aspirar. No tenía nada y Valon me dio algo. Nunca intenté decirme a mí misma que era amor, pero, como me había vuelto a recomponer a toda prisa después de que mi vida volara en pedazos, supuse que lo que me estaba dando era lo más cerca del amor romántico que estaría nunca.

Me quedé con él durante tres años fríos, oscuros y miserables. Años de los que apenas recuerdo nada porque los he bloqueado. Años de los que Freya y yo no hablamos. Años en los que estaba viva, pero muerta por dentro.

Y me llamaba muñeca.

Supongo que lo decía como un apodo cariñoso, pero, para mí, era un recordatorio de que alguien movía los hilos para obligarme a hacer cosas que no quería hacer.

Un día, Valon tuvo que salir de su base en Milán y pasar un par de semanas en Estambul mientras su imperio se expandía. Por aquel entonces, a pesar de que no me contaban casi nada, sabía que la Hermandad ya no era una organización criminal de bajo nivel que se dedicaba a las apuestas, el contrabando y a la falsificación, aunque en menor medida. Era un cartel de drogas en toda regla que trabajaba con las mafias turcas y sicilianas en el narcotráfico de cocaína, meta y heroína.

Valon iba a estar fuera dos semanas. Nunca había estado tanto tiempo sin él. Lo más jodido de todo es que nunca se me pasó por la cabeza largarme. No porque lo amase, o me gustase siquiera, sino porque me daba miedo él y volver a la vida de tener que robar para comer y no saber nunca dónde iba a dormir esa noche.

Jamás olvidaré la noche que Freya entró en mi habitación con dos maletas hechas y se puso una pistola en la sien. Me dijo que nos íbamos de inmediato y que nunca íbamos a volver. De lo contrario, apretaría el gatillo porque no soportaba verme vivir esa horrible vida

ni un minuto más.

Eso fue hace ocho años y he evitado a mi antiguo carcelero desde entonces.

Hasta esta noche.

Ahora Valon es más viejo y se le marcan más las líneas de la cara, pero sigue teniendo esa mirada oscura, fascinante y ligeramente enloquecida mientras le da un sorbo a su bebida con indiferencia y me recorre con los ojos.

—He oído que te vas a casar, muñeca —dice Valon con voz seductora mientras me dedica una sonrisilla oscura—. Qué bien.

Mis entrañas se convierten en ceniza y clavo la mirada en el suelo entre mis pies mientras me abrazo y deseo estar en cualquier sitio que no sea este.

—Pero lo que no está bien —susurra— es llevarte cosas que no te pertenecen.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y deja un terror frío a su paso.

Está hablando del Lamborghini que le robé a Ulkan, el que Freya y yo abandonamos a las afueras del túnel Lincoln tras descubrir que estaba lleno de las drogas y el dinero de Valon.

—¿No estás de acuerdo? —dice en tono afectuoso—. Después de todo lo que hice por ti y de todo lo que te di… Primero huyes sin darme las gracias siquiera ¿y luego me robas?

—Yo… —La palabra me rasca como si tuviera polvo de huesos y suciedad en la garganta—. No me di cuenta…

—Supongo que Ulkan no quedaría muy satisfecho por los servicios prestados, ¿no?

Una garra de hielo me araña la columna vertebral.

—¿Sabías que alguien encontró el coche y vació el maletero antes de que llegase la policía?

Tiemblo con violencia.

—No sabía que era tuyo.

—Me da igual.

Ahora su voz suena afilada. Fría. Despiadada. Siempre ha sido así. Al principio eran todo sonrisas y un tono suave. Después llegó la bofetada en la cara o rechazarme emocionalmente. Hacerme luz de gas. Soltarme halagos envenenados para minarme la moral. Decirme que era imposible que alguien me quisiera o llamarme puta. Luego daba un giro de ciento ochenta grados y volvían las sonrisas, los regalos y los favores.

Vuelvo a temblar sin ser capaz todavía de mirarlo a los ojos.

Dios, odio el poder que tiene este monstruo sobre mí. Incluso ahora.

—Lo… —Sacudo la cabeza—. Lo siento.

Valon se ríe en voz baja.

—Bueno, ahí está. —Se aclara la garganta—. Sabes que no soy un hombre despiadado, muñeca.

Sí lo eres.

—Así que a lo mejor podría dejarlo pasar.

Me encojo de miedo cuando su mano entra en mi campo de visión, con la que sujeta entre mis ojos y el suelo una tarjeta de plástico negra para entrar en una habitación de hotel.

—¿Por qué no te pasas después a tomar algo? Seguro que encontramos la manera de que me hagas feliz de nuevo… —Tose con suavidad—. Por los viejos tiempos.

Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para contener las náuseas que me suben por la garganta y me queman como el ácido. Se me hiela la sangre cuando me toca el pelo. Me espanto y empiezo a temblar y a sacudirme mientras me coloca el mechón detrás de la oreja y se inclina hacia mí.

—Enhorabuena otra vez por tu compromiso, muñeca. —Me mete la tarjeta entre dos dedos, pero los tengo entumecidos—. Si eres inteligente, te veré muy pronto…, mi putita.

Se da la vuelta y se marcha. Me encojo entera, el corazón me late con fuerza y se me pone la piel de gallina. Me giro sin aliento y con la vista nublada y me dirijo hacia el bar.

—Chupito —le susurro al camarero mientras tiro la tarjeta.

Frunce el ceño.

—¿De qué lo quiere…?

—De cualquier cosa. Ya, por favor.

Resulta ser vodka.

Me lo bebo de un trago y siseo mientras doy un golpe sobre la barra con el vaso vacío.

—Otro —grazno—. Que sea doble esta vez.

—Señorita…

—Por favor y gracias —suelto mientras lo miro con expresión demacrada.

El tipo asiente y parece preocupado mientras echa un buen chorro de vodka en el vaso. Lo alzo, asiento con la cabeza hacia él y me lo bebo de penalti mientras mi cerebro sigue gritando y aún siento la piel erizada.

Me arden las entrañas y golpeo el vaso contra la barra y me giro de forma violenta. Mi mirada se fija en la espalda y los hombros de Valon mientras camina entre la multitud en dirección a la puerta.

Después, me fijo en el bufé.

… Y en el empleado del *catering* que está cortando un filete de *wagyu* en tiras con un cuchillo de chef muy afilado.

Vuelvo a fijarme en Valon.

Voy a matarlo.

Tengo que hacerlo.

Me importan una puta mierda las consecuencias.

Solo consigo dar un paso hacia el bufé antes de que una fuerte mano me agarre por la muñeca. Suelto un grito ahogado cuando Kenzo me tira del brazo hacia atrás y me atrae hacia su duro e

inflexible pecho mientras me mira con malicia a los ojos. El pelo negro le cae por los laterales de la cara como si fuera el ángel caído de la muerte y la venganza.

O el príncipe del infierno.

—¿Qué cojones ha sido eso? —ruge con frialdad.

Abro la boca, pero soy incapaz de articular palabra.

—Contéstame —gruñe de forma agresiva—. ¿Quién cojones era ese?

Me empieza a dar vueltas la habitación.

—Yo… Nadie —farfullo.

Kenzo curva los labios a medida que se acerca más a mí.

—Me importa una puta mierda lo mucho que odies esto, Annika —gruñe—. Ni siquiera me importa que me odies a mí, pero nos vamos a casar y desempeñarás el papel de esposa que te toca.

Se cierne cada vez más sobre mí.

—Lo que significa que ningún hombre te hablará así ni te tocará ni se acercará como acaba de hacer ese hijo de puta. —Su tono malhumorado suena tan serio e intenso que me sobresalta—. ¿Te ha quedado claro?

Podría responder de manera racional. O incluso limitarme a asentir. Pero los muros que tanto me ha costado levantar, para bloquear ciertas partes de mi vida, empiezan a derrumbarse. Los recuerdos que he intentado desesperadamente eliminar de mi sistema resurgen y están cabreados y buscan venganza por llevar tanto tiempo silenciados.

Así que hago lo que siempre hago cuando me siento acorralada o vulnerable: ataco.

—Tus celos son patéticos —le espeto.

Su mano me aprieta la muñeca con más fuerza al instante y me la sujeta contra la parte baja de la espalda. Un escalofrío me recorre la espalda cuando me agarra con la otra mano por la nuca de forma

posesiva e inclina mi rostro hacia él.

—Esto es política, Annika —masculla—. Tenemos que venderlo. Y eso no será posible si intimas con otro jodido tío, dejas que te toque y te pones cómoda con él…

Estoy entrando en una espiral. El dolor y la vergüenza de todos esos años golpean contra los muros y las barreras de mi interior. Los gritos que reprimí y los horrores que soportaron mi cuerpo y mi alma en un silencio estremecedor comienzan a llorar y a alzarse mientras la habitación da vueltas y se me oscurece la visión.

Siento que estoy a punto de ahogarme bajo el peso y el dolor. Así que me aferro al único clavo que tengo.

Hago lo único que puedo para silenciar la agonía y asfixiar los horribles recuerdos del monstruo que afloran en mí.

En un movimiento, agarro a Kenzo por la corbata, tiro de él hacia abajo y aplasto mi boca contra la suya para besarlo.

Y el mundo se queda quieto.

Todo se intensifica muy rápido. En un momento estoy tirando de su corbata y apretando los labios contra los suyos y, al siguiente, Kenzo despierta. Me agarra la muñeca bien fuerte y tira de mí con fuerza hacia él. Entreabre la boca y hace bailar la lengua sobre mis labios antes de sumergirse entre ellos.

Sus gruñidos oscuros y masculinos retumban por todo mi cuerpo y mi centro se convierte en lava mientras su aroma fresco y picante me consume.

La mano que tenía en mi nuca la desliza hacia arriba para enredar los dedos en mi pelo y tomarme de forma posesiva mientras me besa. A nuestro alrededor, los asistentes a la fiesta empiezan a esbozar sonrisas y a reírse, a aplaudir y a sacar fotos mientras me derrito contra el pecho de Kenzo en el beso más potente y trascendental de toda mi vida.

Y por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, los

gritos de mi cabeza se callan por completo.

No sé cuánto tiempo dura, pero sí sé que cuando por fin se aparta, arañándome el labio inferior con los dientes, me tiemblan las piernas y he entrado en una realidad alternativa.

Suelto un suspiro entrecortado y tengo los labios hinchados cuando alzo la vista hacia él. Curvo ligeramente las comisuras de los labios y el pulso me ruge en las venas cuando los ojos de Kenzo encuentran los míos.

Se gira para sonreír a la multitud mientras yo sigo ahí de pie mirándolo como una boba.

Despacio, se gira de nuevo hacia mí, pero en sus ojos no hay confusión, ni siquiera felicidad. Ni tampoco una sonrisa encantadora o unos labios ansiosos.

Acechando bajo la superficie solo hay ira y malicia cuando agacha la cabeza y me roza la oreja con los labios para que solo yo lo oiga.

—No pienses ni por un segundo que no sé lo que acabas de hacer —dice entre dientes en voz baja.

Desliza la mano de nuevo hasta mi nuca y me agarra fuerte hasta que hago una mueca.

—No vuelvas a tomarme por tonto otra vez, Annika —protesta—. Y tampoco me tomes por un hombre que se conforma con las migajas de otros. Cuando haga algo más que besarte, princesa, y lo haré, pensarás en mí y solo en mí. ¿Te ha quedado puto claro?

Estoy temblando, pero asiento despacio tragándome el nudo que tengo en la garganta.

—Sí.

—Buena chica —gruñe.

Deja caer la mano.

—Y ahora vamos a firmar el puto contrato y terminemos con esto de una vez.

Se da la vuelta y se va.

9
KENZO

La furia me corre por las venas, a pesar de que no acabo de entender por qué, mientras me alejo de una mujer de la que no estoy del todo seguro de querer alejarme.

Así de confuso me siento cuando se trata de Annika.

Quiero deshacerme de ella y, al mismo tiempo, envolverla entre mis brazos. Quiero odiarla y a la vez poseerla por completo. Quiero castigarla y…, bueno, castigarla.

Enfadado, me meto en el despacho de Sota y cruzo a zancadas la habitación elegante y decorada con buen gusto con artefactos del período Edo de Japón hasta llegar al carrito de bar de Sota. Me echo una buena cantidad del whisky bueno que sé que guarda aquí y me llevo el vaso a los labios. Clavo la mirada en las ventanas del cuarto piso con vistas al West Village.

¿A qué cojones viene el cabreo que tengo? ¿Por qué esta ira y esta furia? A ver, es obvio que no estoy celoso, pero sigue sin parecerme bien verla tan cerca y en actitud tan amistosa con quien coño fuera ese hijo de puta.

Le doy un trago al whisky e intento ubicarlo: mayor, bien vestido pero un poco vulgar. No le vi bien la cara, pero, teniendo en cuenta que entró en la fiesta, tiene que ser alguien importante y un conocido de Kir o Sota.

Guardo la pista en mi mente para poder rastrearlo y…

¿Y qué, exactamente?

¿Darle una paliza? ¿Decirle que no se acerque a mi mujer de pega,

la que ni siquiera me gusta?

A lo mejor.

¿O a lo mejor le parto la puta cara y después le digo que se aleje de Annika como quien no quiere la cosa? Sí. Mejor.

Me quejo para mis adentros mientras me termino el whisky, me echo otro y vuelvo a la fiesta antes de que alguien me eche de menos.

Pero, más allá del enfado con Annika por hablar con ese cabrón y con él por acercarse tanto y por atreverse a tocarla, me preocupa algo más.

Algo oscuro. Un anhelo. Un deseo que no debería tener.

No deberíamos habernos besado.

No estoy seguro de qué fue lo que la hizo agarrarme y darme un puto beso como ese. Quiero decir, sin duda no tuvo nada que ver con «vender» el matrimonio. A: está claro que a Annika esta mierda le importa aún menos que a mí. Y, B: había algo realmente extraño en su mirada justo antes de que ocurriera. Como si se estuviera ahogando. Casi como si estuviera disociando.

Y eso, al menos para los putos gustos retorcidos que tengo, resulta bastante excitante: la idea de que esté despierta pero en realidad no. Que su cuerpo sea mío mientras su mente se ha desconectado.

¿Qué? Los fetiches no se escogen. Yo no elegí que me la pusiera dura un fetiche que requiere un uso libre extremo como la somnofilia.

Sexo durante el sueño. La idea de tomar a una mujer mientras duerme. O, en el caso de Annika, de follarla sin piedad mientras disocia y se desconecta de la realidad.

Me recoloco los pantalones para intentar ocultar el bulto que me palpita entre las piernas.

Me he desviado del tema. Como decía, eso no debería haber

pasado. No debería haber permitido que siguiera ocurriendo y, bajo ningún concepto, no debería haberle devuelto el beso. Con ansia.

Porque no soy un puto idiota y esta no es ni de lejos la primera vez que una mujer ha decidido intentar enrollarse conmigo para «superar» a otro hombre o «vengarse» de alguien que la ha menospreciado.

Mido dos metros. Entreno todos los días y me ha tocado la lotería de la genética. Soy hiperconsciente de cómo me miran las mujeres, sobre todo cuando los tatuajes que llevo en los brazos dejan claro lo peligroso que soy.

Dicho esto, no me gusta una puta mierda ser la aventura salvaje ni la venganza de nadie. Y ni de coña pienso permitir que mi maldita mujer juegue a eso.

Aún sigo enfadado cuando veo a Mal al otro lado de la habitación. Gracias a Dios, está con el agente del caos que es nuestro hermano Takeshi. Bien.

En una hora o así, Tak puede largarse si quiere e ir a aterrorizar Manhattan con sus habituales fechorías ilegales. Antes de eso, necesito que toda mi familia esté presente cuando Annika y yo firmemos el pacto de sangre que nos unirá en puto matrimonio.

Me dirijo hacia allí y me reúno con ellos junto a las ventanas que dan hacia el jardín trasero y el estanque de *kois* de Sota.

—Espero que no te estés metiendo en problemas —gruño mientras le lanzo una mirada oscura a Takeshi.

Él sonríe, se aparta el pelo largo de la cara y se da la vuelta para echarle un ojo a la habitación.

—En este momento… en casi ninguno.

—¿Crees que podrás resistir la tentación de sembrar el caos y el desorden durante una hora, más o menos?

—Sin duda puedo intentarlo por ti, hermano.

Pongo los ojos en blanco mientras él me sonríe y me agarra el

hombro con una mano.

—No soy yo de quien hay que preocuparse. —Se encoge de hombros—. Eres tú quien se ha enrollado con su prometida de pega en medio de tu fiesta de compromiso falsa. Si eso no es un grito de ayuda, entonces no sé qué lo será.

—O, sorpresa, solo quería besarla. —Hana se nos ha unido y trae una copa de vino tinto en la mano—. Sé que los vínculos interpersonales de verdad son un misterio para ti, Tak…

Él pone los ojos en blanco al escucharla.

—Cómo si no fuésemos ya todos muy conscientes de mis muchos muchos…

—Me refiero a los del tipo emocional y real. —Hana suelta un suspiro profundo y le lanza una mirada asesina—. ¿En plan romántico?

—Hostia, ¿se trataba de eso, tío? —Tak esboza una sonrisilla y me mira de reojo.

—Qué va —murmuro—, solo lo estábamos vendiendo.

—Bueno, pues eres un vendedor de la hostia, entonces —murmura Hana con indiferencia y con una sonrisilla mientras le hago una peineta.

—No nos olvidemos de Mal, que está aquí fantaseando con la chica gótica del puto collar —dice Takeshi con una risita.

—¿Quién, Freya? —pregunta Hana.

—¿Es que hay más de una chica gótica con un collar de pinchos en la fiesta? —Se ríe Tak—. Porque empieza a interesarme la cosa.

Hana lo ignora y se gira hacia Mal.

—¿Te mola Freya?

—Para nada —gruñe—, es que a Tak le encanta inventarse mierdas y agitar el avispero.

Las típicas peleas entre hermanos que tanto me gustan, en secreto, pasan a un segundo plano y mi cara se tuerce en una

mueca oscura cuando veo que algo cruza la habitación.

No algo, sino alguien.

—¿Alguien sabe quién cojones es ese? —digo con un gruñido señalando con la barbilla al mismo cabrón con el que estaba hablando Annika antes tan cerca. El hijo de puta que parece que aún no ha tomado la sabia decisión de largarse.

—¿El tío con el traje gris carbón? —pregunta Hana. Yo asiento—. Es Valon Leka. —Arruga la frente—. Es el jefe de la Hermandad, un sindicato del crimen armenio. Hacen mucho de intermediarios en el canal de contrabando entre Italia y Turquía. Meta…, cocaína…, creo que también heroína. —Sacude la cabeza—. Todo indica que no es un buen tipo.

Entrecierro los ojos.

¿Qué cojones hace Annika hablando con un traficante de drogas armenio?

—¿Y cómo coño ha entrado? —pregunto entre dientes.

Takeshi resopla.

—Espera, ¿lo dices en serio?

Lo miro.

—¿Sí?

Mi hermano sonríe.

–-Joder, me encanta cuando sé algo que tú no.

—Deja de hacer el imbécil y dímelo.

Él me hace la burla.

—Sota está negociando con él para subcontratar algunos trabajos a su organización.

Me lo quedo mirando fijamente.

—Joder, ¿ese es el contrabandista con el que ha estado hablando?

—Sip —gruñe Mal—. Haznos un favor a todos y a ver si convences a Sota de que lo deje. Leka tiene muy mala reputación. A ver, sí, le está ofreciendo un trato muy bueno a Sota, pero porque sería su

primer negocio con la Yakuza y quiere entrar en este mundo. —Mal sacude la cabeza—. Por lo que he oído, el tío es un puto psicópata.

—Tomo nota —digo con un gruñido—. ¿Y por qué cojones se plantea siquiera la opción de trabajar con alguien así?

Hana pone los ojos en blanco.

—Adivina.

Mierda.

—Tengan.

—Bingo —farfulla mi hermana.

Tengan es el gerente de Sota. Además de un grano en el culo, decir que no estamos de acuerdo en la mayoría de las cosas sería como afirmar que la Segunda Guerra Mundial fue una desavenencia.

Por suerte, apenas interactúo con él. Por desgracia, Hana no disfruta del mismo lujo.

—En serio —dice Hana en voz baja y se gira hacia mí—. Sota debería mantenerse alejado de ese tío.

Y mi puñetera prometida también…

—Kenzo —dice Mal dándome un codazo mientras le da golpecitos a la esfera del reloj—. Es hora, hermano.

—Mierda.

Hana se vuelve y me sonríe.

—Eh, anímate. Ya te he dicho que es una tía bastante guay.

Tak me sonríe mientras me da una palmada en el hombro.

—Sea guay o no, estás a punto de firmar un compromiso de sangre. Ya no hay marcha atrás, hermano.



Los pactos de sangre no son una tradición en Japón, pero, desde que el mundo de la Yakuza entró en los siglos XX y XXI y empezó a hacer negocios más globales con organizaciones criminales de Occidente y

Oriente Medio, se han vuelto bastante habituales.

Son exactamente lo que parecen: contratos de la mafia que se firman con la sangre de los implicados en dicho contrato. Además, cada firmante deja la huella de su pulgar al lado del nombre, también con sangre. Están blindados de forma absoluta e incuestionable. Romper uno de esos equivale a que te excomulguen a ti y a toda tu organización del mundo criminal.

En definitiva, son palabras mayores.

Cuando los cuatro salimos a la azotea de la casa de piedra rojiza de Sota, él, Kir y el número dos de Kir, Isaak, ya nos están esperando.

Al igual que Annika y Freya, que están a un lado.

Me giro y frunzo el ceño cuando veo que Mal atraviesa el jardín de la azotea con la mirada hasta la amiga de Annika. Le doy un codazo con fuerza.

—O me dices de qué cojones va esto o lo dejas estar ya.

Se vuelve hacia mí al instante y centra toda su atención en mí.

—No hay nada que dejar estar.

Asiente con la mandíbula cuadrada que tiene mientras ambos nos damos la vuelta para inclinarnos ante Sota, que se acerca a nosotros y me da un fuerte abrazo y unas palmaditas en la espalda antes de separarse.

—Estoy orgulloso de ti, Kenzo —dice en voz baja—. Y, a su manera, sé que tu padre también.

—Bueno —dice Kir haciendo un gesto hacia la mesa que está a su lado—, ¿procedemos?

Sobre ella está el contrato que me vincula con Annika y a ella conmigo. Sellaremos el matrimonio legalmente un poco más adelante, pero esto consolida el compromiso y es una forma de asegurar que la boda tendrá lugar. Al lado de los papeles está el medallón del que sobresale una aguja: el instrumento con el que nos

pincharemos los pulgares para firmar con nuestra sangre.

No hay ningún tipo de fanfarria. Ni discursos largos y tediosos. Los dos leemos el contrato y, sin más preámbulos, Annika me empuja para agarrar el medallón. Su cara se tuerce en una ligera mueca cuando se pincha el pulgar y después moja la pluma estilográfica en el charquito de sangre que ha formado.

Mueve la mano deprisa mientras firma con su nombre en color teja y luego hace un gesto brusco para estampar el pulgar en el papel justo al lado.

—Hecho —masculla como si acabase de bordar un examen.

No me mira cuando le quito la pluma y el medallón para seguir su misma rutina: firmo con mi nombre y dejo la huella de mi pulgar al lado de la suya.

Es oficial.

Me estoy dando la vuelta hacia Annika para decir… ¿qué? Ni siquiera lo sé aún, cuando de repente me fijo en el puntito rojo que tiene en el pecho, justo sobre el corazón.

Joder.

El punto se desliza hacia su frente y entonces grito con un rugido:

—¡AGACHAOS!

Me estrello contra ella y la empujo contra la mesa que cae al suelo junto con el contrato y nosotros mismos. Es un sonido amortiguado, pero sin duda ha sido el característico pop, pop del disparo de un rifle al chocar contra la madera del patio. Los cristales se rompen, Mal agarra a Sota y Tak a nuestra hermana y nos tiramos todos al suelo mientras se oyen más disparos.

Me doy la vuelta y primero me fijo en Sota. Mal asiente con la cabeza y hace un gesto afirmativo con el pulgar antes de sacar la pistola de la chaqueta del traje. Takeshi hace lo mismo cuando lo miro. Entonces me doy cuenta de que unos puños me golpean en los brazos y el pecho.

—¡Joder, quítate de…!

—¡¡No te levantes!! —le espeto a Annika en voz sibilante mientras lucha por quitarme de encima. Me da otro golpe y hago una mueca antes de agarrarle la muñeca e inmovilizársela sobre la cabeza. Giro la cabeza, mis ojos penetran en la oscuridad y atraviesan la calle hasta un edificio una planta más alta que este…

… Y hacia la figura oscura que se mueve con rapidez por el borde para agacharse en una posición mejor.

—¡EN LA AZOTEA DE ENFRENTE! —rujo.

Mantengo a Annika inmovilizada con una mano mientras saco la pistola y disparo tres veces con la otra. Tak y Mal se ponen de pie de un salto para apuntar mejor y hacen lo mismo. Isaak y Kir también han sacado las pistolas y la figura oscura retrocede de inmediato.

Gruño y por fin suelto a Annika para ponerme de pie. Veo justo por encima del borde de la azotea de enfrente. El tío está intentando desmontar el rifle a toda prisa.

Va a huir.

Y yo lo voy a perseguir.

—¡Quédate con Sota! —le grito a Hana y ella asiente con la cabeza. Kir también se queda atrás, aunque no porque sea un cobarde; ese hombre es el jefe de la Nikolayev Bratva y, con su único heredero en cuidados intensivos en el hospital, no puede permitirse el lujo de saltar de azotea en azotea para perseguir a un francotirador.

Pero nosotros sí.

Mal, Takeshi, Isaak y yo corremos por el tejado y pegamos un enorme salto hasta la terraza privada del edificio de al lado. Desde ahí, corremos hasta el siguiente edificio, que todavía sigue en construcción y tiene una grúa acoplada al lateral para subir material pesado a la planta de arriba.

La grúa sobresale hacia la calle y forma un puente hacia el otro

lado… si estás como una puta cabra.

Resulta que los cuatro lo estamos.

Isaak es el último en llegar al tejado y avanzamos en la misma dirección en la que vinimos. Nos movemos en silencio, Tak, Mal y yo somos muy sigilosos porque nos lo han inculcado en la Yakuza, pero he de decir que me sorprende lo rápido y silencioso que es Isaak; para lo alto y fornido que es el número dos de Kir, consigue mantenernos el ritmo.

—¡Abajo!

Mal me derriba y me tira al suelo justo cuando vuela por los aires un trozo de ladrillo de la pared que tengo detrás. Más adelante, avistamos al francotirador mientras vuelve a desmontar el rifle a toda prisa, pero, esta vez, estamos mucho más cerca.

Ya es nuestro, joder.

—¡Id a la derecha! —les digo a mis hermanos. Los dos asienten y se encaminan hacia el tejado de al lado para flanquear al tirador. Yo miro a Isaak y él asiente con la cabeza con seriedad.

—¿Me sigues?

—¿Con diez años en las fuerzas especiales? —gruñe en respuesta —. Claro.

Me sirve.

—¡Vamos!

Los dos nos dirigimos hacia el tirador mientras él apoya una rodilla en el suelo y apunta con el rifle. Después se estremece y se agacha cuando Takeshi y Mal se acercan a él corriendo desde el lateral. No los ha visto venir.

Te tenemos, cabronazo.

—¡Suelta el rifle! —grito mientras nos abalanzamos sobre él.

El tirador lo hace, pero luego actúa de una forma completamente inesperada.

Suelta el rifle, se pone de pie, se gira y echa a correr hacia el

borde del edificio de cinco plantas.

—¡Espera!

Se tira de cabeza y los brazos abiertos a los costados. Corro hacia la cornisa, echo un ojo y pongo una mueca cuando lo veo estrellarse contra el asfalto y su cabeza romperse como si fuera un melón.

—¿Qué cojones? —gruñe Tak, que también está mirando hacia abajo con la cara torcida en una mueca—. ¿Por qué coño ha hecho eso?

—No quería que lo pillasen —dice Isaak en un gruñido y se encoge de hombros mientras se guarda la pistola con toda la calma.

—Ya…, pero… ¿en serio? —murmura Takeshi.

Isaak se encoge de hombros de nuevo.

—¿Qué? No quería que lo pillasen.



Cuando volvemos al edificio de Sota, voy a verlo a él primero. Respira mal de cojones, pero es por el chute de adrenalina. No está herido y Hana y tres de los hombres de Sota ya le han traído el oxígeno para que respire con más facilidad.

Luego me doy la vuelta y mis ojos se encuentran con los de Annika. Sin decir nada, cruzo la azotea hasta ella.

—¿Estás bien?

Ella asiente. Parece alterada, pero tampoco demasiado.

Entonces me doy cuenta de que esta no es la primera vez que le disparan.

¿Y por qué me molesta tanto eso?

—¿No estás herida…?

—Está bien —farfulla Freya lanzándome una miradita.

—Puede responder solita, Morticia —le espeto de vuelta.

Freya entrecierra los ojos y luego sonríe.

—Sé que intentabas ser un imbécil, pero la verdad es que me lo tomo como un cumpli…

—Genial, tómatelo como quieras —digo entre dientes mientras me separo de ella para mirar a Annika a la cara con la frente arrugada —. ¿De verdad no estás herida?

Ella enarca una ceja.

—Por Dios, ¿cuántas veces quieres que te lo diga?

—Oírlo una vez en voz alta estaría bien —gruño.

Pone los ojos en blanco.

—Estoy bien. Ya puedes dejar de fingir que te importa una mierda, ¿vale?

Se pone de pie y me empuja para acercarse a hablar con Kir, Isaak y Freya. Yo me quedo mirando mientras se va.

La cosa es…

Acabo de darme cuenta del ansia con la que le he preguntado si estaba bien y no lo he hecho por aparentar, por fingir que me importaba una mierda.

Lo que me lleva a preguntarme: ¿por qué coño era tan importante asegurarme de que mi mujer de pega, que ni siquiera me gusta, estuviera bien?

La respuesta me acaricia los tobillos. Frunzo el ceño y me agacho para recoger el pacto de sangre antes de que salga volando. Clavo la mirada en nuestros nombres.

Me importa porque, me guste o no, sea mi deber o no, esta mujer es mi puta esposa.

Nos vamos a casar. Lo hemos prometido con sangre. Se ha consolidado en un acto de violencia.

Y ahora ya no hay vuelta atrás.

10
ANNIKA

Durante las dos semanas siguientes al ataque en la casa de piedra rojiza de Sota Akiyama, hemos estado básicamente en aislamiento total. Llevo viviendo desde que me mudé a Nueva York un par de meses atrás en el increíble apartamento de Taylor, ya que ella ahora vive con Drazen en su ridícula y lujosa casa de la avenida de los multimillonarios en Central Park South. Freya, por su parte, ha estado viviendo al más puro estilo estrella del rock en diferentes hoteles de lujo.

Sin embargo, tras el tiroteo, Kir ha puesto fin a todo eso. Freya y yo nos hemos mudado al ático dúplex que compró hace un año, más o menos, y él se ha ido a Londres a atender sus negocios.

Allí estamos a salvo: el ático es una fortaleza, está custodiado por un pequeño ejército de sus hombres. Pero es prácticamente como estar encerradas. No podemos salir más allá del patio de Kir. Y para eso se supone que solo podemos salir si primero avisamos a uno de los hombres de Kir para que puedan estar más alerta todavía.

La verdad es que es un coñazo, pero al menos tengo a Freya conmigo y, tras una semana, me he adaptado a su horario casi nocturno, cosa que no me importa en absoluto.

Por fin, tras dos semanas de cautividad, Kir da el visto bueno.

No han identificado al francotirador que nos disparó, pero está claro que era un profesional al que habían contratado. El rifle y la munición fueron imposibles de rastrear, el tío se había quemado químicamente las huellas dactilares y hasta reemplazó la dentadura

original por implantes.

En nuestro mundo, eso son señales claras de que era un sicario profesional. Y uno muy caro. El hecho de que eligiera suicidarse antes de que lo pillaran lo deja aún más claro.

Pero lo cierto es que Sota tiene un montón de enemigos que podrían quererlo muerto, a él o a cualquiera de nosotros. Es probable que Kir tenga el doble. Así que, con el tirador muerto, no tenemos más opción que seguir adelante con nuestras vidas.

Así es el mundo de la Bratva en el que vivimos. El peligro siempre está… ahí, acechando a la vuelta de la esquina. Lo único que puedes hacer es aprender a ser lo bastante rápida como para verlo venir antes de que te alcance.

No le he contado a Taylor lo del tiroteo ni el posterior aislamiento porque, como ya dije, quiero separar el caos de mi mundo del orden del suyo. No obstante, sabe que me voy a casar con Kenzo.

Hemos hablado del tema y, como la mujer de Drazen, lo entiende, aunque no le emocione para nada que su hermana se vaya a casar con alguien de la Yakuza para detener una guerra.

Aunque, tras el aislamiento y a medida que se acerca la boda, Taylor me dice que me va a llevar a una cena de despedida de soltera.

No me pregunta si quiero que lo haga. Me lo dice.

Hay que quererla así.

La noche de mi despedida de soltera, a la que voy a regañadientes, para una boda que en realidad no quiero que se produzca, termina siendo genial. Taylor, como socia gerente de Crown & Black, tiene cierto poder en la ciudad.

Se las ha ingeniado para conseguir una reserva en un increíble restaurante con dos estrellas Michelin. Cuando entramos, nos acompañan a un comedor privado y exclusivo justo al lado de la cocina y además cuenta con una ventana para que podamos ver

cómo los chefs preparan todo en esa cocina tan preciosa e inmaculada.

Como sorpresa adicional, en cuanto nos sentamos, Fumi, la medio hermana de Kenzo y la mejor amiga de Taylor, entra pavoneándose y me da un fuerte abrazo.

—¿Qué narices haces tú aquí? —suelto incrédula. Quiero decir, se ha convertido en una amiga, pero que la mujer del gobernador se presente a la cena de despedida de soltera de una boda de la mafia parece… cuestionable, o al menos así se verá.

Fumi se ríe por la nariz.

—Eh, ¿homenajearte?

Se me ensombrece el rostro.

—Perdona, no quería decirlo así. Me refiero a que… ¿deberías estar aquí? Lo digo porque eres la mujer del gobernador y eso.

—Ah. —Fumi arruga la nariz y hace un gesto con la mano como para quitarle importancia—. Sí, a tomar por culo. Claro que puedo estar aquí.

—¡Y yo estoy con cualquier primera dama que diga «a tomar por culo»! —Freya se ríe justo cuando llega el champán que ha pedido Taylor.

Cuando nos lo han servido, Freya hace un brindis bastante elocuente en mi honor y me sorprende que haya estado casi desprovisto de vulgaridad y tacos. Fumi hace otro, uno extremadamente bien redactado en el que habla sobre descubrir sentimientos donde no esperabas, encontrar a tu otra mitad donde menos te lo esperas…

Bla, bla, bla.

A ver, es un brindis precioso y rodeo la mesa para darle un abrazo cuando termina, pero… venga ya.

No voy a «descubrir sentimientos donde no los esperaba» con el gruñón, ambicioso y gilipollas de su medio hermano. Lo siento, pero

no.

Tras el segundo brindis, le echo un ojo a mi hermana, esperando que ella también diga algo, pero se limita a lanzarme una de sus miraditas.

—Venga, dilo —suspiro.

Ella sacude la cabeza.

—Ya sabes lo que voy a decir.

—Que no quieres que me case con un imbécil de la Yakuza para detener una guerra. —Miro a Fumi—. No te ofendas.

Fumi se ríe.

—No me ofendo. —Se aclara la garganta con delicadeza—. Kenzo es… un personaje interesante. Aún nos estamos conociendo, pero, a ver… —Mueve las cejas—. Lo entiendo, señorita. Es intenso.

—Sí, y se deletrea i-m-b-é-c-i-l —mascullo mientras me giro de nuevo hacia Taylor—. ¿Era eso lo que ibas a decir, más o menos?

Pone los ojos en blanco.

—Sí, los tiros iban por ahí.

—Dice la mujer que está casada con un mafioso. Sartén, te presento al cazo.

Fumi y Freya se ríen mientras mi gemela me lanza otra miradita antes de sonreír y extender la mano para tomar la mía.

—Solo… no pienses que solo tienes un paracaídas. Yo siempre estaré ahí. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sé. Pero también me he pasado la vida repitiendo ciertos mantras. Y uno de los más importantes, sobre todo después de el-que-no-debe-ser-nombrado, es que me hago cargo de mis propios gastos.

Y de mis propias deudas.

Estoy segura de que Taylor podría librarme de este matrimonio si se lo pidiera a Drazen. Tiene un sitio en la Mesa de Hierro, una especie de colectivo de familias superpoderosas de la Bratva, igual

que Kir.

Pero tengo que hacerlo. No me gusta, pero Kir ha estado ahí para mí durante la mitad de mi vida adulta. Me dio un hogar y una vida más allá de robar para pasar de un trabajito al otro. Si este matrimonio detiene una guerra y evita que él y su gente se vean envueltos en una masacre, que así sea.

Es un precio que estoy dispuesta a pagar.

En un momento dado, me levanto para ir al servicio y Freya me acompaña. Por sus ojos y por el hecho de que lleva toda la noche callada, lo cual no es nada propio de ella, sé que tiene algo en mente.

—Venga, suéltalo ya —suspiro cuando la puerta se cierra detrás de nosotras.

Me lanza una mirada antes de echar un vistazo rápido a las puertas de los cubículos para asegurarse de que estamos solas. Luego se gira hacia mí.

—Oye, no quise decir nada en casa de Kir porque estoy segura de que hay micros por todas partes.

Frunzo el ceño.

—Vale.

Freya traga saliva nerviosa.

—El tiroteo…

—Frey, podría ser…

—¿Vamos a hablar del hecho de que el-que-no-debe-ser-nombrado estuviera en la fiesta en algún momento o no?

Me quedo de piedra.

—Perdona —dice en voz baja tocándome el brazo—. Es que… han pasado dos semanas y no me has dicho nada de que estuviera en la fiesta. Pero lo vi.

—No pasa nada —murmuro.

Traga saliva y sus ojos buscan los míos.

—Sí pasa —suelta de repente—. No está bien en absoluto.

—Oye, no sé por qué estaba allí, ¿vale? —digo irritada—. Pero está claro que conoce a Sota, de lo contrario no podría haber entrado.

—¿Qué quería?

—Nada —le espeto—. ¿Vale? ¿Podemos dejarlo?

Tuerce la boca.

Me lo tomaré como un no.

—¿Sabe lo del…?

—¿El coche? —susurro—. Sí.

—Mierda —suelta mientras retuerce las manos por los nervios—. Joder, Annika, eso es… —Aparta la mirada—. ¿Crees que ha sido cosa suya? Lo del francotirador, me refiero.

Me estremezco.

—No… no lo sé.

—Venga, Anni —dice en voz baja—, tiene que ser él.

—No lo sabemos.

Ella exhala y se apoya contra el tocador.

—¿Crees que ha llegado el momento de contárselo todo a Kir?

Niego con la cabeza con violenta.

—Ni de puta coña.

Ese siempre ha sido el credo de Freya y el mío: no se incluye a la familia que has encontrado en ninguno de los problemas que surjan de nuestras travesuras. El puto coche con Ulkan y el-que-no-debe-ser-nombrado entra directamente en la categoría de: «no meter a Kir».

—¿Y a tu futuro marido? —susurra.

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

Sonrío con ironía y le doy un abrazo a mi amiga.

—Porque lo usará en mi contra, Frey.

Ella frunce el ceño.

—Joder, supongo que tienes razón.

—Y, además, no sabemos si ha sido el-que-no-debe-ser-nombrado. Con la información que tenemos, podrían haber ido a por Kenzo. Quiero decir… —Me estremezco.

Sería extraño que viniese a hacerme una proposición a la fiesta para treinta minutos después ordenar a un sicario que me dispare desde una azotea.

—¿Podría ser Ulkan?

Joder, no había pensado en eso.

Las dos exhalamos en el silencio del aseo.

—Joder —se queja Freya—, estoy convirtiendo la fiesta en la peor despedida de soltera del mundo, ¿verdad?

—Oye, podría ser peor.

—¿Cómo?

Sonrío y le doy una palmadita en el hombro mientras abro la puerta del baño.

—Podrías ser tú la que se va a casar con el cabrón.

De todas formas, al final nos lo pasamos genial. La comida es increíble, el vino es fenomenal y la compañía es agradable. Hasta resulta que el chef es amigo de Taylor, así que sale para servirnos un postre especial que ha creado él mismo y para hablarnos del origen de los alimentos.

Es una noche increíble y, para cuando salimos, estoy tan contenta que ignoro el hecho de que pronto me voy a casar con Kenzo.

Pero ni siquiera la fantástica noche es capaz de hacerme olvidar que lo besé.

Y lo que es peor, que él me devolvió el beso.

Y lo que es doblemente peor, el hecho de que, cuando lo hizo, me gustó.

Mucho.

No sé qué me pasó aquella noche. A ver, sí, me estaba ahogando

en la oscuridad que siempre trae consigo estar cerca del hijo de puta de Valon. Y, sí, Kenzo estaba muy cerca de mí y supongo que sentí que él era el único salvavidas al que podía aferrarme para no ahogarme.

Pero ¿después? No lo sé. Han pasado dos semanas y todavía no sé por qué lo besé así.

Y luego me pasé las siguientes dos semanas soñando con ese momento todas las noches.

Sueños húmedos.

Qué vergüenza.

Taylor y Fumi tienen que irse después de cenar, ya que mañana tienen unas declaraciones importantes. Cuando solo quedamos Freya y yo en la puerta del restaurante, se gira hacia mí y se encoge de hombros.

—¿Y bien? ¿En qué problemas nos vamos a meter ahora?

—Sea lo que sea, ¿puedo unirme?

Las dos nos giramos al oír su voz y sonrío de oreja a oreja al ver a Hana. La había invitado a cenar, pero me rechazó con mucha educación. Aun así, aquí está.

Inclina la cabeza con elegancia, como si me estuviera leyendo la mente.

—Todavía me estoy acostumbrando a lo de tener una medio hermana. —Se encoge de hombros—. Estoy mejor con Fumi si solo estamos las dos, ¿sabes?

—Bueno, llegas justo a tiempo para la parte divertida. —Freya sonríe—. Estamos intentando decidir en qué lío meternos.

La hermana de Kenzo sonríe.

—Puede que tenga una idea. —Se aclara la garganta y se gira hacia mí—. No te conozco —dice con toda la honestidad—, quiero decir, no te ofendas. Ir a comprar vestidos fue divertido y lo que tú quieras, pero no te conozco.

Me encojo de hombros.

—Me parece justo.

—Bueno… —Sonríe con picardía—. Siempre digo que solo hay una forma de conocer a alguien de verdad.

Freya frunce el ceño.

—¿Que es…?

Hana sonríe.

—Karaoke.

Freya se ríe por la nariz y yo enarco una ceja.

—¿Y crees que podremos llevar a nuestras sombras? —susurro en voz grave mientras señalo con la cabeza al SUV negro aparcado a media calle de distancia. Kir no mencionó que fuéramos a tener a alguien siguiéndonos tras el encierro, pero, venga ya, no soy estúpida.

Hana se encoge de hombros.

—Podemos. —Nos guiña un ojo—. O… podríamos despistarlos.

Obviamente, optamos por la opción B. Y, obviamente, es un rotundo éxito.

Una hora después, cuando nos hemos librado de los hombres de Kir, las tres estamos en un bar karaoke que es una locura en medio de Koreatown. No estoy borrachísima porque me gusta pillar el puntillo y dejar de beber, pero llevo achispada desde la cena y he de decir que, a pesar de no haber sido nunca una gran fan del karaoke, me lo estoy pasando de miedo.

Hana es increíble. Frey ha superado el graciosísimo enchochamiento que pilló por ella y ahora las dos se llevan de maravilla mientras bajamos al bar principal y a la zona de descanso para tomar otra ronda.

Estamos esperando al camarero cuando Freya, que está bastante borrachilla, nos mira con una sonrisa.

—Juguemos a los talentos secretos.

Hana alza una ceja.

—¿Qué?

Yo gruño.

—Frey y yo jugamos todo el rato, pero es un poco estúpido porque ya sabemos cuál es el talento secreto de la otra.

Hana se ríe y luego sacude la cabeza.

—Cómo os envidio, chicas. Yo no tengo muchos amigos, sobre todo chicas. —Hace una mueca—. Demasiados hermanos psicópatas.

—Bueno, pues esta es tu invitación para jugar. —Freya suelta una risilla— Suéltalo, ¿cuál es tu talento oculto?

Hana se pone colorada y esconde la cara entre las manos.

—Vale, es una tontería… Y algo vergonzoso.

Freya chifla.

—¡Pues más razón para compartirlo!

Le sonrío.

—Venga.

Hana suspira.

—Vale, vale. A ver, pues… sé tomar chupitos sin usar las manos.

Freya y yo estallamos en carcajadas y en gritos de «¡demuéstralo!».

Hana suelta un quejido y vuelve a esconder la cara mientras el camarero vuelve con nuestras bebidas.

—Oye, ¿me puedes poner también un chupito de tequila?

El camarero asiente, agarra un vaso de chupito, echa el tequila y lo desliza delante de Hana. Ella nos mira con la cara roja como un tomate por la vergüenza.

—Vale, preparaos.

Se sujeta el pelo rubio hacia atrás con las dos manos y se inclina hacia delante. Freya yo miramos atónitas cómo envuelve el borde del vaso de cristal con los labios de una forma, no voy a mentir, muy

sugerente. Se aguanta la risa mientras alza la cabeza, la echa hacia atrás y se traga el chupito, haciendo trabajar la garganta para bajar el líquido mientras sus labios siguen rodeando el vaso con firmeza. Luego baja el vaso vacío, usando solo la boca, antes de incorporarse a bombo y platillo.

—¡Tacháááán!

Freya y yo gritamos y vitoreamos.

—¡Hostia puta! —se ríe Frey.

—Vale, eso ha sido…

—¡Joder, nena! —Un borracho que está a nuestro lado en el bar nos interrumpe y se da la vuelta para mirar con lascivia a Hana—. ¡Me has puesto cachondo!

—Genial, gracias —dice Hana en tono cortante para después ignorarlo y girarse de nuevo hacia nosotras.

—Tengo otra cosa que puedes envolver con los labios mientras te sujetas el pelo —balbucea el fulano.

—No me interesa, ya puedes irte a tomar por culo, ¡gracias! —dice alegremente mientras le hace una peineta por encima del hombro—. Vale, qué vergüenza. Venga, los vuestros son…

Pega un salto cuando el tío se baja tambaleando del taburete y la agarra por las caderas para pegarle el culo a su entrepierna y frotarse contra ella. Freya y yo estamos a punto de darle una paliza cuando la propia Hana se gira. En un abrir y cerrar de ojos lo tiene de rodillas, con una mano retorcida en un ángulo extraño detrás de la espalda y una mirada de terror en la cara mientras grita de dolor.

—¡Que te jodan! —grita—. ¡Puta zorra psicópata…!

Hana le pega un rodillazo en el estómago y lo deja sin respiración. Vuelve a tirarle del brazo y lo pone de pie de un tirón antes de volver a tirarlo al suelo. Luego se agacha de repente y le pega en la cara con el lateral de la mano.

El tío grita y se pone de pie mientras le sangra la nariz para salir

corriendo.

—Tía, ¿qué? —escupe Freya mirando a Hana con admiración.

Yo tengo la misma cara de sorpresa mientras nos pasa las bebidas como si nada.

—Segundo talento secreto: hago *jiu-jitsu* desde los cinco años.

—Joder, sí, ¡toma ya, tía! —Freya sonríe—. ¡Ha sido increíble!

Hana se encoge de hombros, todavía un poco colorada, lo que me parece todavía más gracioso porque, normalmente, es muy organizada y responsable. Le da un sorbo al cóctel antes de mirar a Freya.

—Vale, te toca.

—Hecho. —-Freya se gira para sonreírme y con eso ya sé que truquito se va a sacar de la manga—. Puedo entrar en cualquier iPhone y robar dinero.

Hana frunce el ceño dubitativa.

—Lo siento, pero creo que mientes. Nadie puede *hackear* un IPhone. Hasta el FBI tiene que emitir una citación a Apple cuando quieren entrar en uno.

La sonrisa de Freya se ensancha.

—Mira y aprende, mi nueva amiga.

Se da la vuelta para observar a la multitud hasta que entrecierra los ojos y se le dibuja una sonrisilla en los labios.

—Él. Aquel tío. Es el objetivo —dice con indiferencia señalando a todo un gurú de las finanzas con un corte de pelo de trescientos dólares y un Rolex enorme y brillante en la muñeca.

Hana suelta una risita.

—No se puede, te lo estoy diciendo.

—Bueno, pues entonces podré decir que te lo dije —Freya sonríe.

Yo observo y sacudo la cabeza mientras mi amiga se sube el vestido hasta dejarlo como una falda escandalosamente corta. Se afloja las tiras para que le caigan por los hombros de forma

seductora y casi se le salen las tetas.

Sí, Freya puede ser una auténtica *femme fatale* en las raras ocasiones en las que no va disfrazada de la chica de *Los hombres que no amaban a las mujeres.*

—¿Cómo cojones lo va a hacer?

Freya camina hacia su objetivo.

—Tú mira —murmuro.

Y eso hacemos. Nos bebemos la copa mientras Freya le habla con dulzura al chico al otro lado de la zona de descanso. Saca toda la artillería: adula al chico, le toca el hombro y el pecho, le susurra al oído…

En menos de un puto minuto lo tiene comiendo de su mano.

Y entonces ataca.

Él le entrega el teléfono, supongo que desbloqueado, para que pueda darle su número de teléfono. El tío se gira para sonreírles a sus colegas mientras Freya sonríe y teclea en el teléfono.

Al instante, suena su teléfono, que ha dejado junto a nosotras en el bar. Hana y yo lo miramos y me río a carcajadas al ver una notificación que dice que Jack Myers le ha enviado cinco mil dólares a Freya.

Hana estalla en carcajadas y se cubre la boca mientras Freya le devuelve el móvil al tío y le lanza un beso antes de volver con nosotras contoneándose.

—¿Qué cojones? —suelta Hana cuando Freya se nos une de nuevo —. ¡Ha sido una locura!

—Vale, en realidad no tengo que *hackear* el iPhone —sonríe Freya y se da un toquecito en la cabeza—. Solo hacer un poco de ingeniería social.

—Me trago mis palabras. —Hana se ríe—. Sí que me lo dijiste.

Freya guiña un ojo.

—Bebed, chicas. Teniendo en cuenta que acabamos de cometer un delito, deberíamos largarnos de aquí.

Salimos a las calles de Koreatown partiéndonos el culo. Todavía sigo teniendo un agradable puntillo, pero las otras dos está claro que están borrachas y es graciosísimo.

—Espera, espera, espera —dice Hana mientras niega con la cabeza —. ¡No has enseñado tu talento secreto!

Hago un gesto con la mano para restarle importancia y niego con la cabeza.

—Nah, lo mío es… da igual.

—Y una mierda —dice Freya entre risitas—. Es una ladrona profesional.

Hana me mira.

—Eso he oído, la verdad. Pero… ¿cómo de buena eres?

—¡La mejor! —chilla Freya—. ¡La mejor del mundo mundial!

Pongo los ojos en blanco.

—Para. Vamos a pedir un taxi.

Me ignoran.

—¿En plan joyas y todo eso? —pregunta Hana.

—Y cuadros y coches. —Freya suelta una risita.

—Demuéstralo.

Nos quedamos calladas. Hana sonríe con modestia fingida mientras me mira.

—Venga, ladronzuela, demuéstralo.

Niego con la cabeza.

—Venga, vamos a buscar algo de comer…

—Demuéstralo, Anni —me anima Freya entre risitas.

Maldita sea, sí que sabe cómo chincharme.

Joder.

Estoy lo bastante achispada como para decidir que una mala idea es aceptable, así que, cuando me doy la vuelta y veo un Bugatti

aparcado en la calle, curvo los labios de forma peligrosa.

Hana ve a dónde estoy mirando y se queda de piedra.

—Estás de puta coña —dice con una risilla nerviosa y se vuelve hacia mí de nuevo.

Yo me limito a arquear las cejas mientras las miro y se me acelera el pulso por la emoción el inminente robo.

—¿Os apuntáis o no?

—Jodeeeeer —se ríe Hana—. No te andas con gilipolleces, ¿no?

—Yo solo voy a dejar constancia de que es una idea terrible —dice Freya entre risas—, pero, joder, sí, me apunto. Contigo a muerte, zorra.

Me giro para mirar a la hermana de Kenzo.

—¿Hana?

Ella sonríe con picardía mientras alza una ceja perfecta.

—Me lo voy a pasar muy bien cuando entres en la familia, ¿verdad?

—Si no consigo que te maten, seguramente.

Ella sonríe.

—Vamos allá, joder.

Tardo ochenta y dos segundos en abrir el Bugatti y hacer que el motor empiece a rugir.

Joder, estoy oxidada.

Diez segundos después, llevamos la música a tope, hemos perdido la cabeza y conduzco un coche deportivo a toda velocidad por las calles del Lower Manhattan.

Me giro y gruño cuando Freya se enciende un porro a mi lado.

—Hostia, ¿en serio?

Ella me lanza una sonrisilla.

—¿Qué? Tengo un permiso médico y, de todas formas, ahora es legal.

—Mientras vas en coche no. ¿No te suena eso de no infringir más

de una ley a la vez?

—Nop. ¿Hana? —Freya pasa el porro hacia atrás y Hana le da una calada.

Entonces empezamos a oír sirenas y vemos que las luces iluminan la parte trasera del coche.

Del coche robado, con una persona fumando hierba dentro. Además, no es que esté borracha ni nada, pero el límite legal en Nueva York es como media cerveza, así que sin duda lo supero.

—Mierda —sisea Freya a mi lado y se le baja la borrachera casi al instante.

—¡Hostia! —suelta Hana.

Miro a Freya y ella me mira a mí. Y recuerdo por qué llevamos siendo mejores amigas once años y hemos superado todo tipo de situaciones.

—¿Hasta dónde estamos dispuestas a llegar? —digo tajante hacia todo el coche.

Hana me mira a través del retrovisor.

—¿Qué cojones quieres decir?

—Bueno, lo mejor sería que no nos parasen en un coche robado. ¿Hasta dónde…?

—A muerte —murmura Freya a mi lado mientras traga saliva—, hasta donde haga falta.

Hana parece afligida mientras mete la mano en el bolso y saca una puñetera pistola.

—Ya, a ver, a Kenzo le gusta que lleve una encima, pero no tengo permiso, así que…

—Bueno, ahora la decisión es mucho más fácil —anuncio mientras agarro el volante con fuerza con una mano y llevo la otra a la palanca de cambios. Le echo un ojo a Hana a través del retrovisor—. Aunque tu hermano no va a estar muy contento conmigo.

Piso el acelerador a fondo. Las tres contenemos el aliento mientras

el coche se adentra en la noche a toda velocidad.

11
KENZO

Dónde cojones está.

Miro furioso el reloj mientras camino de un lado a otro de la acera delante de la iglesia de Brooklyn, el lugar donde se va a celebrar la puta boda esta tarde.

Al menos, donde se supone que se va a celebrar. Excepto que el circo empieza en media hora y nadie ha visto ni sabe nada de mi futura esposa desde hace casi veinticuatro horas.

Y tampoco de mi hermana, por cierto.

Me imagino perfectamente a Annika desapareciendo a propósito solo para hacerme la puñeta a mí y a toda la situación como la malcriada que es, pero esto no es propio de mi hermana.

Unos pensamientos oscuros se arremolinan y me dan vueltas en la cabeza.

Han pasado dos semanas desde el tiroteo en la azotea del edificio de Sota. Kir y él están de acuerdo en que no se sabe quién podría haber enviado al tipo. Ambos son hombres poderosos con un montón de enemigos. Teniendo en cuenta que está claro que el tirador era un profesional que se había quemado las huellas dactilares y del que no hay registro dental…, sí, podría haber sido cualquiera.

Aun así, hay un detalle de esa noche que no he compartido con nadie: el láser estaba sobre Annika. Y un asesino de ese calibre no apunta a la persona equivocada y no deambula con la mira.

Sí, matar a Annika podría haber sido un intento de hacerme daño

a mí, pero yo estaba ahí. Al igual que Sota y el resto de mi familia. Y está claro que Annika es la nueva incorporación y que no es alguien con quien tenga una relación de verdad. Si quisiera hacerme daño, disparar a Hana o a Sota me habría dolido muchísimo más.

Entonces ¿por qué cojones le apuntó a ella?

Vuelvo a mirar el reloj.

¿Y dónde coño se ha metido?

He enviado a varios grupos a peinar la ciudad desde la mañana para buscar a Hana. Hasta he contactado con un rastreador de alto nivel que conozco para localizar la torre de telefonía en la que rebotó su teléfono por última vez, ya que es obvio que lo tiene apagado. Y sé que Kir tiene a gente buscando a Annika y a Freya, aunque, cuando me puse en contacto con él hace dos horas, no sonaba muy preocupado.

Ya, porque lleva años lidiando con sus tonterías. O a lo mejor es que tiene una paciencia de la hostia. Yo está claro que no.

Las puertas de la iglesia se abren a mi espalda. Miro hacia atrás y veo a Takeshi salir mientras se afloja la corbata.

—Bueno —gruñe—, ¿cuándo vamos a cancelarla?

—Nada de cancelar —le contesto.

—Pues, si la cosa se sigue alargando, la gente va a empezar a hacer preguntas incómodas. —Señala con el pulgar a la iglesia por encima del hombro—. No te voy a mentir, tío, la gente ya está tensa. Los nuestros están mirando mal a los hombres de Kir y viceversa. Si se corre la voz de que tu querida esposa no se va a presentar, se va a armar una buena.

Por supuesto, solo le hemos contado a un par de personas de confianza que Annika está desaparecida, pero Tak tiene razón. Estamos en medio de un puto polvorín y con cada minuto que pasa y no aparece es casi como si estuviera lanzando cerillas encendidas.

—Fue ella quien insistió en que la ceremonia fuese de noche, ¿no?

Asiento.

—Es por Freya. Su piel tiene un problema con la luz del sol.

Takeshi resopla.

—Espera, ¿en serio?

Asiento.

—¿Entonces no es un rollo gótico?

—Supongo que no.

No sé por qué el hecho de que me recuerde ese dato insignificante me cabrea aún más. Sí, Annika insistió en que la boda fuera al caer la noche para que Freya pudiera asistir de forma cómoda, sin tener que ponerse un traje espacial ni nada parecido.

A lo mejor es porque eso demuestra que Annika no es solo una princesa malcriada de la Bratva que siempre tiene el dedo preparado para hacer una peineta. También es compasiva. Lo que significa que ha tomado la decisión de manera consciente de desaparecer el día de nuestra maldita boda. Ha escogido dejar que me pasee delante de la iglesia como un idiota patético al que están a punto de dejar plantado en la graduación.

Todavía no está aquí, a media hora de la puta boda, porque quiere que piense que se ha largado. Quiere que me preocupe.

Porque ese es el estilo de Annika: hace lo que quiere aunque joda al mundo entero y luego deja que los demás lidien con los destrozos y las consecuencias.

Pues esto va a tener consecuencias.

«Consecuencias como ponerla sobre mis rodillas y darle azotes hasta que deje de ser una niñata».

Hago una mueca cuando me empieza a palpitar la polla por pensar en eso. Así que lo aparto de mi mente.

«Céntrate».

—Kenzo.

Me giro hacia Tak y luego sigo su mirada hasta el SUV negro con

una etiqueta de Uber que acaba de detenerse junto al bordillo. Se abre la puerta de atrás y mis ojos se convierten en dos rendijas cuando veo bajarse a Hana muy desaliñada. Es obvio que todavía lleva la ropa de salir de la noche anterior.

—Estás de puta coña —susurra Takeshi, poniéndole voz a las palabras que yo ni me atrevo a decir en voz alta.

Me abalanzo furioso y agarro a mi hermana por el bíceps.

—¿Qué cojones? —le suelto.

Ella me mira con mala cara. Es raro que mi hermana no esté completamente arreglada sin un pelo fuera de sitio. Ahora mismo, parece como si hubiera dormido en el maldito Uber.

La muevo a rastras del coche, me cierno sobre ella y la fulmino con la mirada.

—¿Me estás vacilando? Dónde… —Cierro los ojos y tomo aire por la nariz para intentar calmar las alarmas que me han saltado en la cabeza.

Justo cuando el pulso está a punto de bajar de un nivel termonuclear, se me vuelve a acelerar al ver que alguien más saca su desaliñado trasero del coche, con un par de bolsas de vestidos colgadas del brazo.

Annika.

—Entra de una puta vez —le espeto a Hana en tono frío—. Ya hablaremos tú y yo después.

Hana me mira avergonzada, agarra las bolsas que sujeta Annika y se apresura a entrar en la iglesia. Justo cuando me giro para leerle la cartilla a mi prometida, Tak se me adelante.

—¡¿A dónde coño te has llevado a mi hermana?! —le ruge a Annika en la cara. Ella se echa hacia atrás hasta que choca contra el lateral del coche y él la encierra poniendo las manos sobre las ventanillas a ambos lados de ella. De repente, extiende una mano y la agarra por el brazo con brusquedad—. Puta zorra…

—¡Ya basta!

Antes de darme cuenta siquiera de lo que estoy haciendo, he acortado la distancia que nos separaba, he agarrado a mi hermano por la parte de atrás del cuello de la chaqueta y lo he apartado de ella de un tirón. Takeshi retrocede tambaleándose y casi se cae de culo sobre la acera.

Me lanza una mirada oscura, pero, antes de que pueda echarme la bronca por meterme con él en vez de con Annika, me acerco a él y lo señalo con un dedo.

—No vuelvas a ponerle una mano encima, ¿entendido?

A Takeshi se le salen los ojos de las cuencas por la incredulidad. Le empieza a latir la vena de la frente mientras una violencia pura lo agita como si fuese la gasolina de un motor.

—He dicho —digo con un gruñido— que si te ha quedado puto claro, Takeshi.

Rechina los dientes, pero asiente.

—Vale…, joder —gruñe. Aparta la mirada de mí y se fija en Freya, que acaba de salir del coche—. ¿Y qué hay de la puta psicópata esta?

—Ah, ella es un buen blanco —digo con voz ronca—. Haz lo que quieras…

—Ponle un puto dedo encima y te lo corto.

Frunzo el ceño con aire sombrío y me giro. Annika me lanza cuchillos con los ojos mientras el SUV que tiene a su espalda es lo bastante listo como para largarse.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que, como la toques —sisea señalando a Freya—, te corto el puto dedo. —Se aclara la garganta—. Y, ahora, si no os importa, tengo que protagonizar una boda de pega.

Freya y ella pasan por delante de nosotros y sin duda no me pasan desapercibidas la mirada de suficiencia que tienen ambas en la cara.

—¿En serio vas a dejar que te hable como si…?

—¿Y qué tal si dejas que yo me preocupe de cómo me habla mi mujer, Tak? —le gruño—. Entra y que todo el mundo se prepare. Dile a Kir que su princesita de los cojones se ha dignado a aparecer a su propia fiesta.

—¿Puedo decírselo así tal cual?

—Como si se lo escribes en la cara con un puto permanente, me da igual —murmuro mientras salgo detrás de Annika y Freya.

Dentro de la iglesia, un ujier esboza una leve sonrisa y me dirige hacia una habitación pequeña al fondo de la iglesia. Me detengo un segundo delante de la puerta para intentar calmarme y pasar de furioso a solo cabreado.

Y después irrumpo en la habitación.

Annika se sobresalta un poco y me mira desde donde está enchufando su móvil al lado de una mesa llena de maquillaje, productos para el pelo y rosas. Una de las bolsas de ropa cuelga de un gancho en la pared.

—¡¿Dónde hostia habéis estado?! —le espeto en tono frío mientras cierro con un portazo.

Annika me lanza una sonrisa pícara que me saca de quicio.

—¿Me echabas de menos?

La sonrisa le desaparece de la cara en un suspiro cuando cruzo la habitación a toda velocidad hacia ella y la llevo contra la pared que tiene detrás.

—¿Acaso esto es un juego para ti? ¿O una puta broma?

Traga saliva y se zafa de mí para dirigirse hacia la mesa y agarrar una botella de agua.

—No, un juego no. —Se encoge de hombros, abre la botella y se bebe casi la mitad del tirón antes de apartarse el pelo de la cara—. ¿Una broma? —Vuelve a encogerse de hombros—. A ver, sí, un poco…

Suelto un brusco grito ahogado cuando la agarro por la muñeca y le arranco la botella de la mano cuando tiro de ella hacia mí, le doy la vuelta, la empotro contra la pared y me cierno sobre ella. Pierde todo el descaro y el color de la cara mientras me mira.

—Eh…, ¿disculpa?

Tiene el pelo hecho un desastre. Lleva el maquillaje de la noche anterior emborronado y corrido. Tiene ojeras y estoy bastante seguro de que aún huele a alcohol.

Pero, Virgen santa, qué buena está.

No puedo describirlo ni explicarlo y no es solo su aspecto. Es como si irradiase poder. A lo mejor son las feromonas o una mierda de esas. O… quién sabe.

Sea como sea, el pulso se me acelera y no es solo por el cabreo. La piel me cosquillea como si los pocos centímetros que nos separan fueran demasiados.

Y también me está poniendo la polla dura como el acero.

—¿Qué pasa, Kenzo? —dice con voz seductora mientras pestañea de forma exagerada—. ¿Estabas preocupado?

—Voy a morder el anzuelo y decir que sí.

Pone cara de cachorrito.

—Ay, qué…

—No por ti, princesa —gruño—, por mi hermana. Porque este día significa mucho para un montón de gente además de ti.

Exhala despacio y aparta la mirada mientras intenta alisarse el pelo pelirrojo.

—Ayer por la noche… se nos fue la olla.

—¿Dónde cojones estabais? Hemos tenido a gente buscándoos por toda la ciudad desde anoche.

Hace una mueca

—Nos quedamos sin batería.

—Dónde estabais.

Le desaparece el labio inferior tras los dientes.

—Maldita sea, Annika, no estoy de humor. Dónde…

—Montreal.

Al principio, estoy seguro de que he escuchado mal, pero, a medida que se alarga el silencio y el rubor se extiende por sus mejillas, me doy cuenta de que no.

La miro fijamente.

—Creo haber dejado claro que nada de bromas…

—No… —Traga saliva—. No estoy de broma.

—¿¿Disculpa??

—Puede que se produjera un… malentendido.

—¿Con quién?

Esboza una ligera sonrisa.

—¿La policía?

Me quedo boquiabierto.

—¡¿SOBRE QUÉ?!

—Un coche.

Ella esboza otra sonrisa tímida mientras a mí empieza a salirme vapor de las putas orejas.

—¡¿De quién era el puto coche?!

Saca a relucir de nuevo esa sonrisa tímida y yo aprieto los dientes.

—Estás de puta coña —siseo—. ¡¿Has robado un puto coche, con mi hermana, y condujiste hasta Canadá?!

Annika hace una mueca.

—Sé que pinta mal…

—¡NO JODAS!

Se estremece cuando grito.

—El plan no era Canadá, sino…

Lloriquea cuando la agarro por la mandíbula.

—Por favor —gruño en voz baja—, no omitas ninguno de los detallitos divertidos.

Annika tiembla.

—La policía venía detrás de nosotras y…

—Os perseguía —le espeto—. Os estaban persiguiendo.

—Vale, vale. —Desvía la mirada—. Sí, nos perseguía la policía, pero tampoco es la primera vez que la poli…

—Para mi hermana sí era la puta primera vez.

—Bueno —Annika intenta esbozar una sonrisa—, ¿se ha librado de la cárcel gracias a mí?

—¡Si terminó metida en ese lío por tu culpa! —bramo—. ¡¿CANADÁ?! Joder, ¡¿lo dices en serio?!

—Bueno, cuando salimos de la ciudad estaba la policía estatal en la autovía y empezaron a venir detrás…

—¡A perseguiros!

—¡VALE! —me grita ella también—. La estatal también nos perseguía y, para salir de todo ese atolladero, entramos en la I-86. Los despistamos, de nada, pero entonces nos dimos cuenta de que estábamos a solo dos horas de la frontera.

Me quedo mirando a la mujer con la que estoy a punto de comprometerme de por vida con asombro y terror en los ojos.

Está loca. Está loca de remate.

—Entonces tomaste la decisión más lógica y fuisteis al puto Montreal, ¿no? ¿Qué pasa, estabais borrachas y teníais antojo de *poutine?*

—Eso… ¿es una pregunta trampa?

Me pongo rojo mientras ella se encoge de hombros.

—A ver… era mi despedida de soltera.

Sacudo la cabeza.

—¿De quién fue la idea?

—Mía —suelta un poco demasiado rápido.

Iré a hablar contigo en un puto segundo, Hana.

—Y ahora —murmura Annika mientras me lanza una mirada de

reprobación—, si has acabado de interrogarme…

Abro los ojos de par en par.

—¿De verdad crees que esto se va a quedar así? —Resoplo y sacudo la cabeza—. Eres la hostia.

—No estás obligado a casarte conmigo, ¿sabes?

—Por desgracia —gruño—, ambos sabemos que sí, pero no te equivoques…

Me encanta el grito ahogado que suelta Annika cuando me abalanzo sobre ella para volver a agarrarla por la barbilla y mirarla con malicia.

—Que vaya a casarme contigo no significa que vaya a olvidarme de esto o que vaya a desaparecer.

Pone los ojos en blanco.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Castigarme?

En cuanto lo dice, la habitación se queda en silencio. Porque, por alguna extraña razón, una palabra aparentemente inocente como «castigar» deja de parecer inocente cuando empieza a flotar sobre nosotros, en medio de una sala en la que estamos solos y mientras se nos acelera el pulso.

No me jodas.

Siento una sacudida en la polla en cuanto lo dice y, en cuestión de segundos, se me marca un bulto en la parte delantera de los pantalones.

Me la imagino de rodillas, con las tetas al aire, la lengua fuera y las piernas abiertas. Puede que con un *plug* en el culo y un collar alrededor de la garganta mientras me mira y me suplica: «Castígame, por favor».

Aprieto los dientes e intento que se me calme la polla mientras alejo pensamientos tan embriagadores de mi mente.

—Prepárate —murmuro en tono frío—. Tenemos poco tiempo.

—Eres tú quien me está entreteniendo.

Cuarenta segundos después, irrumpo en la otra habitación en la que está Hana justo cuando se está peleando con la cremallera que su vestido tiene en la espalda.

—Eh, hola, ¿no sabes llamar? —farfulla. Me lanza una mirada a través del espejo que tiene delante—. En realidad, ¿me ayudas?

Asiento y me acerco deprisa a ella para terminar de subirle la cremallera.

—Gracias —murmura.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo. Fuera presencié uno de los escasos momentos en los que Hana tiene un aspecto desaliñado, pero no ha tardado nada en volver a transformarse en la mujer tremendamente organizada que es siempre. Su maquillaje está impecable. Se ha peinado y su pelo vuelve a ser tan brillante y liso como siempre y hasta el último mechón rubio está perfecto y en su sitio.

—Qué cojones, Hana —le gruño a mi hermana.

—No estoy de humor, Kenzo —suspira mientras juega con el pelo mientras la fulmino con la mirada a través del espejo.

—Puta mujer —espeto señalando con el dedo hacia ninguna dirección en concreto—, está…

—A punto de ser tu esposa, hermano —dice Hana con indiferencia.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues es una fuente de problemas.

Mi hermana bufa.

—Y que lo digas. —Se ríe para sus adentros mientras se retoca el pintalabios—. Pero he de decir que no se quedó atrás.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—Me refiero a que me siguió el ritmo. —Hana se encoge de hombros—. Es guay. Me gusta.

—Joder, ¿porque te llevo a Canadá?

Frunce el ceño.

—No, porque no se echó atrás por mucho que insistiera. Y no me llevó a Canada. —Se encoge de hombros—. Fue idea mía. Joder, nunca creí que fuese a hacerlo de verdad.

Me giro para mirarla atónito.

—Robaste un coche…

—Técnicamente, tu prometida robó un coche.

—¿Qué clase de demonio la poseyó para que hiciera eso en su despedida de soltera?

Hana se ríe con timidez.

—Qué, Hana —gruño.

—Pues… que la reté a hacerlo.

Suelto un quejido.

—No me jodas.

Mi hermana suspira.

—Venga ya, ¿ahora somos monjes o qué? Eres consciente de que estás a punto de convertirte en rey, ¿no, Kenzo? Quiero decir, disfruta un poco.

—Una cosa es disfrutar un poco y otra muy diferente es ser temerario. Aprende la diferencia, Hana.

—Ah, ¿como perseguir a una mujer durante años solo porque te robó un collar?

Entrecierro los ojos.

—Sabes que ese collar…

—Tienes un montón de cosas de mamá, Kenzo —dice en tono lacónico—. Yo también. Así que me pregunto si la razón de que estuvieras alterado y cabreado durante cinco putos años fue el collar, la chica o el hecho de que alguien te ganase.

Arrugo la frente. La verdad es que no sé qué contestarle. Por enésima vez, soy consciente de lo lista que es mi hermana pequeña.

—Será mejor que te prepares, Kenzo —dice Hana en voz baja—. El

espectáculo está a punto de empezar.



Examino a la multitud con la mirada desde el altar mientras el cuarteto de cuerda empieza a tocar. Inclino la cabeza hacia Sota. Mi padre no está aquí, pero no pasa nada. Lo vi ayer por la noche y compartimos comida y un par de copas y me habló sobre la vida de casado, ser un hombre y todo eso.

No hace falta que esté aquí para la ceremonia. Sobre todo porque hace mucho que abandonó el mundo de la mafia.

Takeshi me hace un gesto con el pulgar hacia arriba y, a su lado, Mal asiente con la cabeza con firmeza. Un par de filas más atrás, veo a Drazen Krylov colocándose en su sitio al lado de la hermana gemela de Annika, Taylor. Fumi, mi media hermana, es otra de las personas que no ha podido estar aquí hoy. Me llamó antes para felicitarme, claro, pero la primera dama del estado de Nueva York no puede permitir que la vean asistiendo a una boda de la mafia. Y lo entiendo.

Se abren las puertas del fondo de la iglesia. Todo el mundo se gira para ver a Kir acompañar a Annika al altar.

Y a mí se me para el corazón.

No porque de repente sea muy muy consciente de que todo es real. No porque esté a punto de encadenarme a una ladronzuela que está como una puta cabra.

No. Se me para el corazón durante un instante porque, cuando entra, lo único que veo es lo guapísima que está, joder.

Es que… joder.

Casi esperaba que llegase al altar vestida con un disfraz de Halloween solo para joderme. Pero aquí está, con un vestido largo de raso y tul, con perlas cosidas a los laterales en un intrincado

patrón floral y delicadas hojas hechas de un sedoso encaje esparcidas por el profundo escote y la pronunciada espalda.

Madre mía, está increíble.

Kir tiene que toser para captar mi atención cuando llegan junto a mí. Pone la mano de ella sobre la mía y luego me mira con seriedad mientras se inclina hacia mí.

—Esta mujer es como una hija para mí —dice en voz baja para que solo yo lo oiga—. Y ya tengo una bala que prácticamente lleva tu nombre. Como le hagas daño…

—No lo haré.

—Me aseguraré de ello.

Me da una palmadita en el antebrazo antes de girarse hacia Annika y darle un beso en la mejilla.

No voy a mentir: hasta ese gesto hace que me hierva la sangre y que empiece a apretar los dientes, pero todavía no estoy listo para analizar por qué.

Annika y yo nos miramos mientras el sacerdote habla. Le pongo el anillo en el dedo y ella hace lo mismo conmigo antes de pronunciar nuestros votos.

—Y, ahora, por el poder que Dios y el estado de Nueva York me han otorgado, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Annika se pone de medio lado para sonreír a los invitados y a las cámaras, moviéndose como si estuviera a punto de echar a andar por el pasillo.

No sabría decir qué me llevó a hacerlo. La tradición, quizá. O ceñirme al guion o «vender» esto a cualquiera que esté presente y sea lo bastante estúpido como para entender que este matrimonio es un tratado de paz y no una declaración de amor.

Sea cual sea la razón, me muevo sin ser consciente de ello. En un mismo gesto, he agarrado a Annika por la cadera, le he hecho darse

la vuelta con un grito ahogado escapando de sus labios y he tirado de ella hacia mi cuerpo.

Frunce el ceño por la confusión mientras me mira.

—¿Qué cojones estás…?

—Esto.

Estampo la boca contra la suya. Nuestros labios se pegan mientras le pongo la mano en la barbilla y la atraigo hacia mí. Sumerjo la lengua en su boca y capturo la suya.

Y todo a nuestro alrededor… desaparece.

Justo cuando estoy a punto de intentar detenerme, o al menos decidir qué cojones me ha dado, un estruendo ensordecedor hace retumbar la iglesia.

Nos giramos al mismo tiempo que toda la multitud y después suelto un rugido y salto delante de Annika mientras la furgoneta atraviesa las puertas de la iglesia, provocando una lluvia de astillas. Los invitados y sus guardias se apartan del camino a trompicones y los gritos inundan el aire mientras la furgoneta se estrella contra dos bancos y se detiene con un chirrido, con humo saliendo con fuerza de la parrilla delantera, que ha quedado destrozada, igual que el parabrisas.

—¡MAL! —grito a pleno pulmón. Él, Tak y un par de nuestros hombres ya están sacando las armas y se acercan por los laterales de la furgoneta. Los hombres de Kir hacen lo mismo. Echo un vistazo y veo a Drazen protegiendo a Taylor detrás de él, con la pistola en la mano, mientras retroceden hacia una de las puertas laterales rodeados por sus guardias.

Me vuelvo hacia Hana, pero ya está con Sota y sus hombres, avanzando también hacia la puerta lateral.

—¡SALID DE LA FURGONETA! —ruge Mal—. ¡Ya!

Cuando nadie responde, se acerca poco a poco. La puta iglesia está de los nervios, como si estuviéramos sentados con los pies

colgando al borde de un acantilado.

—¡FUERA! —Mal no duda esta vez. Carga contra la puerta del conductor, la abre de un tirón y mete la pistola dentro. Veo la mirada salvaje en su cara antes siquiera de que se gire hacia mí—. ¡Está vacía!

«Mierda».

—¡ATRÁS! —bramo mientras empujo a Annika hacia la puerta que lleva a la sacristía para después echar a correr hacia la furgoneta mientras toda la iglesia se sumerge en el caos—. ¡ALÉJATE! ¡Mal! ¡Aléjate de la puta…!

El aire estalla en llamas y la onda expansiva del coche bomba que hace la noche pedazos me lanza hacia atrás y me hace perder el equilibrio.

12
ANNIKA

El alcohol es fuerte y bravo y noto que me baja por la garganta como si fuera lava. Normalmente no bebo alcohol sin mezclar, pero ¿después de lo que ha ocurrido en las últimas dos horas?

Sí, creo que es necesario.

Me detengo y dejo que el primer trago largo de vodka se me asiente en el estómago antes de inclinar el vaso y tragarme lo que quedaba. Inhalo profundamente y hago una mueca mientras dejo el vaso y vuelvo a agarrar la botella.

Como he dicho: es necesario. Además, soy mitad serbia.

Beber vodka como si fuera agua forma parte de mi ADN.

Gracias a Dios, el coche bomba que sacudió antes la iglesia dejó muy pocos heridos y, milagrosamente, ningún muerto. El hermano de Kenzo, Mal, tiene un corte muy feo en la sien por la metralla y la explosión les produjo lesiones leves a siete hombres de Mori y Akiyama.

Lev, uno de los hombres de Kir, fue el que se llevó la peor parte, ya que un trozo de la furgoneta le golpeó en el estómago como si fuera un machete. Pero se va a poner bien. Igual que los cuatro hombres de la Nikolayev a los que se les clavaron trozos de metralla.

Nadie más ha resultado herido.

La primera persona por la que temí en el aterrador instante después de que la explosión sacudiese la iglesia fue por mi hermana, obviamente. Pero en cuanto la furgoneta atravesó la puerta principal, Drazen ya la estaba sacando a toda prisa por la puerta

lateral y estaban fuera cuando explotó la bomba. Ambos están bien.

Al parecer, Kir también estaba arrastrando a Freya al exterior antes de la explosión y Sota Akiyama y Hana también estaban ya fuera.

Pero aun sabiendo todo eso…, y a pesar de que crecí en la mafia, viví lo que le pasó a mi familia y luego pasé varios años conviviendo con el peligro…, estoy conmocionada por lo que acaba de pasar.

De ahí que esté bebiendo.

Me sirvo otra copa bien llena y me la llevo a los labios. Esta vez, ahora que el primer chupito ya me ha adormecido un poco el cuerpo, el alcohol rasca menos y me calienta por dentro.

—No dejes que se vaya, Mal —gruñe Kenzo por teléfono al otro lado de la habitación.

Estamos en el ático que tiene en Manhattan: un lugar impresionante sobre Central Park East con enormes paredes acristaladas de dos pisos de alto con vistas a la ciudad. El ático está decorado y amueblado de forma austera, ya que no pasa mucho tiempo en Nueva York e, incluso cuando sí está, pasa mucho más tiempo en casa de Sota.

Kenzo me explicó todo esto en pocas palabras al entrar.

—Me importa una puta mierda que esté enfadado —sisea Kenzo, que me da la espalda mientras estoy sentada en el sofá y él se pasea junto a la ventana—, todos estamos enfadados. Ahora mismo su puto trabajo es sentar el culo y proteger a Sota y a Hana, no dar vueltas por la ciudad buscando pelea. Dile a Takeshi que tiro de rango y que es una puñetera orden.

Le hecho un ojo al móvil sin dejar de beber vodka.

Freya: Seguro que estás bien??

Yo: Sí. Mucha seguridad. Cinco hombres de Kenzo más tres de Kir vigilando el vestíbulo.

Frunzo el ceño.

Yo: Y tú estás bien?

Tras la explosión, Kenzo insistió en traerme aquí, a lo que asegura que es uno de los lugares más seguros de la ciudad. Mientras tanto, Freya se fue con Kir a su casa. No me preocupa que no vaya a estar segura allí, porque sé que la casa de Kir es impenetrable, pero sí me preocupa el hecho de que acabamos de vivir un puto ataque bomba.

Freya: Estoy bien. Un poco conmocionada. En plan WTF.

Freya: Nos inclinamos por un enemigo de Kenzo o nuestro?

Aún no es posible saberlo. Lo único que se sabe es que introdujeron la furgoneta en la iglesia y la hicieron detonar de forma remota. Además, era de alquiler y me juego el cuello a que la alquilaron con un documento de identidad falso. Nadie sería tan estúpido como para poner una bomba en una boda de la mafia y dejar cualquier rastro que pueda conducir hasta ellos, a menos que quieran morir con los genitales metidos en la garganta.

Yo: Ni idea, la verdad. Aunque sí parece un movimiento más típico de la Bratva que de la Yakuza.

Tampoco es que la Yakuza no tenga conflictos abiertos, pero como las armas de fuego están tan controladas den Japón, la Yakuza suele librar sus guerras en silencio: espadas, veneno…, ese tipo de cosas. Son los rusos a los que les gusta irrumpir con las armas en ristre y volar cosas por los aires como si fueran unos putos *cowboys*.

Tiemblo cuando vuelvo a echarle un ojo al teléfono.

Yo: Kir envió a alguien a vigilar a Damian, verdad??

La última cirugía de Damian fue todo un éxito, pero al final lo van a tener un par de días más en coma inducido para ayudarlo a que se cure un poco más antes de despertarlo. Me dan escalofríos solo de pensar es que está ahí tumbado en el hospital, indefenso y como una presa fácil.

Freya: Como si eso no fuera lo primero que pensé.

Freya: O lo que pensó Kir.

Yo: Perdona, me he asustado.

Freya: Yo igual. Solo me estoy metiendo contigo. Sí, hay como diez tíos en el hospital ahora mismo.

Suelto el aire despacio. Menos mal.

Después de decirle a Frey que se cuide y que hablamos luego, me sirvo otro vaso de vodka y me bebo la mitad de un trago. Después me pongo en contacto con Taylor. Obviamente, está refugiada y sana y salva en el ático de la torre de lujo de Drazen, seguro que rodeada de mil guardias y apoyo aéreo, conociendo a su marido.

También está bastante claro que ni Drazen ni mi hermana eran los objetivos del ataque de hoy.

Yo: Qué tal?

Taylor: Estamos bien. Bueno, Drazen quiere arrasar con toda la ciudad, pero, en cuanto consiga que se calme, estará bien.

Sonrío contenta de que mi gemela esté lo más segura posible. Al mismo tiempo, odio que haya pasado algo así con ella presente, que el desorden de vida que tengo casi la haya herido.

Cuando por fin dejo el teléfono, me ventilo la copa que tengo al lado y me echo..., joder, ya he perdido la cuenta de cuánto he

bebido. Aunque he dejado de temblar, así que ¿algo es algo?

Al otro lado de la habitación, Kenzo habla en japonés en voz baja. No entiendo nada, pero por el tono supongo que lo más seguro es que esté hablando con Sota.

Le doy un sorbo a mi copa y me siento mareada y acalorada mientras lo miro.

«Mi marido».

Gimo frunciendo el ceño.

Joder, eso suena raro hasta en mi cabeza.

Nunca imaginé que terminaría casándome, y lo digo muy en serio. Cuando era más joven y estaba huyendo, jamás se me pasó por la cabeza tener una relación romántica o siquiera hablar con un hombre. Es difícil salir con alguien, y hasta flirtear, cuando estás luchando por sobrevivir.

Más tarde, claro, llegó ese ser, pero…

Me estremezco mientras me llevo el vaso a los labios y bebo un trago largo.

Eso fue otra cosa. Eso fue un infierno. Una prisión. E incluso en lo más hondo de mis momentos más patéticos con el-que-no-debe-ser-nombrado, ni se me ocurrió pensar que terminaría en matrimonio.

Y cuando dejé atrás los horrores que me hizo vivir, casi no podía ni mirar a otro hombre. Mucho menos salir con uno. Ni enamorarme de uno. Ni siquiera tocar a uno…

Me invade una cálida sensación mientras deslizo la mirada por el ático y su luz tenue. Fuera llueve con suavidad y el agua golpetea la alta pared de cristal mientras contemplo a Kenzo. Sigue al teléfono, pero, mientras lo miro fijamente y él me da la espalda, se quita la chaqueta y se deshace de la corbata. Sujeta el teléfono contra su ancho hombro y empieza a desabotonarse la camisa para después quitársela.

Oculto el labio inferior tras los dientes.

El vodka me produce una sensación muy pero que muy agradable en la parte baja del abdomen.

Deslizo la vista por la espalda ancha, musculosa y esbelta de Kenzo. El tatuaje de la Yakuza estilo *irezumi* que se extiende por su piel hace ondas cuando contrae los músculos.

«Cálmate, chica».

Kenzo dice unas últimas palabras en japonés mientras asiente con rigidez antes de colgar y guardarse el móvil en el bolsillo. Sigue dándome la espalda cuando suelta un profundo suspiro y, por primera vez, me doy cuenta de que no solo es un príncipe de la Yakuza engreído y de mirada fría.

El hombre… se preocupa. Y mucho. Al menos por su familia. En este momento casi se puede ver cómo carga con el peso de su futuro imperio sobre los hombros y cómo su espalda está a punto de ceder bajo él.

Me estremezco ligeramente cuando se da la vuelta de repente. Sus ojos atraviesan el ático y se clavan en los míos. Se le tensan la mandíbula cincelada y, al girar el cuello, flexiona también los músculos del pecho.

Me cago en la puta, el tío está muy cachas.

Unos músculos duros y definidos le cubren las costillas y se extienden a lo largo de su abdomen. Cuando empieza a caminar hacia mí, se le contraen los abdominales tan bien marcados que tiene y los tatuajes del pecho y los brazos ondulan con cada paso.

Bajo la vista hasta las líneas en forma de uve, tan definidas que deberían ser pecado, que le bajan desde la cadera hasta la cintura de los pantalones de traje, como si fueran señales de advertencia en una carretera oscura

«Cuidado. Da la vuelta. Peligro más adelante. Aléjate, Annika, joder».

—Deja que le eche un ojo a eso.

Su voz grave y ronca hace que aparte los ojos de su cuerpo y me centre en su cara. Después, sigo la dirección de su mirada y bajo la vista hacia la sangre que se filtra a través de mi vestido de novia por encima del muslo.

Ya le eché un vistazo en el baño cuando llegamos. No es un corte feo en absoluto. Por el desgarro del propio raso, supongo que fue un trozo de banco o la furgoneta que voló por los aires a mi lado.

Bueno, a mi lado no, exactamente.

—Estoy bien. —Me encojo de hombros, tomo la copa y me la termino—. No es nada. Ya me vendé en el baño cuando llegamos.

Frunce el ceño.

—Solo te lo voy a preguntar una vez —dice con voz ronca mientras se acerca a mí.

Agarra la botella de vodka de la mesa y me mira a los ojos mientras se la lleva a los labios y le pega un buen trago. Y luego otro más. Cuando la vuelve a dejar en la mesa, se frota la mandíbula con una mano.

—Vale: ¿quién intenta matarte?

Arrugo la frente.

—¿Quién dice que estén intentando matarme? Tú eres el futuro…

—Sé muy bien quién es la gente que quiere matarme. Hasta sé más o menos quién podría querer a Kir muerto. Y no se trataba de ninguno de ellos.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Acaso eres Sherlock Holmes o qué? ¿Cómo coño vas a saberlo?

—Porque he aprendido a observar —gruñe—. Y a ser consciente de lo que me rodea. No como otras.

Le hago la puñeta.

—Si te sientes obligado a hablar de lo maravilloso que eres, en el baño hay un espejo que a lo mejor te da más conversación que yo.

—Qué graciosa —susurra—. El tirador del otro día te apuntaba a ti.

«¿Crees que fue cosa suya? De lo del tirador, quiero decir».

Me estremezco cuando la cara de el-que-no-debe-ser-nombrado emerge de los rincones más oscuros de mi mente.

Pero, no, no pudo ser él.

Si fuera a intentar matarme, no se ocultaría entre las sombras.

—Hoy es la segunda vez en dos semanas que alguien ha intentado matarme a mí y a mi familia y, normalmente, me gusta mantener los intentos de asesinato a uno por mes. Quiero respuestas. Ya.

Se le contraen los abdominales cuando vuelve a agarrar la botella mientras se cierne sobre mí para darle otro trago. Yo me limito a fulminarlo con la mirada.

—No tengo respuestas porque no tengo ni puta idea de quién puede estar detrás de lo de hoy, igual que tú.

—Y una mierda, Annika…

—¿Qué vas a hacer? —escupo enfadada y tomo la botella en cuanto él la deja para darle un buen trago—. ¿Torturarme hasta que te dé un nombre?

—No, pero creo que hablamos de castigarte.

Me arde la cara de calor y noto como se me retrae el labio inferior detrás de los dientes cuando aparto la mirada.

—Déjame ver la herida.

—Estoy bien —susurro.

—Y una mierda. —Empieza a llevar la mano hacia el dobladillo del vestido de novia, pero, antes de que lo toque, le pego un manotazo torpe y ralentizado por el vodka.

—Déjame en paz.

Kenzo pone los ojos en blanco.

—¿Siempre eres así de terca?

—Esa es una de las cosas que sabrías si hubiéramos hablado durante más de nueve segundos antes de comprometernos.

Entrecierra los ojos.

—Creo que hicimos algo más que hablar durante nueve segundos.

—¿Ah, sí? Lo he olvidado —digo como si nada mientras me encojo de hombros.

—Algunos no olvidan que los drogaste y les robaste —gruñe con firmeza—. Y ahora deja de dar por culo y déjame ver la herida.

—Tú también estás sangrando.

Se mira la muñeca y frunce el ceño como si acabase de ver la mancha roja que tiene en la piel por primera vez.

—La sangre no es mía —dice con voz ronca y después se limpia en los pantalones.

—Ah.

—Vale, ¿me vas a enseñar ya la herida o voy a tener que cortarte el vestido?

Sin esperar una respuesta, Kenzo se pone de rodillas delante de mí. Observo casi aturdida como toma el dobladillo del vestido entre las manos y me lo sube despacio por encima de las rodillas. Desliza como si nada las manos grandes y venosas con facilidad por la parte de atrás de mi rodilla y muslo, sin preocuparse lo más mínimo de si está invadiendo mi espacio personal. Me levanta un poco la pierna, lo que hace que el vestido se me suba más por ese lado.

Noto cómo me palpita la cara cuando se acerca más con el ceño fruncido.

—¿Dónde cojones aprendiste a vendar una herida? ¿En TikTok? —gruñe mientras mira con mala cara el, en efecto, vendaje mediocre que me hice en el baño con tres tiritas y un poco de esparadrapo viejo.

—Está bien —farfullo.

—Está pidiendo a gritos una infección. No te muevas.

Kenzo se aleja y desaparece en la oscuridad más allá del tenue brillo que hay en el salón. Vuelve un par de minutos después con un botiquín.

Sigue sin llevar camiseta.

Cosa que me distrae bastante.

Estoy un poco mareada por el alcohol que me quema las venas. Kenzo no dice nada mientras se vuelve a poner de rodillas delante de mí. De nuevo, me empuja la rodilla hacia un lado.

Me quedo sin respiración de repente cuando me recorre el muslo un par de centímetros por encima de la rodilla con la mano. Agarra el borde del esparadrapo y las tiritas con unos dedos largos y fuertes y, sin previo aviso, me arranca el vendaje de mierda que me había hecho.

—¡Joder! —-Hago una mueca y siseo mientras la pierna se me va hacia atrás—. ¿Qué cojones?

—No te muevas —murmura sin mirarme. Me vuelve a agarrar la pierna con cierta brusquedad, aunque la verdad es que ahora mismo me da igual, le echa un ojo al corte, luego se agacha y trae una gasa mojada en antiséptico. Siseo con fuerza cuando me limpia el cortecito del muslo con la gasa.

—¡Joder! —suelto de repente mientras la pierna vuelve a dar una sacudida.

—Cálmate de una puta vez.

Pongo los ojos en blanco.

—Para que conste, tu forma de tratar a los pacientes es una mierda… ¡Ay!

Lo fulmino con la mirada mientras vuelve a frotar el antiséptico sobre la herida.

—Ay…, perdón —dice sin una pizca de arrepentimiento en la voz.

Está sonriendo. Está puto sonriendo.

«Imbécil».

Frunzo el ceño y me niego a lloriquear mientras termina de limpiar el corte. Me lo venda y presiona sobre el esparadrapo, dibujándome hoyuelos en la piel, para que se pegue rápido.

—Ya está —gruñe mientras inclina la barbilla hacia su obra—, mucho mejor.

Hay que reconocer que ahora parece que haya ido al médico. Mi vendaje parecía haberlo hecho un mapache fumado.

—Genial —murmuro—. ¿Ya hemos terminado?

—Casi.

Pasa todo muy rápido y, a la vez, es como si el momento se alargase durante horas. Observo mientras abro los ojos y la boca lentamente cuando Kenzo se inclina y acaricia el vendaje suavemente con el pulgar.

Despacio, baja también la boca. Presiona los labios contra la venda blanca en un beso breve y delicado.

Por un instante, los dos nos quedamos paralizados. Sus labios se ciernen medio centímetro por encima de la herida y su cálido aliento me acaricia la piel desnuda. El corazón me retumba en los oídos y siento que me agarra el muslo con más fuerza, el poder bruto de su fuerza le palpita en los dedos y se interna en mí.

Siento un escalofrío cuando se inclina hacia atrás y me roza el vendaje con los labios de nuevo. Mi respiración se convierte en jadeos silenciosos y entrecortados mientras alza esos ojos oscuros hacia los míos. Me sostiene la mirada sin pestañear y sin piedad al mismo tiempo que mueve la boca un centímetro más arriba.

Esta vez, sus labios tocan mi piel desnuda. Siento una descarga eléctrica en la parte baja del abdomen, que me provoca un cosquilleo y una sensación de nerviosismo que me recorre todas las extremidades. Kenzo desliza las fuertes manos un poco más arriba por el muslo y se lleva el vestido con ellas.

Sigue el movimiento con la boca y me provoca con otro beso suave y excitante sobre mi piel que no deja de hormiguear.

«Joder».

Ninguno decimos ni una palabra cuando me sube el vestido aún

más y deja que se me deslice casi hasta las bragas. Me quedo sin respiración de repente cuando desciende los labios y me da otro beso suave y húmedo en la pierna, aunque esta vez es un poco más fuerte.

Más insistente.

Menos fugaz.

Apasionado.

Contengo el gemido involuntario que se me forma en la garganta cuando me desliza las manos por los muslos con atrevimiento y me empuja la pierna. Me levanta el vestido hasta la cintura y un calor abrasador me quema el cuerpo y la cara cuando me abre las piernas de forma obscena.

No deja de mirarme mientras desplaza la boca hacia arriba. Esta vez, cuando me roza la piel con los labios, le sigue un fuerte mordisco (fuerte de verdad) en la parte interna del muslo con el que me arranca un grito ahogado.

—Joder… —suelto en un gemido sin aliento cuando se me cierra la garganta y abro los ojos de par en par.

Y lo vuelve a hacer y me marca de nuevo con los dientes en el mismo puto sitio. Hago una mueca de dolor, un dolor crudo y erótico me palpita en la piel, me excita y hace que me tiemblen los muslos. Siento que mi centro se contrae y se me endurecen los pezones cuando me pasa la lengua por encima del mordisco que me acaba de dar.

—Kenzo… —susurro— Qué…

—Te lo advertí, princesa —gruñe con una voz grave mientras posa sus ojos en los míos antes de volver a bajar la boca. Grito cuando me araña la pierna con los dientes antes de darme un lametón lento y húmedo.

Su mirada se posa en mi entrepierna y el fuego negro y oscuro que albergan sus ojos palpita con algo cruel cuando se fija en la

unión de mis muslos, cubierta por una fina tira de encaje.

—Cuando seas mi mujer, será en todos los sentidos de la palabra.

Me empuja las piernas en un gesto brusco para abrírmelas más.

—No… —Me atraganto con mis palabras cuando empuja su fuerte mano sobre el muslo—. No puedes…

—Mírame.

Intento cerrar las piernas, pero me da un manotazo en el muslo y me las abre de nuevo, arrancándome un gemido. Me acaricia la piel con los labios una vez más y grito cuando vuelve a usar los dientes. La punzada que siento cuando me los clava hace que me palpite el coño y, cuando aún sigo temblando por el mordisco, desliza la mano entre mis piernas.

«Ah, JODER».

Kenzo ahueca la mano sobre mi coño hinchado por encima de mis bragas mojadas. Me arde la cara. Entrecierro los ojos cuando veo dónde tiene la mano y observo y me trago un gemido cuando me desliza un dedo por los labios entre el encaje.

Empiezo a respirar de forma pesada y entrecortada, la piel me cosquillea y los pezones me rozan contra el vestido.

Nuestras miradas se encuentran…

Y me da el hipo.

Me cago en todo.

Kenzo frunce el ceño y empieza a retirar la mano.

—¿Qué haces? —suelto.

Deja las manos donde están, con la palma contra mi sexo necesitado, pero ya no mueve el dedo. Clava los ojos en los míos.

—Estás borracha —gruñe en voz baja.

—Nooo, no essstoooy.

Joder, joder. Hasta yo oigo cómo arrastro las palabras cuando se deslizan por mis labios. Desvío la mirada hacia la mesita y me fijo en el vaso vacío y en la botella de vodka, a la que le falta una parte

considerable del contenido.

Vale, a lo mejor se me está empezando a subir el vodka.

A toda velocidad.

—De verrdaad que noooo.

—Sí —gruñe—, sí lo estás.

Odio lo decepcionada que me siento cuando aparta la mano.

—¿Qué? —balbuceo—. ¿No me vas a tocar porque estoy borracha?

Kenzo no dice nada y empieza a ponerse de pie.

Resoplo con fuerza.

—Vaaaaya. Y yo que pensaba que eras un tío duro de la Yakuza.

—¿Y por eso ya tengo que cometer abuso sexual?

—No es violación si estoy dispuesta.

Un nanosegundo después de que esas palabras salgan de mi boca, es como si se me pasase la borrachera de repente. Me tapo la boca con la mano y una explosión de calor me invade el rostro.

Pero ¿qué me pasa?

Eso no es lo único que ocurre cuando esas palabras vuelan hacia el universo. Kenzo se queda paralizado como si se hubiera convertido en una estatua. Sus ojos pasan de su habitual e intenso fuego oscuro a una oscuridad sobrecogedora que palpita de la ira y la malicia.

Despacio, esos mismos ojos se fijan en los míos y el fuego me recorre el vientre bajo.

—Repite eso —dice con voz ronca y una energía oscura que me aterroriza y me excita al mismo tiempo.

Empiezo a temblar cuando se incorpora, desde donde está agachado entre mis muslos abiertos de forma obscena y con el vestido de novia arrugado en la cadera, y se cierne sobre mí. Extiende la mano hacia abajo y lloriqueo cuando cierra sus fuertes dedos alrededor de mi garganta como una prensa.

—He dicho —gruñe de forma salvaje— que lo repitas.

Tiemblo, pero niego con la cabeza.

—No.

Kenzo curva los labios como si fuera un monstruo.

—Cuidado, princesa —murmura. Reprimo un gemido cuando se inclina sobre mí y su cuerpo me abre más las piernas mientras me roza el cuello y el lóbulo de la oreja con la boca—. No vaya a ser que me acostumbre a esa palabra y empiece a gustarme demasiado.

Me estremezco, en mi interior explota una mezcla embriagadora de miedo y pura lujuria y hace que un fuego líquido me recorra las venas y la parte baja del abdomen.

—Yo…

—¿Quieres que te toque? —masculla.

Grito cuando me mete la mano entre las piernas con violencia y me acaricia el coño, que no deja de palpitarme, por encima de las bragas. Se me escapa un gemido al notar que desliza los dedos bajo las costuras. Sacude el brazo, se le contrae el músculo del antebrazo y me arranca el puto encaje.

Eso es solo el principio.

De repente, sin ningún tipo de aviso, noto dos gruesos dedos entre mis labios suplicantes. Me arranca un gemido crudo y de dolor cuando me los mete sin miramientos y hasta el fondo.

—JODER… —consigo decir mientras me estremezco y extiendo las manos de forma instintiva para agarrarme a su musculoso antebrazo.

—¿Y ahora qué, princesa? —escupe en un tono peligroso. Empieza a sacar los dedos solo para embestir de nuevo y curvarlos contra mi punto G.

—Ah… —gimo al mismo tiempo que tiemblo y me estremezco cuando empieza a meterme y a sacarme los dedos del coño empapado y anhelante.

Entonces redobla sus esfuerzos y me penetra aún más fuerte y con

más violencia con los dedos.

—¿Y ahora? —dice en todo grave y seductor.

—Sí… —suelto de forma patética agarrándome a él mientras las olas de oscuro placer comienzan a alzarse y a romper en mi interior.

Aún noto el alcohol inundándome las venas. Estoy borracha, muy borracha, pero ahora lo único que hace es echar más leña al fuego que arde en mi interior. La habitación da vueltas y mis sentidos laten y se arremolinan. El lento descenso a la embriaguez va de la mano del placer oscuro que me arranca del cuerpo y yo solo quiero seguir en la puta cresta de la ola para siempre.

—¿Quién me iba a decir a mí que mi mujer era una zorrita tan desesperada y ansiosa? —me sisea Kenzo en la oreja.

Gimo fuerte.

—Más —lloriqueo desesperada al sentir que me contraigo a su alrededor.

Él suelta una risilla grave.

—¿Más? —gruñe— Menuda zorra avariciosa.

De repente, añade un tercer dedo. Abro los ojos y la boca de par en par cuando me llena como nunca antes me habían llenado.

—Jodeeeer —gimo.

Me refería a que dijese más guarradas.

Pero esto es…

Joder.

Es irreal. Me siento desatada y en otro planeta. La sensación de sus enormes dedos dilatándome bien el coño y llenándome hasta mi límite es incluso más embriagador que el vodka, es un subidón de adrenalina anhelante mezclado con la desesperada necesidad de placer.

Baja la boca hasta mi cuello y grito cuando me muerde con fuerza. Me aprieta más la garganta y me corta el oxígeno y el flujo sanguíneo lo justo como para llevar la sensación de vértigo que me

produce el alcohol en las venas a un nivel de otro mundo.

Todo se vuelve borroso y se convierte en lava. Mi piel cobra vida y le suplico más, más y más mientras se abalanza sobre mi cuello con los dientes y me penetra con los dedos hasta que olvido quién soy.

—Compórtate como un buen juguetito sexual y córrete como la zorrita avariciosa que eres, esposa —me gruñe con saña al oído. Empieza a frotarme el clítoris con el pulgar mientras me sigue embistiendo con sus tres enormes dedos—. Sé una buena chica y córrete ya en mi puta mano.

Joder. Hostia puta.

Cuando exploto, es como si la misma realidad se desdibujase a mi alrededor. Como si el mundo que conozco se desenfocase durante un instante y me hiciera caer en espiral hacia un espacio en blanco. Grito y me agarro a su antebrazo con todas mis fuerzas, notando cómo se le contraen los músculos y los tendones bajo los tatuajes mientras curva los dedos en lo más profundo de mi ser.

Me muerde una última vez y me arranca un gemido agudo de los labios. Después saca los dedos de entre mis piernas y me aparta la boca y la mano del cuello.

«Mierda».

La cabeza me da vueltas y, aunque el orgasmo es parte de la causa, también es obvio que todos los chupitos de vodka que me tomé empiezan a subírseme de golpe. Aprieto los dientes y me aferro a la silla cuando la habitación empieza a girar.

De repente, me levantan. Alzo la mirada perdida y siento cómo se extiende por mis labios una vaga sonrisa al mirar a Kenzo a los ojos.

Me lleva a alguna parte con un brazo bajo las rodillas y otro bajo la espalda, como si fuera un bebé.

—A dónde… —balbuceo arrastrando mucho las palabras—. ¿A dónde vamos?

—A la cama —gruñe cortante.

Mi centro palpita de calor.

—¿Me vaaaas a follaaaar por fiiin?

Odio la decepción que me llevo cuando frunce el ceño y sacude la cabeza.

—No.

Tuerzo el morro cabreada.

—¿Por quéééé? —lloriqueo desplomándome sobre sus fuertes brazos mientras me lleva en brazos por el ático—. ¿Es porque no soy la hija que parece una barbie de Matsui Aki?

Sonríe cuando lo digo y también lo odio, mierda.

Entramos en una habitación enorme, con poca iluminación y muy masculina. Suelto un grito ahogado bastante dramático cuando me deja caer sobre una cama gigante e increíblemente suave. Sonrío mientras siento cómo me acurruco sobre él.

—No te voy a follar mientras estás inconsciente —gruñe Kenzo echándome una manta por encima mientras empiezo a cerrar los ojos.

—Podrías.

Me quedo paralizada y él también. La manta se queda a medio camino.

—¿Qué acabas de decir?

Su voz tiene un deje letal y peligroso. Abro los ojos y veo que se inclina más hacia mí, me clava la mirada y me provoca oleadas de un calor nervioso que me recorre todos los nervios del cuerpo.

—Yo… nada.

Vuelve a rodearme la garganta con la mano.

—¿Qué acabas de decir? —gruñe.

—Yo… dije que podías… —susurro sin aliento.

Vuelvo a cerrar los ojos. Relajo la boca mientras el reconfortante abrazo de la cama empieza a envolverme por completo.

—… follarme…

Me tapa con la manta.
—Duerme un poco, princesa.

13
KENZO

—Adelante.

Mal entra en el ático y cierra la puerta detrás de él.

—¿Día de ropa informal? —bromea mientras me mira. Aún sigo sin camiseta.

—Vaya, perdona, ¿debería haberme puesto elegante para ti?

Esboza una sonrisilla y pone los ojos en blanco.

—¿Tu nueva esposa también lleva ropa tan informal como tú ahora mismo?

Noto un destello cálido en el pecho cuando me giro hacia él.

—¿Qué tal si dejas de imaginar cosas en este puto instante? —gruño en voz baja.

Mal alza una ceja, pero no dice nada.

No hace falta. Yo estoy pensando lo mismo.

«¿Qué cojones ha sido eso?».

Es la misma respuesta que tuve cuando Takeshi se encaró con Annika por la tarde, antes de la boda. Tengo un instinto protector, aunque se podría decir que más bien es sobreprotector, en lo que a ella se refiere.

Lo entiendo igual que entiendo lo que hice antes, cuando la empecé a tocar y no dejé de hacerlo hasta que le arranqué un orgasmo devastador.

«Podrías».

Algo oscuro, depravado y monstruoso ruge al despertarse en mi interior.

Nunca me he avergonzado de nada de lo que he hecho: matar, mutilar, extorsionar. He arruinado vidas y acabado con otras tantas. He pasado exactamente cero noches sin dormir por las salvajadas que he hecho. En mi mundo, tengo que hacerlas.

Esa falta de vergüenza también se extiende a mis gustos más… personales e inclinaciones sexuales.

Uso libre.

Somnofilia.

Tomar el control por completo quizá cuando la otra persona está incapacitada de alguna manera… o dormida.

Repito, no me siento avergonzado en absoluto por querer follar así, pero una minúscula parte de mí sabe que, a lo mejor, debería.

Y cuando esas palabras salieron de su boca justo después de haberle metido los dedos y con el sabor de su piel todavía en los labios… Y justo después de haberse hecho pedazos ante mí y cuando empezaba a sumirse en un sueño inducido por el alcohol…

Joder, que me perdonen, pero casi lo hice.

Me quedé allí de pie en la habitación otros diez minutos viendo cómo dormía.

Le quité el vestido.

Y puede que le hubiera abierto las piernas y me hubiera acariciado la polla mientras me deleitaba con su coñito rosa.

Pero la cosa no pasó de ahí. Ahora está metida en la cama, lejos de mis miradas y deseos de monstruo.

—¿Una copa? —le pregunto a Mal.

Él asiente mientras camino hacia la camarera y nos sirvo un Yamazaki 18.

—A riesgo de que me arranques la cabeza solo por mencionar su nombre —dice sonriendo—, ¿qué tal está Annika? Lo digo por todo lo que pasó antes.

Le tiendo el vaso.

—Bien. Está durmiendo.

—Fue una mierda, Kenzo —gruñe en voz baja—. Y sé que ambos sabemos lo que es este matrimonio en realidad, pero, aun así, siento que ocurriese el puto día de tu boda.

—Oye, mejor eso que tener que estar allí dándole la mano a todo el mundo mientras fingimos que estoy enamorado de mi nueva mujer.

Se ríe entre dientes y, cuando bebe un sorbo del whisky japonés, cierra los ojos un segundo.

—Joder, es como volver a casa.

Esbozo una sonrisa irónica.

—¿Echas de menos Kioto?

Asiente.

—Nueva York no me desagrada, pero no es lo mismo.

—Yo también siento lo mismo a veces… —Arrugo la frente cuando Mal aumenta un poco la intensidad de la luz y le veo una marca oscura en un lateral del cuello, como si le hubiera golpeado una cadena o algo así. Hago una mueca—. ¿Eso fue por la explosión?

—¿El qué?

Señalo con la barbilla.

—Tu cuello.

Frunce el ceño y se lleva la mano al cuello. Algo se refleja en su rostro, pero no soy capaz de identificarlo. Antes de que pueda empezar a darle vueltas, esa mirada desaparece y sacude la cabeza.

—Ni idea. Supongo. —Se aclara la garganta.

Señalo el vendaje que lleva en la frente.

—¿Y tu cabeza?

—Sobreviviré, Kenzo. —Suspira—. En fin, he buscado hasta debajo de las piedras a ver si encuentro algo relacionado con la puta bomba.

—¿Y?

Niega con la cabeza.

—Nada. Quienquiera que fuera, el ataque no iba dirigido a nosotros ni a Sota. No de forma directa. Hasta salí a buscar problemas y me reuní con Nam Dae-Hyun.

Levanto una ceja con brusquedad.

—Joder, ¿hablas en serio?

Dae-Hyun dirige un *kkangpae* de nivel medio, un sindicato del crimen coreano, aquí, en Nueva York. No diría que estamos «en guerra» con ellos, pero digamos que Nam no se daría prisa en pisar el freno si me viese a mí o a un miembro de mi familia cruzar la calle delante de su coche.

Mal sonríe.

—Lo interrumpí mientras intentaba conseguir un final feliz en un salón de masajes. No se lo veía entusiasmado.

Sacudo la cabeza.

—Eso ha sido una imprudencia.

—Pero divertidísima —dice con una risita—. En fin, lo presioné mucho para que me contase lo que había pasado. En plan, le ofrecí un montón de oportunidades para atribuirse la autoría del ataque o incluso mentir. Ese tío caminaría sobre clavos o vendería a su propia madre solo para afirmar que nos ha hecho sangrar.

—¿Y nada?

Niega con la cabeza.

—No. No fue él. Ni siquiera fue alguien que conozca. Y ese era el último nombre de mi lista de sospechosos. —Le da un trago largo a la copa—. Fuera quien fuera, nosotros no éramos el objetivo.

—¿Estás seguro?

Mal se aclara la garganta.

—¿Quieres volver a comprobar mis cálculos? Nam decidió hacer el idiota e intentó atacarme mientras salía de la sesión de paja que interrumpí.

Pongo mala cara.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Se encoge de hombros—. Pero si quieres ir a preguntarle tú mismo sobre su participación en lo de esta noche, puedo arreglarlo. Y enseguida.

Mal sonríe.

—A lo mejor está abajo, metido en el maletero de mi coche por si quieres ir a dar una vuelta.

Alzo una ceja.

—Pero no crees que estuviera involucrado.

—No, aunque sí expresó un deseo bastante fuerte de que quienquiera que fuese lo intente de nuevo y esta vez no falle el tiro contra ti o tu esposa.

Una lava negra y oscura me vuelve a brotar del pecho.

Confío en el criterio de Mal. Si él dice que Nam no tuvo nada que ver con el ataque bomba, entonces me lo creo.

Aunque sigue siendo un imbécil.

La violencia sin sentido suele ser más el estilo de Takeshi, pero ¿qué puedo decir? Ha sido una locura de noche.

—¿Por qué no nos aseguramos con Nam? —gruño en voz baja.



Vuelvo al ático una hora después. Mal ha regresado a casa de Sota.

Nam Dae-Hyun está en el Monte Sinai, supongo que para que le inmovilicen la mandíbula y le escayolen el brazo que se ha roto.

Con suerte, le inyectarán modales en vena, ya que está allí.

Vuelvo a mi habitación sin hacer ruido y me quito la camisa y los pantalones por el camino. Me quedo de pie a los pies de la cama, observando a Annika dormir iluminada por las luces de neón de Nueva York.

Mal tenía razón. Nosotros no éramos los objetivos del ataque de

esta noche.

Aprieto la mandíbula mientras deslizo la mirada por la mujer con la que me acabo de casar.

Todavía no entiendo por qué al pensar que ella podría ser el objetivo me invade un cabreo terrible.

Furia.

Ira y la necesidad irrefrenable de asegurarme de que eso no pase.

14
ANNIKA

La confusión me envuelve como una niebla densa mientras abro los ojos despacio. Está oscuro, la única luz proviene del ligero brillo de la ciudad que entra a través de las cortinas. Durante un minuto, y mientras se me adaptan los ojos y analizo esta habitación que no me suena de nada, no tengo claro dónde estoy. Después, cuando la consciencia me clava las garras despacio y el dolor por el vodka vuelve con fuerza, todas las piezas comienzan a encajar.

La habitación de Kenzo. Ahí es donde estoy. Y es donde él…

Gruño.

Aquí fue a donde me trajo después de que bebiera demasiado y muy rápido. Después de…

«Madre mía».

Me arde la cara cuando los recuerdos vuelven de golpe.

Después de que le dijera que me follase aunque estuviera borracha e inconsciente.

Hago una mueca y me empieza a palpitar la cabeza. Igual que el cuerpo que tengo pegado a la espalda.

«Espera… ¿qué?».

Me tenso y abro los ojos de par en par al sentir una piel dura y cálida y unos músculos fibrosos apretados contra mí.

Es él. Kenzo está durmiendo a mi lado y me ha echado un brazo por encima. Es todo ángulos, piel caliente, músculos fuertes y…

Abro aún más los ojos cuando me muevo contra él.

«Hostia puta».

Está… empalmado. En plan, la tiene durísima. Y es enorme. Un escalofrío me recorre la espalda al notar el calor y el peso de su erección palpitante contra mi culo. Justo en ese instante caigo en la cuenta de que estoy desnuda. Y, a pesar de que eso suscita un montón de preguntas, ahora mismo no me importa.

Lo único en lo que puedo pensar es en el calor eléctrico que siento allí donde su grueso miembro se mueve contra mí.

Parte de mí cree que debería salir de la cama ahora mismo. Sí, aún tengo preguntas sobre qué está pasando y qué hace aquí conmigo, pero, a ver, es su cama.

Hay un sofá en perfecto estado en el salón principal al que me podría retirar para lo que queda de noche.

Pero no me muevo.

No quiero.

Hundo el labio inferior tras los dientes. El calor me inunda la cara y me echo un poco hacia atrás.

Joder, la tiene enorme. La tiene hinchada y está apretada a lo largo contra la raja de mi culo, y siento como si tuviera un puto antebrazo encajado ahí.

Arqueo un poco la espalda y empiezo a jadear y a respirar de forma entrecortada mientras empujo hacia atrás. Repito el movimiento y noto cómo su longitud se me desliza por la raja mientras las nalgas se me separan un poco más.

«Joder».

Se me corta la respiración cuando su gruesa polla se desliza entre ellas. Me restriego otra vez y me estremezco al sentir su miembro caliente deslizándose hacia delante y hacia atrás sobre mi ano.

Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo. Los pezones se me ponen duros. Se me contrae la parte baja del abdomen.

Los muslos se me vuelven pegajosos.

Tengo que salir de esta cama. Tengo que poner fin a esta locura,

pero no puedo. Cierro los ojos despacio y respiro de forma más entrecortada si cabe cuando me echo de nuevo hacia atrás para restregar el culo sobre su polla gorda.

—Qué zorrita tan ansiosa.

«MADRE MÍA».

Abro los ojos de golpe antes de sacudirme y retorcerme como si quisiera alejarme de él. Pero, antes de que pueda hacerlo, me aprieta con fuerza con el brazo que me rodea, inmovilizándome contra su enorme polla. Me retuerzo y el corazón se me desboca mientras intento escapar.

Kenzo no se mueve.

—¿Has encontrado algo con lo que querías jugar, princesa? —susurra mientras me agarra con más fuerza cuando no dejo de retorcerme y sus labios me rozan la oreja. Gimoteo y luego suelto un brusco grito ahogado cuando me muerde el lóbulo.

¿Acaso es medio lobo? ¿Por qué cojones no para de morderme?

No es que me queje, claro está.

—Yo…

Mueve las caderas y me desliza su polla arriba y abajo por la raja del culo. Pongo los ojos en blanco y empiezo a respirar entre jadeos entrecortados cuando se frota contra mi agujero de atrás.

—¿Dónde…? —Trago saliva—. ¿Dónde está mi ropa?

—Te la he quitado.

—No puedes… —Se me atragantan las palabras cuando echa la cadera hacia atrás, provocando que me estremezca con un anhelo prohibido, para que su glande hinchado me golpee el agujero ante de que todo su miembro se vuelva a deslizar entre mis nalgas—. No puedes hacer esto mientras estoy dormida…

—No he hecho nada mientras estabas dormida —gruñe sobre mi hombro—. Aunque a lo mejor debería, ya que me lo suplicaste.

La vergüenza y el calor se apoderan de mi rostro, incluso a pesar

de que una intensa necesidad me hace palpitar el coño.

—No es violación si estás dispuesta, ¿verdad, princesa?

Frota su enorme polla adelante y atrás contra mí.

—¿Quieres que te la meta por aquí primero, princesa?

Me muerdo el labio cuando me agarra las nalgas con sus enormes manos y me las abre un poco más. Coloca la punta hinchada y palpitante de su enorme polla contra mi culo y abro los ojos de par en par.

—¿Tenías ganas de que te diese por culo como la zorra sucia y guarra hambrienta de polla que eres mientras dormías? Aunque no creo que tardases mucho en despertarte —dice en voz grave.

Desliza una mano sobre mi torso y me agarra uno de mis pechos desnudos. Gimo cuando dibuja círculos y me pellizca el pezón con violencia.

—Dudo mucho que fueras capaz de dormir, aun borracha, mientras te meto por primera vez la polla insaciable en este agujero estrecho, caliente y con ganas de que lo abran.

Kenzo siempre está rodeado de un aura oscura, pero, ahora mismo, ha alcanzado un nivel que nunca había visto antes. Es como si tuviera un ser hecho de pura mezquindad y malevolencia sobrenatural detrás de mí, dejándome indefensa.

—No, princesa —murmura mientras mueve la cadera—, aún no. Esta noche, ya que es nuestra noche de bodas, lo que corresponde es que reclame y destroce otro agujero insaciable.

Me aparta la polla del culo. De repente, se me salen los ojos de las órbitas al sentir cómo me desliza el miembro pesado e hinchado entre los muslos. Me empuja su gruesa polla sobre los labios suaves y aterciopelados y su longitud queda entre ellos mientras desliza el glande sobre mi sexo.

«Me cago en la puta».

Juega y me pellizca los pezones sin piedad hasta que me arden y

siento placer al notar los pechos magullados bajo su tacto. Mueve las caderas para guiar la polla sobre mi coño y esparcirme la humedad por los muslos y su miembro mientras suelto un quejido e intento no gemir.

—Te quería despierta para esto, princesa —murmura en voz grave mientras deja que el glande resbale entre mis labios y descanse sobre mi apertura durante un segundo.

Se me acelera la respiración.

—Casi te follo cuando no lo estabas —me dice con voz ronca al oído—, pero, para la primera vez, quiero que pienses en mí cuando te folle.

El caso es que ya lo estaba haciendo.

Justo acababa de despertar de un sueño de lo más vívido, de esos que te dejan temblando y con la entrepierna empapada.

En el sueño, ya me estaba tomando.

Y ahora va a hacerlo de verdad.

Kenzo me restriega la polla entre los labios una y otra vez, me frota el clítoris con la punta, lo que me vuelve loca y hace que me tenga que agarrar a las sábanas y retorcerme contra él. Es muy grande en todos los sentidos: sus músculos, altura, anchura…

Su polla.

No soy una mujer pequeña… Quiero decir, mido uno setenta y ocho, pero hasta yo me siento pequeña al lado de él.

Arrastra la mano desde mis pechos hasta mi garganta. Incluso con esta luz tenue, me fijo en algo que hace que me detenga.

—Estás… sangrando —balbuceo con voz ronca.

—No es mía.

Me agarra por el cuello.

—Recuerda este momento princesa —gruñe mientras me abre los labios con el glande y se coloca sobre mi entrada—. Porque te voy a hacer mía en este preciso instante.

«Ay, JODER».

Se me abre la boca y los ojos de par en par y me estremezco con un grito ahogado mientras Kenzo empieza a hundirse en mi interior.

—Espera…

—No.

Gimo, Kenzo me mete la gruesa polla un poco más y yo contengo la respiración mientras se me acelera el pulso.

—No, quiero decir… —Ahogo otro gemido—. ¿Tienes un condón?

—No.

Con un gruñido grave, me mete otro centímetro de su enorme polla en el coño ansioso e hinchado.

—Pero… mierda. —Suelto un grito ahogado y gimo cuando empieza a metérmela más y más adentro—. No tomo…

—Me da igual.

Con una mano me aprieta la cadera. Con la otra me envuelve la garganta mientras me araña el hombro con los brazos. Entonces, de repente, pasan dos cosas al mismo tiempo.

Kenzo me muerde el hombro con fuerza (con tanta fuerza que estoy segura de que me ha hecho sangre) y, justo cuando me clava los dientes y el dolor se extiende por todo mi sistema, me embiste y entierra hasta el último centímetro de su polla gorda hasta lo más profundo de mi coño ansioso.

La combinación es como cuando se te sube la sangre a la cabeza de golpe. Grito, gimo y me retuerto mientras arqueo la espalda y curvo los dedos y pataleo sobre las sábanas.

«Eso ha sido la hostia».

Es puro éxtasis. Me derrito contra él mientras me envuelve con más fuerza y, con los dedos extendidos sobre mi cuello y clavándomelos en la garganta, echa su musculosa cadera hacia atrás. Siento que me saca la enorme polla centímetro a centímetro y mis labios se aferran a ella como si no quisiera que se alejase.

Sigue saliendo de mi interior hasta dejar solo la punta para provocarme.

Después me la vuelve a meter.

—Ahí está mi precioso juguetito —me murmura al oído con voz grave mientras empezamos a restregarnos el uno contra el otro. Empieza a follarme duro y a empujar la polla en mi humedad mientras gimo y lloriqueo con ansia—. Vaya coño más avaricioso he encontrado. Qué desesperado está por mi polla.

Suelto un gemido profundo al ser casi incapaz de moverme por la fuerza con la que me agarra y me sujeta contra su enorme cuerpo. Empuja las caderas y me da un azote en el culo con la polla metida hasta el fondo en mi interior.

—Mi mujer —dice con voz ronca sobre mi cuello— en todos… —embiste de nuevo— y cada uno… —grito mientras me la mete con fuerza y hasta el fondo— de los sentidos… —embestida— de la palabra.

Mueve la mano que tiene sobre mi culo y me azota con fuerza. Lloriqueo y sollozo del placer, retorciéndome contra él cuando lo hace una y otra vez. Me agarra la pierna y la levanta para abrirme más y meterme la enorme polla aún más hasta el fondo.

Siento cómo sus abdominales chocan contra mi culo con cada embestida. Me azota el clítoris con sus pesados huevos y me estruja el cuello con los dedos, haciendo que se me nuble la vista.

Pongo los ojos en blanco mientras me araña la piel con los dientes. Mientras me clava los dedos. Mientras me da media vuelta y me inmoviliza contra la cama y me empieza a follar a lo bestia sin apartar la mano de mi garganta.

Sin lugar a dudas, nunca me habían follado de una forma tan salvaje y brutal. No se parece en nada a lo que haya imaginado o con lo que haya fantaseado.

Es incluso mejor.

Más duro. Más fuerte. Más agresivo y animal. Notar su enorme cuerpo sujetándome contra la cama sin poder hacer nada más que dejar que disfrute de mí me lleva a la estratosfera y hace que me desequilibre y que el éxtasis explote en mi interior.

—Ahora quiero que seas una buena chica —me sisea al oído— y que dejes de contenerte. No me obligues a azotarte hasta que te corras, princesa. Compórtate como una buena zorra sedienta de semen y córrete sobre mi polla. Deja que sienta cómo tu coño insaciable chorrea sobre mí. Enséñame hasta qué puto punto me perteneces, esposa.

Me embiste con su enorme polla mientras mi cuerpo se contrae y sufre espasmos. Me quedo sin respiración y, de repente, lo veo todo negro.

Y entonces me corro más fuerte que nunca.

Es como desconectar de la realidad. Como si mi cuerpo estuviera estallando en mil pedazos cuando me folla hasta que me corro. Grito sobre la cama, araño las sábanas, las aprieto entre los puños y las muerdo. Cierro los ojos de golpe y doy patadas al aire cuando el orgasmo explota en mi interior como un tsunami que hace que me estremezca.

—Buena chica —me gruñe Kenzo en la oreja, que no ha bajado el ritmo y me sigue follando tras el orgasmo—. Esa es mi zorrita. Siento cómo me aprietas la polla con tu coño avaricioso, desesperada por que te llene de semen…

Abro los ojos de golpe.

—¡Espera! —grito mientras me folla duro y sin piedad, su polla hinchada me abre de par en par y me reclama por completo—. Espera, no puedes correrte…

—Sí que puedo y lo haré.

«Hostia puta».

El tono exigente de sus palabras me lleva al límite otra vez y

exploto. Grito sobre las sábanas y las muerdo mientras me desmorono. Kenzo gruñe y entierra su polla gorda hasta los huevos en mi interior mientras siento que se hincha y se agita. Resopla y yo gimo al sentir cómo derrama su semen caliente en mi interior.

Y entonces me doy cuenta de que nada volverá a ser como antes.

15
ANNIKA

Ya ha amanecido la segunda vez que me despierto.

Sola.

Parpadeo para despejar la neblina del sueño. No siento a nadie a mi espalda. Me doy la vuelta casi esperando que esté ahí, pero estoy sola en la cama mientras los rayos de sol de la mañana entran por las cortinas en la habitación de Kenzo.

Cierro los ojos y me vuelvo a hundir en las almohadas.

La hostia.

Fuera lo que fuera lo que pasó anoche, fue… más que intenso. Incomprensible y fuera de cualquier cosa con lo que me haya atrevido a fantasear.

Fue una puta pasada.

Me duele un poco la cabeza; el regalito que me ha dejado la cantidad obscena de vodka que me bebí anoche en veinte minutos. Y sé que no estaba del todo sobria ni de lejos cuando… pasó lo que pasó.

Pero no me arrepiento de nada.

Sí, puede que Kenzo sea un imbécil arrogante y con problemas de control. Puede que ni siquiera nos caigamos muy bien, pero, si voy a estar casada legalmente con alguien, sobre todo con alguien con una vena posesiva que supongo que sería el último hombre en la Tierra al que le parecería bien que lo «buscase en otra parte», entonces supongo que es una suerte de la hostia que entre nosotros haya una química física fantástica.

No hay mal que por bien no venga, y todo eso.

Me siento en la cama y hago una mueca al notar una punzada de dolor por la resaca que se me clava en la sien. Después me tenso cuando abro las piernas con cuidado.

Joder, me duele todo. Literalmente… todo, pero sobre todo la zona entre las piernas. Las abro más y me quito las sábanas de encima del cuerpo desnudo para mirarme.

«Pero qué coño…».

Parece que he aguantado nueve asaltos en un combate contra un boxeador profesional. O un puto tigre.

Me cago en la puta, si hasta tengo arañazos. Tengo los pechos, las caderas y los muslos amoratados y cuando me llevo la mano al dolor punzante que siento alrededor del cuello noto más moratones. Aprieto los dientes, me miro por encima del hombro y pongo mala cara al ver la puta marca de una mordedura.

Vale, lo de ayer por la noche fue una locura, pero no sé si aguantaré otra sesión como esa con él.

Caigo en la cuenta de que no tengo ropa cuando me dispongo a salir de la cama. Está mi vestido de novia, pero no lo veo por ninguna parte. A saber qué hizo Kenzo con él después de quitármelo anoche.

Mientras dormía.

Algo perverso, oscuro e indebido se enciende en mi interior al asimilarlo. Ese hombre me desnudó mientras estaba dormida.

Podría haberme hecho cualquier cosa.

Parte de mí se pregunta si lo habrá hecho, aunque él dijo que no.

Y una parte todavía más hecha polvo de mí se emociona ante la posibilidad de que lo haya hecho.

«Necesitas ayuda».

Salgo de la cama y empiezo a envolverme con el edredón cuando me fijo en la pila de ropa doblada que hay a los pies de la cama, que

supongo que es para mí: pantalones deportivos y una sudadera. Solo con mirarlas ya sé que voy a desaparecer en ellas.

Aun así, mejor eso que salir de aquí desnuda.

No hay nada que no haya visto antes, pero, de nuevo, si decide ir a por el segundo asalto esta mañana, no sé si sobreviviré.

«Por muy bien que suene, la verdad…».

Me saco esa idea de la cabeza mientras entro en el baño de Kenzo y abro el grifo de la ducha. Al principio, cuando el agua me cae sobre todos los moratones del cuerpo, escuece, y ya me puedo olvidar de girarme hacia el chorro, mis pechos dicen que ni se me ocurra. Sin embargo, a medida que el vapor me envuelve, los dolores y las molestias se alivian un poco.

Tras tomarme tres aspirinas y secarme rápido con la toalla, me pongo los pantalones y la sudadera de un tamaño desmesurado que sin duda son suyos. El lado bueno es que la sudadera es tan gigante y me queda tan holgada que parece de cuello alto, por lo que oculta los moratones tan feos que tengo en la garganta.

Aunque… algo me dice que le gustaría verlos. Igual que a una bestia le gusta oler su rastro y a un conquistador le encanta plantar su bandera en el palacio del rey enemigo.

El aroma del dulce y misericordioso café me invade cuando salgo de la habitación de Kenzo. Empiezo a caminar hacia allí, pero pego un salto cuando una figura alta y oscura se asoma a la puerta de lo que parece algún tipo de estudio con gesto amenazador.

Takeshi me fulmina con la mirada y me señala con la barbilla.

—¿Buenos… días? —farfullo con el ceño fruncido.

El hermano de Kenzo no tiene muy buena opinión de mí. E imagino que rajarle las ruedas de la moto cuando pensé que era la de Kenzo no habrá hecho mucho para cambiarlo.

—Buenas —gruñe arrugando aún más la frente—. Antes me llegó un correo para programar la entrega de una moto que no compré.

Me aguanto las ganas de sonreír.

—¿Ah, sí?

A ver, puede que no le caiga bien a Takeshi, pero el problema lo tengo con su hermano, no con él. Y ahora que Hana ha resultado ser una tía tremendamente guay y ya que Takeshi es su gemelo…

Digamos que mientras estuvimos en Montreal puede que hiciera una comprita como ofrenda de paz antes de que se me muriera el móvil.

—Sí —dice Takeshi con mala cara—, una Kawasaki ZX10R.

—Vaya. —Asiento pensativa—. Es una moto muy chula.

No solo le sustituí las ruedas.

Le compré una moto nueva. O haces las cosas bien o no las hagas, ¿no?

Takeshi me mira con los brazos musculosos cruzados sobre el pecho.

—¿Tu papi adoptivo pagó la factura?

—¿Te pagó el tuyo la última moto?

—Yo me pago mis cosas, bruja —me espeta en tono frío.

—Qué coincidencia, yo también.

Tuerce la boca.

—No intentes comprar mi lealtad.

Suspiro.

—No intento comprar una mierda. Es una disculpa. —Alzo un hombro—. No debería haberte jodido la moto. Estaba enfadada.

—¿Y?

Joder, ¿hay algún hermano Mori que ponga las cosas fáciles?

—Y lo siento, de verdad. Estuvo muy mal por mi parte.

Takeshi me mira con mala cara un instante más. Señalo el móvil que tiene en la mano con la cabeza.

—¿Te has fijado que viene con un escape Akrapovič?

Takeshi enarca una ceja. Por un segundo, parece que se quita su

habitual máscara de violencia y sed de sangre y hasta puede que haya captado un destello de algo que significaría que está impresionado.

—¿Sabes de motos?

Asiento.

—Sip.

—¿Por qué? ¿Porque las robas?

—Sip.

Él esboza una sonrisilla.

—Bueno, en parte.

—¿Y cuál es la otra parte? —dice Takeshi en un gruñido.

—Que cuando las robo no me pillan porque también sé conducirlas.

Takeshi curva las comisuras de los labios ligeramente hacia arriba.

—¿Por qué estabas enfadada? En el hospital.

Me quedo callada.

—¿Por mi hermano?

Aparto la mirada y él se ríe entre dientes.

—Sí, se le da bien cabrear a la gente. —Sonríe y luego exhala—. Vale, es una moto de la hostia.

—De nada.

—No te estaba dando las gracias. Aunque hubiera estado bien que la enviases a Kioto en vez de aquí.

—Ah, ¿vas a volver a Kioto?

Takeshi esboza una amplia sonrisa mientras levanta las cejas.

—Joder, qué divertido va a ser esto.



—¡¿Me estás puto vacilando?! —Irrumpo en la cocina gritando en tono frío.

Kenzo está sentado junto a la encimera con una taza de café y

alza la vista y me pone mala cara.

—¿Eh? ¿Necesitas ayuda?

—¡¿Kioto?! No me pienso mudar a puto Kioto.

Él exhala despacio.

—Bueno, pues yo sí, y eres mi mujer, así que…

—¿Así que que te follen? —replico—. Yo no pienso ir.

—Puedes ir o te puedo llevar. Es decir, puedes acompañarme de buena gana o te puedo obligar.

—¿Igual que me obligaste ayer por la noche?

Vale, eso ha sido un golpe bajo. Y un comentario de mierda cuando está claro que a los dos nos gustó lo que ocurrió anoche, incluyendo el uso de la fuerza, que me inmovilizase contra el colchón y que siguiese incluso cuando le decía que no.

—¿Cómo dices? —dice Kenzo con un tono de advertencia en la voz que ignoro.

—Estaba completamente borracha y lo sabías —le espeto—. Creo que lo que has hecho es aprovecharte, ¿no estás de acuerdo?

—Por supuesto que no —gruñe con frialdad mientras se levanta de la silla de una forma que hace que un rayo me atraviese el centro de mi ser—. Y no me gusta que me acusen de algo así.

Trago saliva avergonzada. Sí, me he pasado un montón.

—Bueno…

—Bueno, nada —escupe abalanzándose sobre mí y echándoseme encima—. Estabas despierta.

—Y tú te metiste en mi cama.

—Técnicamente… —me agarra la muñeca— es mi cama y los matrimonios suelen compartirla.

Tiro del brazo.

—Suéltame.

—No, no hasta que admitas que ayer te corriste como una zorra avariciosa sobre mi polla. Varias veces.

Bajo la mirada, me late la cara del calor.

—¿Y bien?

Me encojo de hombros.

—Estoy esperando.

—Vale —murmuro poniéndome roja como un tomate—. Vale, estuvo… bien.

—Esa no era la pregunta.

—Vale, me…

—Mírame cuando me hables, princesa.

Estoy que echo humo por las orejas, pero aprieto los dientes y alzo la vista hacia él. En cuanto cruzo la mirada con sus preciosos ojos negros, el intenso descaro que suele tener se desvanece.

—Vale, sí —murmuro.

—Vale, sí, ¿qué?

Madre mía, me va a obligar a decírselo a la cara.

«Imbécil».

Tomo aire y me pongo recta.

—Vale, sí. —Respiro—. Me corrí, ¿vale?

—¿Cómo…?

Kenzo se limita a sonreír alzando una ceja.

—Cuando quieras, princesa.

—Como… como una…

—Empieza por Z y rima con zorrita ansiosa…

Le lanzo una mirada asesina.

—Me corrí como una zorrita avariciosa —murmuro en voz grave.

Arquea una ceja expectante y suspiro.

—Varias veces.

—Buena chica.

Me suelta la muñeca, la retiro con fuerza mientras intento ahogar el cosquilleo y la necesidad que me provoca que me diga eso.

Kenzo se da la vuelta y regresa a por su café.

—No usaste condón.

Le da un sorbo si mirarme.

—No.

—¡¿Y bien?!

—¿Y bien qué?

Lo miro boquiabierta.

—¡Pues que existen los embarazos! —le suelto—. ¡Y a saber qué coño me podrías haber pegado!

Me fulmina con la mirada.

—Lo mismo te digo.

Yo lo fulmino a él.

—No tengo ninguna ETS, gilipollas.

—No tengo forma de saberlo.

—¡Pero yo sí! —suelto sin pensar—. En cuanto a ti, a saber dónde has estado metiendo esa cosa.

—A esa cosa no le gusta que la llamen «esa cosa». —Frunce el ceño.

—La verdad es que me importa una mierda. Y, por favor, no me digas que le has puesto nombre a tu pene.

—No —murmura—. Y eso incluye «esa cosa».

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que digo es que a saber en dónde te has metido.

—Yo sí lo sé —dice entre dientes—. Y siempre son sitios buenos.

Arrugo la nariz.

—La verdad es que no quiero hablar del tema.

Kenzo resopla.

—No, ¿sabes qué? Creo que deberíamos hablarlo. ¿Y tú? ¿Dónde te has metido tú?

Le lanzo una mirada asesina.

—Eres un imbécil.

—Y tú estás evitando la pregunta.

—Créeme —susurro—, no tengo ninguna ETS. ¿Vale?

Es bastante fácil saberlo cuando solo te has acostado con una persona en toda tu vida y las pruebas dieron negativo cuando conseguiste escapar de él.

Kenzo pone los ojos en blanco.

—¿De verdad intentas hacerme creer que eres virgen a los treinta y tres años?

—Que te jodan —murmuro mientras me doy la vuelta para alejarme.

—Hazme una lista.

Me vuelvo a girar de repente.

—¿Perdona?

—Una lista.

—¿De qué?

Su rostro se vuelve sombrío.

—De todos los hombres con los que te has acostado.

Me quedo boquiabierta mientras lo miro furibunda.

—No me jodas, ¿lo dices en serio?

—¿A ti te parece que esté de broma, princesa?

Me vuelvo para largarme. De repente, tira de mí hacia atrás y me gira mientras me agarra del brazo.

—Y una puta mierda. No olvidemos que aquí están pasando dos cosas: te has casado conmigo para detener una guerra…

—Yo…

—Pero serás lo que yo quiera que seas —dice entre dientes y en voz baja—. Como castigo.

—¿Castigo por qué? —le espeto—. ¿Por tener una puta vida sexual antes de ti?

Tensa la mandíbula.

—No. Por haberme puto drogado y robado.

Tiemblo ante la pura malicia que veo en sus ojos cuando los clava

en los míos.

—¿Q-qué implica eso? —farfullo.

Kenzo curva los labios. Me estremezco cuando se inclina y me susurra al oído:

—Lo que yo quiera.

Intento ignorar el latido ansioso que noto entre las piernas y fracaso.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres follarme otra vez? ¿Es así cómo van a ser las cosas?

Se ríe entre dientes y en voz baja, se aleja, sacude la cabeza y me mira con expresión divertida.

—Siempre tan avariciosa y ansiosa.

Me pongo roja como un tomate.

—Lo decía como un insulto.

—Pues ha sonado a petición suplicante y desesperada, pero vale.

—Que te jodan —espeto—. ¿Qué te parece si te digo que ni de coña?

—¿A qué?

Sonrío con arrogancia.

—Al sexo. Seré tu mujer en público, pero nada más. Espero que te guste tener los huevos hinchados por el calentón porque de mí no vas a sacar…

Tira de mí hacia él, nos gira y me aprieta contra la isla de la cocina que tengo detrás. Aprieto los muslos con fuerza cuando se cierne sobre mí y me acaricia la barbilla para levantarme la cara de una forma excesivamente posesiva y dominante que…

Me hace sentir cosas.

—Esto es lo que va a pasar —dice en un gruñido grave—. Lo vas a decir otra vez.

Trago saliva.

—¿Qué quieres que diga?

Su sonrisilla lo dice todo. Niego con la cabeza.

—No va a pasar.

—Sí. Admite que ayer a la noche te corriste como una zorrita avariciosa sobre mi polla. Varias veces.

La tensión entre nosotros se corta con un cuchillo hasta que ya no puedo soportar más la intensidad de su mirada.

—Vale, sí —farfullo—. Como quieras. Sí, tuve un orgasmo.

—De nuevo, esa no es la pregunta. —Se me corta la respiración cuando se inclina hacia mí y su mirada me parte en dos—. Dilo.

Me sonrojo mientas algo imposible de ignorar se retuerce y tira de mi entrepierna.

—Yo… —Me pongo todavía más roja—. Ayer me corrí muchas veces —balbuceo.

—¿Cómo…?

Intento apartar la mirada, pero me sujeta la mandíbula con más fuerza y me obliga a mirarlo a los ojos otra vez.

—Como una zorrita avariciosa —susurro con voz ronca.

—Dónde.

Madre mía, ¿es en serio?

—¿Dónde, princesa?

Mojo los labios y se me acelera la respiración.

—Sobre tu polla.

Noto que mi centro se derrite y que el calor se me acumula entre los muslos con solo decirlo. Kenzo sonríe con una mirada de triunfo sumamente arrogante en la cara. Pero no se aparta. No me quita la mano de la barbilla y la sigue sujetando.

—Buena chica.

Joder, maldita sea.

Antes estaba húmeda.

Pero ahora estoy empapada.

—Seguro que este coño tan bonito está mojado y perfecto para

mí, ¿verdad?

Ya estoy temblando y entonces noto que desliza su otra mano por mi cadera, erizándome la piel a su paso. Mete los dedos con destreza bajo la sudadera y me acaricia la piel desnuda mientras dibuja círculos que poco a poco van hacia el torso, hasta que baila con las yemas de los dedos sobre mi estómago.

Baja la cabeza hacia mi oreja. Me quedo sin respiración sin querer cuando noto que mete la mano bajo la cinturilla de los pantalones.

—Vamos a comprobarlo.

Me toca la piel con la palma de la mano mientras la sigue bajando. Tiemblo de pies a cabeza y reprimo un gemido cuando me toca cada vez más abajo. Despacio, me hace círculos con su grueso dedo sobre el clítoris y lo hunde entre los labios.

El mundo se difumina y gimo mientras me agarro a la encimera que tengo detrás. Las caderas empiezan a moverse por voluntad propia y empujan hacia delante mientras me recorre los labios con el dedo una y otra vez para torturarme.

—Qué coño tan mojado.

Gimo y aspiro aire entre los dientes cuando me mete un dedo de golpe. No son los tres de ayer por la noche y ni se acerca al tamaño de su polla.

Pero aun así es la hostia.

Kenzo curva el dedo en mi interior y lo frota contra mi punto G cuando empiezo a retorcerme entre él y la encimera. Empiezo a respirar de forma agitada y entrecortada, se me contrae la parte baja del abdomen y pongo los ojos en blanco.

—¿Quieres que te vuelva a follar, princesa? —suspira Kenzo sobre mi oreja.

Vuelve a usar los dientes y me muerde el lóbulo con fuerza antes de bajar la boca a mi cuello. Todavía tengo la zona muy dolorida, pero me da igual. Anhelo el dolor que siento cuando me muerde y

me hace un moratón encima del otro mientras me mete y me saca el dedo del coño.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Quieres que te abra de piernas y te penetre con mi gruesa polla en tu precioso coño rosa hasta que te corras sobre mí como una zorrita insaciable. Quieres que me vuelva a vaciar dentro de ti.

Me sujeto a la encimera con todas mis fuerzas mientras mi mundo empieza a estallar en pedazos. Noto cómo mis paredes internas aprietan su dedo con fuerza y me contraigo cuando la ola empieza a llegar a su punto álgido.

—¿Quieres que haga que este coñito de zorra se corra, mi buena chica?

Arrugo la cara y abro la boca mientras me preparo para caer por el precipicio.

De repente, Kenzo saca el dedo y la mano de mis pantalones y yo abro los ojos de golpe, confusa y a punto de protestar.

«¡Qué…!».

Kenzo me sonríe de forma fría, con los ojos llenos de una satisfacción engreída mientras se vuelve a acercar a mi oreja.

—Ni de coña.

Me atraganto y siseo.

—Disfruta del calentón, princesa.

Sin mediar palabra, se da la vuelta y sale de la cocina. Me ha dejado temblando y aferrándome a la encimera con una humedad humillante, y ahora también incómoda, que me gotea por los muslos.

«Gilipollas».

16
ANNIKA

A pesar de que he estado aquí un millón de veces, siempre me sorprende la opulencia absoluta de la mansión de Kir cada vez que pongo un pie dentro. O incluso cuando entro en coche por las grandiosas puertas de la entrada y paso por delante de los guardias que observan cómo subes por la entrada curvada y cubierta de piedra blanca hasta la gigantesca puerta principal que hay bajo el pórtico.

La verdad es que es un lugar preciosísimo.

Kir tiene un apartamento en Manhattan, pero hace años que tiene esta casa en el Bronx. Es una mansión antigua, que fue propiedad de los Vanderbilt (sí, esos Vanderbilt) durante la Edad Dorada, y tiene incrustaciones de oro en todas partes, mármol blanco y rosa, techos altos y abovedados y arte moderno e impresionista de un valor incalculable colgado en la pared. Los terrenos son preciosos, con rosas, fuentes y unos setos recortados a la perfección, y hasta cuenta con un garaje lo bastante grande como para albergar la vasta colección de clásicos de Kir y Damian.

Recuerdo que al principio tanta ostentación de riqueza me echó para atrás. Es decir, crecí rodeada de dinero, Taylor y yo vivíamos muy bien en Serbia, en una mansión más grande que esta con jardines de cuento de hadas, pero la propiedad de Kir… tiene algo que la hace especial.

A lo mejor es el hecho de que esta es solo una de las siete casas que tiene, y son todas igual de imponentes.

Durante mucho tiempo, cuando estaba sola, a mi parecer ese dinero no te hacía poderoso, te convertía en un objetivo. Además, tanta riqueza equivalía a ser una persona despreciable. La gente con la que me encontré que manejaba esa cantidad de dinero casi siempre eran unos imbéciles insufribles y arrogantes.

Pero Kir me hizo cambiar de opinión sobre eso cuando pasó de ser alguien con quien hacía negocios a, básicamente, mi familia. Porque la verdad es que es diferente. Empezó de cero, sangró, luchó y casi murió en las calles y luego construyó un imperio de la nada. Ahora, es un multimillonario que dirige una de las familias más poderosas de la Bratva de todo el mundo y hasta se sienta en la Mesa de Hierro.

No es arrogante ni tiene un carácter de mierda; solo una determinación de acero y una fuerza inquebrantable.

Y, vale, también una vena violenta. Así es la Bratva.

Lo encuentro en su oficina, paseando de un lado a otro con la frente arrugada y el móvil pegado a la oreja. Me ve, pero no sonríe, solo me lanza una mirada y levanta un dedo antes de girarse para gritar en ruso.

Antes me parecía raro que Kir nunca se hubiera casado ni saliera con nadie y, durante un tiempo, la teoría favorita que teníamos Freya y yo era que era gay y que nunca había salido del armario porque había decidido que tener novio no pegaba con ser el jefe de una importante familia de la Bratva. Es una idea estúpida, pero quién sabe.

Conforme pasó el tiempo, descartamos la teoría; no es que Kir prefiera la compañía de los hombres, es que está casado con su imperio.

Con poco más de cuarenta años, el hombre tiene el físico de un atleta profesional con la mitad de años que él, un pelazo, ojos azules y es tremendamente atractivo.

Y, hablando en serio, el tío necesita compañía femenina en su vida, alguien que no seamos ni Frey ni yo. En plan, de ese tipo de compañía femenina.

Espero a que termine de echarle la bronca a alguien en ruso. Cuando cuelga la llamada, gira el cuello y se cruje los nudillos antes de girarse hacia mí.

—Tú —gruñe en plan: «Ahora me toca echarte la bronca a ti».

Frunzo el ceño.

—¿Qué? Quería hablar contigo sobre la locura de que tengo que mudarme a puto Japón…

—Siéntate.

¿Qué cojones? Kir nunca me habla así ni me da órdenes.

—¿Disculpa?

Le centellean los ojos azules, que son iguales a los de Paul Newman.

—He dicho que te sientes, Annika.

Arrugo aún más la frente. Hay algo en su tono, o más bien el hecho de que use ese tono conmigo, que me inquieta.

Me acerco y me siento en uno de los sofás que está al lado de la enorme chimenea de mármol negro encastrada en la librería que tiene en la oficina.

Kir se queda de pie y se apoya contra la repisa mientras se cruza de brazos.

—¿Qué pasa…?

—¡¿Te has metido en negocios con Ulkan Gacaferi?!

«Ay, me cago en la puta».

Me aclaro la garganta.

—¿Qué? No…

—Maldita sea, Annika —dice Kir entre dientes—, no me mientas a la puta cara.

Haco una mueca y dejo caer los hombros.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Acabas de hacerlo tú —me espeta.

«Me cago en mi puta vida».

—Pero tenía una corazonada antes de que me lo confirmaras.

Rechino los dientes y aparto la mirada.

—¿Una corazonada o le ordenaste a Isaak que metiera las narices en mis asuntos personales?

Kir bufa.

—Se convirtió también en asunto mío en cuanto Freya y tú decidisteis trabajar con ese psicópata. —Me fulmina con la mirada y me señala con un dedo—. Era él quien estaba la otra noche en la puta casa de Sota, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Yo…

—Annika, te juro por Dios que, como me mientas a la cara dos veces en un día, habrá consecuencias.

—La verdad es que no lo sé —digo con tristeza—. Te lo juro.

—La historia completa. Ya.

Tomo aire de forma lenta y profunda.

Tras contarle a Kir lo del trabajo que aceptamos de Ulka para robar el Lambo, se me queda mirando como si estuviera loca.

Y la verdad es que no va muy desencaminado.

—¿Valon Leka? —masculla.

Resisto el impulso de encogerme de miedo al escuchar su nombre.

—Le robaste a Valon. —Maldice con saña en ruso mientras se da la vuelta y se pasa la mano por el pelo—. Joder, Anni —sisea—. ¡Sabes que estamos hablando para hacer negocios con él!

Aparto la mirada y me clavo los dientes en la mejilla.

Decidí hace mucho tiempo que, cuando el hombre que me hirió, abusó de mí y me hizo luz de gas pasó de tener nombre a que Freya y yo nos refiriésemos a él de forma exclusiva como El-que-no-debe-

ser-nombrado, se había convertido en parte de mi pasado, había quedado enterrado en una caja y habíamos tirado la llave al océano.

Después, no hace mucho, Kir mencionó de pasada, para mi espanto, que quizá se asociaba con él.

Podría habérselo dicho. Debería habérselo dicho. Podría contárselo ahora mismo y no me cabe la menor duda de que Kir iría en este preciso instante a meterle una bala en la cabeza a ese cabronazo.

Pero el hombre que tengo ante mí me lo ha dado casi todo: un propósito, poder, un nuevo comienzo.

Protección, familia y amor.

Es parecido a la razón por la que mantengo mi desastre de vida separada de la ordenada existencia de Taylor. Kir construyó su imperio partiendo desde cero y ha sido lo bastante amable como para dejar que Freya y yo lo acompañemos.

No se merece el caos que arrastro conmigo como consecuencia de las malas decisiones que he tomado.

Por eso nunca le he contado ni jamás le contaré la verdad sobre mi historia con ese desgraciado.

—¿Lo sabe?

Me estremezco al oír la voz de Kir.

—Perdona, ¿qué?

—Valon —dice sin ser consciente en absoluto de la ansiedad que me provoca oír su nombre en alto—. ¿Sabe que fuiste tú quien robó el puto coche?

Odio mentirle a Kir, así que casi nunca lo hago. Hoy voy a hacer una excepción.

—No. —Niego con la cabeza—. Es imposible.

Exhala despacio y destensa los hombros aliviado.

—Bien —dice—, bien.

Me aclaro la garganta.

—Sobre lo de Kioto…

—Vas a ir.

Lo miro fijamente.

—¡¿Qué?!

—Annika, alguien te disparó la otra noche —dice tenso entre dientes—. Luego metieron una bomba en tu boda.

Trago saliva.

—Oye, ambos sabemos que cualquier tipo de violencia en una fase tan temprana del acuerdo con Sota podría destruir…

—¿Crees que me importa una mierda el acuerdo? —murmura frunciendo el ceño—. Anni, a mí me importas tú.

Me mira con auténtico dolor y preocupación.

—¡Te envío a Japón porque estoy muy preocupado por ti! —gruñe —. Eres mi familia, Annika. No me quedaré de brazos cruzados esperando a que te hagan daño.

Niego con la cabeza.

—Kir, tienes hombres aquí en Nueva York. Estoy completamente…

—Y Kenzo tiene una fortaleza y un ejército —gruñe—, en Kioto.

Lo miro.

—Kir…

—No está abierto a debate, Annika —sentencia.

—¡Y una mierda! —siseo y me pongo de pie de golpe—. No voy a…

Le suena el teléfono muy alto y me interrumpe. Kir lo saca cabreado del bolsillo de la chaqueta y lo mira fijamente.

—¡Eh! ¡Que estoy hablando! —le escupo—. Soy una mujer adulta, joder, y no permitiré que me envíen a…

—Annika.

Kir sonríe mientras alza la vista del móvil y me mira.

—Damian ha despertado.

—No me jodas.

Suspiro y sonrío mientras pongo los ojos en blanco.

—Primero, me siento halagada, pero no lo iba a hacer de todas formas, no pienso en ti de esa forma.

Los médicos solo nos dejan entrar de uno en uno para ver a Damian. Kir tiró de rango y fue el primero en entrar. Freya y yo nos jugamos ser la segunda a piedra, papel o tijera y perdí. Pero aquí estoy, por fin lo veo.

Tiene un aspecto…, bueno, como si le hubiesen pegado un tiro. Está más demacrado que de costumbre, ya que lleva un par de semanas postrado en una cama de hospital en vez de pasarse medio día en el gimnasio. Pero sigue siendo el Damian que quiero.

Además, está vivo.

Hace una mueca y me lanza una mirada.

—No seas asquerosa, Anni.

Sonrío.

—Bueno, y no sé si te habrás enterado, pero ahora soy una mujer casada.

El rostro de Damian se vuelve sombrío y se le oscurecen los ojos lavanda.

—Joder, odio con toda mi alma que tuvieras que hacerlo por mi culpa.

Frunzo el ceño y le doy un puñetazo juguetón en el brazo.

—Cierra la puta boca.

—Vale, ¿ay? —Se frota el brazo—. ¿Recuerdas que me han pegado un puto tiro?

—Perdona —bromeo—, dejaré los puñetazos para más adelante.

—Ya, ¿serás capaz? —murmura con una sonrisa en los labios. Exhala y se lleva la mano al pelo blanco—. Joder, ¿despierto de una maldita pelea y resulta que estás casada con Kenzo?

Sonrío con sarcasmo y aparto la mirada.

Me niego a que mi mente divague hasta los eventos de anoche.

O de esta mañana.

—No es tu culpa, Damian.

Niega con la cabeza.

—Yo…, joder, no lo sé, Anni. Quiero decir, Aoki sacó el arma primero, eso seguro.

—Damian…

—Pero, a lo mejor, si le hubiera disparado al brazo en vez de matarlo… —Aprieta los dientes—. O si ni siquiera hubiera estado en el club para la reunión…

—Damian —digo entre dientes en tono cortante—. Es lo que hay, ¿vale? Ya sabes lo que pienso de darle vueltas al pasado.

Esboza una sonrisa burlona.

—Lo hecho hecho está.

—Exacto.

Hace una mueca.

—Sigo odiando con toda mi puta alma que tuvieras que casarte y no haber estado ahí para montar un numerito y decirle a Kenzo que se vaya a la puta mierda y no vuelva.

—No hay momento como el presente…

Suelta una risita y luego hace una mueca de dolor mientras se lleva la mano al vendaje que le cubre la herida del costado, que aún se está curando.

—Así que Kioto —gruñe.

Pongo los ojos en blanco.

—Órdenes de Kir.

—Sabes que tiene razón, ¿no? —dice Damian con voz ronca—. Quiero decir, me ha puesto al día de todo lo que me he perdido. Nueva York es demasiado peligroso ahora mismo. Cuando no sabes de dónde viene el enemigo o ni siquiera quién cojones es, no te mantienes firme y te arriesgas a que te peguen un tiro por la

espalda. Lo suyo es retirarse y reagruparse.

—No es mi estilo.

Pone los ojos en blanco.

—Ve a Kioto, Anni. En serio. Puede que no me guste Kenzo, pero lo respeto. Es un imbécil, pero también es un hombre de palabra. Y esta tregua significa tanto para él y Sota como para nosotros. No dejará que nadie te elimine y, posiblemente, dé al traste con esta paz tan frágil.

Frunzo el ceño y me miro las manos.

—Pero, además —gruñe—, en cuanto me saquen de aquí volaré directo a Kioto para echarle un ojo al cabrón que ha decidido jugar a las casitas contigo.

Le sonrío.

—¿En serio?

—Eso ni se pregunta —dice en voz baja.

Sonrío y extiendo el brazo para apretarle la mano.

—Vale, está bien, iré. Pero ¿me haces un favor?

—Lo que quieras.

—Controla el impulso de joder las cosas y céntrate en curarte, ¿vale?

Damian sonríe.

—Creo que podré hacerlo.

—Bien. Como no lo hagas, te dispararé yo misma otra vez.



Más tarde, me paso por casa de Taylor y Drazen para hablar con mi hermana sobre lo que está pasando.

—No deberías haber estado allí y no debí ponerte en riesgo de esa forma…

—Anni. —Taylor sonríe en silencio mientras me toma la mano—. Sé que dices que tu vida es complicada y un desastre, pero, a ver… —

Se da la vuelta y señala hacia el ridículo palacio que Drazen y ella llaman apartamento, con su marido en uno de los balcones que dan a Central Park atendiendo una llamada de negocios—. Me casé con algo complicado y desorganizado. Y peligroso. —Se vuelve a girar hacia mí—. No tienes por qué preocuparte de mí, nunca. ¿Con él? —Sonríe mientras mira otra vez a Drazen con una mirada de puro…

Amor.

Felicidad.

Alegría.

Tiene una sincronía con otra persona que yo nunca sentí.

—Siempre estoy a salvo con él. —Me mira—. Y quiero que tú también estés a salvo. Si eso significa que te vayas a Kioto mientras las cosas se calman aquí… —Se encoge de hombros—. Pues entonces creo que deberías disfrutar de unas merecidas vacaciones en Japón.

—Es que… —Arrugo la frente—. Tengo la sensación de que acabamos de reencontrarnos.

Ella sonríe mientras tira de mí y me da un fuerte abrazo.

—Yo también —susurra—, pero, si te parece bien, me gustaría seguir teniendo lo que acabamos de recuperar. Y para eso tienes que continuar con vida.

La abrazo con fuerza. Drazen vuelve a entrar y le doy un abrazo a él también y le hago prometer que va a mantener a mi hermana gemela más que a salvo.

Luego me voy a casa a hacer la maleta.

Y, después de eso, pongo rumbo a lo desconocido una vez más.

17
ANNIKA

No es la primera vez que vuelo en un jet privado. Kir tiene uno que es tan impresionante como sus ocho casas y, no voy a mentir, es una pasada.

Pero volar en el gigantesco 747 de Sota está a otro nivel. Hay dos plantas con una cabina principal, habitaciones individuales, una oficina y una sala de conferencias, un comedor con un maldito chef de sushi, un bar y un gimnasio.

Sí. En un avión.

Tras llevar varias horas de vuelo, ya he visto *Air Force One (El avión del presidente)* y *Serpientes en el avión.* Llámame loca, pero me pareció un material visual apropiado, ya que me llevan a Japón en un jet en contra de mi voluntad.

Al final, necesito estirar las piernas y me doy un paseíto. Termino en el mostrador de sushi, donde el chef me saluda con una sonrisa y empieza a preparar el primer plato de un menú degustación *omakase*.

—Espero que no te importe que me siente contigo.

Sobresaltada, me giro y veo a Sota.

—Para nada. —Sonrío con ironía—. Es tu avión, al fin y al cabo.

El hombre mayor se ríe entre dientes y se sienta a mi lado. El chef le hace una inclinación de cabeza a su jefe, sirve una jarra de sake y la desliza hacia nosotros.

—¿Sake? —pregunta Sota girándose hacia mí.

—La verdad es que he dejado de beber por una temporadita.

Alza una ceja y me mira fijamente.

—Quiero decir… Sí, claro, por qué no. —Me encojo de hombros.

Sota se ríe mientras el chef nos sirve dos tacitas de sake antes de volver a inclinar la cabeza y seguir preparando el sushi.

—Jiro no sabe inglés —dice Sota con su hermoso acento mientras señala al chef con la cabeza—. Siéntete libre de decir lo que quieras.

Sirve el sake mientras Jiro nos coloca un plato delante a cada uno, con unas lonchas de *hamachi* colocadas con mucho gusto sobre una ensalada ligera de algas y lo que parecen rodajas de *yuzu*.

—*Kanpai* —dice el viejo jefe de la Yakuza con voz ronca mientras alza el vaso.

—*Kanpai*.

—Por un matrimonio fructífero —dice en voz baja. Cuando se fija en la mirada que no consigo ocultar lo bastante rápido, sonríe—. Puede que no haya amor —continúa—, pero que al menos esté lleno de paz, respeto y amabilidad.

Vaya, qué bonito.

Le doy un sorbo al sake y agarro los palillos para probar el delicioso primer plato. Cuando le echo un ojo a Sota, me doy cuenta de algo que nunca había visto. Deslizo la mirada por su antebrazo, sobre el tatuaje *irezumi*, hasta que los poso sobre su mano derecha… y el dedo meñique, al que le falta la falange superior.

—Cuando era joven —dice Sota, que me ha pillado mirando y levanta la mano con una sonrisa mordaz—, era un poco como Takeshi: obstinado, impulsivo y salvaje. —Suelta una risita—. También como Kenzo, aunque al menos él mantiene la cabeza fría.

—¿Qué pasó? —pregunto frunciendo el ceño al mirarle el dedo.

—Le falté al respeto a mi *oyabun* —dice como si nada—. En la Yakuza, el respeto lo es todo. Por suerte, mi *oyabun* era un hombre sabio que vio potencial en un joven testarudo. Podría haber exigido mi corazón, pero, en cambio, fue solo *yubitsume*.

Vuelvo a mirarle el meñique con los ojos como platos.

—¿Te cortó el dedo?

Sota se ríe entre dientes y niega con la cabeza mientras se vuelve hacia su *hamachi*.

—No. —Le da un sorbo al sake—. Me lo corté yo.

Hostia puta.

A ver, la Bratva es un tema serio y suele adentrarse con frecuencia en la parte más salvaje del bosque, pero tener que cortarte tu propio dedo por ofender ligeramente a tu jefe es pasarse.

Sota suspira y me mira mientras nos terminamos el primer plato.

—Ahora crees que la Yakuza es salvaje y despiadada.

Podría mentirle, pero Sota tiene algo que hace que quieras decirle la verdad.

—Me resulta… un poco extremo. Es solo mi opinión, por supuesto, una de alguien que no pertenece a un mundo…

—Cierto. —Asiente—. Pero la Bratva también es extrema a su manera, ¿no?

Bien visto.

—Y aunque eras pequeña y puede que te ocultasen muchas cosas, el imperio de tu padre era bastante extremo en ciertos aspectos.

Frunzo el ceño con curiosidad. Sota sonríe.

—Lo conocí una vez. A tu padre.

La conmoción se me extiende por el rostro.

—¿En serio?

Él asiente.

—No para hacer negocios. Estábamos los dos en Mónaco y jugamos al póker juntos en una mesa. Se le daba bien. —Se ríe con tristeza—. Me sacó un montón de dinero aquella noche.

Sonrío para mis adentros. No pienso en mis padres muy a menudo, pero me lo permito de vez en cuando, como si fuese un regalo.

—Sí, la Yakuza puede ser salvaje y extrema —dice Sota mientras Jiro nos pone otro plato delante, esta vez es *uni*—, pero eso fue lo que me salvó de joven. Creo que también fue lo que salvó al padre de Kenzo, Hideo. No sé si sabías que era mi mejor amigo y entiendo que, llegado cierto punto, quisiera salir de este mundo por su familia, pero, para mí, la Yakuza es mi familia. Es mi gran amor —dice con pasión girándose hacia mí—. Creo que también fue lo que salvó a Kenzo.

—¿De qué?

Se encoge de hombros.

—De la monotonía. De vagar por la vida sin estar seguro de quién era ni de quién debería ser. Podría haberse quedado en Inglaterra con su madre, que descanse en paz. Podría haber vivido en la periferia de la aristocracia sin que nunca llegasen a aceptarlo entre sus filas. Pero la sangre habla, y la que corre por sus venas lo trajo de vuelta a Japón. De vuelta a la Yakuza. Se encontró a sí mismo a través de lo salvaje y lo extremo. ¿Y ahora? —Alza el vaso hacia mí y sonríe—. Y ahora te ha encontrado a ti.

Le devuelvo la sonrisa mientras rozo su copa con la mía.

—*Kanpai*, Sota-san.

Él sonríe.

—*Kanpai*, Annika.

Tras una agradable cena con Sota, me dirijo a la parte trasera del avión, hacia la zona de oficina y sala de conferencias. No tengo claro cuánto tiempo voy a estar en Kioto, pero me he estado preparando para una absorción para Kir y planeamos ponerla en marcha en los próximos tres meses. Eso significa que hay que asegurarse de que el ejército de abogados corporativos y expertos en finanzas de Kir estén

en sintonía.

Oye, así es el trabajo.

Estoy en una videollamada desde mi portátil, sentada en el escritorio mirando hacia el resto de la sala de conferencias. De repente, se abre la puerta y me pongo un poco colorada cuando entra Kenzo. Me vuelvo a centrar en la pantalla y asiento a algo que acaba de decir alguien a través de los auriculares. Entonces me doy cuenta de que Kenzo se dirige hacia mí.

—Discúlpame un segundo —digo educadamente. Presiono un botón, silencio el micro y apago la cámara mientras Kenzo se apoya contra el escritorio justo al lado de la pantalla—. ¿Necesitas ayuda? —murmuro.

—Puede —gruñe con una chispa de algo peligroso en la mirada.

Siento mariposas en el abdomen bajo y se me acalora el rostro, pero me lo trago y lo fulmino con la mirada.

—Estoy en medio de una videollamada.

Esboza una sonrisilla.

—¿Y qué crees que quiero como para que no pueda hacerse en medio de una videollamada?

Me palpitan las mejillas.

—Si no te importa, algunas tenemos trabajo. —Le empujo la cadera para apartarlo del escritorio hasta que desaparece del campo de visión de la cámara—. Perdona —digo cortante mientras vuelvo a encender la pantalla y vuelvo a conectar la cámara y el micro.

Uno de los abogados de Kir está revisando asuntos contractuales. De repente, un movimiento tras el monitor rompe mi concentración. Alzo la vista y casi se me salen los ojos de las cuencas cuando veo a Kenzo junto a la mesa de conferencias desabrochándose la camisa negra y quitándosela, dejando al aire sus hombros musculosos y tatuados.

Me muerdo el labio mientras veo cómo la coloca con cuidado sobre

el respaldo de una de las sillas.

Baja las manos hacia el cinturón y empieza a quitárselo. Entonces silencio el micro y apago la cámara otra vez.

—¿Qué cojones haces?

Se quita los pantalones y los cuelga también con cuidado en la silla al lado de la camisa. Después se gira hacia mí y contengo la respiración mientras me embriago con la locura de cuerpo que tiene.

Joder, el tío parece una foto retocada andante.

—¿Hola? —siseo— ¿Qué cojones?

Kenzo se encoge de hombros.

—Aún faltan varias horas para llegar a Japón. Me estoy poniendo cómodo.

—¿Y no puedes hacerlo en otra parte?

Alguien dice mi nombre en mi oreja.

Mierda.

Vuelvo a centrarme en el monitor y conecto el micro y enciendo la cámara otra vez.

—Mis disculpas, la conexión Wi-Fi no va muy bien. Lo cierto es que estoy volando a Japón en este preciso…

Casi me caigo de la silla cuando me fijo en la escena que se está desarrollando delante de mí. Kenzo se ha acercado al escritorio y se ha quedado de pie al lado, justo fuera del campo de visión de la cámara mientras se pasa una mano por la mandíbula.

Está completamente desnudo.

Me quedo boquiabierta. No puedo evitarlo: la mirada me va directa a su pene. Es que, quiero decir, joder, está justo ahí. Ni siquiera está empalmado, pero la maldita cosa sigue siendo enorme y gruesa y parece pesar mientras le cuelga entre las piernas.

—Disculpa, ¿no tenías que atender una videollamada?

¿Cómo pretende que lo haga? Para mi vergüenza, toda mi atención está centrada en su polla.

¿Cómo cojones hizo para meterme eso? En plan, dentro de los límites de la biología. Quiero reiterar que ni siquiera está empalmado ahora mismo.

—¿Annika?

Desvío la atención de nuevo al abogado de Kir, que está en pantalla, sonrojada y furiosa.

—Disculpa, Sean. La conexión va con mucho retraso. ¿Me envías el contrato para que pueda echarle un ojo? Programaré una llamada de seguimiento en cuanto haya aterrizado y me haya instalado y así podemos volver sobre estos puntos. Quiero que queden escritos en piedra antes de entrar en esa sala de conferencias buscando sangre.

—Me parece bien, Annika. —Sean sonríe—. Disfruta del vuelo. Luego hablamos.

Termino la llamada y me giro para lanzarle cuchillos con la mirada a Kenzo, que ya se ha dado la vuelta para alejarse, dejando que vea el culo absurdamente esculpido y perfecto que tiene, por mucho que odie admitirlo.

—Pero ¿qué problema tienes?

Se da media vuelta, arquea una ceja y esboza una sonrisilla al otro lado de la sala mientras se pone unos pantalones de deporte grises y una camiseta negra que se ajusta a sus bíceps a la perfección.

—No te tenía por la clase de chica que vuelve sobre ciertos puntos.

—¿Has venido aquí por algo o solo para divertirte mientras me molestas?

Sonríe.

—Deberíamos hablar sobre nuestras necesidades.

Arrugo la frente.

—¿Cómo dices?

—Nuestras necesidades. Sexuales, quiero decir.

Pongo los ojos en blanco, pero me palpita la cara por el calor cuando hasta la última de mis neuronas se queda pensando en ayer

por la noche.

En sus manos sobre mí. En su poder posesivo y la forma en la que me dominó.

La manera tan sucia que tenía de hablarme y de tocarme y cómo me folló como nunca había imaginado.

Trago saliva.

—No sé por qué tenemos que…

—Todos las tenemos —dice Kenzo en tono tranquilo—. Estamos casados, así que deberíamos hablar del tema. —Curva los labios en un gesto frívolo—. Cómo qué fetiches tienes, por ejemplo.

Tartamudeo nerviosa.

—¿Fetiches? N-no… —Recupero el aliento—. No tengo ninguno.

Kenzo resopla.

—Todo el mundo los tiene. ¿Disfrutas del sexo?

Noto un hormigueo en la cara.

—Yo diría que sí —dice con voz seductora—, pero me gustaría estar seguro.

Bueno, ahora sí. Durante los años que estuve bajo su control no fue así y, después de aquello, simplemente no lo hacía… nunca.

Hasta que lo volví a hacer con el hombre que tengo delante de mí.

—Podría adivinarlo —continúa Kenzo—. O podrías decirme sí o no y ya está. O incluso levantar el pulgar hacia arriba o hacia abajo…

—Madre mía, ¿en serio vamos a hacer esto? —suelto mientras me levanto y cruzo la sala de reuniones.

—Estamos casados, princesa —gruñe en voz baja y se sienta en una de las sillas de la mesa de conferencias—. Deberíamos saber dónde están los límites. —Curva los labios en una sonrisilla maliciosa —. O si es que hay límites siquiera.

Tiemblo cuando me atraviesa con esos ojos oscuros.

—Te recuerdo que dijiste algo de que no es violación si se está dispuesta…

Abro los ojos de par en par y noto que me arde la cara.

—Eso…

—Así que a lo mejor tienes un fetiche con la violación —gruñe.

Un calor prohibido me recorre la espalda y palpita en mi interior.

—Hoy en día se le llama sexo no consentido consensuado.

Cuando no contesto, porque no me fío de lo que pueda salir por mi boca, él sonríe.

—Me lo tomaré como un quizá. ¿Qué opinas del *bondage?*

—No quiero hablar de…

—Ah, también es un quizá —dice con calma.

Lo fulmino con la mirada.

—No he dicho eso.

—Tampoco has dicho que no.

Frunzo los labios.

—Vale, no. Nada de *bondage.* —murmuro de forma muy poco convincente.

—¿Respuesta final?

Me muerdo el labio. Kenzo esboza una sonrisilla.

—Se queda en la lista de quizá, entonces.

—¿Y tú qué? —le espeto—. ¿Qué te pone? ¿Tienes complejo de Edipo?

Tiene cara de que se lo está pasando bien.

—Vaya golpe bajo, pero no.

—¿*Fisting*? —suelto lo más raro que se me ocurre—. ¿Mearle encima a la gente?

Kenzo enarca las cejas con una mirada divertida en la cara.

—No, pero, si eso es lo que te va a ti, seguro que puedes convencerme para que lo pruebe.

—Ni de coña.

—¿A cuál de las dos cosas?

Me late la cara.

—Ambas.

—¿Segura?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué no me dices qué cosas raras te ponen para que pueda decirte que no va a pasar y podamos seguir con nuestras vidas?

Se encoge de hombros.

—Con gusto. —Centra la mirada en mí—. *Bondage* —gruñe.

«Ah».

Ya, eso para mí no es un quizá.

Puede que sea un sí…

Pero, igual que con casi todo lo relacionado con el sexo, para mí se ha echado a perder. Un hombre al que aborrezco lo convirtió en un arma y en una forma de controlarme. Aun así, decir que nunca he fantaseado con que me aten…, o me inmovilicen de otra forma…, y me usen sería mentira.

Kenzo se pone de pie y cruza despacio la habitación hasta el rincón al que me he retirado hasta que se pone justo delante de mí.

—Control —murmura.

Alza una mano y me estremezco cuando me roza la garganta con la parte posterior del dedo.

—Uso libre.

Se me enciende la cara con un calor prohibido y se me tensan los muslos. Kenzo sonríe.

—Por tu reacción, veo que sabes lo que es.

—Yo… —Trago saliva con la respiración acelerada—. Sí.

—Tengo el control sobre ti en cualquier momento y en cualquier parte —dice con voz grave.

—¿Eres el único que puede controlar? —replico en un intento vano de mantenerme en una especie de igualdad de condiciones.

—O puede funcionar en ambos sentidos.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué generoso. ¿Y si me niego?

—¿Eso estás haciendo? —murmura mientras me acaricia el cuello moviendo el dedo arriba y abajo despacio—. ¿Negarte?

Trago saliva con dificultad, pero no digo nada.

—Mm… otro quizá —dice Kenzo en voz seductora—. Vaya, esto se está poniendo interesante.

Deja caer la mano y se da la vuelta para caminar con calma hasta una de las sillas de la mesa de conferencias que tiene detrás y se sienta.

—Ven aquí.

No es solo por el tono suave pero autoritario. No es solo por ese acento británico tan estúpidamente sexy.

Es por cómo curva el dedo de esa forma tan provocativa. Es que… me hace sentir cosas.

Antes de que pueda pensármelo dos veces o erigir cualquier tipo de barrera contra los sentimientos tan traicioneros que me inundan, me muevo hacia él. Voy a sentarme en la silla que está a su lado, pero Kenzo niega con la cabeza.

—Aquí —murmura mientras se da palmaditas en el regazo.

—¿Qué? —digo casi atragantándome.

—Ven. Aquí —gruñe con suavidad curvando los dedos de nuevo y señalando hacia sus muslos.

Me pongo coloradísima mientras me siento en su regazo y después me estremezco y suelto un grito ahogado cuando me da la vuelta y me tira con fuerza sobre sus piernas boca abajo.

—¡Kenzo!

Abro los ojos de par en par y me falta el aire cuando agarra la parte de atrás de mis mallas y me las desliza por el culo hasta bajármelas por debajo de los muslos con un fuerte tirón del brazo.

—¡Qué cojones…!

Grito cuando agarra las bragas y también me las baja. Mi mundo

explota, noto un hormigueo en la cara y todo el cuerpo me palpita no solo por la vergüenza, sino también por una salvaje necesidad de algo más.

De algo oscuro.

Tiemblo al sentirme vulnerable y expuesta de una manera tan intensa.

No es la primera vez que me siento así, pero esta vez es diferente. Esta vez no lo está usando como un arma contra mí, para torturarme ni para mantenerme en mi sitio.

Esta vez, hay algo extrañamente liberador en lo que está haciendo. En lo que está permitiendo que florezca en mi interior.

En lo que está desbloqueando en lo más profundo de mi mente.

El-que-no-debe-ser-nombrado era un monstruo. Sus intenciones eran viles y deshonestas. Puede que Kenzo sea un capullo e incluso esté un poco psicótico. Puede que seamos enemigos.

Pero no es un monstruo.

Así que, cuando me desliza la mano por la parte posterior de los muslos y el culo, no me encojo de miedo ni me hago un ovillo. No lo bloqueo ni desconecto.

Lo abrazo.

Lo inhalo.

Dejo que el calor de su tacto y el ardor de su mirada se fundan con mi piel y me prendan fuego.

La enorme mano de Kenzo me agarra una nalga. Me palpita la cara de la vergüenza cuando me las abre y siento el aire frío contra la humedad que se me acumula entre los muslos.

—Qué… —Me tiembla la voz—. Qué estás…

—Lo que quiera, princesa —gruñe—. No olvides que eres mi mujer. Eres mía… al completo —murmura—. Incluyendo este precioso coño.

Me mete la mano entre los muslos y contengo un gemido cuando desliza un dedo por mis labios.

—¿No es cierto? —pregunta en voz baja.

—Yo… Yo…

—Dilo.

Sacudo la cabeza desafiante.

—DILO —gruñe.

Hago una pausa.

—E-es tuyo —balbuceo al fin cada vez más colorada.

Kenzo se ríe con malicia.

—¿Qué es mío?

—Mi… —Trago saliva—. Mi… vagina.

Suspira con fuerza.

—Princesa, princesa, puedes hacerlo mejor.

Grito cuando me da un azote en el culo y empiezo a sentir calor y fuego en la piel. Repite el movimiento en la otra nalga, haciendo que hierva y me retuerza del deseo. Noto que busca algo en el bolsillo. Luego vuelve a meter la mano entre mis muslos ligeramente abiertos y juega con mi humedad.

—Qué estás…

Gimoteo y me muerdo el labio cuando noto algo duro y de goma deslizarse dentro de mí. Pongo los ojos en blanco del placer mientras se hunde en mi interior y entonces me doy cuenta de que tiene forma de U. Uno de los extremos descansa dentro sobre mi punto G y el otro extremo de la U está apoyado sobre mi clítoris.

Empiezo a temblar de pies a cabeza.

Oigo el clic de un botón al pulsarlo.

Ay, JODER…

El juguete empieza a enviar vibraciones que se propagan por mi entrepierna como si fuera un maremoto. Resulta casi demasiado intenso, está muy cerca de ser insoportable. Intento contener el gemido, pero no puedo evitar soltar un grito de placer cuando las palpitaciones y las vibraciones sobre mi clítoris y mi punto G me

llevan al abismo.

—Y ahora —murmura Kenzo con voz grave sobre el zumbido que me está convirtiendo en un charco sobre su regazo—, intentémoslo de nuevo, ¿te parece? —Me da una fuerte palmada en el culo y me hace gritar y sollozar de placer—. Dilo.

—¡Es… tuyo! —mascullo agarrándome a sus muslos fibrados mientras me retuerzo sobre ellos.

—¿Qué es mío? Esfuérzate más.

El mundo se derrite a mi alrededor y me quedo boquiabierta.

—¡M-mi coño! —gimo.

—¿Es?

—¡Tuyo! —gimoteo casi gritando mientras las olas rompen contra mí.

No me puedo creer que esté diciendo ni haciendo esto. Yo no me someto. Jamás me someto a nadie. Pero, ahora mismo, lo estoy deseando. Estoy desesperada por hacerlo.

Para mí solo existe la vibración del juguete. Para mí solo existe el placer. Me mete el pulgar en la boca y me folla los labios de forma superficial mientras gimo a su alrededor.

—Qué húmeda y caliente estás, princesa —gruñe.

Me saca el dedo con un suave pop. Después siento cómo mueve la mano despacio hacia atrás…

Y me acaricia el culo con el pulgar.

«Madre mía…».

—Kenzo, no…

—No recuerdo haberte pedido permiso ni tu opinión, princesa —susurra.

Suelto un gemido profundo cuando hace círculos con el pulgar mojado alrededor de mi estrecho agujero antes de metérmelo de repente.

«Hostia puta…».

Siento que otra cosa empuja contra mis labios. Por un momento, creo que es el otro pulgar, pero, cuando abro la boca, me doy cuenta de que es otro juguete de goma, aunque este tiene una forma distinta al que vibra contra mi clítoris y punto G.

—Yo que tú dejaría esto bien mojadito…

Gimo y jadeo mientras lamo el juguete y lo cubro de saliva. Me lo saca de la boca mientras hunde más el pulgar en mi culo y después lo saca despacio.

Me estimula el agujero de atrás con el juguete y abro los ojos de par en par.

—Kenzo…

Sin avisar ni preguntar ni ningún tipo de preámbulo, me mete el juguete en el culo.

«JODER».

Gruño mientras me tiemblan las piernas y curvo los dedos de los pies en el aire. El *plug* anal se hunde en mi interior, se ensancha hasta el punto de que tengo que ahogar un gemido antes de estrecharse de repente y formar una base plana que queda sobre mi ano.

Lo acabo de tener en la boca. Sé que es bastante pequeño, pero, hostia puta, ahí detrás parece enorme.

—Interesante —murmura Kenzo.

Se me escapa un gemido ahogado.

—¿Q-qué?

—Nunca lo habías hecho por ahí, ¿no?

Tiene razón.

—No —lloriqueo. Gimo cuando agarra ambos juguetes por las partes que sobresalen y empieza a meterlos y a sacarlos con cuidado, como si me estuviese follando por los dos agujeros al mismo tiempo. Pongo los ojos en blanco y abro la boca. Le clavo las uñas en sus muslos firmes y fibrados para agarrarme a él mientras

gimo de placer.

—Algún día disfrutaré dilatando este agujero —gruñe Kenzo—, pero, primero, ponte de rodillas.

—¿Q-qué?

Se inclina y sus labios se detienen cerca de mi oreja.

—Te vas a poner de rodillas y te vas a tragar hasta el último centímetro de mi polla como la buena puta que eres.

Es como si alguien me hubiera echado un jarro de agua fría por encima y hubiera extinguido por completo el fuego que amenazaba con consumirme.

«Qué putita tan buena eres, Annika. Mi puta».

Al momento, literalmente al momento, en cuanto los recuerdos de la vergüenza, la oscuridad y el abuso afloran en mi mente, se desvanece cualquier deseo salvaje que tuviera.

Me levanto del regazo de Kenzo y me alejo de él a trompicones, mientras me subo las bragas y los pantalones a toda prisa.

Él frunce el ceño y empieza a hablar. Yo lo hago primero.

—No soy una puta —digo con frialdad en un gruñido. Me alejo de él y cruzo los brazos sobre el pecho en un movimiento reflejo mientras aparto la mirada—. No lo soy.

Kenzo no dice nada. Despacio, me vuelvo hacia él y veo la mirada impasible que tiene en la cara mientras ladea la cabeza y me mira.

—Yo no…

—Acabas de decirlo, literalmente —siseo.

Me estudia pensativo.

—No hemos acabado —gruñe por fin.

—Créeme, sí hemos acabado.

Me doy la vuelta, cruzo la sala de conferencias hecha una furia y salgo por la puerta. Camino en una neblina fría y furibunda de vuelta a la cabina principal y me dejo caer en el asiento al lado de Hana. Ella frunce el ceño, se saca los auriculares y desvía su atención de lo

que fuera que estuviera viendo para mirarme preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí —murmuro—, estoy…

Entonces abro los ojos de par en par y tengo que taparme la boca con la mano para evitar soltar un grito ahogado.

Quise escapar tan rápido de los recuerdos que me agolpaban en la mente que me las apañé para volver cabreada hasta aquí con los putos juguetes de Kenzo todavía metidos dentro.

Y acaban de empezar a moverse y a vibrar.

Los dos.

Me retuerzo en el asiento y me sujeto con fuerza al reposabrazos con una mano mientras giro la cabeza hacia el otro lado para morderme la palma de la otra.

—Jesús, Annika —suelta Hana—, ¿estás…?

—E-estoy bien —consigo decir—. Solo tengo que…

Justo cuando estoy a punto de levantarme del asiento y echar a correr hacia el baño para quitarme los putos juguetes, alguien me coloca una mano fuerte y firme sobre el hombro.

—Tranquila, esposa —gruñe en tono uniforme.

Lo miro con una mezcla de «que te follen» y «estás loco» en la mirada mientras él me sonríe en la cara, estira la mano y me abrocha el cinturón. Lo aprieta bien contra mi estómago y yo me retuerzo, luchando contra el impulso de empezar a gemir.

—El capitán me acaba de decir que estamos a punto de experimentar turbulencias.

Me lanza una leve sonrisilla que solo veo yo.

«Mentiroso hijo de…».

Suelto un grito ahogado cuando el avión se sacude. La sonrisilla de Kenzo se convierte en una sonrisa de satisfacción absoluta cuando se sienta frente a mí.

Se abrocha el cinturón y el avión se agita de nuevo. Después saca

el móvil del bolsillo y me sonríe con frialdad mientras lo levanta y arquea una ceja de manera significativa.

«Oh, serás CABRÓN…».

Toca la pantalla, en la que tiene abierta la aplicación o lo que sea que controla los putos juguetes que tengo dentro. La vibración, las palpitaciones y los latidos se intensifican y yo me agarro al asiento con una mirada de horror en la cara incluso mientras el placer aumenta.

Clavo los ojos en los suyos y curva la boca de una forma peligrosa.

—Agárrate bien, esposa. —Sonríe—. Puede que sea un vuelo movidito…

18
KENZO

Ha quedado claro desde el minuto cero que Annika y yo somos… diferentes. Opuestos.

No nos ponemos de acuerdo.

Ella es caos y yo control. Ella es fuego y yo hielo. Ella es fluidez y yo orden.

Pero cuanto más tiempo pasamos juntos, más y más ejemplos concretos de lo opuestos que somos me tira a la cara.

Por ejemplo, yo odio los vuelos largos. Incluso en un avión tan lujoso como el de Sota, me siento atrapado, como si mi vida estuviera en pausa mientras el resto del mundo sigue girando. Por el contrario, Annika parece disfrutarlos, al menos este.

Vio varias películas, se dio un paseo por las instalaciones, bebió sake y comió sushi con Sota en el comedor y luego tuvo una reunión de negocios.

Hasta ahora, mi ejemplo favorito de lo diferentes que somos está en lo que nos parece entretenido. Me refiero a cosas como que yo estaba encantado de ver cómo Annika se retorcía, se mordía el labios, se agarraba al asiento, apretaba la boca y cerraba los ojos mientras la obligaba a tener un orgasmo unas cuatro veces, más o menos, con los juguetes a control remoto mientras estaba atrapada en el asiento debido a las turbulencias.

A Annika, al parecer, no le hizo mucha gracia.

Y lo que me parece más divertido es imaginar la poquísima gracia que le haría si supiera que las turbulencias en realidad eran los

pilotos haciendo el capullo a petición mía.

Al final, en cuanto nos estabilizamos, Annika prácticamente levitó hasta el baño. Salió diez minutos después furiosa, aturullada y agotada antes de darme de mala manera los juguetes envueltos en un montón de papel y decirme que me atragantase con ellos.

Ya, no será la última vez que los vea.

Viajamos en silencio mientras el coche serpentea desde el aeropuerto y atraviesa la zona vieja de Kioto hasta llegar a la mansión que acabo de adquirir.

Hasta hace poco, le pertenecía al hombre que creí que había matado a mi padre.

Esta ciudad ha sido mi hogar desde que tenía dieciocho años y vine a Japón para descubrir mi lado de la Yakuza. Todo el mundo me conocía: el *gaijin* que Sota había acogido como un gato callejero. Pero no sabían quién era. Me refiero a que no sabían que era el heredero del trono Mori.

Así fue como conseguí infiltrarme en el Ito-kai: una familia rival de la Yakuza dirigida por Orochi Ito y el imbécil de su sobrino, Takato. Eran dos hombres, en el sentido amplio de la palabra, que no tenían ningún honor.

Cuando mi padre intentó abandonar el mundo de la Yakuza, fue Orochi quien se volvió en su contra y movió los hilos para hacerse con el imperio de mi padre antes siquiera de irse. Todo culminó con el accidente de coche que mató a la mujer de Hideo, la madre de Fumi. Pensaba que Hideo también había muerto en el accidente.

Solo Sota sabía que yo era el hijo de Hideo Mori. Mientras tanto, Orochi era un hombre vanidoso y estúpido, así que cuando le dije que estaba cansado del liderazgo de Sota y que buscaba a un *oyabun* más fuerte y poderoso el necio mordió el anzuelo y me acogió en su círculo interno.

Pasé un año «infiltrado» en el Ito-kai antes de la noche en la que

los doblegué. Aunque fue Fumi quien asestó el golpe final que puso fin a su imperio.

Desde aquellas ya he salido de entre las sombras. Le sigo siendo muy leal a Sota y siempre lo seré, pero, tras aquella noche, el mundo de la Yakuza descubrió que el Mori-kai estaba en proceso de recuperar su antigua gloria.

Tomé lo que quería de los restos de la organización de Orochi: sus almacenes, contactos, políticos y negocios.

Y también me quedé con su puta casa.

Me giro y observo con una satisfacción petulante cuando Annika se da cuenta de que nos dirigimos a la impresionante mansión situada en lo alto de los acantilados con vistas hacia el lago Biwa, a las afueras de Kioto.

—¿Vives aquí? —susurra arqueando las cejas.

La mansión es una mezcla del Japón moderno y el antiguo: balcones elevados, techos a dos aguas al estilo japonés *kirizuma* y jardines frondosos, pero también tiene paredes de cristal contemporáneas y todos los lujos modernos.

Y, además, es una puta fortaleza.

Muros altos con vallas electrificadas en la parte superior rodean los terrenos, que patrullan algunos de mis guardias de élite con un entrenamiento superior. La puerta principal podría repeler a un ejército y las cámaras cubren casi cada centímetro cuadrado del lugar. De todas formas, no serías consciente de todas las fortificaciones ni medidas de seguridad que existen a menos que las estuvieras buscando. Nadie siente que está en una prisión mientras está viviendo aquí.

Joder, me encanta este lugar. Y a mis hermanos también, por eso también viven aquí.

Hay espacio de sobra.

Dejo que la sensación de arrogancia ante la expresión de asombro

de Annika se apodere de mí mientras me encojo de hombros.

—¿Te gusta?

Ladea la cabeza sin mirarme.

—Supongo que no está mal.

Pongo los ojos en blanco.

Los guardias nos dejan atravesar la puerta principal y entrar en la propiedad. El camino de acceso sube desde la carretera que bordea el lago, serpentea entre los jardines pasando por estanques escalonados de carpas y bajo enormes arces japoneses rojos hasta que llegamos a la propia casa.

Salgo y sonrío.

Joder, me alegro de estar en casa.

Hana está agotada del viaje y, tras darle un abrazo a Annika e inclinar la cabeza en mi dirección, se va hacia el ala de la casa que digamos que ha reclamado como suya. Mal se dirige hacia uno de los anexos de la propiedad que ha adoptado y Takeshi gruñe algo sobre ir a ver si las señoritas lo han echado de menos antes de encaminarse hacia el enorme garaje en el que guardamos la colección de coches que «heredé» de Orochi, junto a un montón de motos.

Esas son las señoritas a las que se refiere Takeshi.

Cómo no, cuando está aquí vive en un apartamento por encima del garaje.

Sota ya ha regresado a su casa en Miami Ward en el centro de Kioto, así que, cuando mis hermanos se largan, solo quedamos Annika y yo junto a las puertas.

Me echa un vistazo. No sé por qué, pero no ha sido capaz de mirarme a los ojos del todo desde que le provoqué cuatro orgasmos en el avión.

—¿Qué pasa, no tienes sirvientes o alguien que nos enseñe nuestras habitaciones?

Enarco una ceja.

—Qué elitista.

Frunce los labios.

—Me refería a que me sorprende que no tengas sirvientes. O esclavos o lo que sea.

—Tienes muy mala opinión de mí, ¿no?

—Seguro que todavía puede empeorar, no te preocupes.

Me río para mis adentros mientras abro la puerta principal y entro. Annika me sigue y, cuando miro hacia atrás, sonrío al ver que es incapaz de ocultar su cara de asombro.

—Supongo que Sota te daría este sitio.

—¿Qué te hace pensar que no lo compré yo mismo?

Me mira con recelo.

—¿La has comprado?

—No.

Pone los ojos en blanco y atraviesa despacio la entrada de doble altura.

—La verdad es que la robé. —Sonrío al ver su expresión de sorpresa y luego paso por delante de ella para adentrarme en la casa—. ¿Tienes hambre?

Niega con la cabeza, aún sin hacer contacto visual conmigo.

Me cabrea. Porque no es desde que hice que se corriera en el avión. Empezó antes, en la sala de conferencias, cuando la llamé puta.

La cosa es que no la estaba llamando puta. No en ese plan. Lo decía con el sentido de «eres mi putita».

Parece que cuando la llamo «chica mala» o «zorra» se moja al instante, pero la palabra que empieza por P fue demasiado.

Demasiado violento. Demasiado alarmante.

Demasiado revelador.

Y eso es lo que me cabrea. No que se niegue a mirarme a los ojos,

sino que esa palabra ejerza un poder oscuro y poderoso sobre ella. Y quiero saber qué coño es.

—¿No tienes hambre en absoluto?

Niega con la cabeza.

—La verdad es que solo estoy cansada.

—Te enseñaré la habitación.

Annika me sigue por la casa, mirando embobada las preciosas vistas al lago Biwa. Hasta se ven las ruinas del castillo Sakamoto del siglo XVI.

Al llegar arriba, la llevo a la suite principal. Frunce el ceño.

—¿Todo esto es mi habitación?

Sonrío.

—Nuestra habitación.

Me mira de repente a los ojos y tensa la mandíbula mientras se le enrojece la cara.

—-Eh, ¿qué? ¡Oye…!

Alargo una mano para colocársela bajo la barbilla y hago que alce sus ojos desafiantes hacia los míos.

—Todavía no has captado cómo funciona este matrimonio, ¿no?

—Uy, lo he captado a la perfección —dice entre dientes—, pero me gusta tener privacidad.

—Lo que es mío es tuyo, princesa —bromeo—. En la salud y en la enfermedad…

—Intenta tocarme de nuevo y llegaremos a la parte de «hasta que la muerte nos separe» más pronto de lo que te gustaría —dice sin alterar el tono y con una sonrisa fría en la cara.

—Ya hemos consumado el matrimonio —gruño mientras le dedico una sonrisa maliciosa—. Creo que ya hemos establecido que lo que es tuyo también es mío.

—Disfruta de los recuerdos —farfulla con el rostro sombrío antes de apartar la mirada—, porque no va a volver a pasar.

—¿En serio? —Esbozo una sonrisilla.

—En serio.

—¿Y todo porque te llamé de una forma que no te gusta?

Un destello de algo que no consigo descifrar le cruza la cara. Algo… extremadamente complicado. Pero, cuando se desvanece, me lanza una de sus miradas desafiantes marca de la casa y no dice nada.

—No puedo leerte la mente, Annika —gruño.

—No es por eso. —Se encoge de hombros.

«Y una mierda».

—Es porque no tienes ningún tipo de respeto por mis límites.

—Pensé que había dejado claro que no habrá límites entre nosotros —digo con voz ronca.

Traga saliva y me deleito con los coloretes que le han salido en la cara.

—¡Interrumpiste una reunión en la que estaba y te sacaste la polla! —escupe—. ¿Es que acaso estás de broma?

Vale, ahí lleva razón. Y estoy a punto de decirlo… justo antes de que siga hablando sin puto pensar.

—¿A ti te gustaría que entrase en una de tus reuniones de negocios, me bajase las bragas y me inclinase hacia delante?

Está claro que se arrepiente de lo que ha dicho en cuanto las palabras abandonan su boca.

—Vale, eso…

—Lo cierto es que lo disfrutaría mucho. —Esbozo una sonrisa hambrienta—. Y me apuesto algo a que tú también. Te metería la polla en ese bonito coño que tienes antes de que las bragas tocasen el suelo.

Annika se pone roja como un tomate y se traba al hablar.

—E-eres un cerdo.

Sonrío.

—Y, además… —el rubor de su rostro se vuelve color carmesí mientras se acerca—, también hiciste que tuviera un orgasmo —sisea.

—¿De nada?

Me fulmina con la mirada.

—¡En el avión! ¡Delante de tu puta familia!

—Sí, y me dejó muy impresionado tu habilidad para venirte abajo por completo delante de mí sin que nadie se hiciera ni la más…

—Basta, Kenzo —suspira mientras me lanza cuchillos con los ojos —. Ha sido un día muy largo y necesito dormir.

Hago un gesto hacia la enorme cama.

—Toda tuya.

—¿De verdad? —cuestiona mientras me mira con intensidad—. ¿O voy a compartirla?

—¿Es una invitación?

Se pone roja.

—Acabo de decir que voy a dormir.

—La pregunta es la misma, pero ahora tengo incluso más curiosidad de saber la respuesta.

Desvía la mirada y frunce el ceño con inquietud.

—Estamos… —Traga saliva y, cuando me vuelve a mirar, su rostro está lleno de preocupación—. ¿Estamos a salvo aquí?

—Esta casa es una fortaleza y cuento con un pequeño ejército para custodiarla.

—Pero, me refiero, si alguien se cuela y consigue burlar a todos los hombres que tienes en la casa…

—Es imposible.

—Pero si lo hicieran —insiste.

Niego con la cabeza.

—En la imposible situación en la que eso ocurra, esta habitación también es impenetrable.

—¿Cómo?

Camino hacia la mesilla de noche y pulso un botón. Se oye un clic y las paredes de cristal se bloquean.

—Ese cristal es a prueba de balas y explosiones —digo—. Las cerraduras son las mismas que utiliza Estados Unidos en las embajadas que tiene en países hostiles.

Se muerde el labio.

—¿Y la puerta?

—Tiene la misma cerradura que el cristal.

Annika alza sus ojos azules hacia mí y me mira angustiada.

—¿Me lo enseñas?

—Claro.

Camino hasta la puerta con ella.

—Aquí. —Le señalo la cerradura en el picaporte de dentro—. Este botón la bloquea y el panel detrás de la mesita de noche asegura la puerta con cerrojos de acero por los cuatro lados. No se podría entrar ni con un tanque.

Sonríe sin hacer ruido, aliviada, y me mira.

—Gracias.

Es muy difícil pillarme desprevenido, pero ¿cuando Annika se pone de puntillas y me da un delicado beso en los labios?

Añádelo a la lista.

Sus labios son suaves contra los míos y emite un gemido silencioso desde el fondo de la garganta cuando sube las manos hasta mi pecho.

De repente, todo se va a la mierda.

Pierdo el equilibrio cuando se inclina rápido hacia mí. No me doy cuenta de que me está empujando hasta que doy un paso atrás y me salgo del marco de la puerta.

«Mierda».

Veo la sonrisilla de suficiencia de Annika un segundo antes de que

la puerta se cierre con un portazo y la bloquee en mi cara.

«Me cago en todo».

19
ANNIKA

La sensación de triunfo por haber dejado a Kenzo fuera de su habitación dura poco porque he olvidado la regla dorada de la guerra de asedio: ten suficientes provisiones como para aguantar más que el enemigo.

Al final, la tarde siguiente salgo de mi fortaleza porque tengo hambre. Aunque, cuando lo hago, me encuentro con una sorpresa.

Kenzo no me está esperando para agarrarme y gritarme por dejarlo fuera. De hecho, no está por ninguna parte.

He buscado y, sí, la casa es enorme, pero da igual en cuántas habitaciones asome la cabeza, al final me veo obligada a reconocer que mi marido no está aquí.

No me alegro tanto como debería.

Termino por encontrar a Hana trabajando fuera, en uno de los muchos preciosos jardines. Cuando me explica lo que hace para Kenzo y Sota me echo a reír porque resulta que tenemos trabajos parecidos, pero con estilos diferentes. Ella no es tanto la zorra aterradora que entra en las negociaciones y le planta fuego a todo como yo, pero su mente fría y su precisión milimétrica la convierten en una fuerza a tener en cuenta como jefa de adquisiciones comerciales de las familias Mori y Akiyama.

Sin embargo, aparte de ella, parece que la casa está vacía. Ni Mal. Ni Takeshi. Ni Kenzo.

Y tampoco hay empleados. Hana me explica que hay un ama de llaves y una limpiadora que vienen dos veces a la semana. Por lo

demás, solo está Jiro, el chef del avión, que trabaja para Kenzo, no para Sota, como había imaginado.

Me hago un café y algo de comer en la enorme y moderna cocina. Después encuentro un lugar tranquilo cerca de uno de los estanques de carpas y me pongo a trabajar. Horas después, parece que sigue sin haber nadie.

Cierro el portátil y me doy un paseo por los terrenos. Me ven un par de guardias, pero se ve que ya saben quién soy y casi ni me miran, solo me saludan con una inclinación de cabeza rápida e indiferente antes de seguir patrullando.

La propiedad de Kenzo está rodeada de vallas altas y con alambre en la cima. Me dirijo hacia el imponente *torii* que cruzamos en coche al llegar. Después sigo por el camino principal hasta la entrada de la casa y sigo caminando, pasando por delante de ella.

La tarde empieza a caer cuando me encuentro con el enorme garaje. Me quedo embobada al entrar y ver las innumerables filas de exquisitos coches antiguos y motos. El sonido de lo que parece ser un taladro eléctrico me lleva por delante de unos Corvette, Mustang, Porsche y un preciosísimo Ferrari antiguo hasta que atravieso otra puerta y entro en una especie de taller.

Takeshi está agachado sobre el chasis de una moto soldando varias partes. Cuando me ve acercarse por el rabillo del ojo apaga el taladro y se levanta la máscara, que está pintada para simular una feroz máscara *hannya*.

—¿Buscas a tu novio?

—No, la verdad es que no.

—Mal y él están fuera por negocios.

Me encojo de hombros.

—Vale.

—He oído que le has hecho dormir en el sofá.

Me giro hacia Takeshi.

—No le he hecho dormir en ninguna parte. No tenía por qué ser en el sofá. Yo solo exploté una ventaja y lo dejé fuera de la habitación para poder tenerla para mí sola.

Takeshi sonríe.

—¿Entonces esta es la fase de luna de miel de los recién casados de la que tanto oigo hablar?

Pongo los ojos en blanco.

—Ni idea.

Justo empiezo a pasearme por el taller y a echarle un ojo a otras motos deportivas con muy buena pinta cuando Hana entra por la puerta.

—Me preguntaba si te encontraría aquí. —Hana tuerce la boca—. Kenzo me acaba de llamar. Quiere que estés lista para ir a una especie de cóctel esta noche. Quiere salir de aquí a las diez y media.

—Qué alegría —digo impasible.

Hana sonríe.

—Es…

—Kenzo. —Takeshi suspira—. Así es Kenzo. Aunque dudo que se enfadara si empezamos a llamarlo papá.

Hana resopla con una risa y les sonrío a los dos.

—¿De qué va eso?

Takeshi se encoge de hombros.

—Lleva haciendo de padre de todos nosotros desde que éramos niños. O sea, Hideo no estaba cerca y mamá… —Frunce el ceño y niega con la cabeza, como si esto fuera algo de lo que de verdad no quiere hablar.

Lo entiendo, a mí tampoco me gusta hablar de mis padres. Duele demasiado, incluso ahora.

Takeshi mira a la Kawasaki Ninja que tengo al lado y desliza la mirada hacia mí.

—¿De verdad montas?

Asiento.

—A ver… sí, bastante bien.

Mira a Hana y luego otra vez a mí.

—Define bastante bien

—Tak… —dice su gemela con un tono de advertencia en la voz.

—¿Qué? Solo pregunto.

Enarco una ceja.

—¿Por qué quieres tú que lo defina?

Se le ensancha esa sonrisilla maníaca y voraz que ha esbozado, como si fuera medio salvaje.

—Te estoy preguntando si montas lo bastante bien como para seguirme el ritmo.

—Maldita sea —dice Hana suspirando.

Takeshi sonríe.

—A Hana le cuesta mucho decir que no a un desafío. —Los ojos le centellean de forma peligrosa—. Y por eso estoy lanzando uno.

—Eres gilipollas —refunfuña Hana, girándose para sonreírme antes de volver a mirar a su hermano—. Vale, cuál es el desafío.

—Echemos una carrera, nena.

Hana frunce el ceño.

—¿Quiénes? ¿Tú contra mí?

Ya veo cómo brilla la locura en los ojos de Takeshi antes de que la corrija. Sí, una simple carrera es poca cosa para alguien como él.

—Nah. —Esboza una sonrisilla—. Los tres.

Hana arruga la nariz.

—Tak, no. No sabe montar como…

—¿Quién dice que no sepa?

Hana se gira para lanzarme una mirada.

—No te estoy preguntando si sabes montar en moto. Te pregunto si sabes conducir uno de los cohetes sobre ruedas nada legales de Tak.

—Eras tú quien iba en el asiento trasero del Bugatti robado que conduje hasta Canadá, ¿no?

Hana sonríe de oreja a oreja.

—Vale.

—Claro que sí, joder, vamos allá —dice Takeshi en tono alegre y con una mirada de loco en la cara—. De aquí a la calle Kiyamachi. El último en llegar paga dos rondas en el Club Lotus.

Hana frunce el ceño.

—Tak, no conoce Kioto. No tiene ni idea de dónde está eso.

Takeshi se frota la barbilla.

—Vale, hacemos una cosa: vosotras formáis equipo contra mí para que puedas seguir a Hana, pero —gruñe volviéndose hacia su hermana— tenéis que adelantarme las dos para ganar.

Hana se muerde el labio y se gira hacia mí. Yo me encojo de hombros y sonrío.

—Si tú te apuntas, yo también.

Takeshi me lanza un casco.

—Si antes me estabas tomando el pelo sobre tu destreza a la hora de montar en moto, este es un buen momento para decirlo.

Mi única respuesta es ponerme el casco y abrir la visera.

—Para que lo sepas, Takeshi, me gustan los Martini secos con un toque de vodka.

Hana silba mientras me pasa un juego de llaves y señala hacia una moto rosa neón, violeta y negra al mismo tiempo que ella se sube en una blanca con una raya roja en el lateral como si fuera el corte de una espada.

—Tú mantente tan cerca de mí como puedas, ¿vale?

Asiento y la adrenalina me palpita en las venas mientras me subo a la moto y observo a Takeshi acomodarse sobre una bestia negro mate con un dragón dorado enroscado en un lateral y un motor que tiene pinta de haber sido el de un caza.

—Vamos allá, joder.



Puede que haya exagerado mis habilidades de conducción. Quiero decir, sé montar en moto, pero hace como cinco años que no me subo a una.

De todos modos, cuando se trata de situaciones a vida o muerte, por lo general solo veo una opción.

A ver, ¿quién coño escogería la segunda opción?

Al final, Hana y yo perdemos contra Takeshi, seguramente porque ambas le damos cierto valor a la vida y él claramente no. Pero la cosa queda ajustada. Las bebidas del Club Lotus las pago yo porque estoy segura de que Hana se contuvo un poquito para que no me perdiera por completo intentando localizar la meta.

Dos horas y media después, los tres aparcamos en el garaje y apagamos los motores.

Takeshi me mira con frialdad mientras saca el soporte de la moto de una patada y se quita el casco. El pelo largo le cae sobre la cara, todo revuelto, lo que no hace más que acentuar ese aire salvaje que desprende.

—No ha estado mal. —Asiente y se baja de la moto.

—¿Que no ha estado mal? —Hana pone los ojos en blanco y también se baja—. Te estuvimos comiendo el culo todo el camino en la ida y en la vuelta.

Estoy sin aliento, siento la cara caliente y me cosquillea el cuerpo por el vertiginoso viaje de vuelta. Además, también emano una energía que me encanta: la emoción que siempre me produce algo y algún lugar nuevo.

—¿Te has divertido? —Takeshi sonríe.

—¡Joder! —digo efusivamente mientras me quito el casco todo

sudado, que me deja el pelo pegado a la frente—. ¡Ha sido increíble!

—Me alegro de que te lo hayas pasado tan bien.

La energía se desvanece al instante cuando nos giramos y vemos a Kenzo apoyado en la puerta del taller con los brazos cruzados. Lleva puesto un traje y el pelo bien peinado y engominado hacia atrás.

Miro el reloj de la pared a toda velocidad.

Mierda.

Son las diez y cuarto.

—Kenzo, nosotros…

Se vuelve y fulmina a su hermana con la mirada.

—Venga, tío. Nos hacía falta desahogarnos un poco. Ya sabes, oxigenarnos un poco después del puto viaje en avión…

—Quiero hablar con mi mujer —gruñe Kenzo—. A solas.

Hana y Takeshi se miran el uno al otro nerviosos y luego a mí. Les devuelvo una leve sonrisa y me encojo de hombros como si no pasase nada.

Como si no me estuviera muriendo de miedo por la forma en la que la energía oscura de Kenzo chupa hasta la luz al garaje.

Cuando nos quedamos solos, lo miro a los ojos.

—Puedo prepararme enseguida…

—Entre tantas quejas y lamentos por estar atrapada conmigo, ¿se te ha pasado por la cabeza en algún momento que a mí tampoco es que me emocione mucho estar atrapado contigo? —gruñe.

—Yo…

—El cóctel de esta noche es importante, Annika. Puede que no para ti, pero para mí y para mi futuro sí. Lo que, aunque me joda decirlo, ahora te incluye.

Vale, ¿ay?

—Esta noche hay personas importantes que esperan reunirse conmigo. Personas con las que podría hacer negocios.

—¡Pues vete! —replico—. Si no soy más que una carga, déjame.

Vete sin…

—Eso no es lo que se espera de…

—¿Y a quién le importa?

—¡A mí! —ruge y me arranca un grito ahogado cuando se lanza hacia mí—. A mí me importa, joder. Estas cosas me importan, Annika.

Hago una mueca y retrocedo hasta la moto que tengo detrás.

—Vale, vale —susurro, de repente sintiéndome como una mierda por haber olvidado el evento de esta noche para dar una vuelta en moto.

No es que Kenzo se esté comportando como un imbécil o me esté mangoneando. Tiene razón. No es solo en la Yakuza donde se espera que alguien lleve a su nueva esposa a un evento importante como el de esta noche. En la Bratva también sería lo suyo.

No es él quien está siendo un gilipollas.

Lo soy yo.

—Oye, lo… —Me aclaro la garganta—. Lo siento, de verdad.

Suelta un gruñido aún con el ceño fruncido.

—Pero sí que puedo arreglarme superrápido.

—Vamos a comprobarlo.

Kenzo casi me lleva a rastras por la muñeca mientras sale cabreado del garaje y cruza los jardines hasta la casa principal. Lo sigo escaleras arriba hasta nuestra habitación hasta que entramos en el gigantesco vestidor.

Me paro en seco y me quedo mirando la pared de ropa de mujer que hay a un lado del cuarto. Antes deshice las dos maletas que traje y los contenidos ocupaban una octava parte del espacio. Ahora, el resto está lleno de trajes, vestidos, faldas, tops, zapatos, chaquetas y mucho más.

Kenzo se acerca a la pared y saca una funda de ropa de uno de los percheros. Se gira y la cuelga en un gancho que hay justo al lado de

un espejo de cuerpo completo y la abre para desvelar un vestido color azul marino muy oscuro con unas pocas lentejuelas brillantes de lo más revelador, pero aun así elegante.

Es largo hasta el suelo, pero por encima de la cintura solo consta de dos tiras de tela del ancho de mi palma que cubren los pechos y se atan al cuello.

—¿Qué es esto? —pregunto formando una línea con los labios.

—Esto es lo que deberías haberte puesto hace una hora.

Lo miro enarcando una ceja.

—Estás de broma.

—Para nada. Póntelo. Se acaba el tiempo.

—¡Ni de coña! —me opongo—. Es… vulgar.

—Es un Versace —dice con los dientes apretados—, y o te lo pones tú o te lo pongo yo.

—Me gustaría ver más opcion… ¡Eh!

Me estremezco cuando se abalanza sobre mí, me agarra con fuerza y me da la vuelta. Gimoteo cuando me aprieta contra la pared y me agarra del pelo con una mano y la parte de atrás de mis leggins con la otra. De un tirón me baja los pantalones y las bragas hasta las rodillas. Después va a por la sudadera y se me acelera el pulso cuando me la sube por la espalda y me la saca por la cabeza.

Luego me quita el sujetador. Luego se me contrae el abdomen bajo y me quedo sin aliento cuando se pone de rodillas detrás de mí para sacarme los leggins y la ropa interior, primero una pierna y luego la otra.

Se pone de pie y me da un fuerte azote sin previo aviso.

—Eso es por darme la lata.

El fuego me inunda el interior cuando me da un azote en la otra nalga.

—Y esto es por hacernos llegar tarde.

Se me acelera el corazón cuando me gira de nuevo hacia él y me

pone una mano sobre la mandíbula. Me levanta la cabeza y se permite recorrer mi cuerpo desnudo con los ojos antes de posarlos en los míos.

—Ponte el puto vestido —dice en un gruñido.

Me cago en la puta. Ese tono…, ese acento…, la forma tan suave en la que lo exige… No está jugando limpio.

Kenzo se echa hacia atrás y me vigila con atención mientras descuelgo el vestido y me lo pongo. Estiro los brazos para atármelo, pero él me detiene y me gira para hacerlo él mismo. Siento un escalofrío al notar el calor de sus dedos sobre la nuca.

Cuando termina, me miro en el espejo.

«Oh».

No suelo ponerme vestido, pero acabo de cambiar de opinión sobre este en concreto.

No es vulgar.

Me queda bien.

Muy pero que muy bien.

Se me ajusta a la perfección. Sí, tiene un montonazo de escote y hasta enseña un poco el lateral de las tetas si me giro, pero no de una forma promiscua exagerada y enseñándolo todo. Es en plan… sexy con clase.

Me recojo el pelo en un moño apretado y engancho bien los mechones rebeldes antes de usar la goma del pelo que llevo en la muñeca para atarlo. Me suelto un mechón de pelo y dejo que me caiga a un lado de la cara antes de encontrarme con sus ojos a través del espejo.

—¿Eh?

Kenzo clava su mirada en la mía y en ellos veo un fuego que no termino de descifrar.

—Sí —gruñe—, así sirve.

Asiento y luego frunzo el ceño.

—No pienso ir sin ropa interior.

—No, claro que no —gruñe.

Camina hacia los cajones que están empotrados en la pared y abre uno de ellos, uno en el que hay una impresionante colección de lencería sexy de encaje.

—Tengo mi propia ropa interior, gracias.

—Con esto no te puedes poner las bragas de regla que llevas un martes cualquiera cuando tienes todo lo demás para lavar.

—Tengo ropa interior bonita, imbécil.

—Créeme, no es así.

Se da la vuelta con un diminuto tanga negro colgando del dedo.

—Esto es ropa interior bonita.

Me resisto.

—No pienso ponerme eso.

Kenzo se limita a sonreír.

—Que no… ¡Oye!

Estábamos a un metro de distancia y de repente ha plantado una rodilla delante de mí y me está agarrando por un tobillo.

—Qué demonios…

Kenzo me mete el pie en el tanga y lo desliza hasta la pantorrilla.

—Kenzo…

Me suelta ese pie, agarra el otro y lo coloca sobre su muslo. Me sujeta el gemelo y me lo desliza por esa pierna. Me quedo helada cuando me sube el tanga, y el vestido también. Se me calienta la cara, pero lo único que puedo hacer es mirar con la boca abierta mientras me sube el vestido hasta que tiene la cara justo delante de mi coño desnudo.

El calor me inunda el rostro. Despacio, Kenzo desliza el tanga de encaje transparente hasta dejarlo bien ajustado contra mi sexo.

—Listo.

—No uso tangas.

—Esta noche sí.

—No me gusta la sensación de llevarlos.

—Ya es hora de cambiar eso.

Se acerca más y noto su cálido aliento sobre la cara interna de los muslos. Se me dispara el pulso hasta la estratosfera cuando aplasta la boca contra mi coño a través de la fina tela. Siento el calor vibrar sobre mis pliegues cuando gruñe contra mí. Noto cómo desliza la lengua a través del encaje y entreabro la boca.

Joder…

Kenzo me mira arrodillado delante de mí y sin apartar la boca de mi coño. Me arrastra las manos por los muslos. Mete los dedos por el borde de la ropa interior y gimo cuando la aparta para volver a colocar la boca en la posición de antes.

Mierda…

Gimo y me atraganto con el sonido mientras desliza la lengua despacio por mis pliegues y dibuja círculos sobre mi clítoris. Cierra los labios alrededor del bulto de nervios y, cuando mueve la lengua sobre él, me fallan las piernas y casi me caigo.

Kenzo ni se inmuta. No deja de lamerme el clítoris mientras estira los brazos y me coloca las manos sobre su pelo.

El corazón me retumba en los oídos al enredar los dedos entre sus mechones oscuros y me agarro a él con todas mis fuerzas cuando empieza a lamerme un poco más rápido. Me acaricia el culo con las manos y me mete una entre las piernas. Gimo de nuevo al notar que coloca los dedos en mi abertura. Me mete dos en el coño y empieza a sacarlos y a meterlos de nuevo mientras me chupa el clítoris.

Me estremezco antes de relajarme. Me trago un jadeo y me aprieto contra su boca mientras le tiro del pelo. Se muestra despiadado e insistente mientras exige con la boca que tenga un orgasmo. Gimo cuando hunde más los dedos en mi interior, acariciándome y curvándolos contra mi punto G mientras se da un

festín con mi clítoris, que no deja de palpitar, con la lengua y los labios.

Joder, me voy a correr ya.

Arrugo la cara y gimo con fuerza y descaro mientras le tiro del pelo y lo aprieto más contra mi coño.

—Dios mío…

—Con que me llames marido me sirve —gruñe Kenzo sobre mis pliegues—. Hay que hacer honor a la verdad, princesa. No es Dios quien va a hacer que este coño chorreante se corra, sino yo.

Suelto un grito ahogado cuando me mete un tercer dedo y me abre hasta el límite mientras me chupa el clítoris con fuerza. Muevo las caderas hacia delante entre espasmos y un grito desgarrador. Casi me fallan las piernas cuando el orgasmo explota en mi interior y él me agarra el culo con fuerza para mantenerme pegada a su boca.

Sigo temblando y aún tengo la visión borrosa cuando se aparta. Vuelve a colocar el tanga en su sitio y me provoca una sensación eléctrica que me recorre el cuerpo cuando el encaje me roza el coño hinchado y sensible.

Se pone de pie, me sujeta la barbilla y se inclina sobre mi oreja mientras deja que el vestido vuelva a caer.

—El truco de los tangas, princesa —gruñe—, es que quedan un poco mejor cuando están bien mojados. Y ahora deberíamos irnos —dice con voz seductora moviendo los hombros mientras se aleja de mí. Se vuelve a peinar el pelo hacia atrás, porque se le ha quedado todo revuelto, y, mientras se arregla la corbata, recupera su habitual aspecto tan impecable y atractivo que parece ridículo.

Asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra mientras me palpita la cara por el calor. Trago saliva y aún sigo temblando mientras salgo del vestidor.

—¿No te olvidas algo, princesa?

Me detengo a mitad de camino de la puerta. Cuando me vuelvo

hacia él y veo lo que tiene en las manos, una nueva oleada de calor me inunda la cara y el pecho.

Son los juguetes del avión: uno de goma con forma de U y una banda de oro en el medio y el pequeño *plug* anal negro con el pomo dorado.

—Eh…

No dice ni una palabra. Se limita a levantar la mano y curvar dos dedos para que vaya.

Un hormigueo me recorre por dentro mientras camino hacia él como en un trance.

—Abre la boca.

Me mete el tapón entre los labios.

—Déjalo ahí.

Me levanta el vestido. Tiemblo cuando engancha los dedos en la parte de arriba del tanga y lo aparta de mi sexo reluciente y me mete el juguete. Gimo en silencio cuando lo curva en mi interior, haciendo que se hunda contra mi punto G mientras la parte exterior descansa sobre mi clítoris, que aún no ha dejado de palpitarme.

Extiende el brazo y me saca el segundo juguete de entre mis húmedos labios.

—Date la vuelta.

Lo hago con ansia y mucho gusto.

Reprimo un gemido cuando me vuelve a levantar el vestido. Me aparta la minúscula tira del tanga a un lado con el dedo y, cuando siento la punta del tapón de goma presionar contra mi agujero apretado y arrugado, hago una mueca y se me corta la respiración.

—Respira, princesa —gruñe mientras me mordisquea la oreja—. Mi polla es mucho más grande que esto…

La descarga de adrenalina que me provoca su tacto combinada con esa oscura promesa hace que tiemble y vibre. Gimo cuando presiona el juguete contra mi apretado agujero y me abre despacio.

Me lo hunde y el coño me palpita al notar cómo se me cierra el culo de nuevo justo bajo la base.

—Ya podemos irnos —dice con voz ronca.

20
KENZO

La muerte de Orochi Ito y su sobrino conmocionó el submundo de Kioto. Al principio, todo el mundo esperaba que hubiera una masacre enorme por el vacío de poder resultante.

Pero esto nunca ocurrió. Porque yo llené ese vacío.

Puede que sea el chico nuevo de la ciudad. Pero la vieja guardia de varias familias de la Yakuza de Kioto me confieren cierto respeto debido tanto a mi apellido y al hecho de que, en esencia, soy el heredero de Sota.

Por desgracia, de la mano del respeto y de convertirse en uno de los reyes de la ciudad viene la obligación de jugar a los juegos de la vieja guardia. Como soportar reuniones insufribles y aburridas en las que todo el mundo se da la mano sin sentirlo de verdad y mienten sobre lo poderosos que son; o la interminable agenda social de bodas, compromisos, galas o ceremonias *omiyamairi* para celebrar el nacimiento de un heredero u otro.

Hoy hay otra de esas estúpidas reuniones sociales. Peor aún, es una estúpida reunión social en mi honor.

Sota organizó la fiesta de esta noche para celebrar mi matrimonio con Annika y la paz y prosperidad que trae para nuestra familia y la Bratva.

Que alguien me pegue un tiro.

Sota sabe lo que pienso sobre todo esto. Y no es que esté siendo un capullo y me obligue a celebrarlo, es que es lo que se espera. Sería una falta de respeto para las otras familias de la Yakuza de

Kioto no organizar algo así.

Aun así, soy yo el que tiene que sufrir las tonterías de un montón de viejos que fuman como carreteros que se comen con los ojos al personal de servicio y beben sake y whisky caro mientras hacen tratos para volverse todavía más ricos.

Y, aun así…

Cuando me giro para echarle un ojo a Annika, que va sentada a mi lado en la parte trasera del Range Rover negro mientras los neones y las luces de la calle le bañan el rostro en oleadas, dejo de estar seguro de que la palabra «sufrir» sea adecuada.

Es un insulto al sufrimiento de verdad describir como tal a tener que sentarme junto a una mujer tan guapa como ella o a entrar en un evento con ella del brazo en calidad de esposa.

Hace cinco años me tragué las mentiras de Annika por un motivo. Sí, estaba borracho y colocado de éxito. Era más joven, imprudente y lo más seguro es que estuviera buscando problemas.

Pero ¿cuando entró un problema con su aspecto? Supe que estaba jodido.

Aquella noche llevaba una peluca rubia con corte *bob* sobre sus mechones pelirrojos, pero el vestido no ocultaba su belleza. Su sensualidad pura. Su tentadora promesa de temeridad y malas decisiones.

La invité a una copa y luego a otra más. Me preguntó si podíamos ir a algún sitio en el que pudiéramos estar solos… y mi polla tomó el control.

Desperté dieciocho horas después, recordando a duras penas lo raro que sabía la copa que me sirvió al llegar a mi casa. Con vagos recuerdos de poner un disco y pedirle que bailase conmigo al son de Al Green. Recuerdo claramente las ganas que me dieron de darme un puñetazo en los huevos al día siguiente por lo cursi que fue ese gesto.

Pero, sobre todo, la recordaba a ella.

La sensación de su cuerpo meciéndose contra mí mientras *So Tired of Being Alone* sonaba por mi equipo de música. El olor de su piel: una mezcla de jazmín, azahar y el mar.

El sabor de sus dulces labios cuando la pillé por sorpresa y la besé.

Estoy seguro de que mi siguiente movimiento habría sido menos romántico y más del estilo de arrancarle la ropa y follarla contra el colchón hasta que viese a Dios. Pero nunca llegamos tan lejos antes de que la droga que me dio me hiciera efecto y me hiciera caer al suelo.

—Te recordaré —gruñí mientras la oscuridad se acercaba. La miré a la cara y memoricé hasta el último detalle.

Para recordarla.

La rubia me devolvió una sonrisilla arrogante mientras me sacaba la cartera del bolsillo de la chaqueta.

—En tus sueños, querido.

—No, princesa. —La agarré por la muñeca con la última pizca de fuerza que me quedaba antes de que la realidad se disipara—. En los tuyos, porque pienso perseguirte incluso cuando duermas.

Hana no iba tan desencaminada cuando me preguntó si la razón de que estuviera alterado y cabreado durante cinco putos años fue el collar, la chica o el hecho de que alguien me hubiera ganado. Ya sé cuál es la respuesta.

Spoiler: no es el collar.

Puede que ni siquiera fuera el hecho de haber perdido contra alguien.

Así que solo me queda la chica.

Annika se gira para mirarme mientras las luces de los letreros de los clubes de fuera parpadean e iluminan esos rasgos suaves y labios carnosos que tiene. Esos ojos grandes y seductores. Arquea una ceja intrigada por el motivo por el que la miro fijamente.

No tengo una respuesta para eso. Al menos, no una que esté preparado para decir en voz alta, ni siquiera dentro de mi cabeza.

Cuando nos detenemos en el exterior del salón donde se celebra el evento, yo salgo primero. Hay prensa esperando (en Japón, las fotos de la Yakuza se venden igual de bien que las de una estrella de cine), y me alejo del flash de las cámaras para abrir la puerta y ayudar a Annika a salir.

No me cabe duda de que la gente tendrá mucho que hablar sobre que el príncipe medio *gaijin* de la Yakuza se case con una chica europea. Pero me importa una puta mierda. Me da igual no ser lo «bastante japonés» para ellos.

Sé de dónde vengo. Sé quién soy. La sangre de mi familia empapa las calles de esta ciudad.

No soy ningún *gaijin* extranjero.

Soy de la Yakuza de principio a fin. Y la mujer que está junto a mí es mi puta reina.



—Vaya, pero si es el invitado de honor —dice Mal con ironía.

Le doy un golpecito a su vaso con el borde de mi copa de whisky escocés.

—Vaya, pero si es el Mori que no fue lo bastante rápido como para escabullirse de este desastre.

Tanto Takeshi como Hana estuvieron muy rápidos a la hora de inventarse razones «legítimas» para justificar ante Sota su ausencia esta noche.

La excusa de Mal, si es que intentó poner una, no fue lo bastante buena. A ver, tampoco es que Sota fuera a ordenarle hacer nada, pero esa cosa que hacen los padres de decir que no están cabreados, solo decepcionados… funciona muy bien, joder. Y Sota es

un maestro.

—*Touché* —gruñe Mal dándole un sorbo a su bebida.

Nos giramos para analizar a la multitud que se ha reunido en el Nijo Empire, un club VIP exclusivo que lleva el nombre de un castillo de la zona en ruinas, que es donde se celebra la fiesta de esta noche.

—¿Dónde está tu novia?

—La mujer de Nakahara Turo la encontró y se la llevó con las otras esposas.

Mal hace una mueca.

—Brutal. ¿La has echado a los leones así sin más?

—Sabe apañárselas solita.

Me sonríe y me mira.

—Bueno, parece que contigo se las apaña de maravilla. Y eso no es poca cosa.

Estoy a punto de devolverle un comentario mordaz cuando Mal frunce el ceño y deja de mirarme a mí para centrarse en la entrada del club.

—Joder, mira a Tamura.

El padre de Tamura Yoshito era un agente de nivel medio que se mantuvo leal a mi padre y era, según se dice, un hombre leal y respetado.

Su hijo, en cambio, es un puto idiota.

El chaval se pasea como si estuviera haciendo cosplay de una mezcla de *A todo gas* con la película de mafiosos japoneses a la que esté enganchado en el momento. La verdad es que, si solo fuera imprudente, arrogante y ambicioso, no pasaría nada y encajaría a la perfección con la mayoría de los chicos de la Yakuza a su edad.

Pero Tamura también es increíblemente estúpido.

Por ejemplo, se está quedando con una pequeña parte de la recaudación antes de entregarle el dinero a mis chicos de nivel

medio.

No hace falta estar en la Yakuza para entender que robarnos es una mala idea.

Normalmente, ya lo habría colgado de la barandilla de un décimo piso o incluso cortado la mano, pero no puedo hacer ese tipo de cosas sin una prueba contundente, a menos que quiera sembrar dudas sobre mi liderazgo entre mis filas.

Y no tengo ninguna prueba fehaciente.

—Yo voto por llevarlo a los acantilados que están junto a las ruinas del castillo Sakamoto y colgarlo por las putas pelotas hasta que confiese.

—Perdón, ¿hasta que quién confiese qué?

No puedo evitar sonreír de oreja a oreja cuando me giro y veo a Annika allí.

Está espectacular.

«Joder, esa es mi esposa».

Mal frunce el ceño.

—Nada —gruñe.

—Ah, entonces charlabais sin motivo de colgar a alguien por las pelotas sobre un acantilado. Vale. —Se encoge de hombros con una ligera sonrisa.

Exhalo y señalo a Tamura con la barbilla, que ahora mismo está intentando tirarle los tejos a una de las camareras y fracasando.

—Uno de nuestros chicos nos está robando, pero no podemos probarlo.

—¿Ese empollón te está robando? —dice sin creérselo.

—Si no me dieran ganas de querer cortarle la cabeza, hasta estaría impresionado —susurra Mal.

—Y necesitáis pruebas.

Asiento.

—Vale, ¿y qué demostraría que os está robando para que podáis

hacer algo al respecto?

—¿Una prueba? —dice Mal irónicamente.

Annika pone los ojos en blanco.

—Gracias, Dr. Watson, eso ha sido de mucha ayuda. Me refiero a dónde se podría encontrar una prueba como esa.

—Supongo que en su teléfono —digo en voz baja—. Siempre está con él, lleva a cabo sus negocios así. Siempre lo tiene con él.

—Pues quitádselo.

Pongo los ojos en blanco.

—Aunque no te lo creas, eso ya se me había pasado por la cabeza, pero no podemos hackear un puto iPhone.

—Con esa actitud seguro que no.

La miro y resulta que encuentro a la vez divertido y excitante la mirada que tiene en los ojos mientras observa a Tamura.

—¿Qué estás planeando?

Se gira para pestañear hacia mí.

—¿Quién, yo?

—Annika…

—¿Sabes que está robando?

—Sí.

—¿Y que lo más probable es que la prueba esté en su móvil?

—De nuevo, sí, pero antes de que te pongas a robar algo que no puedes hackear…

—¿Por qué no dejas que se ocupen las profesionales?

En un abrir y cerrar de ojos, se da la vuelta, se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

Los dos parpadeamos sorprendidos, como si ninguno se lo esperase.

Se pone roja y desvía la mirada enseguida.

—Ahora vuelvo —farfulla para después mezclarse entre la multitud.

Mal espera casi tres segundos antes de aclararse la garganta…

—Eh, ¿vamos a hablar de lo que acaba…?

—Nop.

Ladea la cabeza y le da un buen trago al whisky.

—Vale.

—Kenzo. Mal.

Nos giramos al oír la voz de Sota y los dos hacemos una reverencia, ya que estamos rodeados del tipo de gente a la que le gusta ver esa clase de comportamiento. Cuando me incorporo me doy cuenta de que no está solo.

Tenso la mandíbula cuando veo a Valon Leka, el contrabandista albanés al que Annika se acercó demasiado durante nuestra fiesta de compromiso.

Entrecierro los ojos y lo evalúo. Me da igual que Hana dijera que era un psicópata: no me gusta un puto pelo la mirada que tiene. No es un tío feo, pero hay algo desagradable en él. Como si llevase una máscara atractiva para ocultar que está podrido por dentro.

No me suelo creer todo el rollo de las auras, la energía o el misticismo de los cristales, pero ¿si lo hiciera?

Este tío emana malas vibraciones por el culo.

—Kenzo —dice Sota—, te presento al Sr. Leka.

Valon extiende la mano para estrechármela. Casi no la acepto, pero eso sería insultar tanto a Sota como a este imbécil. Así que le agarro la mano puede que con más fuerza de la necesaria.

Leka me mira con un extraño brillo en los ojos que achaco al rollo psicópata que mencionaba Hana.

—Un placer conocerle, Sr. Mori —dice con voz seductora y un acento de Europa del Este.

—Como sabes, Kenzo, he estado hablando con el Sr. Leka sobre hacer negocios juntos. Él…

Valon tose con delicadeza.

—Llevo cosas de un lugar a otro, Sr. Mori —gruñe—. Me han

comentado que podríamos trabajar juntos.

Miro a Sota, que sonríe y se acerca más a mí para inclinarse.

—Esto es cosa tuya —murmura en japonés mientras me da toquecitos en la mano—. Tú decides si hay trato o no. La decisión, términos y ejecución dependen de ti.

Enarco una ceja.

—¿Tú quieres hacer un trato?

Sota se gira para sonreírle de oreja a oreja a Leka, quien claramente no tiene ni idea de lo que decimos al no entender japonés.

—Creo que es una serpiente escurridiza —dice Sota sin dejar de sonreír.

Mal tose para tapar el resoplido de risa.

—Creo que vendería a su propia madre si le ofrecieran un buen precio, pero… —Sota se encoge de hombros—. Parece que es uno de los mejores. De todas formas, la decisión es tuya, Kenzo.

Se vuelve hacia Leka y cambia al inglés.

—Kenzo y usted pueden discutir los detalles. Tiene mi bendición para hablar tanto por su organización como por la mía.

Sota y Mal intercambian una mirada, me miran a mí de nuevo y se van hacia el bar.

—Habla muy bien de usted, Sr. Mori. —Leka me sonríe.

—Sota-san es un buen hombre.

—Y quiero darle la enhorabuena por su matrimonio.

Asiento.

—Gracias.

—Annika es una chica encantadora.

Mi sonrisa se endurece.

—Sí, lo es.

—No le robo más tiempo. —Me lanza una sonrisa igual a la de un tiburón—. Pero hablemos pronto…

—Sr. Leka, le seré sincero.

Ya he decidido que no me gusta este cabrón. No me gusta cómo habla ni como se codea y desde luego no me gusta que diga que mi mujer es una «chica encantadora».

Lo miro fijamente con una sonrisa fría y profesional.

—La verdad es que no busco añadir a más gente ahora mismo. Estoy contento con nuestra red actual. No es nada personal, por supuesto.

Tensa la mandíbula y un destello de malicia le cruza la cara.

—Sr. Mori, creo que, si nos sentásemos a hablar, podría demostrarle…

—No es necesario. La decisión está tomada. Le repito que no es nada personal.

Se le ensombrece la cara.

—A lo mejor deberíamos incluir a su mujer en la conversación.

Algo cruel gruñe y me araña por dentro.

—Quizá, Sr. Leka —gruño mientras me acerco más a él—, debería mantener a mi mujer al margen de esta conversación y de su mente. Porque le prometo que eso sí me lo tomaré como algo personal.

Valon arruga la frente. Después se aclara la garganta y fuerza una sonrisa.

Sí, lo ha pillado.

Puede que sea un pez gordo en su pequeño feudo o cuando transporta droga para la Cosa Nostra o la mafia turca, pero ¿aquí?

Aquí yo soy un puto emperador. Aquí, él se inclina ante mí.

—Por supuesto. Mis disculpas, Sr. Mori. Espero que, si en algún momento reconsidera la situación, se acuerde de mí.

«Vete a la mierda».

Sonrío con educación y asiento con la barbilla.

—Por supuesto. Gracias por venir hasta Kioto para reunirse…

—Ah, tenía otros asuntos que atender aquí.

«Me importa una puta mierda».

—Entonces espero que le vaya bien, Sr. Leka. Y espero que pueda disfrutar un rato de Kioto.

—Puede que sí —dice con una sonrisa apagada.

Asiento, me doy la vuelta y me abro paso entre la multitud para buscar a Sota y a Mal. De camino, me encuentro con Annika y soy incapaz de no sonreír al verla.

Por su parte, ella sonríe con aire de suficiencia mientras sujeta un iPhone con una funda de manga para adultos.

—Eh… ¿qué cojones es eso?

Me guiña un ojo.

—El móvil de Tamura. De nada.

Resoplo, pero después sacudo la cabeza.

—Buen robo, pero no cambia el hecho de que no podemos piratear un iPhone.

—Hombres, siempre pensando que hay que usar la fuerza bruta.

—Creo que no te he oído quejarte sobre mi fuerza bruta.

Annika se pone colorada y mete el labio tras los dientes, pero entonces se aclara la garganta.

—No hace falta fuerza bruta cuando sabes la contraseña.

Me quedo boquiabierto cuando la escribe con calma y desbloquea el teléfono.

—¿Cómo cojones la has conseguido?

Ella sonríe.

—Se la vi escribir. Lo único que tuve que hacer fue pestañear un poco, enseñar un poco de escote, preguntar si quería mi número…

Gruño de forma salvaje y la agarro por el brazo arrancándole un grito ahogado. Annika me mira de golpe con esos enormes ojos azules y se estremece del calor.

—¿Celoso? —me provoca con una voz ronca y susurrante.

—A lo mejor no me gusta que mi mujer flirtee con otros hombres

—susurro.

—Fue para conseguir el móvil —susurra con suavidad.

—Me da igual.

Curva los labios en una sonrisa.

—¿Sabes? Eso tiene nombre.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Celos.

Pongo los ojos en blanco y ella suelta una risilla. Baja la vista al móvil de Tamura, le da toquecitos a la pantalla y pone una cara rara.

—Vale, madre mía, aquí hay un montón de anime porno. —Frunce el ceño—. Pero… también hojas de cálculo. —Observo mientras navega–. Ah, sí, aquí. —Gira el móvil hacia mí—. Sí, está robando.

Me pasa el teléfono y me da una palmadita en el pecho.

—Voy a por algo de beber. De nada.

Me la quedo mirando mientras se aleja. No estoy pensando en el maldito móvil, ni siquiera en Tamura.

No puedo dejar de pensar en sus labios.

21
KENZO

—Eres un marido horrible.

Me río y me giro para hacerle una peineta a Mal mientras niega con la cabeza.

—La mujer de Nakahara Turo acaba de irse con Annika otra vez.

—Como te dije —me encojo de hombros—, sabe apañárselas solita.

Sonríe y me mira.

—¿Qué?

—Nada. —Vuelve a sacudir la cabeza y desvía la mirada hacia la multitud.

—No me obligues a estrangularte para sonsacártelo.

Suelta una risilla.

—Solo iba a decir… que me gusta.

—Bien. Va a estar con nosotros un tiempo.

Pone los ojos en blanco.

—Me refería a que me gusta para ti. Me gusta lo que te hace.

—¿Volverme loco?

—Sigue diciéndote eso cuanto quieras. Si de verdad te lo crees, es que eres un jodido imbécil.

Sonrío para mis adentros para estudiar a la gente mientras le doy un sorbo a la bebida.

—Bueno —sonrío y lo miro de reojo—, ¿es verdad lo que dicen?

—¿Sobre qué?

—Sobre si la ausencia es al amor lo que el fuego al aire.

Arruga la frente y se gira hacia mí.

—¿De qué coño hablas?

—¿Vosotros, en plan, habláis por mensaje, videollamada o sois más bien de correo postal? Seguro que piensa que era muy romántico.

—Kenzo, no tengo ni idea…

—No pasa nada. —Sonrío—. Va a venir pronto. Annika y ella estuvieron hablando ayer para prepararlo.

Frunce el ceño.

—Pero ¿de qué narices…?

Entonces entrecierra los ojos.

Me río.

—Por fin se te enciende la bombilla.

—Freya —gruñe en voz baja—. Te refieres a Freya.

—Pues claro.

—No tienes ni puta idea de lo que hablas, Kenzo —gruñe con frialdad.

—¿De verdad? Porque creo que estoy hablando de que alguien está pillado por…

—¡Déjalo!

Vaya. El rostro de Mal refleja una maldad que rara vez veo, a menos que estemos en medio de un maldito tiroteo.

—¿Qué cojones pasa, Mal?

Se bebe lo que le queda en la copa de un trago y el enfado le desaparece de la cara.

—Nada. Voy a tomar el aire.

Frunzo el ceño y lo veo escabullirse entre la multitud.

¿De qué coño iba eso?

Estoy a punto de pedir una última bebida, pero, cuando veo a la Sra. Turo y su manada de mujeres de la Yakuza pasar riéndose delante de mí sin Annika, algo oscuro me llama la atención.

A tomar por culo la bebida.

Sonrío para mis adentros mientras merodeo entre la multitud buscándola. Antes, en casa, disfruté de un aperitivo cuando hice que se corriera sobre mi lengua, pero llevo disfrutando del sabor de su coño en la boca toda la puta noche y ahora la polla está muy celosa de mi boca.

Rememoro la conversación en el avión que mantuvimos sobre fetiches de uso libre.

Gruño en silencio, recorro el club con la mirada mientras imagino que la encuentro, la llevo al baño, armario o esquina oscura más cercano, hago que se incline y me la follo hasta que no pueda caminar derecha. O que la pongo de rodillas y le follo la boca hasta vaciarle las pelotas en la garganta.

Pero primero tengo que encontrarla.

Me dirijo al pasillo con cortinas que lleva a los baños para mirar ahí cuando oigo una voz que reconozco al otro lado.

—Consígueme el trato, muñeca.

El puto Valon Leka.

Aprieto los dientes y me detengo a escuchar la conversación entre él y, supongo, alguno de sus matones por teléfono, ya que no oigo ninguna respuesta.

—Consígueme lo que quiero —escupe con voz fría— o le contaré a tu nuevo maridito lo puta que solía ser su mujer…

—¡No me toques, joder!

Mi campo de visión se tiñe de rojo. Mi mundo arde en llamas.

Está hablando con Annika.

Lo único que veo es la ira y solo siento una furia que crece en mi interior mientras corro la cortina de un tirón y cargo hacia ellos como la Muerte sobre su caballo pálido. Valon sujeta por las muñecas a Annika, que tiembla y está aterrorizada y casi en estado catatónico. Cuando me ve, abre los ojos de par en par y se aparta.

—Kenzo, lo que sea que hayas oído…

Le pego tan fuerte que siento la sacudida hasta en los putos pies.

Noto cómo le crujen los dientes tras los labios bajo la fuerza de mi puño. Leka no es un hombre pequeño, pero, aun así, se medio cae medio tropieza gimoteando de dolor mientras le pego otro puñetazo.

Se dobla por la cintura y empieza a atragantarse, a escupir sangre y a vomitar antes de darle un rodillazo con todas mis fuerzas y romperle las costillas. Después, le estampo la rodilla en la cara, lo que le echa la cabeza hacia atrás y le parte el labio.

Valon se tambalea contra la puerta del baño de mujeres. Me choco contra él, respiro con puro odio y venganza a centímetros de su cara mientras los dos hacemos la puerta añicos y caemos sobre el suelo de baldosas.

Él se queja, solloza y levanta las manos suplicándome que lo perdone.

No escucho nada. No veo nada excepto el inaceptable hecho de que sigue respirando.

Lo arrastro por la garganta hasta uno de los cubículos, abro la puerta de una patada y lo meto dentro. Le piso la cabeza contra la taza del inodoro. Luego me pongo de rodillas y lo agarro por el cuello para hundirle más la cabeza en el agua.

Lo aguanto ahí mientras da patadas y manotazos al aire.

Patalea y se agita.

Y, despacio, empieza a…

—¡Kenzo!

Soy vagamente consciente de que unos brazos fuertes, que puede que sean los de Mal, intentan apartarme. Pero es la voz fría y afilada de Sota la que por fin rompe el hechizo. Me doy la vuelta, parpadeo, me echo el pelo hacia atrás y regreso a la realidad.

Sí que era Mal quien intentaba apartarme de Leka. Sota está de pie junto a la puerta hecha añicos y rodeado de sus guardias. Detrás

de todos ellos, la veo.

Annika.

Se envuelve el cuerpo con los brazos y está igual de pálida que un fantasma, aún con esa mirada helada y catatónica en la cara. Y está temblando.

Suelto a Valon y dejo que el cabronazo se aleje a rastras del inodoro escupiendo y jadeando.

No digo ni una palabra al ponerme de pie. No miro a nadie.

Paso como una exhalación delante de ellos y la agarro por el brazo.

—Nos vamos —digo en un gruñido—. Ya.

22
ANNIKA

Siento que soy una estatua de hielo: estoy entumecida de pies a cabeza y veo el mundo a través de una ventana escarchada que no consigo despejar.

No veo nada mientras viajamos en completo silencio. Si Kenzo me está diciendo algo, no lo oigo, pero también soy consciente de que está callado.

Desde que tomó el coche de uno de sus hombres, me abrochó el cinturón de seguridad del asiento del copiloto y arrancó, no nos hemos dirigido la palabra.

Ni siquiera me ha mirado. O igual sí, pero he estado demasiado ocupada ahogándome en el dolor y la vergüenza de mi pasado como para darme cuenta.

Una sensación fría y escalofriante me recorre la espalda. Me siento sucia. Asquerosa. Intocable e indeseable. Es como si al fin me hubieran arrancado la máscara que había conseguido llevar siempre y Kenzo hubiera visto el monstruo que se oculta debajo.

Me estremezco y parpadeo para salir del trance cuando el coche frena en seco y Kenzo apaga el motor. Miro con indiferencia por la ventana y solo entonces me doy cuenta de que estamos de vuelta en la mansión de Kenzo.

Se aleja del coche hecho una furia y se peina con los dedos. Salgo detrás y lo sigo a cierta distancia, con la mirada baja y una sensación horrible y repugnante de autodesprecio inundándome por dentro.

Justo antes de que Kenzo llegue a la puerta principal, se gira hacia mí con una furia que me deja sin aliento. Su rostro se convierte en una máscara de enfado, dolor y celos que se me clava como un cuchillo mientras se cierne sobre mí.

—Por eso quería la puta lista —gruñe.

Frunzo el ceño y un escalofrío me recorre la espalda mientras lo miro.

—¿Lista? —digo casi sin voz—. ¿De qué…?

Se me ensombrece el rostro al comprenderlo.

Sé a qué lista se refiere.

—Que te jodan —le espeto con la voz ronca—. ¡QUE TE JODAN!

—La Yakuza, la Bratva, la mafia… —Sacude la cabeza—. Existimos en un mundo que es muy puto pequeño, esposa. Dime, ¡¿con quién más voy a tener una reunión o hablar de negocios y luego descubrir que te han follado?!

Brama la última parte con tanta furia y dolor que me encojo de miedo.

—¡No es asunto tuyo! —suelto con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Y una mierda! —replica gruñendo. Señala con el dedo hacia la noche—. ¿Cuántas veces te follaste a Leka? ¿Una? ¿Más de una?

Me ruedan las lágrimas por las mejillas a medida que los oscuros muros de mi interior empiezan a resquebrajarse y a derrumbarse.

—Que te jodan —le espeto temblando—. No tienes ni idea…

—Cuántos hombres hay en la lista, Annika…

—¿Además de ti? ¡UNO! —escupo con malicia y las manos apretadas en un puño a los costados y temblando de pies a cabeza —. Uno, ¡puto imbécil!

El rostro de Kenzo refleja incredulidad mientras tensa la mandíbula.

—¿Qué?

Me doy la vuelta para irme.

—Esta conversación se acaba…

—Ni de puta coña.

Me sobresalto cuando me agarra por el brazo y tira de mí para que lo mire a la cara.

—¿Tenías una puta relación con ese puto…?

—¡Estaba en el puto purgatorio con él! —le grito a la cara, y tras eso se le borra el enfado de la cara y se convierte en preocupación —. ¡Era un infierno! ¡¿Quieres saber si tenía una puta relación con él?!

Estoy gritando, pero no me importa. Estoy temblando, pero no siento nada.

—¡Vamos a repasarlo, Kenzo! Tenía veintidós años y no tenía casa ni dinero. Él estaba en la cuarentena, era rico y tenía todo el poder. ¡No sabía lo que significaba la palabra *grooming* ni la expresión luz de gas mientras que él era todo un experto! Me hizo creer que era amor y romanticismo cuando sangraba y tenía moratones. ¡Me dijo que mis sentimientos y si consentía o no daban igual!

Las lágrimas me corren por el rostro.

—A veces aún me provoco vómitos en la ducha para intentar purgar los recuerdos. Todavía me froto la piel tan fuerte que empiezo a sangrar. Puede que no fueran tres años de violaciones continuadas porque, técnicamente, nunca dije que no —le grito a la cara mientras el mundo se difumina—, ¡pero se le acercaba bastante! ¡Dime, Kenzo! ¡¿A ti te parece que eso era una relación?! ¡¿A ti te parece que ese hijo de puta era mi puto novio, arrogante y privilegiado saco de…?!

De repente, es como si todo se rompiera en mil pedazos. Los muros de mi interior se derrumban en una explosión atronadora. Se me parte el corazón.

Y Kenzo me envuelve entre sus brazos y me aprieta contra su pecho.

—Princesa —susurra con voz ronca.

Me parto en dos y me fundo con él. Me agarro a su camisa y sollozo sobre su pecho mientras dejo que salga todo. Toda la vergüenza. Todo el odio hacia mí misma. Todas las formas en las que me llamé fea y me dije que nadie podría amarme.

Todo sale a la luz cuando los muros se derrumban.

—Joder, lo siento mucho, Annika —dice con voz ahogada contra mi cabeza mientras me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin respiración.

Pero lo quiero. Lo necesito. Necesito que la fuerza bruta y el poder inamovible me asfixien porque necesito que todo desaparezca.

—Estoy aquí —dice con voz sibilante mientras me abraza aún más fuerte—. Estoy aquí y no pienso irme a ningún lado, nunca —me dice—. Estoy aquí y seré lo que necesites. Sea lo que sea, dímelo —gruñe enterrando la cara en mi pelo y rodeándome con su fuerza y poder.

—Abrázame —susurro contra su pecho—. Abrázame y no me sueltes.

—Eso haré —responde en un susurro mientras me estrecha contra él.

Nos quedamos así bajo la luz de la luna delante de la puerta durante… no lo sé. Podrían haber sido horas o puede que solo un par de minutos, pero en esa fuerza ciega y poder bruto y en esa fortaleza inamovible encuentro la paz que llevaba años buscando.

Kenzo sacude la cabeza.

—Lo siento mucho, princesa. Perdóname.

Lo aprieto con fuerza y lloro suavemente sobre su pecho.

—No hay nada que…

—Sí —gruñe y se aparta un poco. Me acuna la cara entre las manos y me hace mirarlo a los ojos—. Sí que lo hay.

Esbozo una sonrisa irónica y me seco los ojos con el dorso de la

mano.

—Te perdono.

Se le contrae el rostro de dolor.

—Annika, ¿qué te…?

—Es cosa del pasado.

—Y una mierda —ruge.

—Kenzo, de verdad que no quiero hablar de…

—Necesito…

—¡No quiero seguir sacando a la luz el pasado! —espeto con la voz rota.

Su expresión se suaviza mientras se inclina para acariciarme el rostro de nuevo y mirarme a los ojos.

—No me has entendido, princesa —susurra—. No quiero sacarlo a la luz.

Sus ojos destellan con malicia.

—Quiero enterrarlo de una puta vez.

En un abrir y cerrar de ojos, estampa su boca contra la mía. Suelto un leve gemido mientras aún me caen las lágrimas por las mejillas y sus dedos mientras sus labios magullan los míos en un beso purificador y vengativo que no se parece a ninguno que haya experimentado antes.

Estoy temblando y se me acelera el pulso cuando se aleja. Me mira a los ojos.

—Vuelvo ahora.

Parpadeo y el corazón me late en los oídos cuando se da la vuelta y se encamina hacia el garaje.

—¡Espera! —grito—. Espera, ¿a dónde…?

—A enterrar tu pasado en un puto agujero.

23
KENZO

No es la primera vez que siento una furia cegadora. Cuando murió mi madre, la ira que sentí hacia el mundo, el karma, Dios y cualquiera que tuviera la mala suerte de cruzarse en mi camino casi me mata.

Pero ni se acercaba a lo que siento ahora mismo.

Y tampoco es cosa de mi ego de macho ni de darme golpes en el pecho. No estoy cabreado porque Leka «haya tocado lo que es mío» ni nada tan infantil como eso.

Annika y yo somos adultos de treinta y tantos años. Es obvio que ambos tuvimos una vida antes de conocernos. Repito, ese no es el tema y tampoco lo es mi puto ego.

Es que, en contra de mi buen juicio y a pesar de los intentos por sabotearlo, en algún momento empezó a gustarme Annika.

No. Más que gustarme.

En algún momento, la relación «falsa» con Annika se ha vuelto muy muy real. No sé si sabría qué etiqueta ponerle ahora mismo, o a lo mejor sí lo sé, pero el hecho de que nunca haya usado esa palabra me da un miedo de la hostia.

Annika me importa.

Muchísimo.

Es un anexo del órgano que late en mi interior que no buscaba, porque ni siquiera sabía que me faltaba esa parte del corazón.

Por mucho que me cabree de ver en cuando, que me parta un rayo si esa mujer no es en lo primero que pienso al levantarme y lo

último antes de dormirme.

Por eso tengo más que un puto cabreo de la hostia. No tiene nada que ver con sus experiencias pasadas antes de llegar yo.

Es por él.

Valon.

Y por el hecho de que ese saco de mierda le hizo daño.

Abusó de ella.

Le hizo *grooming* y luz de gas. Usó el dolor y la desesperación que le produjo perder a toda su familia para conseguir lo que quería y le importó una mierda lo que pensase ella al respecto.

Le hizo daño a mi puta mujer.

Esta noche, morirá por ello.

Agarro un casco de la pared y las llaves de mi BMW negra con un fino grabado en color plata de una máscara *hannya* gritando en el depósito de gasolina. Tengo un pequeño arsenal guardado en una taquilla bajo la casa, pero con las leyes tan estrictas que hay en Japón sobre las armas de fuego es muy difícil entrar en cualquier sitio a tiro limpio sin que se te eche encima el puñetero ejército.

Así que lo que hago en cambio es abrir la taquilla que está en la otra pared, introducir la contraseña y sacar una antigua espada samurái elaborada con gran exquisitez.

Era de mi abuelo y mi padre se la dio a Sota cuando abandonó Japón.

Y ahora es mía.

De todas formas, prefiero mil veces usar esto que cualquier vulgar pistola. Guardo la espada en la funda que llevo a la espalda mientras paso una pierna por encima de la moto.

—¿Vas a cometer un acto violento, hermano?

Me detengo y me giro para ver a Takeshi cuando entra en el garaje. Se le curvan los labios de forma peligrosa.

—Ya sabes que ese es mi pasatiempo favorito —gruñe

amenazante.

Niego con la cabeza.

—Esto es cosa mía, Tak.

—¿Y de qué va esto, Kenzo? —Cuando no contesto, frunce el ceño —. ¿Annika?

Me quedo un segundo paralizado y luego asiento de forma cortante.

Takeshi aprieta la mandíbula.

—Por si lo habías olvidado, hermano, tu mujer es mi hermana.

Sin decir otra palabra, agarra el casco y las llaves y saca otra espada de la taquilla, aunque esta vez no es una reliquia familiar.

La verdad es que, si Takeshi se saliera con la suya, siempre usaría espadas.

—¿Sobre quién vamos a desatar el caos y el sufrimiento? —gruñe mientras se sube a la moto a horcajadas.

—Esta noche no vamos a joder a nadie —siseo—. Vamos a enterrarlo.

—Espléndido —sonríe y se pone el casco—. Andando.



Todo está tranquilo cuando Tak y yo nos detenemos a un par de manzanas de la enorme casa que Valon ha alquilado en el lujoso distrito de Kamigyo Ward. Dejamos los cascos en las motos y nos movemos sin hacer ruido, como dos silenciosos y sombríos ángeles de la muerte.

Si nos guiásemos por el sentido común, deberíamos pedir refuerzos y esperar a tener un pequeño ejército de hombres a mi disposición antes de rodear la casa y luego entrar para sacar a Valon por las pelotas.

Pero a tomar por culo.

El monstruo furioso que vive en mi interior no piensa esperar por nada ahora mismo.

Tak y yo permanecemos en las sombras mientras nos deslizamos a lo largo del muro que rodea la propiedad en alquiler de Valon. Evitamos las puertas principales y seguimos hasta encontrar un viejo árbol retorcido por el que podemos acceder.

Un par de segundos después, hemos trepado por el árbol y aterrizado en la oscuridad al otro lado de los muros. Me permito esbozar una sonrisa amenazante mientras desenvaino despacio la espada letal que llevo a la espalda. Takeshi hace lo mismo y caminamos en silencio hacia la puerta trasera, listos para acabar con cualquiera que se interponga en nuestro camino.

Nadie lo hace. Y eso es… raro.

Cuando llegamos a la puerta de atrás, Takeshi me da una palmadita en el hombro. Me giro y veo que arruga la frente. Señala con la barbilla hacia donde está mirando. Cuando me fijo, abro los ojos de par en par.

Apenas se nota, pero hay una pequeña salpicadura roja sobre las piedras blancas del jardín zen junto a la puerta trasera.

Le echo un ojo a mi hermano. Él asiente.

Seguimos adelante con la caza.

La puerta se abre sin hacer ruido. Entramos a hurtadillas y en silencio y las espadas preparadas mientras escaneamos el oscuro interior. Atravesamos una sala de estar y entramos en una zona de descanso con vistas a la ciudad.

Los dos nos quedamos de piedra cuando nos fijamos en lo mismo: más salpicaduras de sangre en la pared y en uno de los sofás blancos.

Vuelvo a mirar a mi hermano. Él arruga la frente como diciendo que algo va mal de cojones. No se equivoca. Pero también es verdad que no pienso irme de aquí sin la puta cabeza de Valon.

Seguimos avanzando.

En la cocina, la puerta de la nevera está entreabierta y hay un agujero de bala en el lateral y más sangre resbalando por la pared de al lado. Unas huellas de sangre llevan a un comedor, pero donde no hay un cuerpo al final del rastro.

Justo cuando estoy a punto de admitir que no hay nadie, los dos nos quedamos helados al oír un ligero gemido de dolor. Takeshi y yo nos apresuramos en hacer un barrido de toda la casa y luego salimos al exterior.

Hay un hombre acurrucado en posición fetal en medio del oscuro patio interior iluminado por la luz de la luna. Un charco de sangre lo rodea mientras gime de dolor.

Maldita sea.

Es el puto Valon.

Takeshi y yo corremos hacia él. El patético saco de mierda llora cuando tiro de él para ponerlo boca arriba y observar su rostro afligido con maldad en la mirada.

—Bien —digo en voz baja—, has sobrevivido. Ahora me toca…

Me giro al oír un gruñido de dolor a mi lado y veo a Takeshi caer al suelo. Después, un dolor cegador me hace explotar la cabeza. La gravedad cambia de sentido cuando me derrumbo a su lado y se me nubla la vista antes de que todo se vuelva negro.



—¿Le gusta cazar, Sr. Mori?

Parpadeo mientras regreso a la realidad. Alguien me está atando las manos detrás de la espalda contra uno de los pilares del porche.

«Takeshi…».

Giro la cabeza como un rayo hacia ambos lados buscando a mi hermano y casi esperando ver que a él también lo han atado. Cuando no lo encuentro, la furia se desata en mi interior. Siseo con

violencia y tiro de las cuerdas para intentar liberarme. Pero no ceden y gruño cuando el hombre que está a mi lado me da una patada rápida en las costillas.

Una risa oscura y áspera retumba a mi lado. Me giro y entrecierro los ojos mientras un hombre fornido con barba, ojos oscuros y la cabeza rapada entra en mi campo de visión.

—¿Dónde cojones está mi hermano? —escupo.

El hombre alza una ceja y mira fijamente al lugar en el que acaban de atacarnos a Tak y a mí. Se me pone la piel de gallina en cuanto me doy cuenta de que lo que estoy viendo no es solo la sangre de Valon.

—¿Dónde coño…?

—Lo encontrarán pronto, no se preocupe, Sr. Mori —gruñe en voz baja—. O bien lo harán mis hombres o, a juzgar por sus heridas, la muerte.

«Tak ha escapado».

Le lanzo una mirada salvaje.

—¿Quién coño eres?

Él me sonríe con frialdad y gira mi espada entre sus manos.

—Me llamo Gacaferi, Sr. Mori. Ulkan Gacaferi.

Me detengo al oír el nombre para rebuscar en el cerebro y recordar de qué conozco a este cabrón. Y entonces caigo en la cuenta: Ulkan es un caudillo albanés de nivel medio que dirige una organización criminal de segunda. También vive en el puto Nueva York, así que ¿qué cojones hace de pie ante mí en Kioto?

—¿De qué cojones va esto? —le espeto con frialdad mientras tiro de las cuerdas. Señalo con la barbilla a Valon mientras sigue sangrando y gimiendo en el suelo—. Si has venido a por él, estamos en el mismo bando. Pero es mío —digo con un rugido.

Ulkan sonríe y examina mi espada de nuevo, pasándole el pulgar por el lateral.

—Deja eso —gruño en voz baja.

Alza la vista y me mira a los ojos.

—Se lo preguntaré de nuevo, Sr. Mori, ¿le gusta cazar?

En mi mente empieza a calar el hecho de que Ulkan es famoso por ser un completo psicópata.

—Sí —gruño.

—¿Alguna vez ha cazado con trampas?

—Conejos —siseo—. Atrapaba conejos.

Se le ensancha la sonrisa mientras da vueltas a mi alrededor sin dejar de pasar el pulgar por mi espada.

—Ah, sí, conejos. Y para atraparlos hay que poner un cebo, ¿verdad?

—¿Qué cojones quiere, Sr. Gacaferi?

Gira la cabeza hacia mí y sus ojos brillan bajo la luz de la luna.

—Quiero lo que se me debe, Sr. Mori. El honor es lo único que tenemos en este mundo, ¿no cree? Y perderlo, o que te lo arrebaten, es algo terrible. Creo que los hombres como usted y como yo están de acuerdo en eso.

—Ni siquiera te conozco —le espeto—. ¿Qué mierda crees que te he…?

—Ah, mis disculpas. No me ha entendido, Sr. Mori. —Ulkan suspira mientras levanta la espada en las manos y camina despacio hacia donde Valon está tirado en el suelo. Señala al cabrón que está sobre un charco de su propia sangre con mi espada.

—Este no es el cebo, Sr. Mori, porque no es a usted a quien quería cazar.

Gira la hoja pensativo mientras se da la vuelta. Posa los ojos en mí y se me acerca despacio con una sonrisa cruel en los labios.

—No, usted es el cebo, Sr. Mori.

Aprieto la mandíbula y lo fulmino con la mirada.

—¿Y qué cojones estás cazando?

Me mira con maldad mientras se acuclilla delante de mí y sigue pasando el pulgar por mi espada, mirándome fijamente a los ojos.

—A su mujer, Sr. Mori. Quiero cazar a su mujer.

24
ANNIKA

Hana y yo nos sentamos en silencio. No pregunta por qué he estado llorando ni por qué Kenzo y yo nos estábamos gritando. No cuestiona por qué aún tiemblo un poco ni me interroga sobre a dónde se ha largado su hermano.

Se limita a sentarse a mi lado en el jardín rodeándome los hombros con un brazo mientras me acaricia el pelo.

Como si necesitara que me recordase por qué me cae tan bien.

Noto que se mueve y me giro para seguir su mirada. Mal sale de la sala de estar con el ceño fruncido.

—¿Qué necesitas, Annika? —gruñe—. ¿Té?

—Creo que prefiero algo más fuerte y más escocés.

Esboza una sonrisa mordaz y asiente. Justo cuando se gira para volver dentro, nos volvemos al oír el ruido de un motor que se acerca. Las ruedas chirrían y el sonido de un metal al crujir hace que todos nos pongamos de pie de repente y echemos a correr por el lateral de la casa hacia la entrada.

«Mierda».

Takeshi, a quien vi irse antes en la moto con Kenzo, se levanta con dificultad de la moto accidentada. Le falta el casco e, incluso antes de que se caiga de rodillas, veo que le gotea sangre por un lado de la cara y del brazo que sujeta contra el pecho.

—¡TAK! —grita Hana mientras los tres corremos hacia él.

—¡¿Qué cojones ha pasado?! —sisea Mal agachándose al lado de su hermano. Hago una mueca cuando veo el corte que tiene Takeshi

en la cara y el dolor de su mirada al poner mala cara. Tiene la vista nublada, pero, cuando se encuentran con los míos, enfoca la mirada.

—¿Kenzo? —digo en un suspiro.

Se le mueve la garganta al tragar saliva.

—Lo han atrapado —gruñe haciendo una mueca de dolor.

—¿Quién? —gruñe Mal.

—Creo… que un puto albanés —dice Takeshi entre dientes—. Estoy bastante seguro de que eso es en lo que hablaba con sus hombres.

—¿Qué pasó? —pregunto sin pensar.

—Fuimos a la casa de Leka —murmura con otra mueca—, pero estaba vacía y había sangre por todas partes cuando llegamos. Encontramos a Leka con cortes por todas partes, pero entonces ese cabrón y sus hombres nos atacaron. —Niega con la cabeza—. Un hijo de puta fornido con barba y la cabeza rapada. De Europa del Este seguro. Sus matones lo llamaban Gaza o Gaza no sé qué…

—Gacaferi.

Se me cae el alma a los pies y me quedo blanca como el papel cuando el nombre escapa de entre mis labios.

—Sí —gruñe—, eso.

«Joder».

—Dejaron inconsciente a Kenzo. Yo me encargué de uno de ellos, pero había como doce más. Y… —Se le quiebra la voz y aparta la mirada—. Lo abandoné…

—No, escapaste, Tak —sisea Mal mientras sacude la cabeza y le da la mano a su hermano—. Morir luchando contra una docena de tíos no iba a salvar a Kenzo. Escapar y llevar refuerzos puede que sí. ¿Lo entiendes?

Tak asiente serio.

Me pongo de pie e intento irme.

—Oye, quieta ahí, vaquera —gruñe Mal.

Lo ignoro y me precipito hacia el garaje con una expresión

impasible en la cara y el corazón latiendo a mil por hora. Dentro, agarro un casco y las llaves de la misma moto que conduje la otra noche. Mal entra detrás de mí justo cuando me he parado delante de la taquilla abierta que hay en la pared.

—¿Qué coño…?

Levanta las manos y retrocede cuando me giro con una espada en las manos apuntando hacia él.

—Voy a por Kenzo —siseo—. ¿Qué coño haces tú?

Le brillan los ojos mientras ladea la cabeza.

—Es una trampa, Annika —murmura—. ¿De verdad crees que dejarían que Tak escapase? Gacaferi quiere…

—Quiere que vaya a él —le espeto—. Y voy a concederle el deseo.

Mal frunce el ceño.

—Tenemos… historia —siseo—. Un negocio que salió mal. Si es así como quiere arreglarlo… —Miro a la espada que tengo en la mano—. Sé que es una trampa, Mal, pero tiene a mi marido.

—Y a mi hermano —gruñe mientras se da la vuelta para hacerse con otras llaves y un casco. Me empuja y saca otra espada de la taquilla—. Venga, estamos perdiendo el tiempo.



El corazón me da un vuelco cuando entramos en el patio de la casa de alquiler de Valon.

Hay mucha sangre.

Muchísima.

—No es la de Kenzo —gruñe Mal en voz baja. Arruga la frente y se agacha para pasar los dedos sobre las rozaduras que hay sobre el patio de piedra—. A Kenzo lo arrastraron… hacia allí —murmura y se dirige de inmediato hacia uno de los porches que rodean el patio. Se vuelve a agachar al lado de un pilar y señala a unas marcas de rayajos—. Lo ataron aquí. Hay un poco de sangre, ¿ves? —Señala un

poco más arriba—. Take dijo que le habían dado un golpe en la nuca a Kenzo. Por eso hay sangre aquí. No es… —Se gira para señalar con la barbilla la enorme mancha en el medio del patio.

—Valon —siseo con rencor entre dientes.

Mal asiente.

—Sí, creo que la sangre era suya. —Frunce el ceño—. Mierda. Es… mucha sangre.

La mancha se convierte en una huella que aún parece húmeda de que arrastraron a alguien, como si hubieran movido el cuerpo hacia un lado. Seguimos el rastro y el corazón me late con fuerza ante la idea de doblar la esquina y encontrar al monstruo partido en dos. Cuando nos damos de bruces con una pared con manchas de sangre y arañazos que suben por la pared y siguen por el otro lado, se me ensombrece el rostro.

«Él también ha escapado».

—Supongo que dieron a Leka por muerto y, en cuanto se quedó solo, consiguió llegar hasta aquí y saltó la pared.

Trago saliva con dificultad, dos veces. Un segundo después miro a Mal, que me observa con curiosidad.

—Lo quiero muerto —siseo con frialdad.

Asiente.

—Creo que lo más probable es que tu deseo se haya cumplido. Hay una cantidad enorme de sangre en el suelo. Puede que haya conseguido saltar el muro, pero no habrá llegado muy lejos. —Me mira fijamente—. Leka tiene que estar muerto, Annika. Puede que haya llegado a la calle o haya conseguido cruzar la carretera al otro lado de este muro para esconderse en una zanja, pero ya se habrá desangrado.

Me consume un deseo ardiente de ir a buscar el cuerpo y arrancarle el corazón, pero hay algo que anhelo incluso más.

«Tengo que encontrar a Kenzo».

Ahora mismo, no puedo pensar en Valon ni en mi venganza si es que ha conseguido aferrarse a la vida en algún punto de los alrededores.

Ahora mismo, tengo que encontrar a mi marido.

—No están lejos.

Mal está de cuclillas y señala la colilla de un cigarro tirada sobre las piedras blancas del jardín Zen. Todavía emite un ligero brillo.

Los cabrones que se llevaron a Kenzo siguen cerca.

Lo que significa que él también.

Un dolor agudo que casi nunca había sentido me atraviesa. Es el dolor que sentí la noche que murió mi familia. La noche que creí que había perdido a Taylor. Es el dolor que sentí no hace mucho, cuando estuvo en peligro y casi la perdí otra vez.

De repente lo entiendo y es como si alguien me hubiera dado una bofetada.

Sé qué es este dolor.

Es el dolor de perder el amor: un amor real y auténtico. El tipo de amor del que intenté protegerme desde que tenía dieciocho años. La clase de amor que ahora siento en lo más profundo de mi ser y mi alma por Kenzo.

No pienso perderlo.

Y a él tampoco.

—¿Qué tal te llevas con las autoridades locales? —Mal asiente, me ha leído la mente.

—Bien. Llamaré a los chicos que tenemos en la comisaría. No hay muchas carreteras que entren y salgan de Kioto. Pueden montar controles de alcoholemia de mentira y buscar a Gacaferi y a sus hombres.

Asiento con brusquedad y saco el teléfono.

—Gracias —murmuro mientras toco el contacto y me llevo el móvil al oído.

—¿Ahí no son las putas dos de la mañana? —refunfuña Freya. Deben de ser la una del mediodía en Nueva York, lo que significa que seguramente se acaba de levantar.

—Necesito que hackees el sistema de videovigilancia municipal de Kioto —suelto.

—¿Nada más? —farfulla.

—¡Ya, Frey!

Deja el sarcasmo.

—Voy. Espera —dice rápido al percibir la urgencia en mi voz—. Dame un minuto.

La oigo teclear.

—Vale, estoy buscando una puerta trasera. No debería llevarme… listo —gruñe—. Estoy dentro. ¿Qué tengo que buscar?

—A Ulkan.

Freya aspira con brusquedad.

—¿Está ahí? —dice entre dientes.

—Sí, y tiene a Kenzo.

No dice nada.

—¿Me has oído? —susurro—. Tiene…

—Sí, no, te he oído —contesta Freya sin dejar de teclear—. Supongo que tus sentimientos… ¿han cambiado? —pregunta alzando la voz sorprendida.

Asiento con el corazón en un puño.

—Sí —susurro—. Encuéntralo, Frey.

Dame un punto de partida.

Recito la dirección de la casa de alquiler de Valon.

—Busca en las imágenes de hace cuarenta y cinco minutos, más o menos.

—Un segundo. —Le repiquetean los dedos sobre el teclado del portátil—. Vale, ya estamos. —Maldice—. Sí, ahí está Ulkan. Parece que sus hombres mataron a los guardias de la casa y los metieron

dentro… —Sigue tecleando—. Avanzo un poco… Lo tengo. Sí, están sacando a rastras a alguien de la propiedad…

Se me encoge el corazón cuando vuelve a soltar un grito ahogado.

—Es Kenzo. Lo han metido en una furgoneta y se han largado.

—¿Está herido? —susurro mirando a lo lejos mientras Mal me mira preocupado.

—Sí, Anni —dice Freya en voz baja—. Está herido.

«Joder».

Alzo la vista y miro a los ojos a Mal mientras él aprieta la mandíbula.

—Tengo la furgo —me suelta Freya al oído.

Echo a correr hacia las motos con Mal siguiéndome los talones.

—Guíame.

25
KENZO

—En mi opinión, el matrimonio está muy sobrevalorado.

Levanto la cabeza. Tengo el ojo derecho hinchadísimo, pero, a pesar de lo mucho que me duele…, bueno, todo, aún puedo fulminar a Ulkan con la mirada.

Me duele todo. Antes de dejar la casa de Valon, dos de los matones de Ulkan se pusieron manos a la obra conmigo, mientras seguía atado al puto pilar, he de decir, a base de puños y la porra de goma que usaron para dejarme inconsciente antes.

Pero no me centro ni en el dolor ni en los desvaríos de Ulkan. En cambio, intento evaluar lo mucho que se le han jodido los planes a este psicópata.

Le echo un ojo a la madre aterrorizada que está hecha un ovillo en la esquina de la cocina mientras mantiene a sus dos hijos pequeños detrás de ella.

Sí, no sé qué tenía Ulkan en mente, pero no era esto.

—Todo va a salir bien —le digo en voz baja a la mujer en japonés.

Está pálida y demacrada y los ojos casi se le salen de las cuencas por lo mucho que teme por sus hijos mientras los protege con su cuerpo.

—¿Sabes quién soy? —le pregunto.

Ella asiente deprisa.

—Entonces sabes que me ocuparé de esto, siento haber molestado a tu familia…

Gruño cuando Ulkan me pega un tortazo con el dorso de la mano.

—Es de mala educación hablar en un idioma delante de alguien que no lo conoce, Sr. Mori. —espeta en tono frío. Se gira para señalar a la mujer con la barbilla—. ¿Qué cojones le decías, eh? ¿Que se lanzase contra mí?

Saca un cuchillo con muy mala pinta y empieza a caminar hacia ella.

—¡Ulkan! —bramo a su espalda para que se detenga—. Me quieres a mí, no a ellos —gruño—. Está asustada. Sus hijos están asustados. Solo la estaba tranquilizando y diciéndole que todo iba a salir bien.

Se vuelve para mirarme con una sonrisa maníaca, pero justo cuando hace girar el cuchillo en la mano uno de sus hombres irrumpe en la cocina y empieza a hablar con su jefe en lo que supongo que será albanés.

Ulkan no pilla o decide no ver la ironía mientras contesta en el mismo idioma. Luego se gira hacia mí con una expresión sombría y de enfado.

Sonrío.

—¿Qué pasa, Gacaferi? ¿Las cosas no van como planeabas?

Es obvio que Tak no escapó por accidente. Parece que ninguno de los hombres de Ulkan lo ha seguido y nadie parecía muy preocupado por él de camino aquí.

Querían que escapase. Sabían que volvería corriendo con mi familia y les contaría lo que ha pasado para que vinieran a por mí.

Para que Annika viniera a por mí.

Pero está claro que este bloque de apartamentos para gente con pocos recursos no era donde Ulkan pretendía que nos sentásemos a esperar. Algo los asustó mientras conducíamos y tomamos un desvío que nos llevó hasta la casa de esta pobre mujer porque estaba justo a la salida de la autovía.

Se vuelve hacia mí y entrecierra los ojos.

—Hay controles en todas las autovías que salen de la ciudad —

susurra en un tono oscuro—. ¿La policía trabaja para ti?

Sonrío.

Sí, eso me dice que Tak ha conseguido llegar a casa. También significa que Hana ya ha llamado a la gente que conoce en el departamento de policía. No «trabajan» para ninguna de las familias de la Yakuza. Sin embargo, el sistema se basa en favores y deudas y siempre hay alguien en la cima al que le puedes hacer un favor y guardártelo hasta que necesites algo más adelante.

—Lo que fuera que tuvieras planeado —le escupo a Ulkan— se ha ido a la mierda. —Me río con frialdad y toso cuando me atraviesa el dolor de las costillas. Me giro y escupo sangre al suelo antes de volver a fulminar al albanés con la mirada—. ¿Crees que no soy más que un matón de la Yakuza?

Me giro para mirar a la pobre mujer que está en la esquina.

—¿Hablas inglés? —pregunto en japonés.

Ella asiente.

—Un poco —contesta con voz ahogada.

—¿Puedes decirle a este idiota quién soy?

Ella asiente, se gira hacia Ulkan con miedo y me señala con un dedo tembloroso.

—Rey —dice de repente—. Rey de Kioto.

Una mirada de incertidumbre se refleja en el rostro de Ulkan mientras le sonrío con frialdad.

—En esta ciudad, yo soy la Yakuza, imbécil de mierda —gruño—. Tu única esperanza era salir antes de que cerrasen las carreteras. —Niego con la cabeza—. Ahora ya no saldrás vivo de Kioto, te lo prometo.

Le suena el móvil a uno de los hombres de Ulkan. Grita algo, asiente cortante y luego cuelga y le dice algo a su jefe. Ulkan curva los labios cuando se vuelve hacia mí.

—Parece, su majestad —dice con una risita—, que tu gente nos ha

encontrado.

Sonrío con aire siniestro.

—Esta es mi oferta: deja que la mujer y sus hijos se vayan. Desátame y soltad las armas. No opongáis resistencia. Si hacéis todo eso, os concederé una muerte rápida y sin dolor. La alternativa será todo lo contrario, créeme.

Ulkan se limita a sonreírme.

—Perdona, mi segundo idioma no es perfecto, Sr. Mori. Me refería que nos ha encontrado una persona, no varios.

«Mierda».

—Dime, Kenzo —dice arrastrando las palabras—. ¿Cuál de tus amigos conduce una moto rosa, violeta y negra? Porque estoy a punto de pegarle un tiro delante de ti.

Intento pensar. Takeshi juega con media docena de motos, pero suele montar la negra con el dragón dorado. La preferida de Hana es la Yamaha blanca con la línea roja y a Mal le gusta la Ninja negra y verde neón.

De repente caigo en la cuenta, y siento como si un puñal de hielo se me clavase en el corazón.

Annika montaba una moto rosa, violeta y negra cuando Tak, Hana y ella se fueron a dar una vuelta.

«Me cago en todo…».

Antes de que pueda controlar mis emociones, Ulkan empieza a reírse entre dientes.

—Ay, dime que no he tenido tanta suerte —dice en tono sarcástico —, ¿ha venido a salvarte la puta de tu mujer, Kenzo? Es ella la que…

—La próxima vez que vuelvas a hablar así de mi mujer —gruño sin alterarme—, te cortaré la lengua.

Él sonríe.

—Me muero de miedo, Mr. Mori —susurra con ironía. Le brillan los ojos—. Verás, ya ni siquiera me importa el dinero que me debe.

Como he dicho, el honor es lo más preciado que tenemos en este mundo. Así que el haberme ofendido como lo hizo ella requiere… una reacción igual. —Me lanza una mirada fría—. Por lo que, cuando entre para salvarlo, Sr. Mori, también le quitaré parte de su honor…

Me tenso cuando se acerca a mi oreja.

—Por el culo, delante de ti. De hecho, creo que dejaré que todos mis hombres prueben ese agujero.

Se ríe mientras rujo y me retuerzo sobre la silla a la que estoy atado.

—Cabréate todo lo que quieras, Sr. Mori —dice riéndose entre dientes para después girarse a darles órdenes a sus hombres mientras el sonido de una moto retumba en el exterior—. No me importa lo más mínimo.

De los doce hombres que Ulkan tenía en la casa de Valon, ahora aquí solo hay seis. Los demás se largaron en varios coches, supongo que son los que se adelantaron y llamaron para avisarlo de los bloqueos.

Pero, aun así, quedan seis putos tíos. Y puede que no tengan pistolas, pero empuñan cuchillos de gran tamaño, porras y, uno de ellos, dos hachas de mano.

—¡ANNIKA! —grito con todas mis fuerzas— ¡VETE! ¡LÁRGATE! ¡ES UNA TRA…!

Gruño cuando Ulkan me vuelve a dar un golpe en la boca y hace que se me nuble la visión mientras escupo sangre. La mujer y los niños que están agazapados en la esquina se encogen de miedo cuando Ulkan va hacia ellos, agarra un paño de cocina que está en la encimera a su lado y vuelve para amordazarme.

El motor se apaga. Ulkan les hace señas a sus hombres y murmura algo en albanés.

«No».

Bramo sobre el paño, me sacudo y doy golpes contra el respaldo

de la silla para intentar romperlo y liberarme. Pero es inútil y mis gritos no son lo bastante fuertes. Va a caer en la trampa.

En el exterior, oigo los gritos de los hombres de Ulkan al salir disparados por la puerta principal. Annika no grita. Lo único que oigo es el choque del acero contra el acero. Una y otra vez y luego el sonido de un hombre llorando de dolor.

Más choques de metal contra metal. El gorgoteo de la muerte llevándose a otro hombre.

Un grito desgarrador de dolor suena al caer otro más.

Qué cojones. Ya se ha cargado a tres.

Miro a Ulkan. Tiene el rostro contraído, frunce el ceño con preocupación mientras saca un machete que da miedo del cinturón. Se acerca a la puerta principal del apartamento, sujetando el machete con fuerza mientras el cuarto hombre grita en el exterior antes de morir.

Una mano me envuelve la boca desde atrás. Me sobresalto y, al mismo tiempo, inspiro un aroma que conozco a la perfección.

—No te muevas.

El susurro de Annika hace desaparecer todo el dolor. Me da un subidón de adrenalina que me corre por las venas mientras ella corta las cuerdas que me ataban las muñecas y me libera.

Miro a Ulkan, pero está en la otra habitación y nos da la espalda. Me giro de nuevo hacia Annika.

Ella me sonríe, le brillan los ojos y tiene el labio inferior oculto tras los dientes.

Quiero hacer un montón de cosas ahora mismo. Quiero besarla. Quiero envolverla entre mis brazos y no soltarla nunca.

Quiero decirle que la quiero.

Pero no hay tiempo.

—Sácalos de aquí —susurro señalando a la mujer y a sus hijos con la barbilla.

Annika frunce el ceño mientras me recorre con la mirada.

—Estás herido…

—Por favor. —Sacudo la cabeza—. Sácalos.

Asiente deprisa y se gira con una cálida sonrisa hacia la mujer, que está aterrada, y sus dos pequeños. Les hace señas y la mujer se acerca, apresurando a sus hijos para que vayan hacia Annika. Se dirigen a una ventana al otro lado de la cocina y salen de puntillas a la escalera de incendios de uno en uno.

—¡Serás zorra!

Giro la cabeza como un rayo justo cuando Ulkan entra del salón directo a por Annika con el machete en la mano mientras ella ayuda a la mujer a subir a la escalera de incendios.

Me pongo de pie al instante, agarro la silla a la que estaba atado, la hago girar y se la tiro a Ulkan a la cara. Grita de dolor cuando se estampa contra él y lo derriba mientras le brota sangre de la boca.

—¡Kenzo!

Me giro hacia Annika, que ha agarrado la espada de mi abuelo que estaba apoyada contra la pared. Me la lanza, la atrapo y giro sobre mí mismo mientras la libero de la vaina.

Ulkan carga contra mí, con el machete en alto y una mirada de loco furioso en la cara.

Ataco con la espada sin alterarme y con destreza. Ulkan se atraganta y gorgotea por la sangre que se le acumula en la boca mientras le hundo la espada en el pecho. Abre los ojos de par en par y deja caer el machete al suelo.

Arranco la hoja y Ulkan se desploma sobre las rodillas, el aire sale silbando del agujero que tiene en el pecho y le brota sangre de la boca.

—Dile que no mire, princesa —gruño en voz baja volviéndome para mirar a Annika a los ojos, que aún sigue junto a la ventana de la escalera de incendios—. Esa mujer no necesita ver…

—¡KENZO!

Gruño cuando algo duro choca contra mí y me derriba en medio de una lluvia de astillas.

Joder, es la silla que le tiré a Ulkan.

Caigo al suelo con fuerza y empiezo a ver puntos negros y las estrellas mientras me resuena un pitido en los oídos.

«Levántate».

«Levántate, joder».

Annika grita.

La explosión de pura adrenalina que siento en las venas me pone en pie y hace que me tambalee hacia ellos. Ulkan ha inmovilizado a Annika contra la pared y le ruge en la cara mientras le salpica el pecho de sangre. Vuelve a tener el puto machete en la mano y Annika grita de nuevo mientras él levanta el brazo como si fuera a clavárselo en la cabeza.

No tiene oportunidad de hacerlo.

Recojo la espada de mi abuelo del suelo mientras corro hacia Ulkan. El acero destella y, de repente, el brazo que tenía en alto cae al suelo tras separárselo del hombro con un corte limpio, aún sujetando el machete.

Annika chilla mientras agarro a Ulkan y lo tiro al suelo. Me giro hacia él mientras mira fijamente el muñón del hombro donde hace un segundo tenía el brazo. Abre los ojos de par en par y me observa.

—Te dije lo que pasaría si volvías a llamarle eso a mi mujer —susurro.

Intenta decir algo, pero ataco con un movimiento rápido y la espada se desliza en su boca, le corta la lengua y la punta sale húmeda por la parte de atrás del cuello.

La luz de sus ojos se apaga mientras extraigo de nuevo la espada y él se desploma en el suelo.

—Kenzo…

Annika corre a mi lado y me agarra antes de que me caiga. Me giro hacia ella con un gemido y la abrazo con fuerza.

Abren la puerta principal de golpe. Con una mueca, me obligo a darme la vuelta con la espada en ristre.

Mal frena en seco a medio camino de la puerta, con la espada cubierta de sangre preparada. Nos miramos a los ojos mientras me empiezan a fallar las piernas.

—Tranquilo, hermano —gruñe mientras se apresura para ayudar a Annika a mantenerme en pie antes de que los dos me rodeen con los brazos y me ayuden a salir por la puerta.

—La mujer que vive aquí —digo casi sin voz cuando la veo escondida con unos vecinos que han salido a ver qué coño pasaba. Inclino la cabeza hacia ella y luego miro a mi hermano—. Encárgate de que ella y sus hijos estén bien atendidos. Consígueles una casa nueva; una bonita. Y dale todo el dinero que necesite para vivir y también todo lo que necesiten los niños para ir al colegio.

Frunce el ceño.

—Vale, pero qué tal si primero te llevamos a casa…

—Encárgate, Mal.

Asiente con firmeza.

—Vale, considéralo hecho. Tienes mi palabra. Sé cómo te sientes cuando las mierdas de la Yakuza afectan vidas de civiles.

—¿Y, ahora, podemos llevarte a casa de una vez? —murmura Annika mientras me abraza.

26
ANNIKA

Sangre.

Muchísima sangre.

Me quedo bajo el chorro de agua caliente de la ducha, con el pelo pegado a la cara y los brazos cruzados sobre el pecho.

El agua de color rosa me resbala por el cuerpo. A mis pies hay un remolino rojo que baja por el desagüe, pero todavía hay mucha.

Muchísima sangre, joder.

En mi cabeza veo en bucle la imagen de Ulkan gritándome en la cara e intentando agarrarme mientras la sangre le salía a borbotones del pecho y hace que tiemble y me encoja de miedo. Cierro los ojos y respiro entre el vapor para intentar dispar el recuerdo.

Una mano me toca el costado. Me sobresalto y me giro con un grito en la garganta antes de que mis ojos se encuentren con los de Kenzo. Desnudo y con las heridas aún abiertas, se mete bajo el agua conmigo.

Sin decir nada, me mira a los ojos. Y entonces empiezo a preocuparme que vaya a verlo: la mirada.

Como si estuviera rota. Como si fuera defectuosa.

Mercancía dañada.

Ahora lo sabe todo. Conoce la peor parte de mí, mi asquerosa historia con Valon.

Kenzo alarga un brazo hacia mí, pero me encojo de miedo de nuevo y retrocedo contra la pared de azulejos que tengo a la espalda.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué? —dice en voz baja.

—Estoy… sucia —susurro.

Se gira para agarrar el gel de baño.

—Yo te limpio lo que falta.

—No, Kenzo —digo con voz ahogada echándome hacia atrás mientras alarga la mano hacia mí—. Yo…

Vuelvo a desviar la mirada. Él se queda quieto un instante, pero después, de repente, me agarra por las caderas y me acerca a él. Me tenso e intento apartarme de nuevo, pero él me sujeta rápido y con fuerza mientras me acaricia la cara y me inclina la barbilla para que lo mire a los ojos.

El agua le cae por su hermoso rostro y el pelo oscuro. Sus ojos penetrantes me aguantan la mirada.

—Kenzo…

—Lo que te hicieron fue malvado, Annika —dice en voz baja—. Eso no te mancilla en absoluto. No cambia cómo te veo.

Enreda una mano en mi pelo y la otra me aprieta más la cadera.

—Nada de eso cambia lo que siento por ti…

Me empuja contra la pared, pecho contra pecho, corazón contra corazón.

—Ni el hecho de que mataría por ti…

Se me acelera el pulso cuando me aparta el pelo de la cara y se inclina hacia mí. Ninguno de los dos pestañeamos siquiera bajo el chorro de agua.

—Ni el hecho de que te quiero.

Me acaricia la cara mientras baja la boca, aplasta los labios contra los míos y yo me derrito contra él. Gimo y me agarro desesperada, como si estuviera en medio de un huracán y él fuera mi único anclaje a tierra. Gimo con avidez en el beso, lo agarro con fuerza mientras me toma entre sus brazos, cierra el agua y me saca de la

ducha.

Cuando el aire me roza la piel húmeda, vuelvo a la realidad. Me tenso contra él y aparto los labios de los suyos con un escalofrío.

—Él… —Trago saliva—. Sigue ahí fuera. —Respiro—. Consiguió…

—Leka está muerto, Annika —dice Kenzo en voz baja—. La policía encontró un cuerpo no muy lejos de la casa de alquiler, con el cuerpo lleno de cortes, pero coincidía con su descripción. —Se le endurece la mirada—. Dicen que se desangró muy lento. —Kenzo rechina los dientes—. No pude enterrar el pasado por ti, princesa —susurra—, lo siento…

—Sí que lo hiciste —respondo en un susurro mientras le cubro la cara con las manos y apoyo la frente en la suya. Le doy un suave beso mientras el corazón me martillea contra su pecho—. Acabas de hacerlo.

Vuelvo a derretirme contra sus labios mientras él se da la vuelta y salimos del baño.

27
KENZO

Observo cómo su espalda sube y baja con suavidad mientras duerme a mi lado. A mí siempre me ha gustado dormir boca arriba. Aunque, últimamente, con ella aquí, resulta que duermo de lado porque hacerlo sin rodear a esta mujer con los brazos se ha vuelto intolerable.

Annika, sin embargo, puede dormir en cualquier postura. Y lo hace. De lado, con medio cuerpo encima del mío. Tumbada boca arriba. Pero, muchas veces, cuando aún estoy despierto viéndola dormir, está boca abajo. Como esta noche.

Alargo el brazo en silencio y le aparto con suavidad un par de mechones rebeldes de la cara y dejo que la luz de la luna la ilumine.

Dios, es guapísima.

Y, joder, cómo la quiero.

Ahora lo sé. Sin duda ni vacilación. Sin reservas. Sin tener que reflexionar. Es tan cierto como que estoy vivo. Tan cierto como que iría a la guerra contra el mundo entero por esta mujer.

Lo reduciría todo a cenizas si eso fuera necesario para mantenerla a mi lado.

Annika se quedó dormida en cuanto la traje desde el baño. Durante la última hora, he estado abajo con mis hermanos y varios de los mejores *waka gashira* míos y de Sota para planear los siguientes pasos.

En resumen, vamos a eliminar a nuestros enemigos de la faz de la Tierra.

De todas formas, la organización de Ulkan está acabada ahora que él y la mayoría de sus hombres han muerto. Pero no perdemos nada por asegurarnos de arrasarla por completo y de echar sal en el terreno. Hemos encontrado al resto de sus hombres, los que conducían por Kioto, y ahora mismo están en un búnker en el subsuelo de un almacén que Sota usa para este tipo de cosas.

Me importa una mierda que solo siguieran órdenes. También infligieron terror a la mujer a la que amo. Mañana, les cortaré las manos por la ofensa. Y después la cabeza.

También hay planes en marcha para ir a por lo que quede de las operaciones de Ulkan en Nueva York. He contactado con Kir y le he permitido eliminar lo que quede del hombre que me robó a Annika.

Parecía bastante satisfecho con la idea.

No obstante, Valon Leka es otro tema. Sí, también arrasaremos con su imperio y luego nos mearemos encima, pero con él la cosa se complica porque parece que una de las clientas de Valon era la mismísima Reina Blanca: Yelizaveta Solovyova, líder de la Solovyova Bratva. Además, tiene un sitio en la Mesa de Hierro y es la prima de Kir.

También es muy poderosa y no le gusta que metan las putas narices en sus intereses comerciales. Será una conversación un poco más fácil de mantener, ya que no fui yo quien mató al cabrón de Valon, pero va a ser… delicada.

Aunque, ahora mismo, a todo eso le pueden dar por culo.

Ahora mismo, lo único que quiero hacer es ver dormir a Annika.

Le recorro el pelo con un dedo, le acaricio el hombro y lo deslizo bajo la sábana. Le destapo el hombro despacio y la sigo bajando hasta dejar la suave piel de su espalda al descubierto.

Desvío la mirada hacia el contorno de sus pechos, los surcos de sus costillas y los hoyuelos en la parte baja de la espalda, justo por encima del culo.

Algo ansioso y hambriento despierta en mi interior cuando la sigo destapando.

Vale, verla dormir no es lo único que quiero hacer ahora mismo.

Le quito la sábana por completo. Recorro con avidez su cuerpo desnudo, deslizo la mirada por sus firmes nalgas y el contorno de sus caderas y por las piernas largas y tonificadas.

Me empiezo a empalmar. La sangre fluye más caliente por mi interior y hace que me estremezca mientras la polla se me vuelve más gruesa y larga y empieza a abultar de forma obscena bajo la sábana hasta que yo también me destapo.

Annika no se mueve cuando me pongo de rodillas a su lado. Observo su precioso cuerpo desnudo, me deleito en cada centímetro de su forma mientras me rodeo la polla con la mano y empiezo a acariciármela despacio.

No puedo dejar de ser tan posesivo. Casi me arrebatan a esta mujer. La han amenazado. Ahora que la tengo de vuelta, y en mi cama, la necesidad de tomarla y demostrarle al mundo que es mía y solo mía casi resulta abrumadora.

Y, joder, la tengo durísima.

Annika solo se mueve ligeramente cuando me siento a horcajadas sobre la parte posterior de sus muslos. Le paso una mano por la cadera desnuda y le agarro el culo con suavidad, para notar la carne bajo mis dedos mientras me acaricio la polla gruesa con la otra mano. Mi miembro cuelga pesado y palpita sobre su culo, con las venas abultadas y el glande hinchado por la necesidad.

Se me forma una gota espesa de líquido preseminal en la punta, que cae encima de la suave piel de Annika y se desliza entre sus apretadas nalgas.

Una bestia oscura se despierta en mi interior.

Me suelto la polla y poso las manos en su culo. Gimo cuando se lo abro y mi mirada hambrienta se sumerge entre sus muslos y vaga

libremente hasta su precioso coño rosado. La polla me palpita y se sacude como si tuviera mente propia cuando la abro aún más. Sus labios rosados, que ya brillan, se separan de una forma maravillosa y sugerente, como si estuviera soñando con que me la follo. Contrae el apretado agujerito de atrás al notar el aire acariciándole la zona más privada del cuerpo.

Deslizo la mano entre sus muslos para abrirle las piernas un poco más mientras yo separo las rodillas. Le acaricio el coño con los dedos, abriendo los pliegues suaves como pétalos que tiene y arrastro la humedad que encuentro allí arriba y abajo.

Annika gimotea en sueños.

Empuja un poquito el culo contra mis dedos.

«Buena chica».

Vuelvo a recorrerle el coño con los dedos. Cada vez se moja más, su excitación me empapa los dedos y gotea hacia su clítoris. Sigo la humedad con los dedos para acariciarla y jugar con su pequeño botón palpitante mientras vuelve a gemir con suavidad.

Coloco un dedo en su entrada y se lo meto despacio. Annika gime en silencio, está claro que aún sigue dormida mientras empiezo a meter y a sacar el dedo de su coñito empapado.

Joder, la necesito.

Necesito que me envuelva la polla con su dulce coño ya.

Contrae las paredes alrededor de mi dedo, intentando absorberlo de nuevo cada vez que lo saco. Se lo vuelvo a meter despacio y le toco el punto G mientras empieza a mover las caderas.

Joder. La tengo tan dura que casi me duele. Casi no puedo contener la necesidad de enterrar mi polla hinchada en su caliente coño. Es un fetiche que tengo desde hace años, desde que era adolescente, pero, obviamente, hace falta mucha confianza e intimidad para hacer algo así, para follarse a alguien mientras duerme y está vulnerable.

Cuando es imposible que consientan.

Una oscura parte de mí reconoce que posiblemente eso sea parte del motivo por el que me pone cachondo una perversión como esta.

Sin embargo, aunque me he acostado con mujeres, nunca he tenido nada que se le acerque a una relación.

No intimo con las mujeres. Nunca he dejado entrar a nadie.

Pero Annika es algo nuevo. Real. Algo que me importa.

Es mi puta mujer.

Le saco el dedo del coño y me froto el flujo de su excitación sobre el glande y lo mezclo con el líquido preseminal. Flexiono los cuádriceps y, con una rodilla a cada lado de su cuerpo, le agarro el culo y se lo abro ante mi mirada hambrienta.

Muevo las caderas hacia delante y deslizo la punta de la polla, hinchada y famélica, entre sus muslos y empujo contra su precioso coño rosado.

Annika vuelve a gemir, contrae un poco el rostro y atrapa el labio inferior entre los dientes mientras sigue durmiendo. Paso la polla entre sus labios vaginales y veo cómo se abren para hacerle espacio a mi glande grueso. El líquido preseminal y sus propios flujos de la excitación nos empapan la piel y producen sonidos húmedos y obscenos mientras me deslizo entre sus pliegues.

Los huevos me palpitan de deseo, llenos de semen mientras gimo y me fijo en que las venas de la polla me palpitan con avidez.

Empujo mientras aprieto los dientes y entrecierro los ojos por la lujuria mientras veo cómo su coño se abre para mí. Se le estiran los labios de forma lasciva alrededor de mi gordo miembro mientras empiezo a hundirme en su interior, con cuidado de no despertarla.

Todavía no, al menos.

Contemplo embelesado la impresionante imagen que tengo ante mí: Annika boca abajo, con las piernas juntas y los brazos bajo la cabeza, dormida. Con el culo abierto de forma indecente y mi polla

deslizándose despacio en su apretado coño.

Gimo al hundirme otro centímetro más. Joder, está muy apretada y sus labios rosas se estiran húmedos alrededor de mi polla. Empujo uno o dos centímetros más y veo como flexiona el culo y arquea un poco la espalda.

Su rostro se contrae de placer mientras introduzco otro centímetro en su coño hambriento. Contraigo los abdominales mientras empujo y le meto la polla cada vez más en su mojado calor celestial. Me humedezco el pulgar y lo bajo para acariciarle el ano con suavidad mientras le clavo más la polla en el coño. Annika gime, se mueve y se retuerce. Gimo y empujo hasta el fondo, hundiendo el resto de mi polla gruesa en su caliente coño hasta que los huevos quedan sobre sus labios vaginales.

—Kenzo… —gime en sueños.

Esbozo una sonrisa salvaje, le agarro el culo y le froto el ano apretado mientras salgo despacio. Solo dejo dentro la punta y me deleito en cómo sus labios se aferran a mí e intentan que vuelva a entrar.

Y yo estoy encantado de complacerla.

Se la vuelvo a meter, esta vez un poco más fuerte y más rápido. Se sacude y mueve el culo de forma seductora mientras me la follo. Vuelvo a salir y gimo más fuerte cuando la vuelvo a penetrar.

Ahora Annika gime con suavidad. Levanta las caderas como si quisiera facilitarme el acceso. Abre la boca y arruga la frente.

Se le contrae el coño a mi alrededor y me empapa los huevos mientras me hundo en ella de nuevo.

—Kenzo… —murmura medio dormida—. Kenzo…

Dice mi nombre con cada exhalación. Pidiendo más entre gemidos cuando la embisto con fuerza.

—¡Kenzo!

Abre los ojos de golpe. La conmoción se refleja en su rostro y, por

instinto, se retuerce y se contorsiona como si quisiera alejarme de ella.

Pero está claro que eso no va a pasar.

Gruño y la agarro por el pelo cerca de la nuca con una mano y la cadera con la otra. Ella gime y se retuerce mientras la inmovilizo de forma brusca contra la cama y la penetro con fuerza. La sujeto bien por el pelo y le giro la cara hacia un lado para que pueda ver cómo la reclamo.

—-Ah, jodeeeer —gime y se agita mientras le hundo la polla gruesa en su coño avaricioso—. Sí, fóllame —gimotea.

—Qué insaciable eres, joder —digo entre dientes y después me inclino para darle un mordisco en el hombro. Ella chilla y se retuerce otra vez mientras embisto como un salvaje—. Eres una zorra avariciosa que se va a la cama sin bragas para que cualquiera pueda llegar y follarte ese coño hambriento que tienes.

Annika gime sin control, retorciéndose y contorsionándose debajo de mí.

—Nooo —gimotea y jadea de placer mientras se la meto una y otra vez.

—¿No? —siseo mientras me la follo duro y hago círculos con el pulgar sobre su ano—. ¿No es eso lo que hacías, como la zorrita mala que eres?

Gime más alto e intenta empujar hacia atrás para encontrarse con mis caderas mientras rebotan en su culo.

—Cualquiera… no… —dice casi sin aliento y tiembla cuando empiezo a follármela todavía más fuerte, haciendo que se agite entera.

—¡Solo túúú! —gimotea.

Gruño cuando la polla me late con más intensidad, la sangre me arde y me corre por las venas como fuego líquido mientras la penetro.

—¿De quién es este puto coño? —bramo.

—¡Tuyo! —Mi mujer gime y jadea—. ¡Es todo tuyo!

Grita con un gemido profundo y gutural cuando le meto también el pulgar bien mojado en su apretado culo. Ella chilla y gime, da pataditas y curva los dedos de los pies sobre las sábanas mientras le meto la polla hinchada en el coño una y otra vez.

—¿Y de quién es este culo? —digo con voz ronca.

—¡Tuyo! —solloza de placer—. ¡Mi culo también es tuyo!

Gimo al notar que se me empiezan a hinchar los huevos.

—A partir de ahora, princesa —gruño—, te vas a meter en la cama siempre sin bragas. ¿Entendido?

Gime con la boca abierta y babeando y se aferra a las sábanas mientras la embisto una y otra vez con el miembro hinchado, follándomela hasta dejarla al borde de la muerte.

—No te vas a poner nada de ropa de cintura para abajo cuando te metas en esta cama. Y pienso tomarte y follarte por el puto agujero que quiera siempre que quiera —gruño.

—¿Incluso aunque esté dormida? —gime ansiosa.

—Sobre todo cuando estés dormida —digo en un gruñido.

—¿Y si digo…? —Se queda sin respiración cuando la penetro—. ¿Y si digo que no? —dice casi sin aliento.

Annika gime cuando me inclino sobre ella y le tiro del pelo con fuerza para girarle la cabeza hacia un lado mientras le acaricio el lóbulo de la oreja con los dientes.

—Nunca me dices que no, princesa —digo con voz ronca—. Pero ¿si lo hicieras?

Le saco el pulgar del apretado agujero para reemplazarlo por dos dedos gruesos. Se los meto en el culo, lo que hace que se le estire más el caliente coño alrededor de mi polla.

—Si dices que no, te follaré más fuerte.

—¡JODER!

Sin previo aviso, Annika tiene un espasmo y se retuerce debajo de mí. Grita contra las sábanas y solloza de placer mientras se la meto una y otra vez. Su cuerpo explota a mi alrededor, el coño se le contrae y se agarra a mi gruesa polla como si intentase estrangularla.

Sigo follándomela, la embisto mientras tiene un orgasmo, sin detenerme en absoluto. Le follo los agujeros con la polla y los dedos, la hago mía mientras la embisto contra la cama.

—¡Kenzo! —gime temblando debajo de mí—. Yo… Yo…

—Sé una buena chica, princesa…

—¡Me voy a correr otra vez! ¡Joder! Ah, ¡JODER! —Se queda sin respiración—. Voy a… ¡DIOS!

Esta vez, cuando siento que su coño se contrae y me aprieta la polla al explotar, no me contengo. Gruño y se me nubla la visión mientras unas estrellas negras bailan ante mis ojos. Hundo la polla hinchada en su interior, empujo todo lo que puedo hasta que las pelotas palpitan y explotan.

La polla se me sacude y entra en erupción como si fuera un volcán y derramo la corrida caliente en su coño mojado y ansioso mientras araña las sábanas y se retuerce debajo de mí.

La penetro una y otra vez mientras su coño apretado me exprime hasta la última gota de semen hasta que me hundo en ella.

Despacio, salgo de su perfecto coño y me desplomo a su lado. Jadea en busca de aire mientras se gira hacia mí y se acurruca contra mi cuerpo mientras yo la rodeo con los brazos.

Todavía tiembla cuando toma mi mano y se la lleva a los labios para darme un suave beso en los nudillos.

—Te quiero —susurra tan bajito que casi no la oigo.

Pero la he oído.

Y sonrío de puta oreja a oreja.

—Yo también te quiero —murmuro mientras la abrazo con más

fuerza y su cuerpo se funde con el mío.

28
KENZO

—¿Tienes la más mínima idea de lo que has hecho, Kenzo?

Me mira con ira por encima de las gafas mientras, por increíble que parezca, consigue dejar de pasearse como un loco por un puto segundo.

—¿Kenzo?

Todavía me duele la cara. Y el cuerpo también.

Ahora que lo pienso, la polla también me duele, pero en el buen sentido. Esa parte de mi cuerpo en concreto está dolorida porque me pasé toda la noche enredado en la cama con Annika, llenándola hasta tal punto que va a estar goteando semen en las bragas durante una semana.

Y en cuanto termine esta reunión «de alta prioridad» que Tengan ha insistido en celebrar, voy a buscar a Annika y la arrastraré de vuelta a la cama para la ronda… joder, he perdido la cuenta.

El gerente de Sota me vuelve a lanzar cuchillos con la mirada por encima de las gafas, como si fuera un niño travieso.

—¿La tienes?

—Primero, vas a bajar la voz y moderar el tono cuando me hables —gruño. Capto la sonrisilla que esboza Sota a escondidas antes de que la oculte bajo la habitual máscara de indiferencia del «Sota de negocios».

»Segundo, yo no hice una mierda. Ulkan Gacaferi mató a Leka, no yo.

Si Ulkan siguiera vivo, aún no he decidido si le enviaría un regalo

por haber matado a ese cabronazo o si lo habría matado yo mismo por privarme del honor.

Probablemente fuera la segunda opción.

—Sí, pero ayer por la noche diste orden de declarar una guerra abierta contra la gente de Leka, por no mencionar lo de confiscar sus bienes y negocios.

—Su gente es una panda de traficantes de drogas que andan metidos también en el tráfico de personas. Sinceramente, dudo que nadie vaya a llorar su perdida —mascullo—. Por eso, he de añadir, nunca iba a hacer negocios con él.

Y eso fue incluso antes de enterarme de que le había hecho daño a Annika.

—El problema, Kenzo, es que, al abrir la veda sobre los intereses de Leka, has dejado claro en casi todos los círculos que te alegras de que esté muerto —dice Tengan entre dientes y cortante.

—Y lo estoy —gruño.

—Pero así parece que has tenido algo que ver en su muerte.

—Tengan —refunfuño cansado—, sigo sin ver el inconveniente…

—Leka llevaba mucho tiempo haciendo negocios con Yelizaveta Solovyova.

Me encojo de hombros.

—Sí, estoy al corriente. Anoche hablé con Kir y va a intentar suavizar…

—Eso no ha salido tal y como estaba previsto —me escupe Tengan. Se gira para negar con la cabeza hacia Sota—. Sota-san —lloriquea—, la Reina Blanca no está contenta. Mi gente…

—¿Y quién es tu gente exactamente, Tengan? —gruño—. Seguro que te referías a los hombres de Sota, ¿no?

El muy imbécil me lanza una mirada antes de volver a girarse hacia Sota.

—Por supuesto, Sota-san, me refería a tus hombres…

—No pasa nada, Tengan —dice Sota con suavidad—. Continúa.

—Yelizaveta no está nada contenta con cómo se ha gestionado todo esto. —Se vuelve hacia mí antes de que pueda abrir la boca—. Antes de que digas nada, sí, estamos todos de acuerdo en que Valon Leka no era un buen hombre, pero eso a ella le da igual, teniendo en cuenta la cantidad de negocios que hizo con él y el valor de los productos que transportaba para ella.

Suspiro.

—Me pondré en contacto con la Sra. Solovyova y la informaré…

—Leka todavía tiene gente, ¿sabes? —escupe Tengan con rencor —. De hecho, su hermano Basor, con quién fundó el negocio, está interesado en hacerse cargo de él. Ahora mismo está en prisión en Bulgaria, pero esta mañana se puso en contacto conmigo…

—Perdona, ¿qué? —gruño poniéndome de pie al instante. Tengan retrocede cuando lo señalo con un dedo—. Para quién trabajas exactamente, Tengan…

—Kenzo. —Sota alza un dedo—. Deja que termine. La lealtad de Tengan no está en tela de juicio.

Fulmino al gerente de Sota con la mirada, pero después inclino la cabeza con respeto hacia Sota y me vuelvo a sentar.

Tengan se endereza la corbata de forma meticulosa.

—Por supuesto que trabajo para Sota-san, Kenzo —masculla—, pero mi trabajo es asegurarme de que el negocio fluya como debería. Así que, sí, Bason contactó conmigo esta mañana desde prisión a través de un móvil de contrabando. Quiere que la muerte de su hermano resuelva cualquier desacuerdo que tuvieras con él…

«¿Desacuerdo?».

Me entran ganas de estrangular al cabrón, pero me contengo.

—Y ya que él ocupará el puesto de Valon como jefe de la organización, quiere hablar de hacer negocios tal y como estaba planeado y proceder con el contrato que se debatió en un principio.

Niego con la cabeza.

—Eso no va a pasar ni en un millón de años. No. Ni de puta coña.

El rostro de Tengan se ensombrece mientras mira a Sota.

—Sota-san, si fueras tan amable de hacer entrar en razón a tu…

—Danos un momento, Tengan —dice Sota en voz baja.

Tengan me mira con furia, luego se da la vuelta y se inclina con rigidez ante su jefe.

—Por supuesto.

Cuando se ha ido, sacudo la cabeza y señalo la puerta por la que acaba de retirarse Tengan.

—Es un gran problema —gruño.

Sota sonríe y asiente amistosamente.

—Lo sería si no me fuera tan leal.

Exhalo despacio.

—No puedo hacer negocios con el sucesor de Leka, ni aunque el cabronazo en cuestión esté muerto. Además, he oído hablar de Basor y dicen que es incluso más cabrón de lo que fue nunca Valon.

Sota asiente.

—Pero entiendes lo que dice Tengan, ¿no? Si aceptásemos hacer negocios con Basor, eso le haría ver a Yelizaveta que el problema era solo con un hombre, no con toda una organización con la que lleva a cabo negocios importantes. —Suspira—. Sé que puede que no sea lo que quieres, pero has de saber que, tras todo lo que pasó ayer por la noche, habrá consecuencias.

Asiento.

—Lo sé y lo asumiré, Sota. Mira, he tomado una decisión y pienso mantenerla. Aceptaré cualquier consecuencia.

Una leve sonrisa se extiende por su rostro.

—Bien —dice en voz baja—. Si así es como te sientes, entonces estás listo.

Frunzo el ceño.

—¿Para qué?

—En ocho semanas, me iré a Italia durante ocho meses. No sé exactamente hasta cuándo, pero siempre he querido visitar los viñedos de la Toscana y Piedmont y no se me ocurre mejor momento para ir.

Lo miro fijamente.

—Sota, en ocho semanas tienes que estar en Nueva York para el siguiente ciclo del tratamiento.

—No voy a ir a Nueva York para la siguiente ronda, Kenzo —dice en voz baja.

Algo se rompe en mi interior. Se me ensombrece el rostro y se me acelera el corazón mientras miro a mi segundo padre y todas las emociones afloran.

No.

Todavía no estoy listo. No estoy listo para que abandone este mundo. Ahora no y mucho menos así.

—Sota —digo casi sin voz—, dijeran lo que te dijeran, hay otras opciones. Hay un médico en China ahora mismo que está consiguiendo unos avances increíbles con ARN mensajero…

—No voy a volver a recibir más tratamiento, Kenzo —dice Sota con una sonrisilla—, porque estoy en remisión.

El mundo se congela. Lo miro fijamente, sorprendido y aturdido, y veo cómo se le extiende la sonrisa en el rostro.

—No fastidies —gruño poniéndome de pie de golpe y rodeando el escritorio a zancadas—. ¿Lo dices en serio?

Sota se pone de pie y se ríe cuando lo abrazo con fuerza.

—Completamente. —Esboza una sonrisa cálida—. Remisión total tras el último análisis de sangre.

Sonrío y sacudo la cabeza.

—Me has dado un susto de muerte, ¿sabes?

Él sonríe y se encoge de hombros.

—Deja que el anciano se ponga un poco dramático.

Exhalo con fuerza y vuelvo a sacudir la cabeza.

—No ha tenido ni pizca de gracia. Hazme un favor y no le hagas la misma tontería a Hana. La matarás del disgusto.

De repente, frunzo el ceño.

—¿A qué te referías con que estaba listo?

Sonríe mientras me toma la mano y me da una palmadita.

—Ahora entiendo a tu padre. Entiendo que necesitase algo diferente y más pacífico que la Yakuza. En dos meses, Kenzo, se acabó para mí. Me voy a Italia sin billete de vuelta y pienso comer pasta, beber vino bueno y besar a hermosas italianas. Y, cuando lo haga…

Me tenso cuando entiendo a qué se refiere.

—Sota…

—Estás listo, Kenzo —dice en voz baja—. Para ser rey.

29
ANNIKA

Ver a Freya de nuevo es como volver a casa, a pesar de que es ella la que ha venido hasta mí. El plan original era encontrarnos en la propiedad de los Mori, pero rechacé ese plan e insistí en ir al aeropuerto con los hombres de Kenzo para poder recibir a mi mejor amiga en la pista.

Como sorpresa adicional, Kir también ha venido, lo cual es fantástico. También se ha traído a Isaak, lo que hace que me dé cuenta de lo mucho que he echado de menos al gruñón. Los abrazo a todos con fuerza en cuanto bajan del avión privado. Luego, Kir es lo bastante listo como para apartarse y dejar que Freya y yo nos volvamos locas y empecemos a gritar y a chillar y a hacer todas las locuras de psiquiátrico que hacemos cuando llevamos un tiempo separadas.

Cuando terminamos de alarmar a los guardias de seguridad de Kenzo y por fin nos subimos a los coches, Kir hace una videollamada con Damian, que está completamente recuperado y ya camina a la perfección, gracias a Dios, pero todavía no está lo bastante bien como para volar hasta Japón.

Al llegar a casa, la anarquía entra en pleno apogeo. Añadir a alguien como Freya al grupo que formamos Hana, Takeshi y yo es como lanzar fuegos artificiales a una hoguera.

—¡Un brindis! —Kir sonríe mientras le da golpecitos a su vaso de vodka con un palillo.

Justo hemos terminado de cenar en uno de los preciosos jardines

de Kenzo y seguimos manteniendo el ambiente festivo con una fiesta improvisada. Todo el mundo está aquí: Kenzo y yo, Hana, Takeshi, Kir, Isaak, Sota y varios de los hombres de Sota y Kenzo sonríen alrededor de la mesa del jardín mientras beben y se lo pasan de miedo.

Bueno, estamos casi todos, falta Mal, que no ha dado más explicaciones además del mensaje que le envió a Kenzo diciendo que tenía «asuntos» que atender.

Aguafiestas.

Kir vuelve a darle un golpecito al vaso y todo el mundo se calla.

—Sé que ha pasado mucho tiempo desde la boda, pero siempre merece la pena celebrar un matrimonio que vale su peso en oro. —Se gira hacia donde estoy de pie al lado de Kenzo, que me rodea la cintura con el brazo y apoya la mano en mi cadera de forma posesiva—. Por la hija que nunca pensé que tendría y a la que tengo la suerte de llamar familia. Y por su marido. —Inclina la cabeza hacia Kenzo—. Hace falta ser muy valiente para aguantar a Annika y hace falta ser verdaderamente extraordinario para robarle el corazón.

Sonrío de oreja a oreja mientras Kenzo me aprieta más contra él y Freya se gira para mirarnos moviendo las cejas.

—¡Por Annika y Kenzo! —brama Kir.

—¡Annika y Kenzo! —corean varias voces.

—Por ti, esposa —dice Kenzo en voz baja y seductora mientras me da la vuelta entre sus brazos y me acerca a él mientras vuelve a sonar la música.

—Por nosotros —susurro con una sonrisa mientras él se inclina para darme un beso.

Justo entonces, pego un grito cuando una Freya sonriente me aleja de él.

—Perdona, sé que estás casada, pero, técnicamente, yo fui su primer matrimonio, así que, ya sabes… aguántate.

Kenzo suelta una risita y Freya y Hana me arrastran hacia al baile improvisado que ha surgido junto a los altavoces. Resulta que Takeshi sabe moverse. Kir hace un esfuerzo admirable e incluso Isaak hace un intento estoico por bailar, si es que se le puede llamar así.

Hana, Freya y yo vamos a por otra ronda y volvemos a la pista de baile, riendo y pasándolo genial. Siento que estoy bebiendo felicidad líquida cuando mis ojos se encuentran con los de Kenzo al otro lado de la fiesta antes de que me vuelvan a arrastrar al caos.

—¿Qué se siente al saber que tú solita estás destruyendo un imperio que ha perdurado durante más de tres generaciones?

Me doy la vuelta sobresaltada y me encuentro cara a cara con Tengan. Me fulmina con la mirada al tiempo que se mece ligeramente y se le cae parte de la bebida en el zapato. El olor a sake me envuelve por completo.

—¿Disculpa? —pregunto con curiosidad mientras la música y la fiesta continúan a nuestro alrededor.

—Lo has estropeado todo —dice arrastrando las palabras—. Todo.

Frunzo el ceño.

—Tengan, creo que has bebido…

—Y todo por una puta pelea de enamorados —continúa—. Todo porque no puedes soportar ver a tu marido de pega hacer negocios con el hombre que solías follarte…

Pasa tan rápido que casi ni lo entiendo. Estoy a punto de estamparle la copa de vino en la cara a Tengan cuando de repente una figura enorme se abalanza sobre él como un tren de mercancías y lo empuja casi dos metros hacia el lateral de la casa con un rugido.

La música se detiene. Y, de repente, todos vemos conmocionados cómo Kenzo agarra a Tengan por la garganta mientras sujeta un cuchillo contra su yugular.

—¿Sabes lo que le pasó al último hombre que le habló así a mi

mujer? —dice furioso.

Tengan parece aterrorizado mientras clava la mirada más allá de Kenzo para analizar la multitud.

—No busques a Sota —gruñe Kenzo—. No te va a ayudar.

Tengan mueve la garganta contra la mano de Kenzo.

—El último hombre que le habló así terminó sin brazo. Luego sin lengua. Y luego sin cabeza —sisea Kenzo presionando el borde del cuchillo contra la garganta de Tengan—. El caso es que esta noche estoy de celebración… y los brazos y cabezas dejan mucha sangre…, así que qué te parece si empezamos por la lengua y ya vemos en qué termina la noche…

—Kenzo.

No es Sota quien lo detiene.

Sino yo.

Cuando nota que le toco el hombro, es como si el granito en el que se había convertido su cuerpo se derritiese un poco. Se gira y se le suaviza la expresión de su cara cuando nuestros ojos se encuentran.

—No merece la pena.

—Princesa…

—Por favor —digo en tono suave—. No derrames más sangre por mí.

Tensa la mandíbula, pero asiente despacio con la cabeza y aparta el cuchillo de la garganta de Tengan.

El gerente de Sota jadea intensamente e intenta recuperar el aliento mientras cae al suelo. Después, se levanta enseguida a trompicones y le gruñe a Kenzo:

—El puto príncipe *gaijin* escoge a una puta por encima de un imperio…

Se queda paralizado cuando el filo de una espada silba y se detiene a un milímetro de su yugular.

La espada de Sota.

El anciano le lanza una mirada fría y furibunda a Tengan.

—Me estoy conteniendo solo a petición de mi nuera, pero, como verás, hasta ahí llega mi generosidad esta noche. —Aparta la espada —. Ni la Yakuza ni yo requerimos más tus servicios. Tienes un minuto para salir de la propiedad y doce horas para abandonar la ciudad. Si vuelvo a verte por Kioto, dejaré que Kenzo haga lo que quiera contigo. ¿Queda claro?

Tengan se resiste y se le desencaja el rostro.

—¡Sota-san!

—Tu minuto ya ha empezado.

Tengan mira a Kenzo con rabia e impotencia. Luego me lanza otra mirada a mí. Al final, sale por patas y echa a correr hacia los jardines oscuros en dirección a la puerta.

—Bueno, pues ya está. —Sota se aclara la garganta y sonríe mientras guarda la espada—. Creo que necesitamos más música y más sake.

Todo el mundo lo vitorea y la música empieza a sonar de nuevo. Kenzo se gira para escudriñar mi rostro.

—¿Estás bien?

—Sí, no ha sido nada. —Exhalo y hago un gesto con la mano.

—Annika…

—Lo digo en serio, Kenzo —digo en voz baja—, estoy bien.

Desliza las manos de forma posesiva por mi cintura y me acerca más a él.

El calor de su cuerpo late contra mí. El aroma de su piel que tan bien conozco ahora me envuelve en un abrazo. Clava sus ojos oscuros en los míos y, de repente, me sonrojo cuando algo palpita en mi interior.

Joder, está empalmado.

—Lo que eres, princesa —murmura con intensidad—, es mía.

Me agarra la mano.
—Y voy a demostrarte hasta qué punto eres mía ahora mismo.

30
ANNIKA

En cuanto se cierra la puerta de la habitación a nuestra espalda, explotamos.

Gimo, tiemblo y jadeo cuando Kenzo me aprieta contra su cuerpo. Me toca por todas partes, me agarra, me aprieta y me arranca la ropa. Tiemblo mientras hago lo mismo, tiro como una loca de su camisa y le quito el cinturón.

Baja la boca hasta mi cuello, me muerde con fuerza, lo que me hace gritar y envía una descarga de adrenalina a mi entrepierna.

Me pongo de rodillas y le desabrocho los pantalones. Se lleva la mano a los calzoncillos negros, estira la cinturilla con el pulgar mientras se rodea con la mano y se saca la polla.

Joder.

Me muerdo el labio y aprieto los muslos mientras deslizo la mirada por los surcos en forma de V de sus caderas. Contemplo su grueso miembro mientras se lo acaricia despacio delante de mi cara antes de que alce la mano para apartar la suya.

Tiemblo mientras lo acaricio y noto el peso de su longitud y cómo le laten las gruesas venas bajo la piel sedosa. Alzo la mirada hacia él y nuestros ojos se encuentran cuando me inclino hacia delante y me mojo los labios con la lengua. Cuando beso el glande hinchado, Kenzo contiene la respiración, contrae el abdomen y aprieta la mandíbula.

—Joder, princesa —gruñe.

A mí también se me acelera el pulso cuando vuelvo a besarle el

glande y lo acaricio. Le levanto la polla, le doy un beso en la parte inferior y se la lamo.

Kenzo enreda los dedos en mi pelo y envuelve los mechones en su puño, lo que me provoca una descarga eléctrica que va directa a mi entrepierna. Abro la boca y él gime profundamente cuando deslizo los labios por la punta palpitante.

Gimo a su alrededor, tengo que abrir la boca al máximo por lo grande que es. Muevo la lengua en círculos por la parte inferior mientras intento metérmela más adentro. Él gime y me agarra el pelo con más fuerza mientras empuja en mi boca. Me golpea la parte posterior de la garganta con su gruesa polla y me provoca un escalofrío de emoción mientras gimo a su alrededor.

Nuestras miradas se encuentran cuando me tira más del pelo y, despacio, me saca la polla de la boca antes de volver a metérmela. Gimo mientras le acaricio el miembro y los testículos con los dedos, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Qué zorra tan avariciosa —gruñe en voz grave—. Estás muy guapa con mi polla llenándote esa boca de guarra.

Suelto un gemido profundo mientras abro la boca y me atraganto al intentar engullirla entera. Kenzo sisea de placer cuando me atraganto con su polla y la saliva me gotea por las comisuras de los labios mientras la cabeza me da vueltas por la lujuria y el ansia.

Por algún motivo, me pone muy cachonda escogerlo a él antes que al oxígeno.

Escoger su placer y su maravillosa polla por encima incluso de mi capacidad para respirar.

Siento un subidón de adrenalina en el vientre bajo cuando empujo la polla lo más profundo que puedo. Se me llenan los ojos de lágrimas y me arden los pulmones mientras me la meto hasta el fondo de la garganta.

Estoy empapada.

Kenzo vuelve a sisear y echa la cabeza hacia atrás mientras me agarra del pelo y me folla la boca. Gimo a su alrededor, lo acaricio y juego con él mientras me atraganto con su polla, queriendo sentir cómo explota en mi garganta.

Pero él tiene otros planes.

Protesto cuando gime y me la saca de la boca. Después me pone de pie, me agarra la mandíbula y me da un beso salvaje. Me estremezco cuando me desliza el vestido por los hombros y lo rompe hasta que queda en un montón a mis pies. Mi sujetador va detrás antes de que me levante arrancándome un grito para llevarme al otro lado de la habitación.

Se me acelera el pulso cuando me tira sobre la cama. Kenzo se pone de rodillas a los pies, me arrastra hasta el borde y mete los dedos bajo las bragas. Me las baja por las piernas y las lanza a un lado y, antes de que sepa qué está pasando, me coloca las piernas sobre sus hombros y se sumerge entre mis muslos.

—Ah, joder, Kenzo…

Grito cuando mueve la lengua con destreza entre mis pliegues, la arrastra y hace círculos sobre mi clítoris. La electricidad me recorre la entrepierna y arqueo la espalda de repente, como si me hubieran dado una descarga. Gimo con intensidad y enredo los dedos en su pelo mientras gime sobre mi coño.

—Qué coño tan mojadito —gruñe contra mi muslo, arrancándome un grito cuando me muerde la piel sensible—. ¿Estar de rodillas y ser mi zorrita hambrienta de semen ha hecho que este coñito se moje tanto?

La cabeza me da vueltas mientras me fundo con la cama. Arqueo la espalda mientras deslizo las manos por las costillas y me masajeo las tetas mientras él me devora. Hunde los dedos en mí y me hace gemir cuando empieza a tocarme el punto G con dos de ellos mientras me rodea el clítoris hinchado con los labios. Me lo chupa y

hace círculos con la lengua sobre el dolorido bultito mientras me estremezco y me retuerzo bajo él.

Tiemblo cuando siento que me acaricia el ano con el pulgar. Lo toca de forma provocativa, dibujando círculos al mismo tiempo que hace lo mismo con la lengua sobre mi clítoris, lo que envía una descarga eléctrica a mi entrepierna. Desliza el pulgar hacia arriba y lo moja en la humedad de mi coño mojado antes de volver a moverlo sobre mi apretado agujero.

Pongo los ojos en blanco y abro la boca cuando noto que me lo mete despacio. Aprieto el culo alrededor del pulgar a medida que entra en mi interior y al sentirme tan llena con sus dedos en mis dos agujeros mientras me come el coño me lleva al borde del precipicio.

«Joder…».

Siento que empiezo a temblar y a contraerme. Arqueo la espalda y empujo las caderas con descaro contra su cara y sus dedos mientras me empiezan a temblar los muslos.

—Kenzo…

—Déjate llevar, princesa —gruñe sobre mi coño—. Quiero que este coño se corra en mi puta cara.

Me rodea el clítoris con los labios y chupa con fuerza.

Es como si hubiera apretado un gatillo.

Grito y arqueo la espalda con violencia cuando mi cuerpo explota en un orgasmo. La lengua, los labios y los dedos de Kenzo me acarician, chupan y juegan conmigo mientras me corro de forma explosiva, lo que envía descargas eléctricas a todos los nervios de mi cuerpo.

Pero no ha terminado conmigo, ni mucho menos.

Gimo cuando se coloca entre mis muslos y hace que le rodee la cadera con las piernas. Posa su enorme polla hinchada sobre mi entrada mientras me agarra del pelo. Se me escapa un gemido de los labios cuando me levanta de la cama y me atrapa contra su

pecho mientras desliza el glande en mi interior. Le echo las manos al cuello cuando se pone de pie. Sin perder el tiempo, me empuja hacia abajo, hasta meterme el último centímetro de su gruesa polla.

—¡JODER! —gimo y tiemblo del éxtasis al sentir sus embestidas y como me toma por completo. Me quedo sin respiración por lo grande que es y, cuando me besa con pasión, gimo mientras me saboreo en sus labios.

—Eres mi mujer —masculla de forma positiva mientras se da la vuelta y empieza a cruzar la habitación conmigo aún empalada por su polla—. Eres mía, Annika.

Suelto un grito ahogado cuando choco contra el espejo de cuerpo entero. Le devuelvo el beso con ansia, con los brazos rodeándole el cuello con fuerza y las piernas alrededor de sus caderas con surcos mientras empuja su polla gorda en mi interior.

—Esta boca es mía —gruñe y me mete la lengua entre sus labios mientras me saca la polla y me la vuelve a meter hasta el fondo.

Gimo con ganas y hago círculos con la cadera sobre él mientras me folla contra el espejo.

—Estas putas tetas son mías —gruñe y después baja la boca hasta mi cuello, donde me muerde con fuerza antes de pasar al pecho. Me envuelve el pezón rosado con los labios y cuando me clava los dientes en el bultito sensible grito con fuerza, sacudo la espalda y mi coño chorrea sobre su longitud.

Sale de mí sin avisar, me deja en el suelo y me da la vuelta para ponerme mirando hacia el espejo. Gimo desesperada y coloco las palmas de las manos sobre la superficie reflectante mientras él se coloca detrás de mí. Gimoteo y tiemblo cuando coloca su polla gorda sobre mi coño hinchado y se hunde en mí desde atrás.

«Ah, JODER…».

Me penetra con embestidas profundas y constantes, con una mano me agarra la cadera con fuerza y la otra me sujeta el pelo en un

puño. Empaño el espejo con mi aliento mientras me miro y mis gemidos llenan la habitación. Ver su enorme y musculoso cuerpo detrás de mí, tomándome por completo mientras me folla, hace que la cabeza me empiece a dar vueltas cuando el placer se extiende por mi centro.

—Mírate, princesa —gruñe en tono salvaje—. Mírate mientras te metes una polla enorme como una buena chica. Mírate y siente cómo eres mía por completo.

Kenzo empieza a follarme más duro, con más violencia, como si estuviera poseído. Como si estuviera dejándome su huella o reclamándome.

Para enseñarle al puto mundo entero que le pertenezco.

Y, joder, qué cachonda me pone.

Nos retorcemos y nos contoneamos juntos, me pellizca, me muerte y me chupa los hombros y el cuello, dejándome moratones en la piel. Me clava los dedos en el culo y la cadera, lo que me deja marcas que espero que tarden en desaparecer.

Porque me gusta ser suya.

Me gusta que me marque y me reclame.

Me gusta que me domine.

Me arranca un sollozo de locura y placer cuando me embiste con fuerza, follándome sin piedad contra el espejo.

—De quién es este coño —dice con voz ronca sobre mi oído mientras me mete su polla hinchada hasta el fondo.

—¡Tuyo! —grito echando las caderas hacia atrás justo cuando él embiste—. ¡Es todo tuyo! —gimo desesperada al notar que mi cuerpo empieza a tensarse cuando otro orgasmo amenaza con partirme en dos y hacerme caer redonda.

—Sí, es mío —dice con voz grave mientras me mete la polla hasta el fondo—. Así que pórtate como una buena zorra y deja que sienta cómo mi puto coño se corre sobre esta polla enorme.

«Madre mía».

Me agito y me contraigo de pies a cabeza cuando exploto y las ondas recorren mi cuerpo como si fueran fuego líquido. Una de sus enormes manos me agarra el culo mientras me penetra. La otra me rodea la garganta con firmeza desde atrás y aprieta mientras me araña el cuello con los dientes. Todo mi mundo se viene abajo, se me nubla y oscurece la visión cuando hasta la última parte de mi ser explota y lo aprieta.

Kenzo me sujeta mientras me aferro a él desesperada, temblando mientras las réplicas del orgasmo me hacen cosquillas y hacen que me estremezca por completo. Me gira la cabeza y me besa con fuerza.

—Tú… —Me aparto y me muerdo el labio al notar que se me acelera el pulso—. Todavía no te has corrido.

Nos miramos a los ojos.

—Te pertenezco por completo —murmuro con suavidad cuando siento arder y palpitar en mi interior una perversión anhelante.

Durante años, odié que fuera Valon quien me quitó la virginidad. Todavía odio la experiencia, al hombre, la vergüenza que no se iba y el sentimiento de deuda que trajo consigo aquel momento. Ese monstruo me robó muchas cosas.

Pero no todo.

Tiemblo y trago saliva mientras acerco la boda a la oreja de Kenzo.

—Quiero que me poseas por completo —susurro con voz ronca—. Tómalo todo.

Una sensación electrizante me recorre el cuerpo al notar su polla de acero palpitar en mi interior. Me alejo con cuidado, notando como su polla hinchada y mojada sale de mí. Me doy la vuelta y lo beso mientras le acaricio la cara y me derrito contra él.

—Toma todo lo que quieras —gimo con suavidad sobre sus labios —. Soy tuya, hasta la última parte de mi cuerpo.

Kenzo gime en mi boca mientras me besa. Me rodea entre sus grandes brazos y de algún modo el gesto resulta violento, protector y tierno al mismo tiempo.

—No te muevas —gruñe.

Se aleja de mí, gira sobre los talones y va a buscar una silla que está cerca de la ventana tintada para traerla y colocarla delante del espejo antes de sentarse.

—Ven aquí, princesa —murmura con voz grave mientras me hace señas con los dedos curvados y señala su entrepierna.

Joder. Tiene una puta polla enorme y está hinchada, con las venas palpitando por toda la longitud, y erecta sobre sus abdominales.

Me estremezco cuando me coloco entre sus piernas y él me agarra y me da la vuelta. Se me corta la respiración cuando me hace doblarme por la cadera y, cuando siento su aliento sobre mi coño, empiezo a temblar.

Me mete la lengua en el coño y me lame y me chupa el clítoris antes de seguir arrastrando la lengua hacia arriba y hacia atrás. Gimo cuando la hace girar sobre mi ano para humedecerlo, jugando conmigo y volviéndome loca con las terminaciones nerviosas de la zona a flor de piel. Coloco las manos sobre el espejo para estabilizarme y pongo los ojos en blanco del deseo.

Usa los dedos para jugar con mi coño mientras me lame el culo y mi cuerpo se vuelve de gelatina y me tiemblan las piernas. Justo antes de sentir que me van a fallar, Kenzo tira de mí hacia él.

Me abre las piernas y me sienta a horcajadas sobre él, con una pierna a cada lado de las suyas.

—Mírate en el espejo, princesa —gruñe en voz baja.

Obedezco y me sonrojo al verme abierta de forma tan obscena con su pene hinchado y abultado erecto ante sus marcados abdominales.

Kenzo me baja despacio sobre su regazo. Me estremezco y abro los ojos de par en par al ver y notar el glande gordo de su polla

resbaladiza hacer presión contra mi agujero de atrás.

«Ah, joder…».

—La tienes muy grande —digo casi sin voz.

Me estremezco cuando me besa y me da mordisquitos en la nuca. Desliza las manos por mi cuerpo, una de ellas me agarra una teta y me acaricia el pezón mientras la otra la mete entre mis piernas. Observo cómo me acaricia los labios vaginales con los dedos y hace remolinos sobre mi clítoris arrancándome un gemido.

—Tú tienes el control, princesa —gruñe—. Métete lo que quieras.

Sí, la quiero entera.

Si es que es posible.

Me empujo hacia abajo y suelto un brusco grito ahogado al sentir la punta hinchada de su preciosa polla presionar más fuerte contra mi ano. La humedad de su lengua de hace un segundo y el pegajoso líquido preseminal que le gotea de la polla me embadurnan el culo y un fuego se enciende en mi interior.

En serio, joder, la tiene muy grande. Pero a medida que me froto con suavidad contra él y me empujo poco a poco hacia abajo mientras respiro hondo, noto como me empiezo a abrir despacio para él.

Deslizo el glande en mi interior.

«Hostia puta…».

Abro los ojos y la boca de par en par y se me forma un gemido grave en la garganta.

—Ahí lo tienes —gruñe contra mi espalda. Sus brazos musculosos me rodean, me tocan por todas partes y me acarician mientras siento cómo me estiro a su alrededor—. Qué buena chica eres, mira cómo te metes una polla enorme.

Gimoteo, tomo aire y me muerdo el labio con fuerza. Me dejo caer más, ahogándome mientras su gruesa polla me abre poco a poco y se introduce más en mi interior.

«JODER, qué grande».

Noto un ligero pinchazo de dolor, pero es un dolor agradable. Un dolor que me recorre el vientre bajo y me incendia por dentro. Kenzo desliza la mano entre mis piernas para acariciar y hacer círculos sobre mi clítoris mientras me meto otro centímetro de su polla en el culo.

—Buena chica —murmura sobre mi oreja mordiéndome el lóbulo —. Lo estás haciendo muy bien, qué bien te metes mi enorme polla en ese agujerito estrecho. Mírate, princesa —gruñe en voz grave mientras me abre más de piernas y me frota el clítoris. Bajo la vista, entrecierro los ojos y se me acelera el pulso al ver fascinada cómo su polla gorda desaparece dentro de mí.

—Mira lo bien que te estás portando —dice entre gemidos mientras me frota el clítoris más rápido—. Métetela toda. Métete la polla enorme como la guarra que eres.

Pongo los ojos en blanco y abro la boca para soltar un gemido gutural y ahogado. Me dejo caer más sobre su polla, y más, y más. Un gemido brota de mi garganta mientras siento que deslizo en mi interior hasta el último y grueso centímetro de su miembro hinchado hasta que sus pelotas se apoyan contra mí.

—Eres mía por completo —gime Kenzo en voz baja contra mi cuello.

Despacio, me vuelvo a levantar. Se me corta la respiración cuando su tamaño me dilata de nuevo al salir, pero, entonces, me vuelvo a hundir despacio.

Un profundo gemido animal escapa de mis labios cuando me agarra las tetas y juega con mis pezones antes de deslizarse para acariciarme el clítoris.

—Empieza a cabalgar, princesa —gruñe para después girarme la cabeza hacia un lado y empezar a morderme y chuparme la boca con brusquedad.

Gimo en su boca, muevo las caderas mientras subo y bajo por su miembro y mi lengua baila con la suya mientras me frota el clítoris.

—Mira lo puto sexy que eres —gruñe y me suelta la cabeza—. Mira lo puto guapa que estás mientras cabalgas esta polla enorme y te la metes en el culo como la zorra adicta a mi polla que eres. Como mi buena zorra.

Me empiezan a temblar las piernas. La fricción que siento cuando él entra y sale de mí hasta el fondo mientras me acaricia el clítoris es casi abrumadora. Casi me resulta insoportable y caminar por el filo entre el cielo y la locura hace que se encienda una mecha en mi interior.

Kenzo me devora la boca y me vuelve a girar la cabeza. Baja los labios hasta mi mandíbula y luego hasta el cuello para morder, chupar y magullarme la piel mientras empuja las caderas hacia arriba. Me golpea el culo con los muslos y sus huevos chocan contra mi coño con cada embestida mientras me acaricia y me frota el coño con los dedos hasta que tiemblo de pies a cabeza.

—Noto cómo me aprietas con fuerza la puta polla, princesa —gruñe contra mi piel haciéndome gemir cuando me clava los dientes —. Mírate —susurra y después me da un beso en la comisura de los labios y me obliga a mirarme en el espejo mientras me folla el culo.

—Mira cómo te corres con una polla enorme metida en el culo —dice en voz grave—. Enséñame lo cachonda que te pone que te dé por culo y córrete como una buena chica.

Me muerde la comisura del labio y me besa como un animal salvaje. No aparto la vista del espejo y miro cómo hace círculos con sus enormes dedos sobre mi clítoris y me agarra la garganta desde atrás.

—Córrete para mí, princesa —dice con voz ronca sobre mi boca—. Córrete para mí, porque me perteneces por completo.

Cuando llego al orgasmo, se me nubla la vista y empiezo a ver las

estrellas mientras todo se vuelve negro. Emito un fuerte sollozo de placer apasionado, roto y desgarrador mientras me contraigo y exploto. Kenzo gruñe, me penetra y me muerde el labio mientras la polla se le hincha y palpita. Gimo al sentir los chorros calientes de semen derramándose en mi interior y su polla latiendo mientras me rodea con fuerza con los brazos.

Siento como si hasta la última molécula de mi cuerpo estuviera temblando cuando me desplomo contra él, completamente agotada. Hago una mueca de dolor y jadeo un poco mientras Kenzo sale de mí con suavidad y me aprieta contra su pecho. Me gira sobre su regazo y me da un beso lento y profundo mientras me levanta en brazos y me lleva al baño.

No deja de besarme mientras la bañera se llena de agua caliente y espuma. Tampoco deja de besarme cuando se mete dentro conmigo todavía en sus brazos.

No deja de besarme nunca.

Y no lo cambiaría por nada.

31
KENZO

La vida durante las siguientes dos semanas es como un sueño confuso.

Paso las noches enredado entre las sábanas con Annika.

Bueno, siendo sinceros, también paso así muchos días.

Es como si fuera adicto a su aroma. Adicto a su sabor. Enganchado a la sensación de sus labios sobre los míos.

Sota ha anunciado que se retira de forma oficial y ha fijado la fecha para que el Akiyama-kai se integre en el Mori-kai. Hay ciertas quejas aquí y allá, pero, en general, todos los miembros de ambas organizaciones parecen emocionados y listos para demostrar toda la fuerza del nuevo Mori-kai.

Sí, resulta todo un poco estresante, pero, al mismo tiempo, estoy más que preparado para convertirme en líder. He nacido para esto. Lo llevo en la sangre. Y, con Annika a mi lado, me siento invencible.

Kir regresa a Nueva York, pero Freya decide quedarse más tiempo. Hana y ella ya son amigas barra cómplices y, como sabe montar en moto, parece que también se ha ganado a Takeshi.

Mal, mientras tanto, de repente se ha visto completamente enredado en el trabajo y lleva toda la semana sin aparecer.

Tengo preguntas. Varias. Pero pueden esperar.

Por ahora, voy a disfrutar el momento. Tengo un trono al que subir y un imperio que gobernar.

Una mujer a la que amar y una compañera que es mi igual.

La vida es la hostia de buena.

—¿Qué tal Nueva York?

—Como siempre. ¿Lo echas de menos? —Kir suelta una risilla a través del teléfono.

Suspiro.

—A veces un poco. Otras, en absoluto.

Me encanta Nueva York, pero, para mí, Kioto es mi casa (por partida doble ahora que Annika también está aquí).

—Bueno…, háblame de Yelizaveta Solovyova.

Esta vez es Kir quien suspira.

—Mi prima es una mujer complicada, Kenzo.

Eso es quedarse corto.

Yelizaveta Solovyova, conocida como la Reina Blanca por su albinismo (y ese es el apodo que se puso ella, por cierto), dirige la Solovyova Bratva con temple y mano de hierro desde los veintitrés años. Nunca se casó ni tuvo hijos y, en el mundo de patriarcas de la Bratva, ella tiene a todo el mundo dominado.

No es una persona fácil de manipular.

—Déjame adivinar: está cabreada por lo de Valon.

Kir gruñe.

—Se mostró extrañamente reservada al respecto, pero, sí, cuando menos.

—Incluso aunque era una mierda de persona —insisto.

Sé que Kir no conoce la historia completa entre Annika y ese cabrón, solo sabe que trabajó para él. Annika me ha dicho en muchas ocasiones que no quiere que se entere nunca de esa parte oscura de su pasado.

—Si no hiciéramos negocios con sacos de mierda, Kenzo —suspira —, entonces no existiría casi ninguna organización criminal.

Ahí lleva razón. Y tampoco es que pueda contarle a Kir qué pasó

exactamente entre Valon y Annika para que lo use para calmar a Yelizaveta, porque eso sería traicionar a lo grande la confianza de mi mujer.

—Mi prima hacía muchos negocios con Leka —masculla Kir—. Me refiero a que quizá representaba un tercio de su red de exportación.

«Mierda».

—Mira, está al tanto de que no lo mataste tú personalmente, pero…

—Pero fue la pelea de Anika con Ulkan la que acabó con su muerte. Y que sea mi mujer complica las cosas.

—Exacto —gruñe Kir—. Llevo todo el día al teléfono con Yelizaveta. Y todo esto es leer entre líneas, porque, por alguna razón, está siendo muy cautelosa. Pero el hecho de que hayas ido a por la red de Leka durante la última semana ha agriado las cosas con ella.

Sonrío con aires de suficiencia. Ahora que Valon está muerto, sí me he asegurado de que mi gente, o los hombres que hemos contratado, vayan a por la red de ese gilipollas. He quemado dos docenas de almacenes que tenía por toda Europa y el Mediterráneo, les di un soplo a varias fuerzas del orden internacionales sobre cuatro de sus buques de carga y hundí otros dos mientras estaban atracados porque sí, ¿por qué cojones no iba a hacerlo?

Sí, su hermano Basor está condenado a cadena perpetua, pero ha mostrado interés en ocupar el puesto de Valon y alguien con recursos podría sacarlo o sobornar a alguien para que lo haga. En caso de que eso ocurra, me he asegurado de que no tenga nada con lo que trabajar.

—No pienso disculparme por nada, Kir —gruño—. Si Besor consigue escapar o pagar para que lo saquen de la cárcel, es imposible que se haga cargo…

—Sobre eso —Kir me interrumpe con un leve gruñido—, ayer asesinaron a Besor en prisión.

Arqueo las cejas.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Típica violencia de prisión o…?

—Le pegaron una paliza de muerte en el patio, pero eso no es lo interesante.

—Continúa.

—Cuando los guardias lo encontraron, le habían tatuado un mensaje en el pecho sobre que la deuda de su hermano aún no estaba saldada y la promesa de ir a por todo el clan familiar de los Leka fuera de prisión si no liquidaban la deuda pronto.

Frunzo el ceño.

—Al parecer, quienquiera que pagase el tatuaje no recibió el aviso de la muerte de Valon.

Kir se queda callado.

—Kir…

—Tengo que hacerte una pregunta delicada, así que no te sientas insultado, por favor —masculla Kir—, pero ¿hasta qué punto tienes en el bolsillo a la policía local de Kioto?

Rechino los dientes.

—Mucho… O eso creo.

—¿Fueron ellos quienes encontraron el cuerpo de Leka?

«Joder».

Ya estoy de pie y saliendo por la puerta para atravesar la casa corriendo hasta la entrada.

—Sí —murmuro mientras me pongo al volante de mi Porsche 911 negro y arranco el motor—. ¿A dónde quieres llegar con esto, Kir?

—Yelizaveta no está tan convencida de la muerte de Leka.

Acelero y salgo de la casa rugiendo. Mis hombres abren la puerta de un tirón y yo asiento y me lanzo a la carretera a toda velocidad.

—¿Y por qué? —siseo.

—Porque ha tenido una videollamada con él esta mañana.

«Me cago en la puta».



La comisaría de policía de Takaragaike de la prefectura de Kioto se queda en silencio cuando irrumpo por la puerta principal. La mayoría de los agentes me saludan con una inclinación de cabeza mientras paso al lado de ellos con un leve saludo de cabeza.

Saben quién soy.

Soy el tío que les paga un segundo sueldo. El que les paga las vacaciones, los coches y la escolarización de sus hijos, que, de otra forma, un agente de policía jamás podría permitirse.

¿Me siento mal por sobornar de forma descarada al sistema de justicia penal?

Ni de coña.

Uno: así es como funcionan las cosas. Dos: si no lo hiciera yo, lo haría otro. Y tres: tal y como dijo Kir, si no hiciéramos negocios con gente de mierda, las organizaciones criminales no existirían.

Y yo no sería capaz de comportarme como es debido en un trabajo de oficina.

El subjefe Tetsuya alza la vista enseguida de su escritorio cuando asomo la cabeza en su oficina.

—Kenzo-san —farfulla mientras se pone de pie rápido y se inclina —. No sabía que iba a venir…

—Ven.

No vacila ni me cuestiona.

Tetsuya me cae bien.

En silencio, me sigue por el pasillo y sigue sin hablar cuando abro la puerta de su jefe de una patada. El jefe Hajime se pone de pie como un rayo cuando entro como un huracán.

—¡Kenzo! —Sonríe de oreja a oreja, aunque parece que ha empezado a sudar la gota gorda. En parte podría ser porque acabo de entrar como alma que lleva el diablo.

Pero también podría ser porque este cabronazo me ha estado mintiendo y acaba de darse cuenta de que quizá lo sepa.

—Cierra la puerta, Tetsuya —gruño.

Oigo el clic de la puerta al cerrarse a mi espalda. El jefe Hajime se queda pálido mientras me acerco a su mesa.

—Quiero verlo.

Se obliga a esbozar una sonrisa nerviosa.

—¿Ver… qué?

—El cuerpo —gruño—. Y te recomiendo encarecidamente que no me preguntes de qué cadáver hablo.

Se le mueve la garganta al tragar saliva y desvía la mirada hacia Tetsuya, suplicándole que lo ayude.

Algo me dice que no la va a obtener. No de un hombre que se beneficiaría de su caída.

—¿Valon Leka? —escupe el jefe Hajime—. Se refiere…

—Obviamente. ¿Y bien? —Señalo la puerta— ¿Vamos?

—Ahh, Kenzo —tartamudea—, ojalá hubieras llamado antes para asegurarme de que tenemos acceso al…

—Exactamente, ¿cuántos putos *gaijines* blancos esperas que me crea que tienes en la morgue?

—Kenzo…

El jefe Hajime se queda blanco como el papel cuando me abro el abrigo lo bastante como para que vea cómo brilla el frío metal de mi espada bajo la luz.

—Te lo voy a preguntar una vez y solo una vez, Hajime —mascullo con voz firme—. ¿Encontraste el cuerpo de Valon Leka?

Quiero que me diga que sí. De verdad. Porque eso significaría que la idea de que un fantasma del pasado de Annika aún sigue vivo es

tan ridícula como necesito que sea.

Leka está muerto. Tiene que estarlo. Lo vi tendido en el suelo sobre un charco enorme de su sangre y no se movía. Aunque consiguiera saltar el muro es imposible que le quedase suficiente sangre en el cuerpo como para moverse ni seis metros, y mucho menos vivir.

Pero necesito que este hijo de puta lo diga. Necesito que me diga que no he perdido la puta cabeza.

Pero eso no es lo que dice Hajime. No dice nada. Y eso hace que un escalofrío me recorra la espalda.

—Kenzo —suelta con los ojos muy abiertos del miedo. Es como si estuviera recordando todas las veces que presumió delante de mí de ser soltero. De no tener familia ni hijos que fueran «una carga».

No soy precisamente un hombre indulgente, pero puede que un detallito como ese lo hubiera salvado esta noche.

—¿Quién te pagó?

Empieza a sollozar.

—Kenzo, ¡por favor! Yo…

—¿Quién coño te pagó? —gruño.

—¡No lo sé! —insiste—. Un hombre… Un hombre blanco. Hablaba con acento. Puede que fuera turco… o griego…

—¿Albanés? —gruño.

—¡Sí! ¡Puede! —suelta Hajime en tono esperanzador—. Vino y me ofreció un sobre si decíamos que habíamos encontrado el cuerpo. No tenía muy buen aspecto. Kenzo, ¡por favor! ¡Conocía a tu padre! Y tú y yo…

—¿Estás listo para un ascenso? —Me giro para mirar a Tetsuya.

Mira con indiferencia a su jefe mientras solloza antes de volverse de nuevo hacia mí y asentir.

—Por supuesto, Sr. Mori.

«Hombre listo». Y frío. Y ambicioso.

Sabía que Tetsuya me caía bien por algo.

—¡No! —grita Hajime—. No, espera…

En un solo movimiento, giro sobre mis talones, desenvaino la espada y deslizo la punta afilada de mi espada sobre la garganta del jefe Hajime. De su herida emana un tsunami rojo mientras se agarra el cuello con los ojos saliéndosele de las cuencas.

En segundos, la luz de su mirada se apaga y se desploma contra el suelo.

Le he pagado una fortuna a Hajime por su lealtad. No toleraré que reciba pagos por otro lado y está claro que, debido a eso, no hay ningún sitio para él en mi imperio.

Me arrodillo y limpio la hoja en la solapa de su traje antes de ponerme de pie y girarme hacia Tetsuya, que no parece consternado en lo más mínimo por este giro de los acontecimientos.

Excelente.

—Enhorabuena por el ascenso, jefe Tetsuya. —Vuelvo a mirar el cuerpo y el charco de sangre que se está haciendo más grande—. Siento el desastre.

—En absoluto, Sr. Mori.

—Supongo que habré dejado claro que serme leal significa no ver a nadie más, ¿no? —mascullo.

—Cristalino, Sr. Mori —dice Tetsuya con una sonrisa educada e inclinando la cabeza—. Y gracias.



Piso el acelerador para volver a casa. Cuando llamo a Annika y no contesta, lo piso más a fondo.

Aprieto la mandíbula y agarro el volante con fuerza y tomo las curvas de la carretera sinuosa hasta mi casa más rápido de lo que debería, sobre todo ahora que está anocheciendo.

«Leka está vivo».

Vale, puede que no. Pero lo que es puto seguro es que no se ha confirmado su muerte, tal y como yo creía. No hay cuerpo, así que no hay pruebas.

Eso… me pone nervioso. Cuanto menos.

Entro rugiendo a la mansión y salto del coche.

—¡Annika! —bramo al entrar en casa—. ¡Annika!

—¿Kenzo? —Me giro y veo a Mal entrar desde uno de los jardines —. ¿Qué pasa?

—¿Dónde está? —le espeto.

Frunce el ceño.

—¿Anika? —Señala con la barbilla hacia la guarida de Takeshi en el garaje—. Se acaban de ir.

—¿Qué?

—Se fueron los cuatro hacia la carretera de montaña en moto. Se dirigían al castillo Sakamoto… ¡Kenzo!

Corre detrás de mí cuando giro sobre los talones para volver a salir y me pongo al volante de nuevo y acelero mientras aprieto la mandíbula.

Mal abre la puerta del copiloto y se sube.

—¿Qué haces?

—Voy contigo —dice con un gruñido.

—Abróchate el cinturón.

Salgo pitando por el camino de la entrada y me incorporo a la carretera principal a toda velocidad.

—¿Qué cojones pasa, Kenzo? —masculla Mal.

—Leka es lo que pasa —digo mirándolo—. Sobornaron a Hajime. Nunca encontraron el cadáver.

—No me jodas —escupe Mal—. ¡¿Está vivo?!

—Bueno, no se ha confirmado su muerte —replico—. Y eso basta para que me preocupe cuando mi mujer va a dar una vuelta y no contesta…

—¡KENZO!

Veo las marcas de derrape en la carretera justo cuando Mal grita mi nombre. Estampo el pie en el freno. Giro el volante y nos detenemos con un chirrido justo delante de la pila de motos accidentadas.

«No me jodas».

Salgo del coche en un suspiro y corro hacia el amasijo de hierros.

—¡ANNIKA! —grito. Casi se me para el corazón al ver la moto negra, violeta y rosa retorcida y partida por la mitad en la cuneta—. ¡ANNIKA!

—¡Kenzo!

A Tak le sangra el hombro y cojea cuando emerge de entre la maleza y los árboles que hay al lado de la carretera de montaña. Rodea a Hana con el brazo, que parece maltrecha, y hace presión con la mano sobre un corte que tiene en la frente.

«Mierda».

Corro hacia ellos seguido de Mal y me pongo de rodillas para ayudar a Hana a sentarse en el suelo.

—¡Se la ha llevado! —suelta Hana haciendo una mueca cuando me mira con miedo en los ojos—. Kenzo, ¡se han llevado a Annika!

—¡¿Quién?!

—¡Leka! —gruñe Takeshi. Sacude la cabeza y a mí casi se me salen los ojos de las cuencas—. Sobrevivió —sisea en voz baja—. No sé cómo, pero ese cabronazo sigue con vida y Tengan le está ayudando. Nos arrollaron con una furgoneta, nos sacaron a todos de la carretera y luego arrastraron a Annika a la parte de atrás…

—¡Freya! —Hana hace un gesto de dolor y señala hacia el guardarraíl abollado—. ¡Cayó hacia el otro lado!

Apenas ha terminado de hablar y Mal ya ha salido disparado para saltar por encima del guardarraíl a toda velocidad, como si perdiese el tren, antes de desaparecer entre la maleza.

—Hacia dónde —gruño volviéndome a centrar en Hana y Tak.

Takeshi señala hacia la carretera.

—Iban hacia el castillo Sakamoto. Furgoneta negra. No vi la matrícula.

—¿Tienes el móvil? —pregunto de repente.

Asiente y aprieta los dientes mientras saca el móvil del bolsillo.

Está destrozado.

—Mierda —maldice Tak.

Hana niega con la cabeza.

—Yo he perdido el mío…

—Quédate con el mío —gruño mientras pongo el móvil sobre la mano de mi hermano—. ¡Y llama a nuestra gente!

Me giro para volver corriendo al coche justo cuando Mal aparece tambaleándose por el terraplén y pasa por encima del guardarraíl.

Lleva un cuerpo en los brazos, tapado con su chaqueta.

Un grito angustiado emerge de la garganta de Hana, pero Mal niega con la cabeza.

—Está bien —gruñe mientras deja a Freya sobre el suelo.

—¡Estoy bien! —dice con voz dolorida desde debajo de la chaqueta de Mal—. Mi chaqueta de moto se rasgó en el accidente.

Mal señala el cielo con la barbilla.

Todavía no ha oscurecido.

Vuelvo a fijarme en Freya, cubierta de pies a cabeza en el suelo. Mierda, por eso Mal le echó la chaqueta por encima: lo de su fotosensibilidad.

¿Mal lo sabía?

No hay tiempo para preguntas. Les echo un ojo a mis hermanos mientras abro la puerta del coche y me siento tras el volante del Porsche.

Mal se acerca a la ventana al instante.

—¿A dónde cojones vas?

—Ya sabes a dónde voy —gruño acelerando el motor y cambiando la marcha—. Y, no, no vas a venir conmigo.

—Y una mierda que…

—Quédate aquí —digo en tono frío mirando a Mal a los ojos—. Vigílalos hasta que lleguen nuestros hombres.

Frunce el ceño.

—¿Por qué iban a ir al castillo Sakamoto? Está lleno de turistas incluso de noche, y con todo el personal que tiene…

—No van al castillo Sakamoto —mascullo.

—Kenzo, esta carretera no lleva a ningún otro…

—Sí que hay otro sitio.

Frunce el ceño antes de entender a qué me refiero.

—No. Ni de puta coña vas a entrar allí tú solo sin refuerzos.

—Te quiero, Mal —siseo—, pero como no te apartes del coche ahora mismo te voy a atropellar.

Se le ensombrece el rostro, pero asiente.

—Si los encuentras, por favor, espera a que…

Acelero y salgo a toda velocidad justo cuando Mal se echa hacia atrás. El motor ruge cuando piso el acelerador a fondo.

No hay tiempo para esperar.

No hay tiempo para nada.

32
ANNIKA

Puedes decirte un millón de veces que los fantasmas no son reales, pero cuando te encuentras cara a cara con uno, en carne y hueso, da igual lo que te hayas dicho. Da igual lo que creas. A los fantasmas les importa una mierda.

Por lo menos, al mío seguro que le da igual.

—He estado pensando en ti, muñeca.

Me estremezco. Con solo escuchar esa palabra salir de su boca me entran ganas de vomitar hasta que no quede ni bilis en mi interior. Sentada en la silla de metal oxidado a la que estoy atada, contemplo el suelo de piedra sin pestañear. No digo nada. Ni siquiera miro a Valon a pesar de que percibo que está justo a mi lado en la fría y húmeda oscuridad.

No sé dónde estamos. Intenté memorizar los giros que dimos tras el accidente de moto, cuando Tengan y él me metieron a rastras en la misma furgoneta que acababa de sacar a mis amigos de la carretera. Pero en medio del terror absoluto que sentí al ver que la realidad se desmoronaba a mi alrededor, perdí la noción del tiempo.

Y ahora estoy aquí.

«Aquí» es un lugar frío y húmedo que huele a moho. Las paredes son curvas, de piedra cubierta de musgo; la habitación tiene forma de cilindro. Una bombilla solitaria cuelga en el centro de la sala de doble altura y hay una escalera de metal atornillada a la pared que sube a un nivel superior. Una pasarela metálica la bordea y cuenta con dos aberturas que conducen a pasillos oscuros, similares a los

que hay aquí abajo.

A lo lejos, oigo un zumbido mecánico que parece un… ¿puede que un generador?

No tengo ni idea de dónde está Tengan.

—¿Y tú has pensado en mí…?

—Nunca —escupo en tono frío sin mirarlo.

Valon suelta una risa sibilante y gutural.

—Sigues sin saber mentir, ¿verdad, muñeca?

Tiene mala pinta. Muy mala pinta. La verdad es que esperar a ver si cae muerto en cualquier momento es una de las pocas cosas que me mantiene cuerda ahora mismo.

Tiene la piel pálida y cerosa, los ojos inyectados en sangre y la ropa sucia, hecha jirones y abultada sobre los enormes vendajes del estómago, pecho y brazo izquierdo, que lo lleva en un cabestrillo.

No sé qué le hizo Ulkan, pero ojalá siguiera vivo para poder enviarle una cesta de regalo y pedirle que lo volviera a hacer.

Recorro el espacio viejo y en ruinas con la mirada y analizo las sillas oxidadas y los escritorios podridos, el mapa antiguo del Imperio japonés clavado sobre un corcho mohoso y un par de archivadores metálicos viejos volcados.

También hay una neverita y un catre con unas sábanas sucias manchadas de sangre.

Creo que Valon se ha estado ocultando aquí durante la última semana.

Hace una mueca y se le contrae la cara del dolor cuando se gira hacia mí.

—Muñeca…

—No me llames así —siseo con saña.

El rostro de Valon se curva en una leve sonrisa y me observa con un rostro sudoroso y una mirada lasciva antes de darse la vuelta e ir hacia la mesa que está al otro lado de la habitación. Agarra algo con

su mano buena y luego vuelve hacia mí y se pone a mi espalda.

—Te he traído un regalo —murmura.

—Me importa una mierda… ¡Ay!

Me sacudo, giro la cabeza y miro con los ojos muy abiertos a la jeringuilla que tiene Valon en las manos.

Ha introducido la aguja en la piel desnuda de mi hombro.

Miro la jeringuilla y alzo los ojos llenos de miedo hacia los suyos.

—¿Qué era eso?

Él sonríe con frialdad.

—Mi seguro. Y antes de que me amenaces con que tu marido va a venir a buscarte, deja que te ahorre la molestia: sé que viene a por ti. —Sus labios se curvan con maldad—. De hecho, cuento con ello. Y tú también deberías esperar que lo haga.

Lo miro paralizada mientras extrae la aguja despacio.

—¡¿Qué acabas de darme?!

La sonrisa que esboza Valon es fría.

—Veneno, muñeca.

Empiezo a sentir náuseas. Me asfixio cuando se me cierra la garganta y miro fijamente con unos ojos demacrados al punto en el que me acaba de pinchar.

—Pero no te preocupes, tu marido es un hombre inteligente. Descubrirá a dónde te he traído y vendrá a por ti. Y, cuando lo haga, si es tan listo como creo, hará lo que le digan. Si lo hace, te daré esto.

Sostiene una botellita de cristal delante de mí.

—El antídoto para lo que te acabo de inyectar. Tienes alrededor de una hora antes de que las cosas se pongan… desagradables. —Dibuja una sonrisa gélida.

—Serás hijo de puta. —Me sacudo contra las cuerdas que me atan las muñecas detrás de la silla—. Cuando llegue…

—Hará exactamente lo que le diga —escupe Valon.

Abro los ojos de par en par cuando saca una pistola de la chaqueta con una mueca. El sonido metálico que hace al amartillar resuena en la habitación fría y húmeda de piedra.

—Si no, te verá morir.

33
KENZO

Estoy de pie ante la entrada oscura y en ruinas al sistema de búnkeres y tenso la mandíbula mientras miro fijamente a la oscuridad de sus fauces.

No estaba seguro al cien por cien mientras conducía como un loco hasta aquí, pero la furgoneta negra aparcada tras una mata de arbustos ralos me confirma que tenía razón.

La han traído aquí.

Oficialmente, estos antiguos búnkeres de la Segunda Guerra Mundial, que en su día ocuparon los soldados del Imperio de japón mientras se preparaban para la invasión de los aliados, están cerrados al público y sellados por ser un riesgo para la seguridad.

Por un lado, quién coño sabe en qué estado estará la integridad estructural del escondite.

Por otro, lo que al principio parece ser un único túnel que desciende a través del arco de ladrillo es en realidad un laberinto de caminos aleatorios, barracones derrumbados y callejones sin salida construidos a propósito. Si eso no fuera ya lo bastante confuso, en más de una ocasión varios aspirantes a exploradores cayeron en trampas viejas o se toparon con explosivos deteriorados y terminaron pegados en cachitos a las paredes.

Y, además, por si fuera poco, ahí abajo el aire es veneno, literalmente. Tras décadas de productos químicos viejos y munición que habrán liberado a saber qué tipo de sustancias tóxicas, a menos que haya cierta ventilación, hay muchas posibilidades de desmayarse

y no volver a despertar nunca.

Por todas esas razones el gobierno local de Kioto ha cerrado el lugar y colocado como cien señales de aviso en cuatro idiomas diferentes para disuadir a los exploradores y a los adictos a la adrenalina. Hasta han tapiado la entrada principal una docena de veces, pero siempre hay algún idiota que la termina abriendo otra vez y que ignora todos los carteles de aviso y entra de todas formas.

Bueno, Mal y yo hicimos precisamente eso un puñado de veces cuando éramos jóvenes.

Vuelvo a echarle un ojo a la furgoneta muy mal escondida y aparcada en el único otro lugar cerca de aquí además del castillo Sakamoto al que lleva esta carretera.

Está claro que es una trampa. Valon quería que lo siguiera hasta aquí buscando a Annika.

Observo la negra oscuridad de la entrada del túnel.

Sea una trampa o no, ese hijo de puta tiene a mi mujer. A la mujer a la que amo. Podría estar ante mí con un ejército al completo y aun así entraría igual.

Todavía no lo sabe, pero va a morir hoy.

Me adentro en la oscuridad.

Hace años, un hombre llamado Rafe me enseñó algo que nunca he olvidado: para cazar alimañas puedes dispararles desde el tejado esperando matar a alguna o puedes ponerles un cebo y atraparlas.

Solo hay una forma de exterminar a lo que te ha quitado lo que es tuyo. Y, esta noche, mientras me sumerjo en la oscuridad con la muerte en los hombros y la ira recorriéndome las venas…

Esta noche, soy una de las putas serpientes de Rafe.

La oscuridad me traga por completo mientras desciendo por la entrada principal del túnel. Al principio, la luna ilumina los grafitis y el arte callejero pintado en las paredes. A medida que la luz desaparece, lo hace también el arte.

Incluso los adolescentes de la zona saben que no deben avanzar más.

Más adelante, en la penumbra, se ve que el túnel principal gira ligeramente a la derecha, en una curva. Lo sé por la docena de veces que exploré este lugar la primera vez que estuve en Kioto y buscaba peligro y emoción.

También sé que un poco más adelante, justo antes de la curva, hay un pasadizo lateral que se desvía del túnel principal y luego vuelve a él tras dar la curva, seguramente fuera un túnel que antes estaba camuflado para que los soldados pudieran defender el lugar con más facilidad en caso de ataque.

Justo cuando llego a la apertura negra como el carbón del túnel lateral me quedo paralizado y agudizo el oído.

El sonido de una respiración.

Alguien, ahí delante, justo al dar la curva del túnel principal, respira con dificultad.

Me está esperando, pero tiene miedo.

Esbozo una sonrisa gélida para mis adentros.

«Más vale que tengan miedo».

En silencio, desenfundo la espada, me meto en el túnel lateral y lo recorro sin hacer ruido. Al llegar al final, echo un ojo y me tenso.

Curvo los labios con malicia.

Efectivamente, un poco más adelante, hacia la abertura, distingo la silueta de un hombre agachado con una pistola en la mano. Está temblando y, cuando alza la mano para rascarse la barbilla nervioso, veo que la luz de la luna destella en sus gafas.

Tengan.

Avanzo hacia él rápido y en silencio, aparezco justo detrás del cabroncete antes de atacar a la oscuridad con la espada. Tengan grita, se sacude y se retuerce mientras lo atravieso con la espada de forma limpia por la espalda.

—Debería haberlo hecho antes, cuando hablaste de mi mujer de aquel modo.

—¡Kenzo! —se lamenta mientras inspira tanto a través de la boca como del agujero húmedo del pecho, que emite un sonido sibilante y desesperado—. Kenzo, por favor…

Solloza y grita de agonía cuando giro un poco la espada.

—No me interesan tus súplicas de clemencia —gruño—. Dónde están.

—Por favor —dice borboteando—, Kenzo…

Lo único que le impide caer al suelo es que sujeto con fuerza la espada que lo atraviesa mientras se estremece y grita de agonía.

—Tengo la espada contra tu médula espinal, Tengan —siseo—, y además te he perforado los pulmones.

Giro la espada otra vez y consigo arrancarle otro grito de agonía de la garganta mientras me acerco más a él.

—No te equivoques, Tengan. Esta noche vas a morir aquí…, solo… y en la oscuridad.

Emite un sollozo desgarrador.

—Sin embargo —gruño—, puedes pasar las siguientes horas sufriendo un dolor insoportable o, si lo prefieres, puedes morir rápido y con una pizca de honor.

Solloza mientras yo inspiro hondo.

—Puedo alargar esto si quiero, Tengan —susurro—. Puedo alargarlo durante mucho tiempo. O puedes decirme dónde están Valon y mi mujer, quién está con ellos y qué me espera y terminaré con tu sufrimiento en un abrir y cerrar de ojos.

—Kenzo…

Empujo la empuñadura contra su espalda y me deleito en los gritos de agonía que provoca el movimiento.

—¡Un nivel más abajo! —dice con voz ahogada y escupiendo sangre—. ¡Hacia la parte de atrás del complejo! Hay una escalera al

final de este túnel. Baja y gira la primera a la derecha y luego la primera a la izquierda…

—Conozco el lugar.

Me está guiando al viejo centro de control, donde el capitán que dirigía esta fortaleza defensiva al final del reinado imperial comandaba las tropas.

—Quién más está allí —gruño.

—¡Nadie! —dice Tengan en un tono sibilante—. ¡Solo Valon y tu mujer!

Detrás de él, niego con la cabeza.

—¿Por qué, Tengan? —gruño—. Sota te trató muy bien durante mucho tiempo.

Empieza a llorar.

—Tenía deudas. Me metí de lleno con los coreanos en el casino.

Curvo los labios.

—Puto idiota.

—Lo siento —escupe—. Estaba desesperado y Valon contactó conmigo. —Llora de dolor cuando intenta mirar hacia mí por encima del hombro—. Kenzo, Valon necesitaba sellar el trato contigo y con Sota. Me pagó para que le ayudara a presionaros.

—Por qué…

Tengan tiembla y empieza a toser sangre mientras se cae contra mi espada.

—Le debe dinero a alguien que va a empezar a matar gente para conseguirlo.

«Sí, como al puto hermano de Valon», pienso al recordar que acaban de asesinar a Besor Leka en prisión por las deudas de su hermano.

Miro a Tengan con desdén.

—Y entonces… ¿qué? ¿Su plan para cobrar era tenerte aquí esperándome en la oscuridad y pegarme un tiro?

Tengan lloriquea y niega con la cabeza.

—No iba a dispararte.

Suelto una risa amarga y aparto de una patada la pistola que soltó hace un minuto.

—¿En serio? —escupo.

Vuelve a negar con la cabeza.

—Allí —dice casi sin voz—. La bolsa de lona.

Miro más allá de él y mis ojos deben de haberse acostumbrado bastante a la luz tenue porque diviso una bolsa de deporte de lona en el suelo.

—Sota ya le pagó a Valon una prueba. Transportó un cargamento de electrónica para Sota, era una prueba por la que no iba a pagar mucho. —Señala la bolsa con la barbilla—. Cuando llegases, Valon quería que te dijera que le devolvieras el dinero a Sota y que luego volvieses aquí y le hicieses una transferencia a Leka. Entonces dejaría que Annika se fuera.

Espera, ¿qué?

Me quedo mirando la bolsa.

Algo me dice que esto es mentira.

Tengan llora, grita y cae de rodillas mientras dejo que la espada caiga con él, todavía clavada en su pecho. Lo dejo así mientras me acerco a la bolsa y la abro. Sí, está llena de dinero.

—¿Dónde está el truco? —siseo girándome para fulminarlo con la mirada.

Tengan se ha medio desplomado contra la pared y está blanco como el papel.

—¿Qué truco?

Vuelco la bolsa, el dinero cae al suelo y luego echo un vistazo dentro. Casi no lo veo, pero el fino haz de luz que se filtra por el túnel se refleja en algo que hay al fondo.

Me fijo más y tenso la mandíbula.

Es un cable.

Agarro la tira de tela negra que tiene encima y la retiro.

«Joder».

Toda la parte inferior de la bolsa está llena de explosivos plásticos conectados con un cable hasta un detonador remoto.

Valon no quería que le llevase dinero a Sota.

Quería que le entregase una puta bomba.

Ahora veo cómo se desarrollaría la situación: Tengan me transmitiría las exigencias de Valon y yo, cegado por la necesidad de rescatar a Annika, haría todo lo que me pidiera. Cuando volviera aquí para transferir el dinero que Valon quisiera, detonaría la bomba y mataría a Sota en su casa.

Luego supongo que me mataría a mí también en cuanto consiguiese el dinero.

En silencio, mientras le doy vueltas en la cabeza a todo, vuelvo a meter el dinero dentro de la bolsa y me la echo al hombro. Luego me giro hacia Tengan, que está apoyado contra la pared a las puertas de la muerte.

—Por favor… —dice asfixiándose mientras la sangre le gotea por la barbilla—. Por favor, Kenzo, perdóna…

—No.

Hace un sonido húmedo y sibilante cuando le arranco la espada del cuerpo. Se cae hacia delante y apenas consigue sostenerse con una mano apoyada en la pared.

—Pero honraré nuestro trato.

Con un corte limpio, le separo la cabeza del cuerpo. Limpio la hoja en sus pantalones y me giro para contemplar la oscuridad con saña.

Como una serpiente que acaba de captar el rastro de su presa.

34
KENZO

Una energía cruda y despiadada me late en las venas mientras avanzo por el túnel oscuro. Una sección del camino que lleva a donde Valon retiene a Annika se vuelve completamente negra. Pero, después, justo tras pasar las escaleras y el primer giro de los túneles, empieza a guiarme una tenue luz.

—¡VALON! —bramo.

Anunciar mi presencia es un acto deliberado. Por supuesto, se me pasó por la cabeza la idea de acercarme a él sigilosamente, pero al pensar en que si se sobresalta podría hacer daño a Annika…, o algo peor…, me pareció demasiado arriesgado.

Además, quiero que sepa que estoy yendo. Quiero que crea que estoy tan cegado por la ira como quiere que esté.

Que no se equivoque, estoy lleno de rabia. De odio. De la necesidad imperiosa de matarlo con mis putas manos.

Pero tengo que alejarme de él antes de hacer eso. Y lo que tengo en mente, aprovecharme de su avaricia y su desesperación, probablemente sea mi única opción.

—No te acerques más, Kenzo.

Tal y como esperaba, en cuanto atravieso el arco de ladrillos desde el túnel y entro en la sala de mando, Valon me está esperando, de pie justo detrás y un poco hacia un lateral de Annika, que está amordazada y me mira con los ojos muy abiertos. Valon me apunta con un arma.

Clavo la mirada en ella y entre nosotros destellan palabras tácitas.

—Suelta las armas —gruñe Valon haciendo gestos con la pistola. Yo asiento y deslizo la espada de la funda y la dejo en el suelo junto a la pistola de Tengan.

Valon se encoge cuando ve la bolsa de tela que tengo en la mano. Antes de que pueda decir nada, se la tiro a los pies.

—He venido a ofrecerte un intercambio —siseo con frialdad—. Para empezar, te devuelvo tu dinero. Hablo por Sota cuando te digo que te lo puedes quedar. Sé que hiciste un trato de prueba con él y sé que tu intención era cerrarlo con él. Tu guerra es conmigo, no con Sota.

Le sirvo la mentira en una puta bandeja de plata y lo miro a los ojos mientras lo hago.

Es vital que no suponga que sé lo que hay en la bolsa.

—Pase lo que pase aquí entre tú y yo —continúo—, Sota honrará el hecho de que estáis en paz.

Valon parece intrigado, pero señala la bolsa.

—¿Por qué estás tan seguro de que Sota no quiere que le devuelva sus cincuenta mil?

—Como dije —me encojo de hombros—, estoy autorizado a hablar por él. Lo conozco desde hace media vida y sé que saldar las deudas es importante para él. Valoro el hecho de que devuelvas el dinero como gesto de buena fe, pero prestaste un servicio. Sota querrá pagar por él sin importar si volveréis a hacer negocios mañana.

Y así siembro la idea en su cabeza de que mañana aún va a respirar.

Valon sonríe con suficiencia.

Sí, está funcionando.

—Viendo que tienes la bolsa, supongo que Tengan… ya no está con nosotros.

Me encojo de hombros.

—Supones bien.

—Antes de matarlo, ¿te dijo qué más necesitaba de ti, además de devolverle el dinero a Sota?

Asiento.

—Sí.

Miro a Annika a los ojos y frunzo los labios antes de volver a mirar a Valon.

—Entrégame a Annika y te transferiré todo el dinero que quieras.

Valon suelta una risa fría.

—Ni de puta coña, Kenzo. Esto no funciona así. ¿Crees que te voy a entregar a tu amor verdadero así como así? —Resopla—. ¿Solo con tu palabra de que me vas a pagar después de…?

—¿Amor verdadero? —ladro en tono frío. Lo miro con desdén y sacudo la cabeza—. Te equivocas, Valon. —La señalo con la barbilla —. ¿Crees que me importa una mierda esta puta ladronzuela? Para mí no es más que un juguete sexual. Algo con lo que pasármelo bien.

Los ojos de Annika se encienden con maldad y dilata las fosas nasales. Gruñe algo a través de la mordaza, pero no dejo de mirar a Valon.

—Estoy harto de ella. Aunque sí la quiero de vuelta, claro. Por eso he venido. —Me encojo de hombros—. Pero te prometo que no es por amor, es para que pueda matarla con mis propias manos.

Me tengo que esforzar al máximo para mantener la vista fija en Valon y no mirar a la mujer a la que quiero más de lo que he querido nada en este mundo.

Pero tengo que hacer que se lo trague.

No me queda otra.

Valon parece escéptico.

—Mientes —gruñe—, ¿te crees que soy imbécil?

Niego con la cabeza.

—Claro que no. Pero puedes preguntarle a quien quieras: esa puta

de ahí no ha hecho más que causar problemas. Me ha estado robando desde la farsa de la boda. También ha estafado a Sota y él lo sabe. —Frunzo el ceño—. Supongo que sabrás lo bien que se le da lo suyo y de lo que es capaz. —Me giro para escupir en el suelo —. Le da igual lo mucho que le den. Una ladrona siempre será una puta ladrona.

Es lento, pero un cambio se apodera del rostro de Valon y tengo que tragarme mi propia arrogancia.

Sí, esa es la mirada de alguien que se ha comido esta mierda con patatas.

—Nunca debería haberme acercado a ella —escupo—. ¿Sabes? La primera vez que nos encontramos, esta zorra me robó.

Valon frunce el ceño.

—Sí…, creo que ya he oído la historia. Te robó un collar, ¿no?

Niego con la cabeza y esta vez sí que miro a Annika.

La miro directamente a los ojos.

—Una cartera —gruño—. La muy puta me la quitó del bolsillo derecho de la chaqueta.

De todos los milagros que espero sacarme del culo ahora mismo, este es el más improbable. La bomba que hay en la bolsa tenía un detonador remoto. No es la primera vez que veo un artefacto explosivo improvisado como ese y sé que el detonador se parece a un móvil básico.

El plan original de Valon era que le entregase la bomba a Sota y luego volver aquí, donde conseguiría que le transfiriera el dinero antes de mandar a Sota al infierno. Si yo fuera Valon mantendría el detonador muy cerca de mí, lo llevaría encima, de ser posible.

Pero lleva el brazo izquierdo en un cabestrillo. Puede que lo lleve en los pantalones, pero no intenta meter la mano en ningún bolsillo del pantalón en busca del botón de activación. Por eso supongo que está en el bolsillo de su chaqueta.

La apuesta es esperar que Annika me conozca lo bastante bien como para entender lo que estoy diciendo.

Lo que le estoy diciendo que haga.

—¿La cartera? —Valon esboza una sonrisilla.

Sacudo la cabeza enfadado.

—Sí. Me la quitó del puto bolsillo derecho de la chaqueta mientras la invitaba a una puta bebida. Y nada ha cambiado desde entonces.

Y entonces lo veo.

La furia y el fuego de sus ojos se desvanecen y la comprensión cobra vida en ellos.

Entiende lo que estoy diciendo sin que lo diga.

Sí que me conoce.

—Puedes considerar ese dinero un anticipo —gruño señalando la bolsa a sus pies con la barbilla—. Tú y yo tenemos nuestras disputas, pero ambos somos hombres de negocios. Aquí no pintan nada ni los sentimientos ni las mezquindades.

Pretendo distraerlo con mis palabras. Y está funcionando. No aparto la vista de Valon, pero, por el rabillo del ojo, veo que Annika desliza la mano detrás de ella, hacia el lado derecho de él.

—Venga, Valon —gruño—. Los dos podemos salir de aquí con lo que queremos. Tú consigues el dinero y yo me llevo a esa puta para que pueda vengarme. ¿Trato hecho?

Annika enarca las cejas dos veces seguidas. Poso la mirada en ella y ahora tiene ambas manos otra vez delante.

«Lo ha conseguido».

—¿Cuánto quieres, Valon? —gruño. Saco el móvil que le quité a Tengan del bolsillo y lo agito en el aire—. Dime la cantidad, envíamela y te lo transferiré en este mismo instante. No hace falta continuar con esta guerra.

Valon entrecierra los ojos y forma una fina línea con los labios, como si se lo estuviera pensando. Por lo general, sería una oferta

absurda, pero está claro que ha estado aquí abajo luchando contra las infecciones e intentando no desangrarse. Está encorvado y claramente sufre. La verdad, me parece increíble que siga con vida, aunque parezca que ha sobrevivido aquí abajo en los túneles a base de analgésicos y estimulantes. Por el amor de Dios, si hasta tiene pinta de que lo han recompuesto con cinta americana.

Así que es probable que esto funcione. Y, en caso contrario, tengo toda la intención de cargar contra él y matarlo con mis propias manos, aunque me dispare en el proceso.

—Cinco millones —sisea.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco.

Frunzo el ceño para fingir que me lo esto pensando y luego asiento.

—Hecho. Cinco millones por ella y por considerar nuestra deuda saldada como caballeros.

Valon tuerce los labios.

—Haz la transferencia.

—Primero ella.

No se mueve. El tiempo se para.

Al final, la empuja hacia mí y luego me apunta con la pistola y coloca el dedo sobre el gatillo.

—Como intentes algo, Kenzo… —Niega con la cabeza.

Apenas soy consciente de lo que hace. Lo único en lo que puedo concentrarme es en Annika mientras cruza la habitación despacio hacia mí y en lo difícil que me resulta no agarrarla y atraerla a mis brazos. No quitarle la mordaza y besarla hasta que su boca sea mía.

Cuando llega a mí, se detiene y nuestros ojos se cruzan cuando alza la mirada. Coloca la mano entre nosotros y cuando la gira me fijo en el pequeño detonador que tiene en la palma.

Se me tensan los músculos al agarrar el detonador, listo para entrar en acción.

Joder, la cosa va a estar apretada.

No sé cuántos explosivos había en la bolsa o si la explosión va a ser muy grande. Puede que vuele el búnker entero por los aires, quién sabe.

Pero no hay otra forma.

—Sal por ahí, zorra —le gruño a Annika obligándome a parecer furioso. Señalo con la cabeza al túnel que tengo detrás—. Ve por ahí y sigue caminando hasta que llegues a las escaleras. El Sr. Leka y yo tenemos que terminar…

—Quieta ahí.

Valon amartilla la pistola que tiene en la mano y me lanza una mirada.

—El dinero, Kenzo —gruñe—. Ahora.

Asiento, alzo el móvil de Tengan y finjo desbloquear la pantalla.

—Dame un segundo…

Sin hacer ruido, avanzo poco a poco hasta ponerme delante de Annika.

—Vale —mascullo—. ¿Número de cuenta?

Valon empieza a recitar los números de memoria y yo finjo teclearlos. Despacio, retrocedo empujando a Annika para guiarla al interior del túnel.

Valon termina de darme sus datos bancarios.

«Vamos allá».

—Vale. —Asiento—. Enviado. Un placer hacer negocios contigo, Sr. Leka. Espero que esto signifique que podemos salir…

—Espera, espera, espera. —Resopla—. Como si fueras a largarte antes de que lo compruebe.

Toco el detonador con el dedo y se me acelera el pulso. Me tenso por completo.

El mundo entero contiene la respiración antes de la tormenta.

Valor deja caer su mano buena y la mete en el bolsillo del pantalón

buscando el móvil. Al hacerlo, también roza el lateral de su chaqueta y se queda de piedra.

«Mierda».

Todo se ralentiza, el propio tiempo se vuelve pegajoso y lento mientras Valon frunce el ceño y vuelve a alzar la mano para meterla en el bolsillo de la chaqueta y buscar el detonador que sé que acaba de fijarse en que ya no lo tiene.

Aún en cámara lenta, me giro y empujo a Annika delante de mí hacia el túnel mientras oigo a Valon rugir furioso.

Un disparo resuena en la sala de piedra. Siento un fuego intenso en el lateral del pecho.

Pulso el botón del detonador mientras me abalanzo para proteger a Annika.

Lo único que veo es un blanco brillante antes de que el calor y un fuego atronador se estrellen en mi espalda y me lancen hacia el oscuro abismo.

35
ANNIKA

Me pitan los oídos mientras soy consciente poco a poco de que estoy tumbada en el suelo. Me ahogo con el polvo y la suciedad y, al toser, de mis labios agrietados sale ceniza gris.

Abro y cierro la boca. Pierdo y recupero la visión mientras curvo los dedos sobre el suelo arenoso.

Lo único que oigo es un pitido, un zumbido que me chirría en las orejas.

Vuelvo a toser y respiro polvo y humo. Me apoyo en el suelo y con una mueca empujo la rodilla en un intento de ponerme de pie.

«Joder».

El mundo me da vueltas y tropiezo contra la pared, pero me sujeto a tiempo y me agarro mientras sigo oyendo el pitido en los oídos y me tiemblan las piernas.

Kenzo.

Un rayo me sacude el corazón, me giro y escaneo la penumbra con la mirada. Por algún milagro la bombilla que cuelga del techo sigue encendida y las sombras bailan como locas sobre las paredes de piedra porque la bombilla no deja de balancearse.

Todo mi cuerpo se tensa cuando poso los ojos en él.

No.

Grito su nombre, aunque soy incapaz de oír mi propia voz por encima de ese pitido agudo. Me acerco a él a trompicones y casi me caigo dos veces. Pero sigo avanzando, camino tambaleándome, ya que me tiemblan las piernas, y me pongo de rodillas a su lado.

—Kenzo…

Mi propia voz por fin llega a mis oídos, aunque apagada, amortiguada y distante.

—Kenzo…

Está de espaldas, tiene la ropa chamuscada y cubierta de polvo de roca y los ojos cerrados. La sangre brota con un ruido húmedo de un agujero en un lateral del pecho.

«Madre mía».

—¡KENZO!

Cuando vuelvo a gritar su nombre, hago una mueca porque el bloqueo que me impedía oír se ha roto: el pitido se funde con el entorno y el sonido vuelve a penetrar mis sentidos.

Entonces lo oigo.

Al principio, cuando alzo la vista, no tengo muy claro qué es lo que estoy mirando. Estamos en el túnel, justo a la salida de la habitación en la que me retenía Valon. Y, al fijarme en lo que hay detrás del arco de ladrillos que lleva de vuelta allí, parece que el suelo se está… moviendo.

Respirando.

Derritiendo.

No hay señal de Valon, pero antes siquiera de poder preocuparme de eso, de repente el suelo se eleva y se comba. Suelto un grito ahogado y agarro a Kenzo para tirar de él hacia atrás. El suelo de la habitación principal se hincha y luego se desmorona por completo. De entre las grietas emana un líquido negro antes de que lo que queda de suelo se hunda con un estruendoso chapoteo.

… al caer al agua.

«Me cago en la puta».

El sonido del agua corriendo llena la habitación, como si se hubiera roto una presa. Kenzo parpadea despacio y ladea la cabeza mientras pierde y recupera la consciencia.

El nivel del agua sube.

—¡Te tengo!

Lo agarro por debajo de las axilas y aprieto los dientes mientras intento moverlo. Despacio, lo alejo de la habitación principal y lo arrastro por el túnel por el que llegó.

Esta tiene que ser la salida. Y aunque me cueste todas mis fuerzas, lo sacaré de aquí.

Apenas he recorrido metro y medio antes de alzar la vista y se me cae el alma a los pies.

El túnel se ha derrumbado.

«No».

Suelto los brazos de Kenzo y echo a correr para agarrar y tirar con fuerza de los trozos de piedra y ladrillo. Tras despejar los escombros de delante, mis manos tocan unos trozos gigantes e inamovibles de cemento y refuerzos de metal.

Un balbuceo ahogado a mi espalda desvía mi atención.

—¡Kenzo!

Vuelvo corriendo con él mientras lucha por mantener la cabeza fuera del agua, que ahora me llega a los tobillos.

Joder. El nivel sigue subiendo.

Tenemos que movernos. Ya.

Vuelvo a agarrarlo por debajo de los brazos. Él gruñe mientras fija un poco más la mirada en mí.

—Annika…

—¡Venga! —grito intentando arrastrarlo.

Tensa los músculos de los brazos a la vez que se aparta de mí y coloca una rodilla debajo de él. Se le retuerce la cara de dolor mientras se pone de pie con dificultad y se gira para atravesarme con sus ojos oscuros.

—¿Estás bien? —dice entre dientes con la mandíbula apretada del dolor.

—¡Estoy bien! —grito por encima del rugido del agua, que cada vez sube más y ya nos llega a las pantorrillas. Me agacho para recoger su espada del suelo—. Kenzo…

—¡Las escaleras! —sisea señalando con la barbilla la habitación principal, que se está llenando muy rápido de agua. Mis ojos siguen a los suyos y me fijo en la escalera de metal atornillada a la pared que sube hasta una pasarela metálica en el segundo nivel.

—¡Vale! —grito mientras le rodeo la cintura con un brazo y echo el suyo por encima de mis hombros. Kenzo gruñe al caminar, se apoya mucho en mí y yo me encorvo bajo su peso. Noto cómo la sangre caliente y pegajosa me empapa la camisa.

Nos quedamos sin tiempo.

Cuando salimos del túnel para volver a la habitación circular de doble altura, el agua nos llega por encima de las rodillas. Doy un paso al frente y pego un chillido antes de echarnos hacia atrás.

Ya no hay suelo. Casi doy un paso hacia la nada que se oculta bajo el agua negra.

Ignoro el terror puro que se arremolina en mi interior y agarro a Kenzo con más fuerza mientras nos pego a la pared para rodearla hasta llegar a las escaleras.

El agua nos llega por la cintura.

—¡¿Puedes subir?!

Me mira y asiente con la cabeza con un rostro pálido.

—Por ti sí que puedo, joder —dice respirando con dificultad.

Subimos los peldaños de uno en uno, despacio, con el peso de su brazo sobre los hombros mientras él se agarra a la barandilla con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos. El agua nos llega a las rodillas, el nivel sube conforme ascendemos.

Cuando llegamos arriba, nos dirigimos arrastrando los pies y tambaleándonos a uno de los túneles que salen de la habitación, igual que en el piso inferior.

—Un segundo —dice con un quejido mientras le fallan las rodillas mientras se pega a la pared.

Me detengo y lo ayudo a sentarse y a apoyar la espalda contra la pared de ladrillo del túnel apretando los dientes. Kenzo le echa un ojo al agujero que tiene en el costado; tiene la ropa empapada de rojo por la sangre que no deja de fluir.

Le rasgo la camisa intentando ignorar el siseo de dolor mientras la abro para examinar la herida.

Hostia puta, es un agujero de bala.

Sin pensármelo, me quito la camiseta y la pongo haciendo presión sobre su herida.

—Sujeta esto aquí —ordeno mientras busco desesperada algo con lo que atarla antes de darme cuenta de que puedo usar mi cinturón.

—¿Cuándo te has convertido en médica de urgencias? —dice Kenzo riéndose entre dientes y haciendo una mueca al intentar esbozar una sonrisa forzada.

Yo no sonrío. Está perdiendo mucha sangre.

Ato el cinturón alrededor de la camisa y lo aprieto bien para que la tela se quede sobre el agujero. No lo va a salvar, pero quizá nos dé más tiempo.

—Annika.

—Espera —murmuro mientras aprieto el cinturón un poco más para asegurarme de que está bien colocado.

—Annika. El agua.

Giro la cabeza casi esperando que se acerque un tsunami por encima de la pasarela de metal, pero, cuando miro, me doy cuenta de que ya no hay tanto ruido en la habitación.

El agua ha dejado de subir.

Me pongo de pie y camino hacia la pasarela. Al mirar abajo, tiene pinta de que el agua se ha nivelado a un metro, más o menos, por debajo de nosotros.

Gracias a Dios, joder.

Vuelvo con Kenzo y me arrodillo a su lado. Arrugo la frente preocupada mientras le aparto el pelo de su pálido rostro y lo miro a los ojos, aunque los tiene entrecerrados.

—¿Qué tal estás?

Se ríe en silencio.

—De maravilla, princesa.

Sonrío de forma sarcástica, pero siento que se me encoge el corazón cuando le acaricio la cara y me inclino para besarlo con suavidad.

No tiene buen aspecto…

En absoluto.

—Annika… —Abre y cierra los ojos varias veces y se le cae la cabeza contra la pared—. Annika, dónde…

—Estoy aquí —digo con la voz entrecortada mientras le tomo las manos y las aprieto entre las mías. Me inclino y le doy otro beso, odiando la debilidad que siento en sus suaves labios.

Tenemos que salir de aquí y conseguir ayuda ya.

—Valon… —dice Kenzo con voz ronca— Dónde…

—Ya no está…

—No —gruñe Kenzo negando despacio con la cabeza—. Lo vi huir.

Un escalofrío de puro terror me recorre la espalda.

—¿Qué?

—Antes… —Tensa la mandíbula y gruñe de dolor—. Antes de la explosión. Le dio una patada a la bolsa y echó a correr hacia el túnel que tenía detrás.

El escalofrío que me recorre la columna se intensifica cuando miro hacia atrás, casi esperando ver al monstruo acechando.

Luego trago saliva y miro fijamente al túnel oscuro que lleva al abismo.

—Voy a ver a dónde lleva…

—A ninguna parte —murmura Kenzo. Tiene los ojos cerrados mientras mece la cabeza contra los ladrillos—. No lleva a ninguna parte.

—Puedo encontrar un camino…

—Es un laberinto, princesa —susurra—. Mal y yo exploramos estos túneles cuando éramos jóvenes. —Vuelve a ladear la cabeza—. En este nivel hay docenas de túneles… —Traga saliva y se le mueve la garganta—. Y llevan a habitaciones vacías, callejones sin salida, trampas…

Abre los ojos y los vuelve a cerrar.

Cada vez respira de forma más superficial.

El corazón me late con fuerza y vuelvo a mirar hacia el túnel.

No hay salida. Al menos no por aquí.

—Bueno —digo con una leve sonrisa mientras me giro para apartarle el pelo de la cara—, al menos el agua ha dejado de subir.

Kenzo sigue sin abrir los ojos y se le vuelve a caer la cabeza.

—El problema no es el agua —grazna—. Es el aire…

Me estremezco.

—¿Qué pasa con el aire?

—Productos químicos antiguos… munición sin explotar que lleva décadas soltando sustancias tóxicas… —Vuelve a tragar saliva—. Sin ventilación… —Se gira hacia mí con el rostro demacrado y abre ligeramente los ojos—. Cuando… Cuando notes el sabor a huevos podridos en la lengua… Ahí… Ahí es cuando comienza la cuenta atrás —susurra.

Entonces me doy cuenta de que no hay ninguna corriente de aire. Antes de la explosión, abajo, notabas como se movía ligeramente, como si alguien hubiera dejado una puerta abierta.

Pero ya no.

Me doy la vuelta para observar el túnel oscuro, que abre la boca como las fauces de un demonio.

Tiene que haber una salida. O a lo mejor podemos salir por el suelo que se ha hundido.

Cueste lo que cueste, vamos a salir de aquí.

—Voy a buscar una salida —susurro acercándome para darle un beso.

Desliza la mano por mi muñeca y me agarra todo lo fuerte que puede ahora mismo.

—Valon… —dice en una exhalación— Podría estar…

Bajo la mano y agarro la empuñadura de su espada, que la había dejado en el suelo a su lado. Hace un sonido suave y metálico cuando la desenfundo.

—Tendré cuidado —susurro dándole otro beso en la mejilla.

Compruebo el vendaje improvisado que le he hecho. La sangre ha empapado por completo la camiseta, pero parece que sí nos está dando algo de tiempo.

Y lo vamos a necesitar.

Me pongo de pie y me giro para enfrentarme a la oscuridad, espada en mano. El corazón me martillea en el pecho mientras clavo la mirada en la penumbra. Despacio, avanzo ignorando cualquier pesadilla infantil que quiera abrirse paso a gritos en mi interior.

Consigo dar quince pasos antes de llegar a un muro de ladrillo. El pasadizo hace un giro de noventa grados a la izquierda, así que lo sigo. Cuando vuelve a doblarse, sigo adelante y alargo los brazos hacia la oscuridad que me rodea para notar cualquier otra puerta o pasadizo.

Al oír el crujido de la piedra bajo unos pies, me quedo tiesa y el corazón se me sube a la garganta y un terror salvaje me recorre la espalda.

«No estoy sola».

Vuelvo a oír el crujido. Ignoro los gritos de mi cabeza. Contengo las ganas de vomitar que siento en el estómago cuando el puro

terror me engulle y, en cambio, lo que hago es encogerme contra la pared. Agarro la empuñadura de la espada de Kenzo con fuerza e intento aguantar la respiración y escuchar.

Una risa gélida y sibilante flota en la oscuridad.

Está alarmantemente cerca.

—Ah, no te calles todavía, muñeca…

«Ay, Dios…».

La voz de Valon flota en esta oscuridad absoluta, como si fuera un espíritu malvado suspendido en el aire.

—Sé que estás ahí…

«Muévete. No te quedes atrapada».

Avanzo despacio, agachada con la espada delante de mí.

—Me pregunto… —dice en tono áspero la voz incorpórea y fantasmal de Valon en la oscuridad—. Si recuerdas el camino de vuelta al cadáver de tu marido.

Me pongo recta de golpe.

—O si llegaré yo antes. La verdad es que se lo veía bastante indispuesto…

«No».

Me doy la vuelta y, sin importarme ya si hago ruido o no, deshago mis pasos a la carrera, intentando recordar el camino para no perderme en este laberinto. Si voy a morir en la oscuridad por respirar aire envenenado, prefiero hacerlo junto al hombre al que…

Cuando caigo en la cuenta, el aire abandona mi cuerpo cuando lo recuerdo todo de repente.

Con el miedo que pasé en la explosión y el disparo de Kenzo, el agua, la escalera y la sangre, se me olvidó un pequeño detalle.

Pero acabo de recordarlo.

Suelto una mano de la empuñadura y la llevo al hombro a toda velocidad, al punto en el que Valon me inyectó el veneno.

Se me hiela la sangre.

Empiezo a correr a ciegas, me choco contra las paredes y las esquinas y reboto como si fuera una pelota de pimpón en la oscuridad hasta que, de repente, veo un resplandor tenue. Doblo una esquina y casi me atraganto cuando veo a Kenzo tendido contra la pared, justo donde lo dejé.

Me apresuro en ir hacia él, pero, justo cuando lo alcanzo, grito al ver una silueta que entra por el arco desde la pasarela metálica que hay detrás. Cierro la garganta en medio del grito, lo ahogo mientras Valon sonríe con crueldad y alza la pistola que lleva en la mano.

—Ven aquí ahora, muñeca —sisea girando un poco la cabeza. Y entonces me fijo en que la mitad de su cara es digna de una película de terror: tiene la piel negra y con ampollas que supuran sangre y pus y también le falta la oreja de ese mismo lado.

—Venga —gruñe—, no tengas miedo. —Ladea la cabeza y, de repente, amartilla la pistola y la coloca contra la cara de Kenzo.

—¡QUE VENGAS AQUÍ!

Respiro de forma entrecortada mientras me acerco a él con el pulso acelerado.

—El antídoto —digo con voz ronca—. Valon, dame el…

—Por supuesto, muñeca —gruñe en voz baja y tuerce los labios en un gesto sombrío—. Te daré eso y la forma de salir.

Su sonrisa se vuelve más amplia y una crueldad gélida que creo que no había visto nunca en él se apodera de su rostro.

—Pero primero te voy a joder.

Doy un paso atrás como si me hubieran dado un golpe. Retrocedo un poco más y lo miro aterrorizada mientras me sonríe con frialdad y todos los recuerdos horribles de él salen a la superficie.

—Y no lo digo en sentido figurado —gruñe—. Lo digo literalmente. Te voy a follar aquí, delante del cadáver de tu marido.

Se gira para fulminar a Kenzo con la mirada, que apenas está consciente y casi no respira.

—Cerdo asqueroso —gruño mientras blando la espada y avanzo hacia él.

—Eh, eh, eh. —Valon sacude la cabeza. Levanta algo con la mano y se me cae el alma a los pies al verlo.

Es la botellita de cristal del antídoto.

Está destapada.

—Quieta ahí —gruñe Valon— o tiro esto al agua. —Curva los labios —. Además, ambos sabemos que no eres una asesina, muñeca — dice sonriendo.

Miro a Kenzo deseando que mejore. Queriendo que se cure de forma milagrosa para que pueda ponerse de pie y detener esto.

—Deja la espada en el suelo —dice Valon en voz baja— y ven aquí.

No dejo de mirar a Kenzo. No tiene mucho tiempo. Tiene que salir de aquí cuanto antes.

Con expresión seria, me giro hacia el monstruo que me mira lascivamente.

—¿Sabes cómo salir?

—Pues claro —gruñe con una mueca de dolor mientras se agarra el abdomen, que está empapado de sangre—. No quiero morir aquí.

—¿Y por qué te has quedado entonces? —replico—. ¿Por qué cojones no te has ido…

—Porque, muñeca —Valor me mira con lujuria—, quiero que lo vea. Quiero que tu marido vea con sus propios ojos lo puta que es su mujer en realidad.

Siento como si me apuñalasen una y otra vez cuando todas las cosas horribles que pasé años intentando enterrar vuelven juntas a la superficie.

—Te odio —digo con voz entrecortada mientras me caen lágrimas por las mejillas.

—Me da igual —responde siseando—. Ven aquí. Ponte mirando a la puta pared.

—Annika…

Kenzo gruñe mientras lucha por abrir los ojos.

—Ah, ¿puedes oírnos, Kenzo? —gruñe Valon con maldad—. Bien. Pues escucha, maldito cabrón. Escucha a tu mujer gemir por mi polla.

Kenzo mueve el brazo a ciegas y abre los ojos de golpe a base de pura fuerza de voluntad. Su rostro estalla en una expresión de ira desenfrenada mientras se lanza a por Valon.

Pero se queda corto.

Grito y pego un salto para ir hacia él, pero Valon me coloca la pistola en la cara y me lo impide.

—Mira a la pared, princesa —sisea Valon—. Y deja la espada, ya que estás.

No soy capaz de procesar la terrible injusticia y el horror inimaginable de este momento. Sé que esto me va a destrozar, pero, cuando me giro para mirar a Kenzo y veo que sigue sangrando a chorro mientras se desploma en el suelo, también sé que esta es la única forma de salvarlo.

Si esto significa condenarme a un infierno, que así sea.

Si eso significa matar mi espíritu, que así sea.

Si eso significa darle asco al hombre que amo y que nunca quiera volver a mirarme…

Me caen las lágrimas por las mejillas y aprieto los dientes.

Que así sea.

—Que te jodan —le espeto con frialdad sin poder siquiera mirar a Valon. Apoyo la empuñadura de la espada contra la pared. Arrastro los pies despacio, mi cuerpo colapsa mientras me dirijo a donde señala Valon, la pared frente a la que se ha desplomado Kenzo.

—Date la vuelta —dice Valon.

Cierro los ojos con fuerza y me pongo de cara a la pared. Se me echa encima al momento, me empuja contra él mientras desliza sus

asquerosas manos por mi cadera y mi cuerpo. Cada roce es como si me cortaran con un cuchillo y coloco las manos sobre la pared.

«Ve a otro lado».

«Desconecta».

«Deja que pase sin que te enteres…».

Me dan arcadas cuando Valon me toca. Gruñe y se quita el cinturón y se desabrocha el pantalón con una mano mientras intenta bajarme los míos con la otra.

De repente, Kenzo grita.

—¡HIJO DE PUTA! —grita y aparta las manos de mí.

Me doy la vuelta y veo que Kenzo ha apuñalado a Valon en el gemelo con la hebilla del cinturón que sujetaba el vendaje improvisado. La sangre le vuelve a salir a chorro del pecho mientras me mira a los ojos antes de desplomarse.

Valon saca la pistola del cinturón. Cuando miro al hombre al que amo y luego al que odio, me queda clara una cosa.

Kenzo y yo no vamos a morir así.

No vamos a morir aquí.

No moriremos de este modo.

Me armo de valor y lanzo el brazo hacia un lado para agarrar la espada de Kenzo y luego me giro y le clavo la punta en el pie. Valon grita de dolor, suelta el arma y se aleja tambaleándose de Kenzo, lo que extrae la hoja de su zapato con un borboteo.

—¡Serás puta! —chilla mirándome aterrado—. Maldita zorra…

Empuño la espada fría y con un brillo plateado y la alzo con fuerza.

Valon pierde la mano al instante, la espada se la amputa y la hace volar hacia la pared antes de caer al suelo. Me quedo mirando el muñón de su muñeca izquierda tan consternada como él.

Pero entonces siento algo que jamás había sentido en presencia de este monstruo.

Poder.

Me siento poderosa.

Valon emite un graznido agudo mientras se agarra el antebrazo y observa con horror cómo la sangre sale a borbotones.

—¡Eso es por hacer daño a la familia que tardé tanto tiempo en encontrar! —digo con un rugido.

Vuelvo a blandir la espada con una furia que no había sentido jamás. Esta vez, estoy lista para el impacto cuando le pego un tajo en el antebrazo y la mano derecha de Valon sale volando.

—¡Eso es por mi marido! —grito.

Valon abre los ojos de par en par, aterrorizado, mientras se aleja de mí a trompicones para adentrarse en el túnel mientras salpica las paredes de sangre.

—¡¿Y esto?! —Me abalanzo sobre él y le clavo la espada en el pecho. Se le hincha la cara y se le llena la boca de la espuma que forman las babas y la sangre mientras se ahoga de forma brutal.

—¡Esto es por mí, hijo de puta!

Giro la espada con violencia y le corto el pecho en horizontal mientras no deja de sangrar. Saco la espada y observo sin pestañear cómo cae de rodillas al suelo y luego se desploma sin vida hacia atrás.

Suelto la espada y corro hacia Kenzo. Su cuerpo sigue siendo tan sólido y musculoso que me parece todavía más surrealista que esté tan inerte mientras lo apoyo contra la pared con gran esfuerzo.

—Has acabado con él… —murmura.

No dejo de temblar mientras agarro el cinturón y le vuelvo a atar la camiseta ensangrentada a la herida. A estas alturas, casi parece inútil.

Entonces bajo la mirada al suelo, hacia a la botellita de cristal que contiene el antídoto.

Está vacía.

Me trago la sensación gélida que me inunda e ignoro el hecho de

que se me nubla un poco la vista mientras me siento al lado de Kenzo. Le coloco el brazo sobre mi hombro y me acerco a él mientras tomo su mano.

—Vamos a descansar un segundo —susurro—. Y luego encontraremos la forma de salir.

—Annika.

Me trago las lágrimas cuando me giro hacia él. Me mira a los ojos con los suyos entrecerrados y un mechón de pelo sobre la cara.

—Te quiero —dice en un suspiro.

—Yo también te quiero.

36
ANNIKA

Todo está en silencio.

Escucho la respiración superficial y rítmica de Kenzo y el sonido del agua goteando por el lateral de la pasarela.

De vez en cuando se me vuelve a nublar la vista. Luego siento como si algo se retorciese en mi interior, pero no sé si es por lo que me inyectó Valon o si es mi mente jugándome una puta mala pasada.

Le agarro la mano a Kenzo, negándome a aceptar la verdad que tengo delante de las narices.

Vamos a morir aquí abajo.

Contengo las lágrimas. Al hacerlo, me doy cuenta de algo horrible: aquí abajo olía mal y a humedad desde que llegué, pero ahora es diferente.

Huevos podridos.

Se me cae el alma a los pies.

El aire…

Me estremezco cuando la mano de Kenzo encuentra la mía y me la aprieta ligeramente.

—Lo siento —gruñe en voz baja—. Joder, siento mucho haberte metido en mi mundo.

—No te atrevas a decir eso —contesto en un susurro mientras me seco las lágrimas—. Quererte ha sido lo mejor de mi vida, que, por lo demás, ha sido bastante mierda.

—Gracias por el fantástico apoyo.

Sonrío a través de las lágrimas y me acerco para besarlo.

—Nuestros amigos nos están buscando —susurro con más urgencia—. Nos van a encontrar.

—Sin duda —gruñe.

—Nos encontrarán —repito.

—Lo sé. —Kenzo esboza una leve sonrisa.

Ploc, ploc, ploc.

El goteo me está volviendo loca.

Ploc, ploc, ploc… plaf.

Frunzo el ceño. Vuelvo a oír la salpicadura y me pongo de pie y camino con cuidado hacia la barandilla oxidada para observar el agua negra.

Un pez salta fuera del agua y se vuelve a hundir.

«No me jodas».

Este no va a ser el final.

A estas alturas, puede que yo sea una causa perdida. No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado desde que Valon me pincho con aquella aguja. Supongo que me quedan… ¿unos quince minutos o así?

Pero pienso sacar a Kenzo de aquí.

No me pone triste morir. Llevo años pensando que vivo de prestado, o de robado. Debería haber muerto hace mucho tiempo cuando atacaron a mi familia. O en un sucio callejón de Atenas, a manos del hombre que había pagado por usar mi cuerpo.

Pero no fue así. He llegado hasta aquí y mi recompensa fue tener a Kenzo un rato.

«No va a morir aquí».

Nunca fue él quien me arrastró a su mundo. Este lío lo he montado yo. Este es mi caos.

Y él no va a morir por eso.

Contemplo la superficie ondulante del agua, justo donde acabo de

ver al pez. Ese puto pez tuvo que venir de algún lado. El agua entró desde algún lado.

Vamos a descubrir desde dónde.

Kenzo apenas está consciente cuando vuelvo hacia él, me echo su brazo al hombro y lo pongo de pie gruñendo del esfuerzo.

—Annika…

—Venga —gruño y aprieto los dientes—. Ayúdame a levantarte. Pesas una puta tonelada, ¿lo sabías?

—Annika, para…

—Nop.

—No sé qué estás pensando, pero no puedo ir contigo. —Respira con dificultad—. Así que déjame aquí.

—Ni de puta coña. Levántate, joder —le escupo—. ¡Ya!

Me mira a los ojos. La chispa que todavía titilaba en su interior ahora brilla un poco más. No es mucho.

Pero me sirve.

—Eso es —digo con voz ronca mientras se agarra a la pared para ponerse de pie—. Vamos, Mori.

Me lanza una mirada vacilante mientras nos tambaleamos y arrastramos los pies hasta las escaleras y bajamos hacia el agua negra.

—Qué cojones…

—Venga.

Me quedo sin tiempo.

En las escaleras, dejo que se vuelva a sentar. Luego me quito los pantalones y los dejo a su lado mientras desciendo hacia el agua aterradora.

Odio las aguas profundas. Odio no ser capaz de ver el fondo ni saber qué está a punto de surgir desde las profundidades para agarrarme.

Hoy, esa fobia en concreto se puede ir a tomar por culo.

Sin pensármelo dos veces, respiro hondo y me sumerjo bajo la superficie.

Joder, está muy oscuro. Tanto que da miedo. Pero me obligo a nadar hasta el fondo de la sala inundada. El enorme agujero que hay en el suelo es una pesadilla en sí mismo, pero no puedo dejar que me afecte ahora mismo. Tengo que superar el miedo.

Por él.

Grito cuando una figura sale del agujero en el suelo. Las burbujas de aire me nublan la vista hasta que me doy cuenta de que es otro pez. Veo cómo sube nadando, cruza el agujero y vuelve a hundirse.

Y supongo que sale por el otro lado.

No es una prueba.

Pero, ahora mismo, es todo lo que tengo.

Pataleo de vuelta a Kenzo y salgo del agua. Me niego a aceptar la mala pinta que tiene y lo cerca de la muerte que parece. En cambio, le ato una pernera del pantalón a cada una de sus muñecas y vuelvo hasta donde está sentado en un escalón justo por encima del agua y me engancho los pantalones en el cuello.

Me giro para acariciarle la cara y contemplar sus ojos entrecerrados.

—Necesito que respires hondo —susurro—. Y necesito que aguantes la respiración mucho tiempo, ¿vale?

—Vale —murmura—. Sí, princesa, lo…

Lo beso con fuerza, sello mis labios con los suyos mientras le agarro la cabeza.

Hora de irse.

Me giro, ajusto el arnés improvisado al cuello y me lanzo al agua. Kenzo salpica cuando cae al agua detrás de mí. Los pantalones se me clavan en el cuello y los músculos gritan mientras buceo y nos arrastro a las profundidades del abismo a nuestros pies. El miedo me desgarra y se clava en mí a medida que nos acercamos al agujero

del suelo.

Pero ahora no puedo parar.

Nos sumergimos y nado más pegada al suelo, moviéndome en la misma dirección que el pez y rezándole a cualquier dios o dioses que me escuchen para que el puto pez supiera lo que hacía.

Estamos en un túnel liso y, mientras nado, me doy cuenta de que es algún tipo de alcantarilla principal o conducto de agua.

No tengo ni idea de qué hay al otro lado.

Pero ya no hay vuelta atrás.

Así que nado, nado hasta que me arden las piernas y los pulmones gritan. Nado hasta que se me nubla la visión y mi cuerpo está a un milisegundo de rendirse, de rendirse y tragar la muerte.

Entonces veo la luz.

Hay una puta luz delante.

No me queda oxígeno, pero piso el acelerador de todas formas. Braceo y pataleo, mi cuerpo grita pidiendo oxígeno hasta que, de repente, empezamos a caer…

Y, por un breve segundo, puedo respirar.

Entonces me atraganto con el agua y escupo mientras vuelvo a caer al agua. El peso de Kenzo me hunde, pero lucho y pataleo para arrastrarnos de nuevo a la superficie. Cuando la alcanzo, jadeo en busca de aire y lleno los pulmones del dulce oxígeno con un sollozo desgarrador.

Estamos fuera. La luz de la luna nos ilumina y el aire nos roza la cara.

Centro la mirada en el borde del estanque de infiltración. Me alejo pataleando del chorro de agua que sale a borbotones de la tubería a nuestra espalda y nado con todas las fuerzas que me quedan hasta llegar a tierra.

Kenzo no reacciona cuando lo saco del agua.

Ya no se le mueve el pecho.

—¡KENZO! —grito. Me pongo de lado y me agito antes de vomitar agua sucia y respiro con dificultad cuando me giro hacia él—. ¡KENZO! —le grito en la cara y le golpeo el pecho con los puños.

Unas lágrimas calientes me pican en los ojos y me resbalan por la cara.

—¡NO ME JODAS! —grito golpeándolo de nuevo.

Hay otra cosa que no va bien. Se me oscurece la visión. Mi respiración se ralentiza.

Me estoy debilitando.

Alzo el puño y le doy un puñetazo con todas mis fuerzas en el pecho mientras grito su nombre a todo pulmón.

Se le contrae el abdomen. Se le mueve la garganta y escupe. Sollozando, le tomo la cara y se la giro hacia un lado mientras expulsa agua, resollando y jadeando mientras caigo sobre su pecho.

Sonriendo.

Pero desvaneciéndome.

A toda prisa.

—¡ANNIKA!

Oigo mi nombre a lo lejos.

—¡ANNIKA! —ruge la voz—. ¡ESTÁN AQUÍ!

Abro los ojos lo bastante como para ver linternas que se agitan y se mueven hacia nosotros. Se acercan y, bajo el brillo de la luna, distingo a un puñado de agentes de policía, varios técnicos de emergencias y a Takeshi y a Mal corriendo colina abajo hacia nosotros.

Dejo caer la cabeza sobre su pecho y escucho el débil latido de su corazón y su respiración entrecortada.

Está vivo.

Va a sobrevivir.

—Te quiero —suspiro sobre su pecho mientras todo se desvanece.

Me quedo con el poco tiempo que tuvimos.

Y eso es suficiente para mí.

37
ANNIKA

Todo es blanco al abrir los ojos.

Brillante.

Y…

Arrugo la nariz.

Huele a lejía.

Vuelvo a cerrar los ojos, pero entonces los abro de nuevo. La luz blanca y brillante me asalta de nuevo, es solo un resplandor blanco difuso y, sobre mí, flota una cara que no consigo distinguir.

—Dónde… —escucho mi voz muy lejana—. Dónde estoy…

—Estás en el cielo, Annika —susurra una voz fantasmal y ligeramente femenina—, y yo soy Dios.

Trago saliva.

—Sí, capulla. Dios es una mujer.

Frunzo el ceño. Se me empieza a aclarar la visión a medida que la neblina desaparece.

Freya me sonríe con picardía.

—Holaaa, Annika —dice en esa extraña voz fantasmagórica—. Bienvenidaaaa.

Grita cuando me incorporo de golpe y se me acelera el pulso. A mi lado, un montón de pitidos se aceleran y empieza a sonar una alarma a todo trapo.

—Dónde… —La miro adormilada y atontada, la cabeza me da vueltas mientras intento centrarme—. Qué cojones…

La puerta se abre de golpe. Dos mujeres y un hombre de blanco

se me echan encima y empiezan a pincharme y a tocarme a la vez que me dicen que respire y me calme. Me preguntan cómo me llamo, en qué mes estamos o si sé cómo llegué aquí.

Buena pregunta. Si siquiera sé dónde cojones es aquí.

—¡¿Dónde está?! —grito retorciéndome—. Dónde…

Algo muy agradable entra en mi torrente sanguíneo y me tranquilizo al puto momento. Dejo caer la cabeza hacia un lado y miro con curiosidad la aguja que acaba de insertar una de las mujeres en el tubo que está conectado a mi muñeca.

Genial.

Luego todo desaparece.



Las cosas son menos caóticas la segunda vez que abro los ojos. Parpadeo y frunzo el ceño. Freya me sonríe avergonzada.

—¿Frey?

—Vale, eso ha sido culpa mía —suelta con aspecto culpable—. Cuando te despertaste antes, intentaba ser graciosa…

—Bueeeno, a lo mejor no era taaan graciooooso —respondo con mi mejor imitación de su extraña voz fantasmagórica de antes.

Ella sonríe.

—No está mal.

—Es mejor que tus chistes de hospital —refunfuño—. ¿Qué coño ha pasado?

—Creo que te asusté y te provoqué un ataque de pánico —dice con otra mirada de vergüenza—. Así que, sí, es mí…

—¿Dónde está?

No contesta lo bastante rápido para mi gusto.

—¡¿Dónde está?!

Me incorporo de nuevo. Freya se acerca al momento, me agarra la mano y me tranquiliza mientras me mira a los ojos.

—Está bien, Anni. Bueno, va a tener que tomar un montonazo de antibióticos una temporada… Bueno, los dos. Esa agua era asquerosa. Eran aguas residuales.

Me entran náuseas, pero las reprimo.

—Pero está bien. Ha salido del quirófano por la herida de bala y está durmiendo.

Entonces lo recuerdo todo de golpe: el secuestro, la aguja en mi brazo, la bomba, Kenzo, Valon, el agua…

Frunzo el ceño y miro a Freya.

—¿Cómo sigo viva?

Ella sonríe.

—¿Porque eres la puta ama? Seguro que has batido algún récord al contener la respiración tanto tiempo para sacaros a los dos de allí…

—No, me refiero a que me envenenaron.

Ella niega con la cabeza.

—No… No te envenenaron.

—Sí, fue Valon —insisto—. Me inyectó algo…

—Un sedante de acción lenta.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Farfullabas algo sobre veneno cuando te metieron en la ambulancia, así que te hicieron un análisis de sangre y eso fue lo que salió. Te drogaron, Anni, pero con un sedante de acción lenta, no era veneno.

Se abre la puerta de mi habitación. Miro hacia allí y esbozo una sonrisa débil al ver entrar a Takeshi y a Hana. Hana tiene la frente y un ojo vendados y Takeshi tiene unos moratones muy feos, pero los dos sonríen al acercarse.

Hago una mueca de dolor cuando Hana me abraza con fuerza y ahoga un sollozo en mi hombro.

—Gracias —me suelta.

—¿Por?

—Por salvarle la vida al idiota de nuestro hermano —gruñe Tak en voz baja con una sonrisilla.

Hana sonríe.

—Ya ha salido de quirófano. Y ha ido todo muy bien. Fue un tiro limpio en el costado. Perdió un montón de sangre y tiene que tomar antibióticos, pero se va a poner bien. Está durmiendo…

La puerta se abre. Mal arruga la frente cuando ve a Freya, pero luego me mira a mí y me dedica una de sus leves sonrisas privadas.

—Pensé que te gustaría saber que Kenzo está despierto —gruñe.



Lo que siento cuando me mira cuando me llevan a su habitación en silla de ruedas es un subidón que no ha sentido nadie más en este planeta y me entran ganas de gritar y llorar y reír y vomitar al mismo tiempo.

Pero, en lugar de hacer todo eso y parecer una loca, contengo un sollozo mientras Hana y Takeshi empujan la silla hasta la cama de hospital de Kenzo.

No solo parece estar bien.

Parece vivo.

Le ha vuelto el color a la cara, así como ese fuego que tanto me gusta en sus ojos. La sonrisa que me dedica basta para romperme el corazón y volverlo a pegar de nuevo.

Aún no hemos llegado al pie de su cama y ya me levanto de la silla de ruedas, tambaleándome como si estuviera borracha, para subirme a la cama con él, con cuidado de evitar el costado herido. Hace una mueca, pero se ríe entre dientes mientras me envuelve entre sus brazos, inclina la cabeza y me besa.

Despacio.

Con locura.

Con pasión.

En algún momento, nuestra familia y amigos se cansan de que los ignore mientras beso a mi marido y todos salen de la habitación. Más tarde, entra una enfermera a decirme educadamente que tengo que volver a mi cama. Cuando no le hago caso, viene otra a decirme lo mismo con menos educación.

Sigo sin irme.

Al final, Sota viene de visita y nos abraza con una sonrisa de oreja a oreja. También habla con la enfermera jefa, que resulta que lo conoce personalmente. Después de eso, dejan de intentar hacer que me vaya.

Bien, porque eso no iba a pasar.

En los techos de los hospitales no hay estrellitas, ni siquiera en los japoneses. Así que lo que contemplamos juntos es el suave resplandor azul de las máquinas que pitan sin hacer demasiado ruido a nuestro alrededor.

Su mano encuentra la mía. Me giro hacia él y nos miramos a los ojos.

Él me dice que soy una ladronzuela que le robó el corazón.

Yo le digo que esa es la mayor cursilería que he oído jamás y que tiene que trabajar en sus piropos.

Él me pregunta si prefiero «zorrita adicta al semen» como apodo cariñoso y me pongo un poco cachonda antes de caer en la cuenta de que follármelo ahora mismo sin duda haría que se le abrieran los puntos.

Así que no lo hago.

Y me conformo con decirle que lo quiero.

Él me dice que también.

Y, la verdad, ¿qué más puedo pedir?

EPÍLOGO

ANNIKA

—Quiero dejar constancia, de nuevo si se me permite añadir, que esto es una idea terrible.

Ignoro la voz que suena en mi cabeza mientras giro la cuchilla de diamante haciendo un círculo perfecto alrededor de la ventosa. Se oye un ligero crujido y estoy dentro. Despacio, y manteniendo la presión sobre el botón de la ventosa, retiro el brazo.

El enorme círculo de cristal sale sin problema.

Sonrío cuando lo dejo todo a un lado y uso la lijadora silenciosa para suavizar los bordes del nuevo y reluciente agujero en la claraboya.

—¿Hola? Me has oído, ¿verdad?

—Sí, te he oído. —Suspiro—. Tranquilízate, ya he entrado.

Cometer un latrocinio justo después de la celebración de tu segunda boda no es habitual. Aunque tampoco es muy típico celebrar una segunda boda.

Y no me refiero segunda en plan que te has divorciado y vas a volver a intentar lo del matrimonio otra vez. Me refiero a una segunda celebración de la boda que ya has tenido. Con la persona con la que llevas un par de meses casada.

Pero ¿desde cuándo me gusta lo típico?

—Oye, no quiero llegar tarde. Esa finca tiene una pinta espectacular —murmura Freya.

Más le vale. Alguien se gastó una fortuna para pagarla. Y ese

alguien es Yelizaveta Solvyova, también conocida como la Reina Blanca.

La mujer que usaba los servicios de Valon Leka para la mayoría de sus «transportes».

Y también es la mujer a la que Valon le debía una puta fortuna porque Valon intentó cobrar el doble vendiéndole su mercancía a la Cosa Nostra.

Al parecer, Yelizaveta no se anda con jueguecitos. Cuando se enteró de que Valon le debía más de cuarenta millones de dólares, le apretó las tuercas. Por eso presionaba tanto a Sota y a Kenzo para trabajar con ellos: necesitaba su dinero. O, lo que es más probable, necesitaba su mercancía para poder vendérsela a la Cosa Nostra y pagarle a la Reina Blanca.

Teniendo en cuenta que estaba lista, dispuesta y fue capaz de matar al hermano de Valon para motivarlo a pagar…

Sí, creo que yo también estafaría a la Yakuza.

Sobre el papel, y por razones políticas, es Kir quien paga la cuenta de la segunda celebración de mi boda con Kenzo, ya que la primera fue un desastre. Pero, en realidad, es Yelizaveta quien paga.

Y me parece bien.

En cuanto a por qué Valon estaba intentando deshacerse de Kenzo y Sota, bueno, esa pregunta sigue sin respuesta. El amigo de Kenzo, Tetsuya, que resulta que es el nuevo jefe de la policía de Kioto (aunque seguro que es pura coincidencia), cree que fue una maniobra de una familia rival de la Yakuza. Hay pruebas de que alguien de dentro de la Yakuza estaba dispuesto a pagar a Valon, que no tenía un duro, para hacerlo, pero nadie ha reclamado la autoría.

Probablemente eso sea bueno, teniendo en cuenta que ahora mismo el Mori-kai es sin duda la familia más poderosa de Kioto, y se está adentrando también en el mercado de Tokio.

Pero me estoy yendo por las ramas.

Compruebo los anclajes del sistema de poleas, luego me engancho el arnés, me coloco al borde de la claraboya y desciendo hasta el ático oscuro.

Me he pasado meses intentando rastrear este artículo. He hablado con anticuarios de todo el mundo, he sobornado a revendedores del submundo en los cuatro continentes e investigado todos los rumores.

Resulta que el puto artículo nunca había salido de Kioto.

Freya ya ha desactivado las alarmas, los sensores térmicos y los láseres. Así que, en cuanto pongo los pies en el suelo, puedo actuar rápido. Me desengancho y voy directa a la habitación. Por muy tentador que sea llevarme también el Degas que está colgado sobre la caja fuerte, les prometí tanto a Kir como a Kenzo que no volvería a robar.

Vale, estoy haciendo una excepcioncita por el trabajillo este, pero ¿un cuadro de treinta millones? Me parece… excesivo.

El adinerado coleccionista privado que vive aquí está fuera del país toda la semana, pero, aun así, voy contrarreloj. Dicho esto, la caja fuerte es superfácil de abrir y lo consigo en menos de un minuto.

Sonrío al ver el colgante de plata que descansa sobre un expositor.

Ya he visto antes este colgante. Lo he tenido en las manos.

De hecho, soy la imbécil que se lo robó a su legítimo dueño y lo vendió en el mercado negro aquí en Kioto, que lo vendió por más dinero del que me dio a mí a otra persona también de Kioto en cuanto se dio la vuelta.

Ha estado siempre aquí.

Lo saco del expositor y lo meto en la cajita de terciopelo negro que he elegido para la ocasión. Sonrío al imaginarme la cara de Kenzo cuando se lo devuelva. Hasta he escrito una tarjeta muy bonita.

No hace falta decir que todo esto va acompañado de dejar que

haga lo que quiera conmigo esta noche, de la forma que quiera hacerlo. Pero, la verdad, eso es más bien un regalo para los dos, no solo para él.

—No irás a hacerlo, ¿no? Maldita sea, Annika Brancovich, qué…

—Mori —corrijo a Freya—. Annika Mori, si no te importa.

—Lo que tú digas. ¿Qué narices ha pasado con la ladrona sin escrúpulos? Porque esa Annika no se tomaría tantas molestias para colarse en una casa y robar un collar solo para dejar dinero a cambio.

Sonrío mientras dejo el fajo de billetes donde antes estaba el collar. Hasta he incluido un extra por la claraboya.

—Oye, lo prometí.

—Ya, ya. Si has terminado, tenemos una fiesta a la que ir.



Al final llego veinte minutos tarde a mi propia fiesta. No por culpa del trabajillo, sino porque el vestido me dio un montón de putos problemas y me recordó por qué nunca los he usado.

Pero no creo que a Kenzo le importe. En cuanto entro, me estrecha entre sus brazos, me inclina y me besa con pasión delante de todo el mundo.

Se queda sin palabras cuando le doy su regalo. Y luego me vuelve a besar y a decirme que me quiere.

Después me lleva a un cuarto adyacente y es él quien me da un regalo: dos juguetes de color dorado brillante y negro que hacen que me ponga a temblar y que tenga que agarrarme a su brazos mientras me los mete despacio.

Volvemos con nuestros amigos y familia y me da vueltas en la pista de baile y me vuelve a besar.

—Te quiero, esposa —gruñe en voz baja mientras me abraza.

—Yo también te quiero, marido —respondo en un susurro antes de que mis labios encuentren los suyos.